ganz1912

CORNELIUS CASTORIADIS

ANTE LA GUERRA

• Las realidades •

SUPERINFIMOS 6 - TUSQUETS EDITORES

Título original: *Devant la guerre: Les réalités*

ganz1912

1.ª edición: junio 1986

© Librairie Arthème Fayard, 1981

Traducción de Carmen Artal
Diseño de la colección: Clotet-Tusquets
Diseño de la cubierta: MBM
Reservados todos los derechos de esta edición para
Tusquets Editores, S.A. - Iradier, 24 - 08017 Barcelona
ISBN: 84-7223-456-8
Depósito Legal: B. 19.451-1986
Romanyà/Valls - Verdaguer, 1 - Capellades (Barcelona)
Impreso en España

ganz1912

Advertencia

Primera parte: Las realidades

Capítulo 1. Primeras visiones de conjunto

La nueva situación mundial, 17 - Política y sociedad rusas, 21 - La verdadera relación de fuerzas y el desequilibrio ruso-norteamericano, 34

Capítulo 2. La relación de fuerzas muertas

1. La relación estática de fuerzas muertas: cantidades, 54
   Fuerzas nucleares: Armas nucleares estratégicas, 54 - Aviación estratégica, 57 - Armas nucleares intermedias y tácticas. Aviación no estratégica de capacidad nuclear, 59
   Fuerzas convencionales: Ejércitos de tierra, 62 Fuerzas navales, 63 - Aviación y satélites artificiales, 64
2. La relación estática de fuerzas muertas: características
3. La relación dinámica de fuerzas muertas
4. La relación de fuerzas vivas

Anexo 1. Datos numéricos sobre la relación de fuerzas muertas

83 Cuadro A. Inventario de fuerzas muertas, 1980
83 1. Misiles estratégicos
87 2. Aviación estratégica y media
88 3. Misiles intermedios y armas nucleares tácticas
89 4. Aviación
90 5. Marina
90 6. Ingenios terrestres
91 7. Personal
92 Fuentes del Cuadro A
93 Cuadro B. Relaciones cuantitativas brutas
94 Comentario del Cuadro B

95 **Anexo 2.** Teatro europeo: armas nucleares (vectores de largo y medio alcance)

99 **Anexo 3.** Megatonelaje, precisión y letalidad

103 Capítulo 3. Detrás de los fenómenos: la estratocracia rusa

La política exterior de Rusia, 1945-1980, 108 - Implicaciones de la calidad del armamento ruso, 113 - Implicaciones de la cantidad del armamento ruso: el número de hombres en la sociedad militar, 126 - Las empresas «cerradas», 142 - Las grandes masas de la sociedad/economía rusa, 154 - La imposibilidad de las reformas, 156

167 **Anexo 4.** El coste real del armamento ruso

El método primitivo, 171 - Los nuevos cálculos de la C.I.A., 175 - La productividad rusa, 181 - Conclusión sobre el número de hombres en la producción militar, 186

189 **Anexo 5.** Las cifras socioeconómicas de la burocracia

192 La población activa y su distribución
194 Cuadro A. Origen y utilización de los recursos
200 Cuadro B. Origen y utilización de los ingresos - sector no estatal

Cuadro C. Estado
Cuadro D. Cifras de las empresas «productivas» (sector estatal)
Cuadro E. Recapitulación
Cuadro F. Origen y utilización de los ingresos - sector no estatal (población no campesina y población campesina)
Cuadro G. Distribución de los ingresos según impuestos - clases sociales
Cuadro H. Resumen de la explotación burocrática

Capítulo 4. La Fuerza bruta por la Fuerza bruta

La sociedad petrificada y la expansión externa, 225 - La Fuerza bruta por la Fuerza bruta, 231 - La destrucción de las significaciones y la ruina del lenguaje, 241 - La Fealdad y el odio afirmativo de lo bello, 247 - Un nuevo tipo antropológico, 251 - Lo imaginario nacionalista-imperial, 260 - El punto de vista histórico, 272

Advertencia

Ante la guerra *no significa* antes de la guerra, *como los sordos no dejarán de entender, y como ya han entendido. No se trata, en este libro, de previsión o de perspectiva, sino de análisis del mundo contemporáneo, indispensable para poder orientarse en él.*

Para ello, hay que separar lo que tiene peso de lo que no lo tiene, lo que es pertinente de lo que no lo es. Existen hechos, aparentes u ocultos, que manifiestan las líneas de fuerza de la historia en curso de realizarse. Existen otros que tienen menor peso. Y existe la bruma verbal, ideológica y retórica —particularmente espesa en Francia— que lo recubre todo.

La cuestión de saber si los problemas del Tercer Mundo pueden o no ser resueltos mediante la utilización de los microprocesadores no es pertinente. La confrontación ruso-norteamericana lo es de forma superlativa. Intervienen factores de enorme peso que llevan a las dos superpotencias a la confrontación abierta. Como contrapartida, la eventualidad de esta confrontación forma e informa la situación presente y su dinámica, modela la realidad.

Lo que digo, *es que esta situación sólo es inteligible desde la perspectiva de la confrontación. La negación de esta evidencia era prácticamente universal hasta hace poco. Particularmente virulenta entre los sicofantes del PC y los detentores de un «marxismo» convertido desde hace tiempo en simple instrumento de mistificación y de autoalienación, también era ampliamente compartida por los periodistas y los políticos europeos y los intelectuales instalados en su confort mental y sus ilusiones vitales. Esta negación, la ceguera voluntaria de la mayor parte del mundo «occidental» sobre la coyuntura histórica, forma parte integrante de la situación, es uno de los rasgos más graves de esta coyuntura. Hoy puede parecerlo menos que cuando, en febrero*

de 1980, redactaba el texto publicado en el n.º 8 de «Libre», convertido ahora en el primer capítulo de este libro. En realidad, no lo es en absoluto.

Lo que no digo, *es que la guerra —la guerra ruso-norteamericana— vaya a producirse mañana, dentro de tres años o de trece. Independientemente del carácter risible de cualquier predicción histórica en un terreno como éste, dos incógnitas importantes subyacen en la situación cosmo-histórica contemporánea. La primera concierne a la actitud de las poblaciones en todos los países implicados, pero especialmente en el Imperio ruso. Desde hace treinta y cinco años, no he dejado de pensar lo que volvía a escribir en 1977: «Entre los países industrializados, Rusia sigue siendo el primer candidato a una revolución social».*[1] *Los acontecimientos de Polonia nos recuerdan de nuevo, por si era necesario, que el totalitarismo comunista no puede ni suprimir el conflicto social y político, ni atomizar, como desearía, la colectividad, que demuestra sustraerse a la empresa del Partido/Estado. La posible repercusión de estos acontecimientos sobre la situación de los demás protectorados europeos de Rusia y sobre la propia Rusia desafía cualquier análisis. No hay que olvidar que, tras la perogrullada: «Rusia no es Polonia», se encuentran hechos suficientemente graves. En Rusia existe otra tradición histórica; un grado infinitamente más importante de desarrollo y de consolidación del Aparato burocrático político-militar; por último, por no decir sobre todo, un papel diametralmente opuesto de lo imaginario nacional y nacionalista. En los países dominados por Rusia, el nacionalismo es un poderoso factor de consolidación de la oposición al régimen comunista, que aparece como lo que realmente es: un instrumento de la dominación nacional y social, aunque en Rusia y para los rusos propiamente dichos constituya uno de los ingredientes principales de la fuerza del régimen (lo que por supuesto no es ni unívoco ni definitivo). Estos hechos, y muchos otros —el más importante de los cuales es la militarización de la sociedad rusa, su evolución hacia una* estratocracia— *no sólo excluyen toda posibilidad de autoreforma, sino que hacen infinitamente improbable el triunfo, e incluso la aparición, de una fuerza procedente de la base que tienda a la*

1. Informe preliminar al Seminario histórico de la Bienal de Venecia (noviembre de 1977) sobre la disidencia en los países del Este. Publicado bajo el título «Le régime social de la Russie» en «Esprit», n.º 7-8, julio-agosto 1978.

reforma *del sistema ruso. La perspectiva de cambio interno en Rusia es una perspectiva de todo o nada.*

La segunda incógnita concierne a la actitud y a las reacciones de los países del «campo occidental» (si puede llamarse así, a efectos de brevedad, a esta pseudocoalición incoherente y desgarrada). Rusia no desea la guerra; desea la victoria. Persigue incansablemente la expansión de su poder, encarnado en el continuo incremento de su potencial militar y traducido en victorias territoriales indirectas de diferente tipo. Aunque, por esta vía, evidentemente no puede evitar los fracasos, es también la única *por la que puede conocer algún éxito. Por razones profundas y duraderas, el campo occidental es incapaz de oponerse eficazmente a esta expansión militar y territorial. (Y desde luego no va a ser el nuevo equipo de prestidigitadores de la Administración Reagan quien vaya a cambiar las cosas.) La relación de fuerzas se modifica así constantemente en favor de Rusia. Ello se concreta periódicamente en triunfos «locales» —Cuba, Vietnam, Laos, Camboya, Mozambique, Angola, Etiopía, Yemen del Sur, Afganistán y ahora, tal vez, Nicaragua— cada uno de los cuales, considerado en sí mismo, no se considera merecedor del riesgo de una confrontación global. La cuestión saber cuándo y sobre qué punto el «campo occidental» —de hecho, el Gobierno norteamericano y el Pentágono— juzgará (no más «racionalmente» que cuando juzgaban, hasta ahora, lo contrario) que se ha alcanzado un límite; y de si entonces podrán producir algo distinto a reacciones anárquicas y espasmódicas —o bien si, bajo una u otra forma, habrá una capitulación de hecho sin batalla, es una cuestión que resulta obligado plantearse pero a la que sería ridículo pretender responder.*

*

La presentación del régimen ruso como «socialista» —o como algo que mantiene algún tipo de relación con el socialismo— es la mayor mistificación conocida en la historia. En los análisis que llevo presentando desde 1946 creo haber demostrado que se trata de un régimen de explotacion y de opresión —que ha llevado la explotación y la opresión a un nivel desconocido hasta entonces— en el que la burocracia se ha convertido en clase dominante. El centro y el núcleo activo de esta burocracia ha sido el Aparato «político» del Partido comunista. La elaboración perse-

guida aquí no abandona en absoluto este análisis, que, por el contrario, es su presupuesto. Lo único que ocurre es que, contrariamente a lo que desearían algunos intelectuales fatigados, la historia no se detiene. Repetir indefinidamente que el Partido/Estado domina en Rusia no contribuye en nada a la comprensión de los fenómenos más recientes y no abre los ojos ante la evolución del régimen, su necrosis ideológica, la decantación de las categorías «políticas» hacia la esfera de lo militar y de la Fuerza bruta. Esta evolución habría podido y debido ser captada, in statu nascendi, *desde hace por lo menos diez años. Actualmente, pretender ignorar lo que el superarmamento y la política exterior de Rusia expresan, los problemas que plantean, lo que indican significa limitaciones de los viejos análisis, en tanto que rendirse ante las tareas teóricas y políticas más importantes.*

Todo no puede hacerse a la vez, y de momento he querido paliar lo más urgente. Numerosos problemas subsisten, aquí apenas evocados, ciertamente, o ni siquiera mencionados. Considero este libro como el punto de partida de una elaboración, a la que espero que otros autores se sumen.

*

La discusión de la relación de fuerzas, de las capacidades, de las estrategias y de la situación en los dos campos, realizada en este volumen y completada en el volumen siguiente, ha sido llevada a cabo desde una perspectiva lo más realista y pragmática posible. Confío en que el lector abandone esa actitud universal que confunde los hechos con los valores, los deseos con las realidades. Cuando decimos que la banda de Dillinger, en determinada coyuntura, es más fuerte que la de Al Capone, ello no significa que admiremos al primero, ni que compadezcamos al segundo. Confío también en que se comprenda que cuando hablo de Rusia y de Estados Unidos, estoy hablando de los regímenes y de las capas que dominan en ellos, no de los pueblos ruso y norteamericano.

Lo que hay que desear y no desear; lo que hay que hacer y lo que no hay que hacer en esta coyuntura histórica cuando se ha comprendido que el «socialismo» ruso equivale a la transformación de los países dominados por él en campos de concentración, y que las pretendidas «democracias» occidentales son en realidad

oligarquías liberales pseudorepresentativas; lo que puede y lo que debe, lo que no puede y lo que no debe ser sostenido y defendido en la actual situación; si hay, o no, una salida a la encerrona en la que la historia parece acorralarnos, es otra cuestión. Pero para ver claro en todo ello, primero hay que ver y comprender lo que hay.

*

Razones prácticas y la urgencia del problema me han llevado a publicar este libro en dos volúmenes, el segundo de los cuales aparecerá este otoño. Estará fundamentalmente dedicado a la discusión de los problemas teóricos y políticos suscitados por los análisis aquí presentados.*

París, 9 de abril de 1981

* En la fecha de publicación de este libro, en su edición en lengua castellana —junio de 1986—, este segundo volumen todavía no ha visto la luz en Francia. Al final de este volumen se encontrará anunciado el índice del segundo. (N. del E.)

Capítulo 1
Primeras visiones de conjunto*

La nueva situación mundial

Las reflexiones que van a leerse tienen su punto de partida en acontecimientos coyunturales. Invasión y ocupación rusa de Afganistán. Levantamiento popular y derrocamiento del régimen en Irán, seguidos de una combinación de anarquía y de teocracia incipiente. Conquista vietnamita de Camboya, tras el exterminio de la mitad de los camboyanos por «sus propios» dirigentes.[a] Instauración de regímenes sostenidos y mantenidos por Rusia en Angola, en Mozambique, en Etiopía, en Yemen del Sur. «Crisis de la energía», inflación acelerada, conmoción y colapso del curso hasta entonces aparentemente tranquilo del capitalismo moderno.

Aparte, tal vez, del resurgimiento en Irán de la religión como factor social y político (volveré sobre ello), ninguno de estos hechos presenta, en sí mismo, una novedad esencial de significación. Sin embargo, el paisaje histórico se ha visto bruscamente modificado (o nuestra imagen de este paisaje, pero eso es indeterminable y, a fin de cuentas, viene a ser lo mismo). Hay acumulación o, mejor dicho, sinergia, multiplicación y potenciación recíproca de estos hechos y de sus repercusiones.

* Publicado en el n.º 8 de «Libre», París, Payot, mayo 1980 (págs. 217-250). Reproducido aquí sin modificación, salvo la corrección de errores de imprenta y de algunos *lapsus calami*, y la inclusión en el texto principal de algunas notas a pie de página referentes a la sustancia de las cuestiones. Algunas notas nuevas están indicadas con letras.

a. La cuestión del número «exacto» de camboyanos exterminados por «sus» gobiernos comunistas sucesivos y por los ocupantes vietnamitas es tema de ásperas controversias desde hace bastante tiempo. Noam Chomsky en Estados Unidos y Serge Thion en Francia, entre otros, consideran que las cifras ampliamente difundidas (y a las que hace alusión el texto) son desmesuradamente exageradas. No voy a entrar en esta discusión, que es ajena a mis intenciones.

Como manifestaciones de una crisis profunda del sistema mundial de dominación —después de su fase de relativa estabilidad entre 1953 y 1973— todos estos hechos se remiten a ella para agravarla. Para calibrar su peso hay que proyectarlos sobre el fondo socio-histórico de la época: desgaste creciente del tejido social y descomposición de los mecanismos de dirección de la sociedad en los países occidentales de capitalismo moderno; colapso interno de la sociedad burocrática rusa y fuga hacia delante en la expansión imperialista; incapacidad del capitalismo de transformar y de asimilar verdaderamente inmensas regiones del Tercer Mundo —países islámicos, India, Africa— y crisis que resultan de ello.

La inestabilidad y los desgarramientos internos del sistema mundial de dominación son tales que nos hallamos, nuevamente, ante la perspectiva de una guerra mundial. Aquí no se trata de formular «previsiones» sobre la proximidad, el alejamiento o una nueva actualización indefinida de la explosión efectiva de dicha guerra. El lector que leyera lo que sigue como una «previsión» cometería un contrasentido total. Se trata de orientarse en una situación en la que la perspectiva de la guerra se ha convertido de nuevo en un ingrediente decisivo y que contiene, como una de sus posibilidades y probabilidades efectivas, la confrontación abierta de las dos superpotencias —de los dos super-gangs.

Esta posibilidad se convierte, a la vez, en factor constitutivo de los desarrollos efectivos. En la actualidad, y sin duda durante muchos años todavía, la situación mundial sólo puede concebirse teniendo en cuenta —y en primera línea— la perspectiva de la guerra.

Nada podemos hacer respecto al proceso en curso de ampliación y que sólo adquiere sentido por referencia a la guerra, próxima o dife ida. Nada podemos hacer, tampoco, en cuanto a la actitud de enormes cantidades de personas, que aquí o allá abajo —al otro lado del telón de acero— sería la única que podría detener el proceso. Todo lo que se espera de nosotros es que contribuyamos a que pervivan, a través del cataclismo que se cierne sobre nosotros, gérmenes, en la mayor cantidad y con el mayor vigor posibles, de espíritu crítico, de lucidez, de responsabilidad.

Por eso, y ante el concierto de mistificaciones que ya está subiendo de tono —todavía no es nada frente a lo que nos

espera en el futuro—, y por todos lados, se trata primero y ante todo de ver claro.

No pretendo escribir una tesis universitaria, y tampoco he querido alargar desmesuradamente este texto multiplicando las referencias o las discusiones secundarias respecto a la línea principal de la argumentación. Para cada afirmación concreta del texto, podría aducir decenas, si no cientos de citas. Ello me parece superfluo, ya que hablo de hechos que debo presumir son conocidos por todos los que siguen, con un mínimo de atención, la prensa cotidiana. Si, por ejemplo, a propósito de la cuestión de la instalación de nuevas armas nucleares tácticas en Europa, mencionada en el texto, alguien pregunta: qué son los misiles Pershing, los SS-20 y los Backfire —cuando la discusión sobre estas armas y sus cualidades respectivas ha llenado las páginas de los periódicos desde hace seis meses— o: qué le permite afirmar que para esta instalación harán falta varios años —cuando se trata de declaraciones oficiales y publicadas en todas partes—, no he considerado que fuera de mi incumbencia subsanar ese tipo de lagunas de información. Más sutil sería el caso del filósofo que hubiese oído hablar vagamente de un objeto denominado Mig 25 pero que no supiese que este aparato supera a los aviones norteamericanos correspondientes, y sobre todo no consiguiese comprender que su existencia y su producción en serie implican, por encima y lateralmente, una sociedad *cualitativamente distinta* de lo que hemos analizado, desde hace treinta y cinco años, como la sociedad rusa «civil»: defecto de información tecnológica o de imaginación sociológica que, de nuevo, tampoco puedo subsanar. Pero no vaya a creerse por ello que exista aquí una línea divisoria entre «gente informada» y especialistas, y los demás. Los resultados de la voluntad de no ver son prodigiosos. Se puede ser periodista «político» —yo los he visto— y no darse cuenta —o no querer darse cuenta— de la incapacidad total de las fuerzas de la OTAN en Europa para rechazar una ofensiva rusa conducida con medios clásicos. Ahora bien, el hecho de que las fuerzas de la OTAN estacionadas en Europa hayan sido siempre y sigan siéndolo sin interrupción desde hace treinta años incapaces de llevar a cabo la misión «clásica» que en teoría tienen asignada: diferir una ofensiva rusa el tiempo de permitir una movilización

norteamericana y el traslado a Europa de las divisiones U.S. (¡asunto que llevaría, actualmente, varios meses!) —este hecho es reconocido y proclamado por los responsables oficial y regularmente, año tras año. Y, sólo esto, basta para apoyar la argumentación de una gran parte de este texto.

Es evidente que este texto es un «texto de opinión», y no veo qué otra cosa podría ser un texto que abordase estas cuestiones. O bien se esconde la cabeza bajo una manta (y la tentación de hacerlo desde luego es muy grande: la idea de una posible guerra resulta sumamente molesta); o bien se corre el riesgo —que en realidad no lo es, ya que se corre de todas formas, incluso diciendo: todo esto no es tan grave, o bien: la situación es altamente enigmática— de formarse una opinión, frente a los acontecimientos, con el máximo de información y de raciocinio, y de expresarla. La vida política está *necesariamente* basada en la opinión, la *doxa*. No existe una ciencia de las cosas futuras y de lo «contingente». Pero sin una *visión* de estas cosas futuras, no hay actitud ni actividad política posible. La filosofía, la ontología de la historia o el pensamiento del ser histórico en general y en tanto tal no entran en el marco de lo que me he propuesto.

Por último —el punto más difícil— no todas las opiniones evidentemente tienen el mismo valor; *y* no existe un procedimiento *a priori* para decidir entre ellas. Hay aquí una «facultad» originaria e irreductible del espíritu —análoga a la «facultad del juicio» kantiana, o mejor dicho, próxima a la *phronésis* aristotélica, tan mal traducida por el latín *prudentia*—. Llamémosla la facultad de orientarse en la historia (y antes en la vida). Discernir, en el caos de los hechos, informaciones, tendencias, posibles, argumentos, razonamientos, objeciones y contra-objeciones, lo que cuenta y lo que no cuenta, lo que es sumamente probable y lo que lo es muy poco, el factor que posee o puede adquirir un peso decisivo y el que puede ser negligido o subordinado; ello revela una aptitud que todos poseen en mayor o menor grado, y que desde luego se desarrolla considerablemente con la experiencia, el interés, la fricción con el objeto, la posibilidad de discusiones libres, pero que no puede reducirse a procedimientos «racionales». El griego moderno lo expresa diciendo que alguien «comprende de qué se trata». Proust le dedicó unas hermosas líneas, a propósito del diagnóstico del eminente clínico, de la intuición del jefe militar, del olfato

policial. La «facultad de juicio» es la capacidad de subsumir el caso bajo la regla; pero alguien que, frente a un enfermo, enumera mentalmente todas las enfermedades que ha estudiado en nosología, no es y nunca será un médico. Y el que, a propósito de los problemas discutidos en este libro, objete que aquí no se ha hablado de China ni del Japón, es alguien que «no comprende de qué se trata».

Política y sociedad rusas

Ciertamente, hace falta ser dos para hacer una guerra. Pero ello no significa que papel y «responsabilidad» de ambas partes en un conflicto deban ser necesariamente iguales. Como tampoco que la designación del agresor, la imputación de la iniciativa y de la responsabilidad inmediata en el desencadenamiento de una guerra resuelva la cuestión de los aciertos y de los errores respectivos, de la posición política a adoptar ante el conflicto.

Sobre estas cuestiones, infinitamente complejas, insistiré en la continuación de este libro. Pero señalemos ya ahora que frente a ellas los esquemas habituales de pensamiento no son de ninguna ayuda, sino que hacen más bien de pantalla. En particular, la ideología tradicional de la «izquierda» hace todo lo posible para camuflar la realidad, sirviéndose de lo que queda de los sempiternos esquemas apolillados, trasnochados, vacíos. Las invasiones rusas de Hungría en 1956, de Checoslovaquia en 1968 (que habrían conducido a guerras de no haber sido aplastante la desproporción material entre agresor y agredido), la *conquista territorial* y la *anexión de hecho* (ya que de eso se trata) de Camboya por el Vietnam, son ignoradas o «explicadas», como se puede, según el catecismo particular que se profesa. Pero, siempre, la misma pseudoteoría de los «motores de la guerra», el mismo recurso a los pseudoanálisis «económicos», la misma conclusión: la guerra es de esencia cuando es hecha por los capitalistas (privados), es accidente cuando es hecha por los rusos.

Pero el primer hecho que hay que considerar y explicar es que, de las dos superpotencias que se hallan enfrentadas, sólo Rusia conduce y *tiene la posibilidad de conducir*, actualmente, una política ofensiva. No es el capital financiero el que ha enviado a los cubanos a Etiopía, la tendencia a la baja en la tasa

de beneficios la que ha llevado a los vietnamitas a Camboya, la desvalorización del capital lo que ha obligado a los rusos a invadir Afganistán. Y no es ciertamente la necesidad de defender a Rusia —ya que está «defendida» todo lo posible y necesario desde que adquirió la bomba H y los vectores correspondientes, es decir, desde hace más de veinticinco años— la que ha llevado al Kremlin a incrementar y a acumular incesantemente los medios de guerra terrestres (terreno en el que ya de entrada poseía una superioridad aplastante, que no ha cesado de aumentar), a construir una flota que rivalice con la flota norteamericana, en fin, a pretender, y a empezar a realizar, la superioridad en materia de armamentos nucleares. Esta política ha sido perseguida, estos armamentos gigantescos han sido acumulados con una eficacia considerable, en un país donde todavía no se ha conseguido, ni lejanamente, satisfacer lo que se ha convenido en llamar las necesidades «elementales» de la población, donde la totalidad de la economía «civil» se halla en un estado lamentable, donde la agricultura —netamente exportadora durante milenios— no alcanza a alimentar a la población. La alternativa: trigo o bomba H fue zanjada por el Kremlin neta y categóricamente, y ello desde hace mucho tiempo.

*

Aquí se hace necesario un paréntesis. El «total» de los gastos de armamento rusos no es, ni puede evidentemente ser conocido (contrariamente al de los gastos de armamento de los países llamados «occidentales»). Ello se explica por múltiples razones, de las que bastará enunciar la primera: el presupuesto oficial ruso no significa nada, a ningún efecto, y nadie, al no existir ninguna clase de control público, puede saber qué parte de los gastos militares ha ido a parar a los presupuestos de las diferentes administraciones, ministerios, etc. Esta es sólo una, entre otras muchas, de las ventajas secundarias de un régimen verdaderamente democrático basado en esta auténtica expresión de la voluntad popular que es un partido único que reúne el 99,99 % de los votos en todas las elecciones. Los ejercicios de estimación de estos gastos, a los que se entregan permanentemente los expertos «occidentales» (y cuyas conclusiones, por otra parte, son a menudo modificadas), son fútiles. No sólo sus bases son extraordinariamente inciertas: son *conceptualmente*

imposibles. Ya la comparación en «términos reales» del PNB de Francia y Estados Unidos, por ejemplo —o incluso de Francia en 1979 y de Francia en 1975— plantea problemas que son, por principio, rigurosamente insolubles. Sin entrar en detalles técnicos, indiquemos simplemente que el método utilizado con mayor frecuencia por los expertos «occidentales» para proceder a estas comparaciones —estimar lo que supondría para Estados Unidos la producción de la misma cantidad de armamentos, el mantenimiento del mismo número de hombres bajo las armas, etc.— tropieza de lleno con el mismo problema. Dos sesgos sistemáticos aparecen evidentemente aquí (conocidos y «teóricamente» tenidos en cuenta): el mantenimiento de un soldado ruso cuesta mucho menos que el mantenimiento de un soldado americano; la producción de cualquier producto de tecnología por poco avanzado que sea debe costar mucho más en Rusia que en Estados Unidos. Pero ¿cuánto? La discusión es fútil, si pretende comparar los potenciales militares, ya que, de todas formas, debe partir *suponiendo* estos potenciales militares (en términos de «objetos» o de entidades reales) como *conocidos*. Si se sabe que los rusos poseen 2.000 ICBM de una determinada potencia, y los norteamericanos 1.000, de los que una determinada proporción ha sido «mirvada», (cabezas múltiples), ése es el hecho pertinente, y no el coste respectivo en dólares o en rublos. Y lo mismo puede decirse de las comparaciones globales: los «dólares» gastados por una y otra parte no dicen nada sobre el hecho de saber si dos portaviones suplementarios norteamericanos equivalen a cuatro divisiones blindadas suplementarias rusas.

Lo único que aquí cuenta, son los valores de uso: cantidades y calidades. La «suma» de estos valores de uso (la transformación de estos vectores en escalares) solamente se producirá, evidentemente, en el momento de la verdad. Lo que se conoce actualmente es, desde el punto de vista «cuantitativo», la superioridad aplastante de los rusos en el terreno de la guerra «convencional»; y su potencia nuclear igual o superior a la de los norteamericanos. En cuanto al punto de vista cualitativo, lo que se ha podido constatar durante la guerra del Kippur (armas individuales anti-carros, aviones, etc.), así como sus ejercicios espaciales, no permiten en absoluto pensar en una inferioridad.

*

Cerremos el paréntesis, y hagámonos esta pregunta: ¿cómo es posible, en un país en el que —incluso dejando de lado el problema de la agricultura— no se llega a abastecer los almacenes de monturas de gafas ni de blue-jeans, donde se debe recurrir a firmas extranjeras (capitalistas) para montar fábricas de coches, de Pepsi-Cola, de acerías, para obtener material de perforación petrolífera, etc.; cómo, en un país así, se puede disponer de los medios tecnológicos y productivos necesarios para constituir un armamento y una industria armamentista de un *output* global superior al de Estados Unidos? Sólo hay una respuesta posible, que es evidente y, a la vista de los resultados, pura tautología: no hay una Rusia, hay dos. No hay una «economía» y una «producción» rusas, hay dos. Está la producción, la economía, la vida de la Rusia «civil»; y la producción, la economía, la vida de la Rusia «militar». Es a la primera, y únicamente a la primera —a la Rusia «civil»—, a la que se refieren las distinciones y las constataciones, perfectamente justificadas por otra parte, sobre la existencia de varios sectores:[1] el sector planificado «oficial» (el que abastece los almacenes con mercancías inferiores, inutilizables o inexistentes); el sector reservado al consumo privado de la burocracia (almacenes especiales, etc.); el sector «libre» reconocido o tolerado (mercado de algunos productos agrícolas, por ejemplo); y el sector negro. En cuanto a la otra, está constituida por el descremado sistemático de los mejores recursos en todos los órdenes —y, en primer lugar evidentemente, de los recursos humanos— de todos los ámbitos de interés para el Aparato militar. Cómo puede llevarse a cabo no es muy difícil de imaginar: supongamos que en Francia, se seleccionara al 30 % de los que llegan en cabeza a las pruebas de ingreso o a los exámenes finales de las «grandes escuelas», y se los introdujera en una casta dotada de toda clase de privilegios y de un nivel de vida varias veces superior al que podrían tener en cualquier otra parte. En cuanto a los productos «materiales» propiamente dichos, saber si el Ejército posee sus acerías especiales, sus fábricas especiales de material electrónico o incluso de tejidos, o bien si, simplemente, elige cuidadosamente en la producción «general» los productos que pasan sus pruebas de calidad

1. Véase, por ejemplo, en el n.º 7 de «Libre» el artículo de G. Duchêne, «L'officiel et le parallèle dans l'économie soviétique», págs. 151-188.

—dejando el resto, es decir las baratijas, al sector «civil»—, es una cuestión secundaria. De todas formas, es tan sólo una cuestión de *proporción:* el Ejército no tiene necesidad de poseer sus propios campos de trigo o de algodón y las fábricas de armamento propiamente dichas están evidentemente bajo su control directo y total. Inversamente, este descremado contribuye a agravar el crónico deterioro de la economía «civil», resultado, esencialmente, de la resistencia de los productores y de las profundas irracionalidades inmanentes a la gestión burocrática.

Aquí no se trata de kremlinología, ejercicio generalmente ridículo y en el mejor de los casos fútil. No digo que la camarilla militar, actualmente, pese más que otra en el Politburó. No se trata de camarilla militar, sino del Ejército como cuerpo social. Se trata de conclusiones sociológicas que se desprenden casi inevitablemente de esta constatación de hecho: Rusia se ha convertido en primera potencia militar mundial, con lo que ello presupone industrial y tecnológicamente, a la vez que no consigue almacenar a tiempo las cosechas de trigo ya insuficientes. Son dos mundos prácticamente separados, salvo que el segundo proporciona la materia prima —ya sea carbón o soldados de infantería— al primero. Todo sucede como si sociedad y economía estuviesen perfectamente escindidas en dos partes. Todo sucede como si la «sociedad militar» formase una *sociedad aparte* en la «gran sociedad» rusa (y esto, evidentemente, a un nivel cualitativamente distinto al del *establishment* militar en los países «occidentales»). Teniendo en cuenta lo que el Ejército como cuerpo social consigue obtener de la sociedad rusa, y lo que éste le «cuesta», el problema se plantea así: ¿en qué medida la sociedad rusa es todavía —como creemos desde hace décadas— una sociedad dominada por una burocracia cuyo centro, núcleo, alma y agente activo es el Partido/Estado; y en qué medida no es ya, o no está convirtiéndose, en una *estratocracia* (*stratos* = ejército), al asumir el Ejército como cuerpo social, a través de sus grados superiores, la dirección y la orientación efectiva de la sociedad?

*

Lo que el Ejército obtiene de la sociedad, y lo que a ésta le cuesta: a este respecto la discusión de los «gastos militares» en

términos económicos recupera un sentido (que no tiene, como hemos dicho, si se comparan los potenciales militares internacionalmente). Sin olvidar las reservas y las consideraciones formuladas más arriba —cuya importancia no nos cansaremos de subrayar— la mejor estimación posible, *a nivel de magnitud*, es que el conjunto de los gastos militares rusos debe representar una proporción del producto social tres veces mayor que la observada en Estados Unidos; algo del orden del 15 % del producto social, en el caso ruso, contra el 5 % en el caso de Estados Unidos. (Obsérvese que, teniendo en cuenta la diferencia absoluta en la producción de los dos países, estas mismas proporciones asegurarían una aproximativa igualdad de sus gastos «en valor».) Para comprender lo que esto significa, hay que darse cuenta de que una economía moderna en régimen de fuerte crecimiento (por ejemplo, Alemania, Francia o Italia durante el período 1950-1973) no destina más del 10 % de su producto social a la inversión *neta* —a saber, al incremento de su capital, a la producción de medios de producción que vayan más allá de la sustitución de estos medios deteriorados o anticuados, que condiciona precisamente este crecimiento (esto de nuevo, «cualitativamente» y «en orden de magnitud», y sin olvidar todas las reservas que suscitan la mensurabilidad del producto social, el concepto de inversión «neta» desde el momento en que hay cambio técnico, etc.). Lo que equivale a decir que el «crecimiento» (en el sentido capitalista del término, por supuesto; pero en Rusia nunca se ha tratado de otra cosa: «alcanzar y superar a Norteamérica») de la economía rusa ha sido, en gran parte, «sacrificado» al Ejército. Estas consideraciones cuantitativas se ven nuevamente reforzadas si consideramos las repercusiones «cualitativas» del descremado del que hablaba más atrás: no son quince ingenieros sobre cien los que se queda el Ejército; son los quince «mejores».[b]

b. «He citado este pasaje a Vladimir Sijov que me ha contestado riendo: "Su autor se equivoca. ¡Los cien trabajan para el Ejército!" Esta *boutade*, expresada de forma algo brutal, encubre una situación real que no ha pasado desapercibida para Castoriadis: que la industria de armamentos no es, ni muchos menos, la única que trabaja para el Ejército, ya que una multitud de ramas de la producción están subordinadas a la "Rusia militar", amplios sectores de la industria civil trabajan a pleno rendimiento para las necesidades del Ejército». E. Silianov, en *Les Russes vus par Vladimir Sichov*, París-Match/Edition n.º 1, París, 1980, pág. 36.

Para el lector distraído, repito y subrayo: mi argumento *no está* basado en la proporción de los gastos militares. Estos mañana podrían alcanzar en Estados Unidos el 20 % del PNB sin que ello, en sí mismo, modificase la «naturaleza» de la sociedad norteamericana. La dimensión económica es invocada aquí *únicamente* para demostrar que existe una *opción* sistemática tomada y seguida, que esta opción cuesta muy cara y que sería incomprensible de no hallarse integrada en «opciones» más generales de política tanto interior como exterior. Estas, a su vez, contribuyen fuertemente a la conformación de la sociedad rusa. Inútil precisar que cuando hablo de «opciones», no estoy pensando en absoluto en decisiones puntuales y «racionales» propias de jugadores de ajedrez.

Mi argumento está basado en la diferencia *cualitativa* —que sólo puede impugnarse con declarada mala fe— de la producción y del funcionamiento *efectivos* de la «sociedad militar» y de la «sociedad civil» en Rusia. Los Mig 25, los SS-20, los Backfire y los Soyuz no se compran en los supermercados, ni en Moscú ni en Nueva York. Pero lo que se compra en los supermercados de Nueva York es cualitativamente parecido a lo que se produce para el Ejército, y, *grosso modo*, funciona o no funciona al mismo nivel. Mientras que en Rusia un abismo cualitativo, ampliamente conocido, cotidianamente testimoniado por las publicaciones rusas *oficiales*, separa a ambos sectores. Esa es también la razón por la que la idea del *superarsenal* militar ruso —aleccionados por la experiencia de la guerra 1941-1945, los dirigentes militares rusos llevarían a cabo la máxima acumulación posible de medios en tiempo de paz, sabiendo que su producción y sustitución en tiempo de guerra serían muy difíciles—, sin ser falsa, no responde a la pregunta, no explica el *explicandum*: que en uno de los sectores, el sector «militar», todo parece funcionar casi a la perfección y en el otro, el sector «civil», todo sigue siendo caótico y ruinoso.

No se puede montar una fábrica que construya Mig 25, *sin más*. Dicha fábrica sólo es *materialmente* posible como elemento de un subconjunto más o menos «completo» —de una «submatriz»— de la producción, más o menos *separable* del resto (salvo para algunos *inputs* primarios), que comporte decenas si no cientos de «ramos» funcionando, *todos ellos*, a un nivel *cualitativamente distinto* de la industria «civil». Sabemos, más o menos, cómo «funciona» una fábrica normal rusa. Se puede estar

categóricamente seguro —a la vista de los *outputs*— de que las fábricas que producen material militar, y *todo lo que éste exige* mínimamente diferenciado para su producción, *no* funcionan de esta forma. Y, por no citar más que una de las innumerables implicaciones de este hecho, ello significa también, en dichas fábricas, una actitud completamente distinta de los *obreros*. Cómo se ha llegado a ello, si ha sido únicamente mediante salarios más elevados y otros privilegios, es otra cuestión a explorar.

Asimismo, hay que comprender que lo que se discute no es la capacidad de los rusos de «inventar» (o de «reinventar» o de «copiar» o de «robar» a los norteamericanos) un determinado producto. Como es sabido hoy en día las informaciones requeridas para fabricar una bomba atómica son del dominio público, y un estudiante de física podría fabricar una con medios artesanales de disponer de una pequeña cantidad de materia fisible. Lo que se discute es la producción industrial de una masa enorme de productos de altísima tecnología aplicada, y que *funcionen*.

Estas mismas consideraciones son las que hacen fútiles los contra-argumentos que apelan, por ejemplo, a la Alemania nazi. Ciertamente, Hitler aumentó considerablemente los gastos de armamento a partir de 1933; pero lo único que necesitaba, para equipar a la *Wehrmacht*, era simplemente orientar de otra forma respecto al producto final una parte de la industria alemana, sin modificar en absoluto el resto.

*

Ahora bien, una «elección» de este tipo evidentemente no es gratuita —ni en cuanto a sus presupuestos, ni en cuanto a sus implicaciones y consecuencias, internas y externas. Treinta años después del final de la «reconstrucción», Rusia sigue sin conseguir convertirse en una «sociedad de consumo» (transición que países tan pobres, y tan mal gestionados, como España y Grecia han llevado a cabo en no más de diez años). Si los países «occidentales» pueden mantener un régimen liberal, sin Gulag y sin ideas, es *también* —aunque no sólo— porque pueden proporcionar a la población «mercancías» en cantidad creciente cada año (lo que plantea evidentemente la cuestión de la estabilidad de estos regímenes, si la interrupción del crecimien-

to debiese prolongarse durante varios años). Desde el punto de vista de las capas dominantes, una política que sigue poniendo el acento en la represión más que en el embrutecimiento consumista no es evidentemente la única posible, ni, incluso en teoría, la más beneficiosa.

Ciertamente, no nos encontramos en el terreno de las elecciones «racionales», y estoy muy lejos de subestimar las irracionalidades profundas, las inercias «activas» insuperables que dominan, de parte a parte, el sistema burocrático totalitario ruso, más que cualquier otro régimen social contemporáneo. Ya he escrito en numerosas ocasiones[2] que la transición hacia un régimen burocrático más «blando», en Rusia, teóricamente posible, es prácticamente inconcebible. En última instancia, Rusia —al igual y en mayor medida que las demás sociedades— es una inmensa avalancha que avanza a merced de su peso y de las inclinaciones del terreno, y que nadie —ni individuo ni capa social— «dirige» ni puede «dirigir».

Lo que no implica que en este movimiento no puedan discernirse algunas constantes, y que el problema no se plantee con insistencia: ¿cuál es pues el factor que hace que, de manera consistente, coherente, ininterrumpida, desde hace décadas, el Ejército absorba la mejor parte de los recursos de este país —la parte que, al término de este tiempo, habría salvado precisamente la diferencia entre el estado de penuria civil actual y el estado de una economía medianamente próspera? ¿Por qué y cómo el «Partido» ha hecho sistemáticamente que ésta *sea* efectivamente la opción *ex post facto?* ¿Cómo es posible que jamás haya existido, en el seno del «Partido», una fracción que proponga e imponga una «política» más «política»? (Tampoco el episodio Kruschev escapa a esta constatación: fue Kruschev quien instaló los cohetes rusos en Cuba.)

La respuesta más plausible a esta pregunta es: porque una fracción así no habría tenido —no ha tenido— ninguna posibilidad de existir. Y esto, porque desde hace mucho tiempo, el poder efectivo, respecto a las orientaciones decisivas, pertenece al Ejército, a las cúpulas del Aparato burocrático *militar.* (Lo que no ocurría *en absoluto* bajo Stalin, por ejemplo.)

¿Qué es lo que, en un régimen totalitario del tipo del

2. En último lugar en «Le régime social de la Russie», «Esprit» (n.° 7-8), julio-agosto 1978.

régimen ruso *en su situación actual*, puede impedir a quienes tienen en sus manos los instrumentos y los medios efectivos del poder —el Ejército— tener *el* poder en sí mismo? ¿Qué es lo que, careciendo de vida política, de opinión pública que pueda manifestarse, de control institucional, de legalidad efectiva que rija la ascensión y la sucesión a los puestos supremos, podría contrarrestar el peso real del Ejército? ¿En qué puede apoyarse el poder del Partido?

Evidentemente, el poder del Partido nunca se ha apoyado en nada más que en lo imaginario —en todos los sentidos de este término. Más adelante insistiré en esta cuestión bajo sus aspectos más importantes. Se trata, por el momento, de lo imaginario en el sentido más corriente y más evidente: cómo está encarnado e instrumentado en y por el Terror por una parte, la Ideología, por otra.

¿Qué hay más horriblemente «real» que el Terror, y el Terror ruso entre todos, las decenas de millones de cadáveres, los decenios pasados por la gente en el Gulag? Ciertamente. Pero ¿cuáles han sido las condiciones *necesarias* del Terror? En un extremo, el más importante, la *representación* de millones de personas a las que no podían, no les era posible resistirse. Cómo esta representación ha llegado a existir y a prevalecer, y de dónde arranca por otra parte, no entra en nuestros propósitos. Pero Solzhenitsyn, y otros disidentes, han dicho y repetido lo que ya sabíamos desde hace tiempo, al menos desde La Boétie. En definitiva, el Terror no habría sido «inevitable» si todo el mundo, en cierta manera, no hubiera colaborado, aunque sólo fuera haciendo como si fuese inevitable. —En el otro extremo: ¿por qué fue Stalin quien hizo detener y ejecutar a Yagoda, o Yejov, etc.— y no al revés? ¿Por qué son los otros miembros del Politburó los que ejecutan a Beria durante la sesión —y no una cuadrilla de hombres de Beria quienes detuviesen a estos miembros antes de comenzar la sesión del Politburó? Así como el más primitivo de los primitivos cree en su fetiche, asimismo Yagoda cree que Stalin es intocable. Breznev, en 1964, pudo demostrar en la práctica que Kruschev no era intocable.[3] En fin: el Partido sólo puede disponer del

3. Subrayo este aspecto —constante, por otra parte, de los regímenes tiránicos, y tan admirablemente visto por Shakespeare, especialmente en *Ricardo II*— en «La chute de Khrouchtchev», «Socialisme ou Barbarie», n.º 38 (octubre 1964).

Terror si todo el mundo cree que el Partido dispone del Terror.

Y, bajo esta forma, el Terror ya no existe —en todo caso ya no es lo que era.

Y ahora ya, la Ideología tampoco existe. Los toscos catecismos de Stalin (o, por otra parte, de Mao) pudieron durante mucho tiempo, independientemente de su calidad «intrínseca», jugar un papel social e histórico. Por otra parte *siempre* lo juegan —pero *en otro sitio:* en Africa o en América latina. El hecho es que en Rusia ya no lo juegan: ya nadie cree en ellos, ni la burocracia del Partido ni el resto de la población. La sociedad rusa se convierte —tiende a convertirse— en una sociedad *cínica*.[4] El Partido no es más que un simple ensamblaje de trepadores y de arribistas autocooptados. Es, y debe pretender siempre, ser Todo —y no es, prácticamente, Nada. En cierto sentido él mismo ha proclamado su muerte, y ello de varias maneras, el día en que, por boca de Breznev, dijo: no esperéis nada más, no hay otro «socialismo» ante nosotros, el único socialismo es el que existe aquí y ahora, en Rusia, el «socialismo efectivamente realizado». En pocas palabras: no hay otro «porvenir histórico» que este espantoso presente.

El partido, «funcionalmente» un parásito desde siempre, se ha proclamado a sí mismo parásito histórico. Ha «cumplido su misión histórica», conducir Rusia al socialismo, es decir, producir esta industrialización coja y renqueante. La «función» que le queda —la «dirección» de la sociedad— la lleva a cabo lo peor que puede, como todo el mundo está harto de saber y de ver. Por enésima vez, Breznev se vio obligado, a finales del año pasado, a proclamar públicamente que más o menos nada funciona, que la economía está estancada, la productividad también, que todas las medidas tomadas, revocadas, vueltas a tomar, se han revelado vanas.

La única «Ideología» que permanece o puede permanecer viva en Rusia es el chovinismo imperial-ruso. Lo único imaginario que conserva una eficacia histórica, es lo imaginario nacionalista —o imperial. Este imaginario no tiene necesidad del Partido —excepto como máscara y, sobre todo, intermediario de propaganda y de acción, de penetración internacional. Su portador orgánico es el Ejército. El Ejército que, contrariamente al Partido, el cual sigue siendo incapaz de resolver la cuestión

4. Cf. «Le régime social de la Russie», *l.c.*

de su «dirección», es una estructura esencialmente *estable*, que combina, salvo en puntos marginales y desde que se desembarazó de las interferencias nefastas del Partido, la estabilidad y la regularidad de un Aparato burocrático-militar de tipo tradicional, y a la vez los rasgos y el «trabajo» de una burocracia moderna, destinada a las tareas de su autoadaptación y automodificación. El Ejército es *el único sector verdaderamente moderno* de la sociedad rusa —y el único sector que *funciona* efectivamente.

Todo hace pensar que ya no hay que hablar de Rusia como de una sociedad dominada por el Partido/Estado totalitario, esa creación de Lenin perfeccionada por Stalin. Todo hace pensar que habrá que considerar, cada vez más, a la sociedad rusa como a una sociedad *estratocrática*, donde el cuerpo social del Ejército es la instancia última de la dominación efectiva (y no tan sólo el garante último del orden establecido, interior y exteriormente) —la cual, por innumerables razones, históricas y actuales, debe y deberá mantener vivo, como máscara y como instrumento (a la vez indispensable y deplorable), al Partido. El papel principal de este último consiste cada vez más en esto: por una parte, gestionar como subcontratado a la sociedad «no militar» en los márgenes dejados por las exigencias del Ejército; por otra parte, ser el *Propagandastaffel* interior y sobre todo exterior del G.Q.G. del Ejército ruso. Este no puede partir a la conquista del mundo en nombre de Cristo, del Zar o de la Santa Rusia: mucho más rentable y eficaz, hablar —como su portavoz Marchais— de la «lucha de clases a escala internacional».

En la sociedad rusa, en esta fase en que el totalitarismo de viejo estilo (estalinista) se resquebraja y se descompone, el Ejército aparece como la única fuerza efectiva que todavía puede mantener unida a la sociedad.

Los zeks, en el Gulag, se hacían tatuar sobre la frente: «esclavo del Partido comunista de la Unión soviética». Tal vez haya llegado el momento de descifrar, sobre la frente de todos los ciudadanos de la U.R.S.S., este otro tatuaje escrito con tinta invisible: «siervo del Gran Ejército del Imperio ruso».

*

Precisemos un poco más las ideas de sociedad militar y del Ejército como cuerpo social. Ya veo fruncir el ceño a los

sociólogos: ¿qué quiere decir cuerpo social? ¿Dónde ha definido usted este concepto? —Este tipo de discusiones no me interesan. En francés se dice: espíritu de cuerpo, cuerpo profesional, etc. En Rusia —al menos ésa es mi tesis, y para discutirla hay que entenderla— se trata de una realidad socio-histórica nueva. Quienes, cuando oyen la palabra «Ejército», piensan en los *condottieri*, o en los *lansquenets* o en los oficiales de Courteline, no entenderán gran cosa. ¿Bajo qué concepto se engloba el Ejército ruso de los años 1980? Bajo el concepto «Ejército ruso de los años 1980». Tenemos aquí, para *abordar* la cuestión: en primer lugar, la *realidad* de lo que es un gran Ejército *moderno* (y en efecto sólo existe uno y medio: el ruso y el norteamericano, que no está verdaderamente «desplegado»). No consiste en oficiales y soldados. Es un aparato técnico-burocrático-industrial inmenso, en el que el lado técnico-industrial va acentuándose cada vez más. Y ser un «buen oficial» no consiste en velar por el estado impecable de las impedimentas de la compañía, ni en llevar a los soldados al combate empuñando el arma. Es participar, en función de una especialización y de una cualificación técnicas, en la gestión de un inmenso *multi-trust*, que engloba innumerables actividades, las cuales deben ser constantemente co-ordenadas. En Rusia habrá algo así como veinte millones de personas activas (tal vez quince, tal vez veinticinco; desde luego no un millón y desde luego tampoco cien millones) integradas en este multi-trust (no hablo evidentemente de los «soldados»). Hay, dicen («Le Monde», 7.3.80), 100.000 *especialistas* en la guerra química: *¡sólo* en la guerra química! («industria» que «consume» poquísima «mano de obra», desde el punto de vista de su «producción»). Si se corrige esta cifra por 50.000 o por 150.000, la cosa no cambia. Discutir sobre esta realidad en términos de «Ejército profesional» o no, es demostrar que no se entiende el problema en absoluto. Los siglos XVIII y XIX quedan muy atrás. La distinción entre Ejército de profesión y ejército de conscripción, etc., ya se ha superado. Ahora bien, segundo punto, este cuerpo social, este «Ejército» que es un multi-trust, en *Rusia*, y dado lo que es el país por otra parte, no es y no puede ser simplemente un sector cualquiera, yuxtapuesto a los otros; es una sub-sociedad, una sociedad aparte, la «sociedad militar» —lo que *no* es en Estados Unidos, por ejemplo. ¿Por qué? Porque *en Rusia* es cualitativamente distinta al resto de la

sociedad; porque allí es el *único* sector y cuerpo *moderno* de esta sociedad coja, el *único funcionalmente eficaz,* y, cada vez más, el *único* «ideológicamente» (o imaginariamente) eficaz por ser encarnación *orgánica y «natural»* de la ideología y de la imaginación nacionalista, patriótica, «imperial», mientras que la ideología del Partido es cada vez más insignificante. (Si bien, y por la misma razón, la «imagen de Stalin» vuelve a estar en circulación, hay que comprender que funciona en la misma línea que Iván el Terrible y Pedro el Grande: la figura del supuesto vencedor de la «gran guerra patriótica» y del fundador de la potencia mundial de Rusia —*no* la del autor de *Materialismo histórico y materialismo dialéctico.*)

Desde hace sesenta años, el Partido intenta organizar y modernizar la sociedad; fracasa lamentablemente, y lo dice. Hay un terreno en el que no fracasa: el terreno militar. ¿Cuál es el por qué y el cómo de este milagro? Yo digo que el «Ejército» —la sociedad militar— rusa se ha convertido en lo que es desde hace treinta años, y que esto sólo ha sido posible porque, en realidad, se ha *separado* de la empresa efectiva del Partido, de sus interferencias, de sus falsas estadísticas, de sus nombramientos *únicamente* en función de la pertenencia a un determinado clan o camarilla política, etc. No es que estos fenómenos no existan en el Ejército: existen, como en cualquier sistema burocrático. Pero a un nivel que debe ser cualitativamente distinto. El Partido vive únicamente a base del perpetuo camuflaje de la realidad; y la carrera de cualquier burócrata individual depende, no de su «rendimiento» real, sino de su eficacia respecto a este camuflaje. Y esto no es ni puede ser el caso del Ejército —tal como el Ejército ruso es y funciona.

Más adelante, en los capítulos 3 y 4 de este libro, me extenderé sobre el problema del «poder» y de las relaciones efectivas entre el Ejército —la «sociedad militar»— y el Partido, en conjunción con el problema de las antinomias internas de la sociedad rusa actual y de su dinámica.

La verdadera relación de fuerzas y el desequilibrio ruso-norteamericano

Tanto si se acepta esta interpretación, como si nos limitamos a extraer las implicaciones de este flagrante hecho: que el

P.C.U.S. se ha entregado profunda y completamente, *sacrificándole cualquier otro objetivo*, a una política de supremacía militar internacional, las consecuencias son las mismas, para el presente y para el futuro: Rusia se halla entregada, de forma constante, a un proceso de expansión de su dominación, directa o indirecta, en el que las fases de «distensión» no son más que momentos tácticos, o pausas «obligadas».

Los acontecimientos de los últimos años —y los más importantes, a este respecto, son sin duda los acontecimientos de Africa, no Afganistán— demuestran que este proceso ha entrado en una fase crítica. La invasión rusa de Afganistán no es importante «en sí misma» (hablo únicamente desde el punto de vista de la *Realpolitik*), porque los rusos ya reinaban en Kabul. Es importante como signo y sobre todo como *desafío*. (Resulta ridículo hablar al respecto de «error de cálculo» de los rusos; no porque no los cometan, y descomunales, sino porque sabemos perfectamente que se esperaban enérgicas reacciones norteamericanas.[c]) Demuestra que los rusos están decididos a continuar su expansión, cada vez que se les presenta la ocasión —y, sobre todo, a demostrar, aunque sea con el exterminio de diez millones de afganos, que su dominación (directa o a través de sus lacayos locales), una vez establecida, es *absolutamente irreversible*. La demostración constante de la irreversibilidad de la dominación ruso-comunista una vez establecida es una cuestión de vida o muerte para el régimen ruso; ha pasado a ocupar el lugar de la seguridad anteriormente proporcionada por las «leyes de la historia» en cuanto a la ineluctabilidad del «socialismo» (por supuesto, dialécticamente, los tanques rusos son sólo un momento e instrumento de la Razón de la historia y de sus leyes).

La condición necesaria de esta política estriba en que los rusos saben que gozan de una superioridad considerable a nivel de relación de fuerzas, y en que saben que los norteamericanos también lo saben.

c. Este punto es contestado por algunos comentaristas. Sin embargo, ninguna otra hipótesis puede explicar la muy larga y muy inhabitual ausencia de Dobrynine, embajador ruso en Washington, durante las semanas que precedieron a la invasión y hasta que ésta fue un hecho consumado. Según Hendrik Smith («IHT», 2-3.2.80, pág. 7), Washington había dirigido repetidas advertencias a Moscú a propósito de la creciente implicación de los rusos en la política de Afganistán.

El discurso ridículo (las más de las veces, nada inocente) sobre el «cerco» de Rusia, la inseguridad y la angustia de los pobres inquilinos del Kremlin, etc., como los delirios de los estrategas, profesionales y aficionados, relativos al «equilibrio del terror», la MAD (destrucción mutua asegurada), etc., ocultan los hechos masivos de la situación, que saltan a la vista de cualquier persona sin prevenciones, a saber:

1. Que a todos los niveles, sin llegar a la guerra nuclear total, no existe actualmente y desde hace mucho tiempo «equilibrio» en la relación de fuerzas, sino un desequilibrio masivo en favor de Rusia;

2. Que esta situación, con la mayor «naturalidad», es explotada por los rusos a medida que las ocasiones se presentan o los acontecimientos se prestan a ello;

3. Que esta situación, prácticamente imposible de corregir por los norteamericanos, potencia al máximo la escalada nuclear;

4. Que al nivel de la confrontación nuclear, y en el estado actual y previsible de las tecnologías y de los medios disponibles por ambas partes, las nociones de «equilibrio» y de «desequilibrio» carecen de sentido;

5. Que el proceso que conduce a la guerra, y la propia conducción de la guerra, superan infinitamente las capacidades de los Aparatos dirigentes, aquí y allá, de «controlarlos racionalmente»;

6. Que la representación de las consecuencias de la guerra nuclear no es suficiente en absoluto para suprimir la posibilidad efectiva de esta guerra.

*

Los datos relativos a la relación de fuerzas Rusia-Estados Unidos son ampliamente conocidos. No obstante, volveré a hablar de ellos más adelante de forma detallada (Capítulo 2). De momento me limito a consignar dos observaciones:

La marina de guerra rusa, creada prácticamente *ex nihilo* hace veinticinco años, no tiene sentido, ni por su *tamaño* ni por su *composición*, ni como destinada a operaciones *ofensivas* (no estoy hablando de submarinos portadores de armas nucleares, ni de fuerzas anti-submarinos nucleares). Abrevio una discusión muy compleja y en última instancia inútil sobre este punto:

evidentemente, la distinción entre armas (y entre equipos de armas) «defensivas» y «ofensivas», carece de sentido a muchos niveles, y lo tiene en otros. En pocas palabras: en función de su territorio, de su posición geográfica, de su ejército de tierra. Rusia era y sigue siendo inatacable e inconquistable con medios «clásicos». Y, dada la situación en todos sentidos, pero sobre todo político, de Occidente, un ataque nuclear de iniciativa no provocada norteamericana era y sigue siendo impensable, a partir del momento en que los rusos alcanzaron la «paridad nuclear» suficiente respecto a la necesidad/uso (es decir, en la segunda mitad de los años 50). Y es entonces cuando los rusos empiezan a construir una considerable flota de superficie que no cambia nada en cuanto al balance termo-nuclear y que sólo tiene sentido desde una perspectiva de soporte y de apoyo a operaciones ofensivas locales, o, evidentemente, desde la de la guerra total.

En cuanto a las armas nucleares, sabemos que los rusos disponen desde hace años de una gran superioridad en número de misiles, compensada por el hecho de que los misiles norteamericanos correspondían a los llamados «mirvados» (dotados de múltiples cabezas de retorno a la atmósfera). Es la situación que el SALT II pretendía, más o menos, «congelar». Pero además sabemos que los rusos ya están en condiciones de «mirvar», también ellos, sus misiles; lo que, igualados en todo lo demás, y sin SALT II, les conferirá rápidamente una superioridad estratégica indiscutible en este terreno. *Ahora bien,* «el Pentágono estima que a comienzos de los años 1980 los misiles de ataque soviéticos serán suficientemente numerosos y suficientemente precisos [*accurate*] para destruir un gran porcentaje de los misiles U.S. *Minuteman* en un ataque por sorpresa. El sistema MX [desplazamiento continuo de los misiles norteamericanos sobre grandes extensiones de tierra y sobre redes preparadas previamente, para que el atacante no sepa en que «silo» se encuentra cada misil en un momento dado] pretende restablecer el equilibrio estratégico norteamericano-soviético. El GAO (*General Accounting Office*, especie de instancia de *auditing* que depende del Congreso y *no* del ejecutivo norteamericano) ha afirmado que, sin las limitaciones contenidas en el SALT II, los rusos podrían llegar a amenazar el sistema MX. En este caso, afirma el informe, Estados Unidos debería o bien ampliar el sistema MX, con costes todavía

mayores, o bien conceder a los rusos la superioridad estratégica que el sistema MX pretende prevenir... Si el actual programa puede ser mantenido, el primero de los misiles MX estaría colocado en 1986 y el conjunto de los 200 estarían disponibles en 1989» («International Herald Tribune», 8-9.3.80). Dejo de lado el hecho de que las estimaciones de los costos iniciales (33.000 millones de dólares) son consideradas por el GAO excesivamente bajas y que deberían ser reemplazadas, según él, por una cifra próxima a los 60 mil millones de dólares. El problema para Estados Unidos, evidentemente, no estriba en los dólares. Es que, según el GAO, incluso esta segunda cifra no es fiable «porque las decisiones fundamentales respecto a la forma de desplegar los misiles todavía no han sido tomadas». Así pues, según el mismo informe, «el Departamento de Defensa parece no haber establecido las prioridades en el caso de que todos los programas contemplados no reciban plenamente los créditos presupuestarios requeridos».

La superioridad aplastante de los rusos, a nivel infranuclear, es tanto militar, en sentido estricto, como político-militar.

A nivel militar, la situación es suficientemente conocida: los datos y las cifras aparecen en todos los periódicos y es inútil recogerlos aquí. La superioridad rusa no es únicamente superioridad masiva de potencia, es también estratégica, el «cerco» de Rusia (es decir, el hecho de que la Tierra sea redonda) posee exactamente la significación contraria a la que le atribuyen los filántropos pro-rusos: se trata de una posición *central* (análoga a la que confirió a Alemania poderosas ventajas durante las dos guerras mundiales) que permite a los rusos actuar «según las líneas internas».

Europa sigue siendo una prenda potencial en manos de los rusos. En una guerra «convencional», dada la potencia del Ejército ruso, su masa, la proximidad de sus bases y de sus reservas de hombres y de material, las divisiones rusas estarían en Biarritz en pocos días. Actualmente, como hace treinta años, el mosaico de las divisiones de la OTAN estacionadas en Europa, con sus armamentos, equipamientos y logísticas no coordinadas y verdaderamente babélicas, apenas ofrecería a los rusos leves conatos de resistencia. Esto suponiendo que estas divisiones *quisieran* combatir y *pudieran* hacerlo: ¿puede hablarse de un posible ejército en un país —es el caso de Francia y de Italia— en el que del 15 al 25 %, tal vez, de la población

preferirían luchar desde el otro bando y en cualquier caso no contra éste?

Ni militarmente, ni políticamente esta situación podrá verse modificada en un futuro próximo. La instalación, decidida inicialmente en 1979 y para cuyo comienzo de realización habrá que esperar varios años, de armas nucleares tácticas nuevas en Europa no haría más que corregir *en parte* el desequilibrio claramente favorable a los rusos que existe actualmente también en este terreno. Esto, en la hipótesis imbécil de que los rusos se limitaran a contar los misiles Pershing a medida que fueran llegando, y se prohibieran, por la bonita cara de Giscard, mantener la supremacía que ya poseen.

En resumidas cuentas: si las armas nucleares tácticas no son utilizadas, la superioridad «convencional» de los rusos es aplastante. Si lo fueran, los SS-20 y los Backfire de los rusos les dan varios años de ventaja. Y esta ventaja, la mantendrán respondiendo a las recientes decisiones de la OTAN con un aumento correspondiente de sus medios. La única protección de Europa siguen siendo los silos de ICBM en Estados Unidos y los Poseidón. Por eso la escalada está inscrita en la «lógica» de la situación.

Esta situación no es únicamente la de Europa. Los rusos disponen de otros muchos enclaves para, bien directamente, bien mediante cubanos, etíopes, yemenitas o vietnamitas interpuestos, explotar a la vez su potencia militar «convencional», su posición geoestratégica central, y la «política» —es decir, la utilización de los partidos «comunistas» locales o de los «movimientos de liberación nacional»; así han podido instalarse ya en tres países africanos (Angola, Etiopía y Mozambique) y, tal vez mañana, en el cuarto (Zimbabwe)— como en el Yemen del Sur y tal vez mañana en el Yemen del Norte. Frente a esta «táctica de la longaniza», los americanos son, y probablemente seguirán siendo, incapaces de responder. (Las escasas retiradas rusas han sido hasta ahora poco significativas y más que fracasos deben considerarse como triunfos no obtenidos: Egipto o Somalia.)

De nada sirve llevar más lejos esta discusión después de la invasión rusa de Afganistán. En cambio sí es útil insistir en el hecho de que, *desde este* punto de vista, el asunto de Afganistán no es en absoluto «local». Permite ver una verdad general, patente desde siempre, pero que desde la última Navidad hasta los ciegos deberían ser capaces de ver. Si, a raíz de la

expedición afgana, los rusos hubiesen invadido Irán o el Pakistán (lo que estaba excluido, a pesar de los serios interrogantes de Mitterrand y el repentino descubrimiento de los «mares calientes» por diversas categorías de charlatanes occidentales), los norteamericanos *no habrían podido hacer nada* sobre el terreno para impedirlo. Todo lo que habrían podido hacer, habría sido la guerra total.

El problema ha sido discutido en un informe reciente del Pentágono, el informe Wolfowitz, informe «secreto» pero del que el periodista norteamericano W. Safire (ex-*ghostwriter* de los discursos de Nixon y conocido «halcón» de inteligencia medianamente baja) ha publicado recientemente algunos extractos («I.H.T.» 12.2.80). Se trata de saber, según el informe Wolfowitz, «si Estados Unidos tiene la capacidad militar de proyectar fuerza *(project power)* en el Golfo (Pérsico) ante la eventualidad de una mayor presencia soviética en Irán o en los terrenos petrolíferos árabes». Pero evidentemente la cuestión no es ésa. La verdadera cuestión es: ¿qué podría hacer Estados Unidos si, una vez agotada la fantasmagoría islámica y hartos de masticar versículos del Corán los parados de Teherán, el caos iraní condujese a un enfrentamiento abierto entre las divisiones de los dos papas, como diría el difunto Joseph Stalin, es decir, entre el Partido Toudeh (comunista) por una parte, y los lugartenientes-coroneles del Ejército iraní por otra?

La conclusión del «informe Wolfowitz» es, al parecer, que las fuerzas norteamericanas no podrían oponerse a una ocupación soviética militar de Irán si Moscú decidiese aprovecharse de una ocasión histórica para modificar el equilibrio mundial» *(ibid.)*. Uno de los corolarios de las conclusiones de este informe es que «para mantener la superioridad en un escenario iraní, podríamos vernos obligados a amenazar con utilizar armas nucleares tácticas o a utilizarlas efectivamente». Una vez más, el C.I. de los expertos militares nos deja boquiabiertos de admiración. Si los rusos quisieran provocar la Tercera Guerra Mundial ¿qué necesidad tendrían del rodeo a través de Irán? Y si no quisieran provocarla, ¿por qué iban a ocupar directa y militarmente Irán? ¿Para qué sirve entonces el Partido Toudeh? ¿Para qué sirven los voluntarios cubanos (y, todo parece indicarlo, muy pronto yemenitas para operaciones en países árabes o musulmanes)? Pero supongamos que efectivamente los rusos intentan ocupar militarmente Irán o Pakistán; si el

Pentágono decidiese responder utilizando armas nucleares tácticas, ¿cabe pensar que los rusos se limitarían a hacer la señal de la hoz y el martillo? En una guerra local, conducida con armas nucleares tácticas, los rusos probablemente llevarían ventaja (basta considerar la distancia de las bases a partir de las que uno y otro bando operarían). Pero sólo un demente podría pensar que dichas operaciones podrían quedar limitadas en cuanto al lugar, y por tanto también en cuanto a sus medios.

Lo que demuestra, en realidad, el «informe Wolfowitz» —y todo lo que por otra parte se sabe de la «estrategia» norteamericana— es que el Pentágono sigue siendo incapaz, por razones evidentes, de comprender las lecciones del Vietnam, de los países africanos, e incluso (a pesar de la admirable resistencia del pueblo afgano) de Afganistán: es decir, que los «escenarios» rusos no son escenarios militares, sino socio-político-nacional-militares. Sigue siendo incapaz de verlo porque para él, a grandes rasgos, el conflicto social (desviado y explotado por el totalitarismo comunista) sigue siendo una falaz invención marxista. Pero estos escenarios sólo tienen sentido en el caso de Irán, y tal vez mañana de Turquía —como sólo tenían sentido, hace cinco años, en el caso de Portugal (y no tienen sentido, por cuanto sabemos, actualmente, en el caso de Pakistán).

En cuanto a los escenarios militares «convencionales», por parte norteamericana, rozan lo grotesco. La estimación oficial del Pentágono es que sería necesario un mes para trasladar sobre el terreno, en el Golfo, a 20.000 hombres (los rusos necesitaron una semana para introducir a 80.0000 hombres en Afganistán: y eso que están cercados).

Incluso duplicando esta fuerza, y reduciendo a la mitad el tiempo, sigue siendo irrisorio —o «simbólico» («semiótico», como dice un general francés del que hablaré más adelante). Los 1.800 marines que Carter quiere embarcar en navíos norteamericanos en el Golfo son efectivamente simbólicos —como la guarnición de Berlín-Oeste.[d] ¿Simbólicos de qué? De

d. Esto fue escrito en febrero de 1980. Después: «La "doctrina Carter"... según la cual Washington impediría a los soviéticos, con las armas si es necesario, adquirir el control de los pozos de petróleo de Oriente Próximo... sólo peca en un punto: los expertos del Pentágono estiman que, sobre el terreno, las fuerzas norteamericanas serían rápidamente puestas fuera de combate. En cuanto al "teatro europeo"... en último término más vale no hablar. Todo quedaría arreglado —si se excluye el recurso al apocalipsis nuclear— en pocas semanas.»

esto, y sólo de esto: de que un ataque desencadenaría el Apocalipsis. Pero es falso decir, como Safire en el artículo citado, que «los rusos saben que Estados Unidos se echa faroles: Estados Unidos no va a desencadenar la Tercera Guerra Mundial para «salvar a Irán» o «salvar el petróleo de Oriente Medio». Los rusos pueden imaginarse perfectamente que «saben» esto. Lo que hará Estados Unidos, nadie lo sabe (el Pentágono y el Presidente tan poco como cualquier otro); y la cuestión *no es* saber lo que harán en *este* caso particular. La cuestión es saber lo que harán ante la ofensiva rusa, que ciertamente no está destinada a acabar en Afganistán. La cuestión es saber: cuándo la acumulación de ventajas «locales» por obra de los rusos será considerada por los norteamericanos como algo que alcanza niveles «globales»— y lo que ocurrirá entonces.

*

Por lo que se refiere al «equilibrio del terror» nuclear, los cálculos minuciosos de los expertos apenas presentan interés frente a los hechos masivos y conocidos. A partir del momento en que ninguno de los adversarios dispone, ni puede disponer, de una ventaja ya sea cuantitativa, ya sea «tecnológica» importante, indiscutible, y percibida como tal por el adversario (por ejemplo, la posibilidad de un ataque preventivo de precisión «quirúrgica» que aniquile previamente la casi totalidad de las fuerzas de respuesta del adversario), la cuestión de saber si los rusos pueden atomizar a doce mil millones de personas y los norteamericanos solamente a once presenta escaso interés: la población de la Tierra, desdichadamente, sólo asciende a cuatro mil millones. Señalemos de paso que la pretendida «paridad» discutible y frágil obtenida por los acuerdos SALT II

(Dominique Dhombres, «Le Monde», 23.1.81.) El general Jones, presidente de los *Joint Chiefs of Staff*, declara ante el Comité de los Servicios armados del Congreso: «Sería imposible, para los occidentales, equilibrar el peso de la fuerza que los soviéticos podrían lanzar en una batalla convencional en torno al Golfo» («IHT», 30.1.81). Un oficial norteamericano, que no desea ser identificado: «Si queremos dejar de contarnos cuentos a nosotros mismos sobre la Fuerza de despliegue rápido, que no es más que decoración — o maquillaje (*just cosmetics*), ...» («IHT», 2.2.81). Esa es la situación, trece meses después de una advertencia lo más grave posible.

consistía de hecho en congelar la situación tal como sería en el momento en que la curva rápidamente ascendente de la fuerza nuclear rusa se cruzase con la curva débilmente ascendente de la fuerza nuclear norteamericana. Dejemos ahora de lado las múltiples cuestiones relativas al SALT II, los medios de verificación, y sobre todo su inserción en un marco general no de «equilibrio», sino de *desequilibrio*, como ya hemos visto. El hecho es que los rusos han demostrado en la práctica que Afganistán les interesaba mucho más que SALT II. Esto traduce, evidentemente, su certeza —justificada— de que el concepto de «paridad» o de «equilibrio nuclear» en las condiciones actuales no tiene estrictamente ningún sentido, y que su única utilidad es la de permitirles, a ellos, presentarse como adalides de la paz, a Kissinger hacerse fotografiar, a Nixon o a Carter hacerse elegir o reelegir. Pero a la vez, la implicación es que el aumento de la fuerza nuclear rusa continuará, y sabemos (cf. «I.H.T.», 1.2.80) que, incluso suponiendo un esfuerzo masivo de los norteamericanos, el pretendido «equilibrio» sólo podría ser alcanzado, de nuevo, a partir de 1985 y más bien hacia 1990. (Esta situación obedece principalmente al hecho de que los rusos, al poseer ya una amplia superioridad numérica de misiles, ahora ya son capaces de *mirvar* estos misiles —dotarlos de «cabezas múltiples» de retorno a la atmósfera, MIRV— y han empezado a hacerlo.[e])

Pero el hecho esencial no es éste. Reside en lo siguiente: que a nivel tecnológico y de armamento actual, las nociones de «paridad», de «equilibrio» y de «desequilibrio» a nivel nuclear carecen de toda pertinencia. La apreciación de la relación de fuerzas *a nivel nuclear* no tiene sentido, salvo en las situaciones (desaparecidas desde hace veinticinco años) de un desequilibrio flagrante y masivo, que sólo puede consistir bien sea en la posesión por parte de uno de los adversarios de un monopolio efectivo sobre un arma determinada o una combinación de armas de importancia crítica, bien sea en una desproporción cuantitativa aplastante. (Por eso, sea dicho de paso, la «inde-

e. Véase Capítulo 2. La situación ya ahora es sumamente «desequilibrada», ya que, con un número de cabezas prácticamente equivalente, los rusos poseen una superioridad aplastante en megatonelaje («rendimiento» o capacidad destructiva de las cabezas nucleares), que les permitiría, si así lo decidiesen, lanzar una «primera ofensiva» de destrucción en sus silos de los misiles norteamericanos, sin que sea posible una réplica norteamericana «anti-fuerzas».

pendencia nuclear de Francia» con la que aquí hace gárgaras el mundo político, desde los gaullistas hasta Rocard, es un chiste sin gracia. Poco supondría para los rusos, si quisieran entrar en Francia, y Norteamérica se desinteresase, saber que Jarkov iba a ser —¡en el mejor de los casos!— destruido.)

Dos factores hacen que la noción de «equilibrio» o de «paridad» nuclear carezca de sentido. El primero, sobradamente conocido, mencionado más atrás, es que las dos superpotencias están *más allá* del equilibrio: poseen, cada una, la capacidad del *overkill*. Por decirlo de alguna manera: sólo tirando a bulto, y *después* de haber sufrido cada una destrucciones importantes, estarían *todavía* en condiciones, cada una de ellas, de destruir varias veces a la otra (aunque sólo fuera porque subsistirían siempre un buen número de submarinos provistos de misiles). La *masa* de los medios disponibles por ambos bandos es tal, supera en tal medida a las «necesidades» (!), que relacionarlas sobre el papel es de lo más fútil.

Pero existe una segunda razón: es que, *al margen* de estas posibilidades de destrucción masiva, las pretendidas estimaciones exactas de las capacidades de cada uno de los adversarios son forzosamente absurdas. Cuando se haya salido de las salas en las que se juega al *Kriegspiel* y de los simulacros por ordenador, será evidente, una vez más, y mucho más que en otras ocasiones, que la guerra efectiva no tiene nada que ver con la guerra sobre el papel; ya que aquí, ninguna «experiencia» pasada podría, ni siquiera de lejos, servir de guía. Los problemas que plantearían las circunstancias concretas del eventual desencadenamiento de la guerra, sus ritmos, el ambiente «político» de Occidente, las velocidades respectivas de detección, de reacción y de activación, las precisiones, los errores y los fallos de cálculo, de razonamiento o de técnica, crean, evidentemente, por ambas partes, unos márgenes de incertidumbre fantásticos. (Recientemente acabamos de enterarnos de que durante mucho tiempo buena parte de los submarinos nucleares norteamericanos portadores de misiles no estaban, en realidad, en condiciones de actuar efectivamente.[f])

f. Las tres cuartas partes, quizás, de las cabezas de los Polaris A-1 no habrían podido funcionar en 1966 a causa de fallos técnicos, que más tarde han requerido

Cuando los historiadores del siglo XXI —siempre que ese siglo pueda darse el lujo de tener historiadores— hayan practicado la autopsia de la Tercera Guerra Mundial, se descubrirá, sin duda, una cantidad sensiblemente más importante —en proporción al acontecimiento— de idioteces masivas cometidas por unos y por otros que en la Primera o en la Segunda Guerra Mundial, donde sin embargo eran legión (Stalin no quería creer en las informaciones que no le gustaban, Canaris sólo transmitía una parte de las que poseía, el código de la clave alemana conocida por los ingleses, Hitler adelantaba dos meses la operación Barbarroja, el estado mayor francés preparaba, hasta 1939, no la guerra de 1914, como equivocadamente se dice —en 1914 los alemanes ya habían aplicado la idea de von Schlieffen de paso hacia Bélgica— sino la guerra de 1870, etc.)

Estas observaciones tienden a recordar que el «cálculo estratégico racional», que continúa dominando la representación de todos en esta discusión, es un puro fantasma. Este fantasma adquiere visos de puro y simple delirio cuando se pretende —y ése es el discurso oficial y general de los estados mayores, de los políticos y de los «estrategas»— que la «Destrucción Mutua Asegurada» (que en inglés lleva el bonito nombre de MAD), garantiza el paso a una «racionalidad total» de la guerra— que tendría como resultado hacer de la guerra algo imposible.[5] La idea, si nos atrevemos a llamarla así, es que, si cada bando dispone de una cantidad tal de misiles que, teniendo en cuenta las posibilidades de un ataque por sorpresa y el nivel técnico existente, permite garantizar la subsistencia de un arsenal suficiente como para infligir al otro «daños inaceptables», nadie desencadenará la guerra, ya que ambos sabrían que el único resultado sería la destrucción común.

Lo absurdo de la idea reside, en primer lugar, en que ignora completamente el proceso efectivo de formación de decisiones en los Aparatos —necesaria y profundamente irracional—,

varios meses de reparación («Washington Post», 2.12.78). Para una ínfima antología de ejemplos análogos, véase el Anexo 6.

5. Para una exposición perfectamente lógica —es decir, perfectamente paranoica— de esta concepción que pasa, repito por el a-b-c del «buen sentido» en todo el mundo, véase el texto del general Lucien Poirier *in* X. Sallantin, *Douze dialogues sur la Défense*, les Cahiers de la Fondation pour les études de défense nationale, Cahiers n.° 9 y 10, París, 1978, págs. 27-43.

ignora el proceso histórico y político efectivo, e ignora, en fin, la situación concreta en la que se encuentran los dos adversarios. El pretendido «equilibrio del terror» va acompañado, y lo seguirá estando en todo el futuro previsible, de un desequilibrio esencial de la relación de fuerzas sin llegar a la confrontación nuclear. Esto determina que la situación mundial efectiva *cambie* —ya ha cambiado considerablemente desde hace diez años, por ejemplo— de manera «no equilibrada», y que este cambio acabe convirtiéndose, tarde o temprano, en intolerable para uno de los dos adversarios.

Las cosas son bastante trágicas, como para permitirse una nota alegre. He aquí algunas frases del general Poirier, en el artículo citado: «Hemos entrado en una era de racionalidad político-estratégica obligatoria... Los adversarios intercambian constantemente informaciones sobre sus capacidades de acción y de reacción recíprocas, sobre las virtualidades de las panoplias nucleares que jamás deben materializarse en actos reales. Es una estrategia de lo imaginario, en la que los sistemas de armas sólo tienen una función semiótica (!!!)... se exhiben, para la información de eventuales agresiones, los modelos estratégicos que describen... el encadenamiento de las reacciones que se decidirían, si el agresor amenazase el santuario... Es porque el modelo describe lo que ocurriría si... de forma bastante convincente, que no ocurre nada».

Según el general Poirier, pues, siempre que los rusos no amenacen el «santuario», Estados Unidos permanecerá tranquilo. Los rusos podrían instalarse en México o en Canadá: basta que no invadan el estado de Nevada. Por otra parte, ¿quién sabe? Si los norteamericanos consiguiesen poner en órbita sus bombas, al Presidente y al Pentágono, ¿podríamos disfrutar de la paz perpetua?

Nadie puede impedir a un estado mayor (que es «quien decide») *creer* que el adversario va a pasar al ataque; nadie puede impedirle imaginarse que se encuentra en la ventana temporal que le confiere una ventaja decisiva pero pasajera; ni que un ataque preventivo de precisión quirúrgica contra los recursos del adversario no creará de entrada un desequilibrio suficiente entre fuerzas subsistentes, para que el atacado renuncie a proseguir la lucha. Pero sobre todo, nadie podrá jamás hacer de la historia efectiva un *Kriegspiel* «semiótico», ni concebir el contexto en el que las «decisiones» críticas van a ser

tomadas como algo que deja un amplio espacio a un libre arbitrio «racional» (de todas formas inexistente) de «quienes deciden».[g]

La idea de «daños inaceptables», sobre la que está basado todo este montaje, también está vacía. Cada uno puede confiar en destruir al otro «casi completamente», sin perder él mismo, por ejemplo, más de un tercio de «su» población (lo que significaría, sin embargo, 150 millones de norteamericanos, o 180 millones de rusos). Los ingenuos que, porque esta clase de cálculos resulta inaceptable para ellos, creen que también lo son para los estados mayores y los jefes de Estado, deberían recordar que lo esencial de la estrategia del gran Stalin consistía en tapizar, para empezar, los campos de batalla de cadáveres de soldados rusos, varias oleadas de ataque eran deliberadamente y con conocimiento de causa plenamente sacrificadas, para que la enésima pudiese pasar. No inventaba nada, por otra parte, y no es precisamente ahí dónde podrían captarse más claramente sus rasgos de barbarie. Desde la batalla de Flandes hasta la ofensiva final del verano de 1818, ello constituyó lo esencial de la «estrategia» de los carniceros cartesianos, baconianos y kantianos, diplomados, condecorados y llenos de galones, en el Frente occidental.

Pero sobre todo se olvida —a pesar de una experiencia abundante de pasado histórico— que ya no puede hablarse de «daños inaceptables» cuando los adversarios combaten con la espalda contra la pared, cuando lo que está en juego es todo. Como tampoco puede hablarse de «objetivos de guerra» que podrían limitar sus medios. Si se quiere conseguir un tributo de una población, es absurdo exterminarla; si se quiere explotar un territorio y sus habitantes, no tiene sentido devastarlo completamente. Pero, en el presente caso, los «objetivos» se transforman en la pura y simple oportunidad de sobrevivir, y esto suprime cualquier limitación de los medios. Se razona, ante la Tercera Guerra Mundial, como si se tratase de guerras de Federico II o de Napoleón, en lugar de razonar, si lo que se pretende es una analogía histórica, a partir de la destrucción de Cartago, o de

g. Con otros argumentos, el informe del Grupo Thunborg de la ONU, recientemente publicado, concluye asimismo que las doctrinas de «equilibrio del terror» y de «disuasión recíproca» son de hecho insostenibles. Véase «Sc. Am.», enero 1981, págs. 77-78.

las guerras de exterminio, religiosas u otras. La guerra ante la que nosotros nos encontramos *no será* una guerra clausewitziana.

*

Este texto, excepto las notas, fue terminado el 27 de febrero de 1980 y enviado a composición el mismo día. Luego tuve ocasión de leer la entrevista que Andrei Sajarov concedió por escrito a Kevin Klose, jefe de negociado del «Washington Post» en Moscú (publicada en el «W.P.» del 9.3.80 y en el «I.H.T.» del 10.3.80; los pasajes que cito aquí *no fueron* reproducidos en «Le Monde» fechado el 11.3.80): «*Pregunta:* ¿Cree que el gobierno soviético ejercerá o intentará ejercer un mayor control sobre la vida interna de los ciudadanos durante la próxima década? —*Respuesta:* Temo que sí —*P.* ¿Cree usted que los años 1980 presenciarán cambios fundamentales en la economía soviética? —*R.* Nuestro país se enfrenta a dificultades económicas serias. Entre ellas: la penuria de bienes, especialmente de bienes alimenticios, penurias de mano de obra rural y urbana, deterioro de la disciplina del trabajo en las empresas, creciente alcoholismo, desigualdad de remuneraciones, penurias de energía y de otras muchas materias primas, lento crecimiento de la productividad del trabajo y disminución de los fondos destinados a la inversión, pérdidas considerables debidas al despilfarro y a la mala planificación, deficiencias en los sistemas de los servicios públicos. Todos estos problemas estimulan la militarización creciente de la economía... Todas las reformas de este tipo [sc. en el sentido de la descentralización], que afectarían inevitablemente a las propias bases de la estructura económica y social totalitaria, son muy improbables actualmente. Más probable es el refuerzo de la tendencia a compensar las deficiencias internas con el activismo exterior, la explotación parasitaria del progreso y de los recursos mundiales bajo la bandera de la distensión, mientras que se refuerza la militarización de la economía y el complejo militar-industrial en el interior». Y, a la pregunta de si los dirigentes soviéticos siguen estando interesados en los acuerdos que contemplan la limitación de las armas estratégicas, Sajarov responde: «En sus planes imperialistas de expansión, los dirigentes soviéticos juegan un juego complicado

y peligroso, pero no creo que estén locos *(crazy),* al menos en esta etapa de la historia».

Lo que Sajarov llama «complejo militar-industrial» corresponde, en mi opinión, a lo que yo llamo la sub-sociedad militar rusa.

Capítulo 2
La relación de fuerzas muertas

El lector deberá dar muestras de un poco de paciencia. Va a tener que recorrer veinte o treinta páginas de discusiones de cifras y de argumentos técnicos, de las que resulta imposible prescindir. Le ruego asimismo vehementemente que se remita a los Anexos 1, 2, 3 y 4.

Los recuentos, los inventarios de la quincallería militar que voy a comentar, no están destinados ni a fundamentar previsiones ni a calibrar la verdadera «relación de fuerzas». Contrariamente a lo que podrían hacer creer numerosas discusiones, sobre todo en Estados Unidos, las guerras no se hacen con porcentajes del PNB, como tampoco se ganan con la cantidad y la excelencia de los ingenios militares. Las guerras no se hacen entre ingenios, sino entre hombres, y para ser más concretos, entre sociedades.

Ingenios y fuerza numérica de los ejércitos componen lo que yo llamo las *fuerzas muertas*. La *relación estática de fuerzas muertas* es la simple comparación de los inventarios de la quincallería militar y de los hombres en los Ejércitos, considerando sus «cualidades», es decir sus características técnicas. Es el *static bean count*, el balance estático de las judías de las que dispone cada uno de los adversarios.[1]

Por *relación dinámica de fuerzas muertas*, entiendo simplemente y únicamente su evolución, pasada y posible/probable en un futuro. Es evidente que en el mundo contemporáneo las

1. U.S. Congress, Congressional Budget Office: *Assessing the NATO/Warsaw Pact Military Balance*, Budget Issue Paper for Fiscal Year 1979, U.S. GPO Washington, diciembre 1977 (citado a partir de ahora: *CBO 1977*), pág. 49 y pág. 53 y ss.

posibilidades de aumento de la producción y el cambio técnico determinan que lo que se afirma en el momento presente puede dejar de ser cierto de aquí a dos o tres años, y que en cualquier momento las *dos* imágenes (estática y dinámica) son pertinentes —ya que, para decirlo en pocas palabras, cada uno de los adversarios debe hacer ver al otro dónde está ahora y dónde estará en cualquier momento futuro.

Por relación dinámica de fuerzas muertas *no entiendo* lo que podría ocurrir en el momento de su utilización global, de un enfrentamiento real.[2] Eso es lo que yo llamo la *relación de fuerzas vivas.* Los factores cuantitativos y cualitativos del armamento e incluso, de forma general, los factores militares propiamente dichos constituyen un *único* componente. Las fuerzas vivas incluyen además las posibilidades de utilización activa de los factores geoestratégicos y sobre todo sociopolíticos, la integración y la organización de las potencialidades de una sociedad en vistas a la guerra, las motivaciones y las capacidades de las capas dominantes y la actitud de las poblaciones —en fin, las posibilidades de estrategia eficaz que de ahí se desprenden para cada una de las partes, y las capacidades efectivas de explotarlas. Fue en función de la relación de fuerzas vivas que los franco-ingleses fueron derrotados en 1939-1940, no en función de la relación de fuerzas muertas, que les era ampliamente favorable.

Esta cuestión, la única importante en cuanto al enfrentamiento ruso-norteamericano, será discutida en el Capítulo 4. La descripción de las fuerzas muertas, realizada aquí, es necesaria para prepararla. Pero no es ésta la principal razón de ser de las páginas que vienen a continuación.

En primer lugar se trata de combatir, en la medida de la posible, la desinformación sistemática organizada en los países occidentales, y sobre todo europeos, respecto a las fuerzas respectivas de Rusia y de Estados Unidos. Más adelante me extenderé sobre esta desinformación y los factores ideológicos y políticos que subyacen en ella y la hacen posible —elemento que tiene en sí mismo un enorme peso en la relación de fuerzas vivas—, en el Capítulo 4. Esta desinformación se ve agravada

2. Lo que los analistas del Congreso norteamericano, entre otros, llaman «análisis dinámico» (*CBO 1977*, pág. 50 y 61-63) es una parte —la parte estrictamente militar— de la relación de fuerzas vivas.

por el hecho de que los que insisten en el superarmamento ruso pertenecen, en general, a los medios reaccionarios; así, la opinión que se cree «de izquierda» se siente obligada, por profesión y vocación, a sobrestimar la potencia norteamericana y a subestimar la potencia rusa. Asimismo, hace treinta años, cuando era sobre todo la derecha la que hablaba de los campos de concentración en Rusia, la «izquierda» se sentía en el deber de decretar alegremente que esos campos no podían existir. Ciertamente, una de las condiciones de esta desinformación es la actitud del público, que evita pensar en cosas desagradables, convencido de su impotencia frente a ellas, o creyendo que sólo los «especialistas» pueden entender algo. Casi da vergüenza tener que escribir que este asunto no es un asunto de especialistas, sino que concierne vitalmente (en el sentido literal del término) a todo el mundo.

Pero sobre todo, sin una visión correcta del estado y de la evolución del armamento ruso, es imposible comprender los objetivos y la naturaleza de la política exterior de Rusia y, más profundamente, ver lo que está en curso en la propia sociedad rusa. Incluso mucho más que eso. El fantástico aumento de la potencia militar rusa no es un fenómeno «técnico» o «militar»; es más que un fenómeno «sociológico», es un gran hecho socio-histórico, es una de las realidades capitales de nuestra época. Así como no sería posible hablar de la sociedad capitalista clásica sin hablar de su *industria*, ni hablar de esta industria sin tener una visión más o menos «cuantitativa» y «técnica» de lo que se desarrolla en ella, tampoco se puede entender gran cosa de esta monstruosa *creación* socio-histórica que está en curso en Rusia sin observar de cerca las bases materiales que el poder se ha construido en esta sociedad y que encarnan su dinámica y sus objetivos.

*

Las comparaciones que se hacen aquí son entre Rusia y Estados Unidos: no entre la OTAN y el Pacto de Varsovia. Por razones que deberían ser evidentes, y que discutiré en el Capítulo 6, los «Aliados» de Estados Unidos (salvo Canadá y, tal vez, Inglaterra) son tan poco de fiar para éstos como los miembros del Pacto de Varsovia (salvo, tal vez, la R.D.A. y Bulgaria) lo son para Rusia, aunque por diferentes razones. En

cuanto a China, de la que también hablaré más adelante, no juega ni jugará, durante décadas, ningún papel «activo» en este asunto: inmoviliza tan sólo unas cuantas decenas de divisiones y de misiles nucleares rusos.

1. LA RELACION ESTATICA DE FUERZAS MUERTAS: CANTIDADES

En el Anexo 1 se encontrarán los datos más detallados y las fuentes. Aquí me limito a resumir y a discutir.

FUERZAS NUCLEARES

Armas nucleares estratégicas propiamente dichas (misiles balísticos de largo alcance, a partir de silos terrestres —ICBM— o de submarinos —SLBM—, salvo aviación estratégica): Muy neta superioridad rusa en cuanto al número de vectores (lanzadores): 2.400 contra 1.700. Inferioridad momentánea, pero en proceso de ser rápidamente superada, de los rusos en cuanto al número de cabezas (ojivas) nucleares: aproximadamente 6.300 contra 7.200. Enorme superioridad rusa en cuanto al «rendimiento» *(yield)*, a efectos de poder destructor, estimado convencionalmente en equivalentes de toneladas del más potente explosivo pre-nuclear, el TNT, aunque las cabezas nucleares añaden a su potencia explosiva unos efectos térmicos y unos efectos de radiactividad considerables. La bomba de Hiroshima equivalía a catorce kilotones —KT— de TNT. Los «rendimientos» actuales se miden por millones de toneladas (megatones, MT) de equivalente TNT. Los rusos poseen más de 6.000 megatones, contra 1.825 de los norteamericanos.

La inferioridad, provisional y evanescente, de los rusos en cuanto al *número de cabezas nucleares* apenas posee significación. Los lanzadores rusos más recientes —SS-17, SS-18, SS-19—, desplegados a partir de 1975, existen todos ellos en dos versiones: mirvada (cabezas múltiples de retorno independiente a la atmósfera) y no, en proporciones que no son verificables y cuya conversión de un tipo a otro, una vez en posesión de las técnicas de mirvaje, no plantea grandes dificultades.

El *número de lanzadores* posee un valor en sí mismo. Ante una equivalencia en todo lo demás, un mayor número de lanzadores permite una mayor flexibilidad de empleo *y* una dispersión mayor, por tanto una vulnerabilidad menor. Asimismo, los rusos despliegan 87 submarinos portadores de SLBM, 71 de ellos de propulsión nuclear, los norteamericanos 41. También aquí, ante una igualdad de condiciones en todo lo demás, las posibilidades de supervivencia de los edificios rusos frente a la guerra anti-submarinos se ven notablemente aumentadas.

La aplastante superioridad rusa en materia de *megatonelaje* es un factor muy importante, a pesar del *overkill.* El *overkill* significa que las armas disponibles pueden asegurar varias veces la muerte de las poblaciones del país enemigo. Así, las 1.825 MT norteamericanas «aseguran» a cada habitante de Rusia *seis mil kg* de equivalente TNT. ¿Por qué los rusos quieren «asegurar para cada habitante de Estados Unidos más de *treinta mil kg* de equivalente TNT? Durante un tiempo se creyó que se trataba de una herencia de la primera fase de su técnica nuclear (dificultades de miniaturización), pero ese argumento se ha vuelto inservible desde hace mucho tiempo: paralelamente a la fabricación, desde hace mucho tiempo, de cabezas de menor potencia (para sus armas nucleares tácticas), han seguido persiguiendo sistemáticamente el despliegue de armas mucho más «pesadas» que las de los norteamericanos. El último lanzador norteamericano —Trident C-4— lleva 8 cabezas de 100 KT; los modelos mirvados de los SS-17, SS-18 y SS-19 llevan cabezas de 900 KT, 2 MT y 550 KT respectivamente —los modelos no mirvados van de 5 a 25 MT.[3] Los comentaristas norteamericanos dicen a veces que los rusos son capaces de cubrir (recubrir completamente, *blanket*) a Estados Unidos con la radiactividad. Esto no explica evidentemente la opción rusa: con estas dosis, y dada la circulación atmosférica de las lluvias radiactivas, se producirían indudablemente efectos colaterales para los propios utilizadores de estas armas.

3. Véase el Anexo 1, Cuadro A. Datos más detallados en International Institute of Strategic Studies, *The Military Balance 1980-1981*, Arms and Armour Press, Londres 1980 (citado a partir de ahora: *IISS 1980*, págs. 88-91; John M. Collins, *U.S.-Soviet Military Balance, Concepts and Capabilities 1960-1980*, McGraw-Hill Publications C.°, s.l., 1980 (citado a partir de ahora: *Collins 1980*), págs. 446 y 453.

La respuesta puede ser inferida a partir de consideraciones relativamente simples. Cuando se trata de alcanzar miras casi puntuales (como un silo ICBM), la potencia destructiva efectiva de un arma nuclear (o incluso convencional), llamada *letalidad* o factor K, depende, evidentemente, de la potencia del arma («rendimiento», megatonelaje) y de la precisión del tiro. Depende en mayor medida de la precisión que del megatonelaje —lo que ha llevado a los norteamericanos a perseguir precisiones cada vez más perfeccionadas. Pero se conoce el megatonelaje de un arma (y puede confirmarse) con mucha mayor certeza que su precisión (véase Anexo 3). Como prudentes padres de familia los rusos han seguido fabricando cabezas de alto rendimiento —mientras que además, desde hace algún tiempo, la precisión de sus tiros rivaliza con la de los tiros norteamericanos. Materialmente, el resultado es que, suponiendo la misma precisión por ambas partes, el megatonelaje ruso equivale a una «letalidad» más de 2,25 veces mayor, como media, que la de las armas norteamericanas. Estratégicamente, ello supone decir que la dirección rusa se reserva (y cultiva) la opción de una primera ofensiva «anti-fuerzas» —contra los ICBM enemigos— a la que la estrategia norteamericana de hecho (a pesar de sus proclamaciones) ha renunciado *materialmente*. Esta renuncia está *materializada* en la naturaleza del armamento nuclear norteamericano y en la relación de este último con el armamento enemigo; y es, con toda probabilidad, *irreversible*. Ciertamente, una primera ofensiva de estas características sólo afectaría a los ICBM norteamericanos, y no a los SLBM. Pero, en la situación que resultaría de ello, la respuesta norteamericana no es nada evidente *a priori*. En el Capítulo 4[4] me extenderé más sobre este punto.

4. Un adagio muy conocido por los juristas romanos dice: «El megatonelaje es siempre seguro, la precisión siempre incierta». He aquí algunas indicaciones sobre la política norteamericana: «Una propuesta del Departamento de Defensa en 1969 destinada a mejorar el sistema de dirección del Poseidón ha sido retirada espontáneamente, "en vistas de la seria situación presupuestaria". La solicitud formulada en 1970 relativa a los sistemas balísticos avanzados de retorno a la atmósfera (*Advanced Ballistic Reentry System:* ABRES) fue suprimida a fin de prevenir los esfuerzos "que podrían apoyar la creación de cualquier capacidad futura de destrucción de blancos duros". Tres enmiendas a la ley de autorización de los suministros militares, todas vinculadas a las capacidades anti-fuerzas, fueron rechazadas en 1971. El Departamento de Defensa solicitó 20 millones de dólares adicionales en 1972 para mejorar la precisión de los misiles, pero no lo

Contrariamente a la práctica habitual, no está incluida en este recuento bajo la misma categoría que los demás vectores de ANS (armas nucleares estratégicas), por razones que explicaremos inmediatamente.

Estados Unidos posee 316 bombarderos (más 22 destinados al entrenamiento) de largo radio de acción (distancias de vuelo entre los 10.000 y los 16.000 km), los rusos 156 (distancias de vuelo de 11.200-12.800 km). La imagen se modifica si se tienen en cuenta los aparatos de distancias de vuelo inferiores (véase el apartado siguiente).

Las incertidumbres que rodean las posibilidades de utilización de la aviación estratégica son mucho mayores que en los demás casos. «Las posibilidades de penetración están convirtiéndose en especulativas.»[5] La indicación más sorprendente de ello es el progresivo abandono, por parte de Estados Unidos, de este «pie» del famoso «trípode» (tríada) estratégico (ICBM, SLBM, B-52). No sólo su número, que alcanzaba los 1.716 aparatos en 1960,[6] ha descendido a 316 ahora, sino que la decisión de construir un nuevo tipo de bombardero de largo radio de acción (el B-1) ha sido finalmente abandonada bajo Carter —no sin algunos sólidos argumentos técnicos. Los más «recientes» de estos bombarderos (los B-52 H) están en servicio desde 1962 (aunque se benefician, como la mayoría de los

consiguió... Los investigadores norteamericanos poseen, desde hace mucho tiempo, la competencia técnica necesaria para crear cabezas de misiles con combinaciones de precisión/rendimiento que podrían destruir a los ICBM soviéticos en sus silos de hormigón. Su valor práctico, sin embargo, es siempre estrictamente limitado en función de nuestra estrategia de segunda ofensiva...» *Collins 1980*, pág. 129 nota 14 y pág. 124 nota 46. En cuanto a la política rusa, he aquí un extracto de un texto oficial de doctrina militar.

«Las fuerzas estratégicas soviéticas tienen la capacidad de hacer ineficaz *(frustrate)* un ataque nuclear por sorpresa del enemigo... El lugar central lo ocupa ahora la destrucción de los medios de la guerra nuclear...» lo que se lleva a cabo «tomando la delantera al enemigo *(forestalling)* en la realización de las ofensivas nucleares y convencionales» Citado por *Collins 1980*, pág. 76, nota 111.

5. *Collins 1980*, pág. 147.

6. Robert P. Berman, *Soviet Air Power in Transition*, The Brookings Institution, Washington, 1978 (citado a partir de ahora: *Berman 1978*), pág. 16. Véanse las series históricas en *IISS 1980*, pág. 90 y John M. Collins, *Imbalance of Power, Shifting U.S.-Soviet Military Strenghts* Macdonald and Jane's, Londres, 1978 (citado a partir de ahora: *Collins 1978*), págs. 58-59.

materiales norteamericanos, de la incorporación periódica de mejoras técnicas). Sus posibilidades de penetración en territorio enemigo parecen muy problemáticas. Volando a Mach 0,95, deberían hacer frente a unos 2.600 interceptores de la defensa estratégica rusa (la *PVO Strany*) que vuelan a Mach 1,6 a 2,3 —es decir, unos ocho interceptores por bombardero—, armados de misiles aire-aire, y sobre todo a un dispositivo formidable de cohetes (12.000) suelo-aire.[7] Sin embargo, informaciones muy recientes dan cuenta de la intención de Estados Unidos de construir un nuevo bombardero estratégico, utilizando tal vez la nueva tecnología de los aviones «invisibles», es decir no detectables por radar («IHT», 30.1.81). Discusiones y oscilaciones prosiguen (véase «IHT» 16.2.81 y 19.2.81).

La situación podría cambiar si los ALCM *(Air Launched Cruise Missiles*, misiles Cruise lanzados desde aviones; un misil Cruise es una especie de avión autodirigido sin piloto que vuela a baja altura) de gran alcance pudieran ser construidos. (SALT II prohibe los Cruise lanzados desde submarinos u otras construcciones, SLCM, si su alcance excede los 600 km, pero no los ALCM.) Estados Unidos se propone actualmente convertir 151 B-52 G en portadores de 20 ALCM cada uno (es decir, 3.020 ALCM portadores de cabezas nucleares). El sistema, todavía en curso de estudio y de preparación, no ha sido todavía sometido a prueba. Se suponía que iba a ser introducido progresivamente desde septiembre de 1980 hasta 1986 (con 12 ALCM por B-52) y completado de 1986 a 1989 (con 20 ALCM

7. El número de interceptores de PVO-Strany por bombardero americano era de 3,8 en 1950 y de 2,9 en 1960; pasó a 6,6 en 1970 y a 6,3 en 1977 (*Berman 1978*, pág. 16). Actualmente (1980) es de 8,3 (2.615 interceptores rusos por 316 bombarderos pesados norteamericanos; *IISS 1980*, págs. 5 y 10). Dicha evolución se debe a la disminución del número de bombarderos norteamericanos. Hay que añadir por parte de las defensas rusas 10.000 lanzadores con 12.000 misiles tierra-aire (SAM), más un nuevo tipo de SAM, el SA-10, en curso de despliegue, que dispone de una cierta capacidad anti-Cruise (*IISS 1980*, pág. 10); y una considerable cantidad de artillería antiaérea. En 1977, el 82 % de los bombarderos norteamericanos eran capaces de volar a baja altura (*Berman 1978, id.*); en la misma época, el 33 % de los SAM rusos y el 18 % de los aviones eran asimismo capaces de operar a baja altura. Suponiendo que actualmente todos los B-52 sean capaces de volar a baja altura, y que los rusos no hayan continuado mejorando sus fuerzas a este respecto, quedarían 12 SAM y 1,5 avión ruso por bombardero norteamericano. Pero de hecho se sabe que está en curso una recualificación *(upgrading)* rápida de los aparatos rusos, dotándolos de la capacidad *look-down - shoot-down*.

por B-52). Probablemente lleva retraso. Los misiles son subsónicos; su alcance se desconoce pero no parece que permita a los bombarderos lanzar su Cruise fuera del alcance de la aviación defensiva enemiga. Las discusiones sobre su vulnerabilidad y utilidad son, como de costumbre, muy vivas. En cualquier caso, es más que probable que los rusos puedan desplegar medios de respuesta en el plazo de algunos años. Más importante todavía, ya están desarrollando ALCM similares; las pruebas de estos misiles de alcance intermedio ya han sido verificadas a partir de los *Backfire* y se cree que el nuevo bombardero estratégico que están desarrollando podría ir dotado de ellos. Es evidente que todas estas consideraciones se aplican, *mutatis mutandis*, a los ALCM lanzados desde aviones menos importantes que los grandes bombarderos.[8]

Armas nucleares intermedias y tácticas. Aviación no estratégica de capacidad nuclear

En este campo, la superioridad rusa es aplastante. Los norteamericanos no poseen lanzadores intermedios. Los rusos habían desplegado desde 1959 y 1961 los SS-4 y SS-5 (440 en total) de 1.900 y 4.100 km de alcance respectivamente y de 1 MT de carga. Desde 1977, están sustituyéndolos por los SS-20, mirvados (tres cabezas de 150 KT) de 5.000 km de alcance (160 desplegados hasta ahora). Por lo que se refiere a los misiles de corto alcance (SRBM) o «tácticos», los norteamericanos despliegan 164 Pershing (1962, alcance 720 km) y 62 Lance (1972, alcance 110 km) con cargas en la región de los KT. Frente a esto, 1.300 misiles rusos, entre los que se cuentan también misiles como el SS-12 (1969, 900 km de alcance, 1 MT de carga) están siendo rápidamente sustituidos por los SS-21, SS-22 y SS-23 (respectivamente 1978, 1979, 1979-1980), de un alcance que puede llegar a los 1.000 km y cuyas otras características siguen siendo desconocidas. Los rusos disponen además de 100 misiles Cruise lanzados desde tierra y de tres tipos de Cruise lanzados desde aviones (AS-3, AS-4 y AS-6: el último desplegado desde 1977) cuyo número total se ignora (hay 800 AS-4). Frente a esto, hay 400 misiles Cruise (Hound Dog, 1961, 965

8. *Collins 1980*, págs. 147-149.

km de alcance) y 1.250 misiles balísticos SRAM (1972, 160 km de alcance), ambos lanzados desde aviones y con cabezas en la región de los KT. Las dos partes disponen de artillería de capacidad nuclear (515 piezas por parte de los norteamericanos, cantidad desconocida por parte de los rusos), de características comparables (alcance hasta 30 km, cargas del orden de kilotones).

Es prácticamente imposible establecer una comparación de las fuerzas respectivas en el campo de la aviación de capacidad nuclear; desde los bombarderos medios propiamente dichos hasta los interceptores, la mayoría de los aparatos de los que disponen los dos ejércitos pueden llevar armas nucleares (en misiles Cruise o cohetes aire-tierra). Las características de estos aparatos están muy diversificadas según los campos y entre los dos campos.

En el terreno de los bombarderos medios, Estados Unidos despliega 65 FB-111 A (1969, velocidad 2,5 Mach, distancia de vuelo 4.700 km, carga de armas 37.500 libras). Rusia dispone de unos 880 bombarderos medios entre los que se cuentan el TU-16 y el TU-22, relativamente antiguos (1955 y 1962), pero también de 145 TU-22M/-26 Backfire (1974, velocidad 2,5 Mach, distancia de vuelo 8.000 km, carga de armas 17.500 libras). Respecto a los aparatos de distancias de vuelo más cortas, hay unos 720 aparatos norteamericanos (tal vez un poco más) portadores de armas nucleares (de los que 354 son portaviones) de distancias de vuelo que van de 2.250 a 4.700 km, velocidades de 0,9 a 2,5 Mach y cargas de armas de 16.000 a 28.000 libras, contra casi 2.600 aparatos rusos de distancias de vuelo de 1.000 a 1.800 km, velocidades de 1,6 a 2,3 Mach y cargas de armas de 2.000 a 11.000 libras. Está claro que los radios de acción de los aparatos norteamericanos de estas dos categorías, combinados con las posiciones geográficas de las bases respectivas (y la utilización de los portaaviones) les dan, en principio, la posibilidad de actuar contra objetivos en territorio ruso, mientras que los aviones rusos correspondientes sólo podrían ser utilizados contra objetivos situados en Europa (o en China) —salvo, quizás, el Backfire. En el caso de este último, más que la posibilidad a la que a veces se alude de aterrizar en Cuba tras una misión en territorio norteamericano, un aumento del alcance de los misiles Cruise podría conferirle capacidades «estratégicas». (Cf. anteriormente.)

Para tener una visión más clara en este terreno (de las armas nucleares tácticas), y aunque esta cuestión, estrictamente hablando, no entra en el marco de la presente comparación, es útil citar las conclusiones del estudio del *International Institute for Strategic Studies* de Londres, en la última edición (septiembre de 1980) de su publicación anual *The Military Balance*, 1980-1981. El estudio (cuyo resumen ofrece el Anexo 2) concierne a las armas nucleares de las que disponen en el teatro europeo el Pacto de Varsovia (de hecho, se trata exclusivamente de Rusia salvo 18 misiles de corto alcance operados por la R.D.A.) y la OTAN (incluida Francia). El IISS calcula en total 5.330 sistemas de lanzamiento por parte de los rusos contra 1.512 por parte de la OTAN; 1.995 cabezas nucleares disponibles por parte de los primeros, contra 768 por parte de la segunda (o 1.168 si se incluyen los Poseidón sobre submarinos norteamericanos asignados al comando europeo de la OTAN «con fines de planificación»); y (tras estimación de factores de «supervivencia», «fiabilidad» y «penetración») 819 cabezas que llegan a destino en el caso de los rusos, contra 267 en el caso de la OTAN (o 555 incluyendo a los Poseidón). «Sin la inclusión de los Poseidón por parte de la OTAN, la superioridad global del Pacto de Varsovia respecto a las *cabezas que llegan a destino* es de 3,1 contra 1 aproximadamente; con los Poseidón, la superioridad disminuye a 1,5 contra 1 aproximadamente. La tendencia que hemos señalado se hizo más neta el año pasado por primera vez. El nuevo método de análisis utilizado y las nuevas informaciones obtenidas desde entonces confirman que el Pacto de Varsovia posee una superioridad (o ventaja: *advantage*) que será más pronunciada en el curso de los próximos años, con la continuación de los programas soviéticos. No puede esperarse un crecimiento sustancial en las capacidades de la OTAN antes de que empiece a desplegar nuevos sistemas de largo alcance hacia 1983-1984.»[9] Obsérvese la sutileza de la última frase: a través de una tautología (las capacidades de la OTAN no aumentarán antes de que empiece... a aumentarlas), se crea la impresión de que algo cambiará en 1983-1984 sin llegar a decir, sin embargo, que este cambio afectará a la superioridad del «Pacto» (repito, se trata de fuerzas *rusas*) y a la relación de fuerzas. En efecto, eso no sería así si, de aquí a 1984, los rusos

9. *IISS 1980*, págs. 116-119.

permanecieran de brazos cruzados —hipótesis absurda. De hecho, se sabe que aceleran el ritmo de despliegue de estas fuerzas: los SS-20, instalados anteriormente a un ritmo de uno cada siete días, ahora están siendo instalados al ritmo de uno cada cinco días.[10]

FUERZAS CONVENCIONALES

Ejércitos de tierra

La superioridad rusa es de 2 a 1 respecto a los hombres alistados (1.825.000 contra 901.000, incluidos los *marines*), de casi 4 a 1 respecto a las reservas de hombres (9.200.000 reclutas rusos han terminado su servicio militar hace menos de 5 años; las reservas norteamericanas de todos los ejércitos son de 824.000, con 1.617.000 más que tienen «algunas obligaciones reservistas»); de más de 2 a 1 respecto a la artillería (más de 40.700 piezas, contra algo más de 18.230); de 3 a 1 respecto a los vehículos de combate (más de 62.000 contra 22.950); de 4 a 1 respecto a los carros de combate (más de 50.000 contra 13.275).[11] Es imposible comprimir en algunas cifras los datos relativos a los innumerables tipos de misiles tierra-tierra (y tierra-aire) de corto alcance, las defensas antiaéreas y las armas anti-carros, de los que los dos ejércitos se hallan abundantemente dotados (los norteamericanos disponen de 108.000 *TOW* y de 7.000 *Dragon*, armas dirigidas anti-carro; los rusos poseen armas del mismo tipo, en cantidad desconocida). La opinión bastante extendida según la cual las armas dirigidas anti-carro de los norteamericanos pueden ellas solas neutralizar los vehículos blindados rusos, siempre muy discutible, está actualmente superada.[12]

10. *IISS 1980*, pág. 4 (véase más adelante, pág. 92).

11. La comparación cuantitativa da una imagen falseada respecto a los vehículos de combate. Los vehículos norteamericanos son prácticamente simples medios de transporte, los vehículos rusos (el BMP-76) son blindados. «Los BMP-76, a pesar de los defectos, permiten a la infantería soviética combatir desde dentro, mientras que los soldados de la OTAN deben combatir a pie.» *Collins 1978*, pág. 232 y nota 9. Cf. también Anthony H. Cordesman, «Net Assessment Appraisal», en *Collins 1978*, págs. 265, 271-275.

12. Algunos expertos franceses pulverizan los blindados rusos en artículos de periódicos con ayuda de los TOW norteamericanos. Sin embargo, «resulta

Evidentemente, a la hora de discutir eventuales operaciones convencionales en Europa, teóricamente hay que tener en cuenta las fuerzas de los demás países del Pacto de Varsovia y de la OTAN. Ya he dicho que no es éste el propósito de la presente discusión, me extenderé sobre este tema en el Capítulo 6.

Fuerzas navales

Existe una neta superioridad rusa respecto a los submarinos (haciendo abstracción de los submarinos portadores de SLBM): 91 submarinos de propulsión nuclear (de los que 45 son portadores de misiles Cruise), contra 74; y 166 Diesel (de los que 23 llevan misiles Cruise) contra 7. En cambio, contra los 14 portaaviones norteamericanos (de los que 3 son de propulsión nuclear), los rusos de momento sólo tienen 2 de desplazamiento netamente inferior (la mitad). En cuanto a los navíos de combate de superficie, existen 177 norteamericanos contra 285 rusos. Sin embargo, los navíos de guerra norteamericanos son de un desplazamiento muy superior. Más característico, tal vez, es el tonelaje total construido: entre 1966 y 1976 Estados Unidos construyó 249 navíos de guerra de desplazamiento total de 1,5 millón de toneladas.[13] En este terreno es aún más difícil pasar de las «cantidades» o de los «números» a los «valores». La flota rusa tiene el inconveniente de estar compartimentada geográficamente en cuatro porciones separadas: Artico, Báltico, mar Negro y Pacífico Norte, con salidas fácilmente controlables, al menos en teoría, en las tres primeras. La flota norteamericana carece de esta desventaja; pero debería perseguir a los

alarmante saber que los misiles TOW existentes no pueden luchar contra los T-64/T-72 y que, incluso después de haber sido modificados, no podrán rivalizar con el T-80 en proyecto. La mejor arma anti-carro es, actualmente, el carro de combate, pero en este terreno el actual M-60 norteamericano está de hecho superado por el T-62, y el nuevo XM-1 norteamericano no tendrá seguramente un gran margen de superioridad sobre el T-72 o su sucesor, el T-80». John Erickson, «Le dispositif soviétique en Europe centrale», en Pierre Lellouche *et al. La Sécurité de l'Europe dans les années 80*, Institut Français de Relations Internationales, París, 1980 (a partir de ahora citado: *Lellouche 1980*), pág. 91. Por lo que se refiere al T-80, parece que ya ha pasado del estadio de proyecto al estadio de la producción: *Collins 1980*, pág. 206, nota 83. Véase también la discusión aquí, pág. 62.

13. Cordesman, en *Collins 1978*, pág. 183.

submarinos rusos por todos los mares del globo, y desde hace años se expresan serias dudas sobre su capacidad de realizar esta tarea.[14] Y lo que es más importante, Rusia podría practicar, y eventualmente ganar, una guerra convencional en el Viejo hemisferio sin, por decirlo así, tener que emplear ni un solo navío. Estados Unidos no podría *ni siquiera empezar* una guerra similar sin el dominio efectivo de los mares, a menos de replegarse en el continente americano. Es sabido, además, que su dependencia respecto a las importaciones de materias primas estratégicas, y no sólo de petróleo, ha llegado desde hace algunos años a un grado crítico.[15]

No deja de ser interesante observar que el número de hombres en las dos flotas no varía mucho (506.000 norteamericanos, 433.000 rusos).

Aviación (excluyendo los bombarderos estratégicos): 8.375 aparatos rusos, 6.243 norteamericanos (sin incluir los 1.040 pertenecientes a las reservas). Personal: 1.025.000 rusos, 502.000 norteamericanos.

Los norteamericanos poseen unos 9.000 helicópteros militares de todas las categorías. Los datos correspondientes a los helicópteros rusos (al menos los que yo poseo) parecen contradictorios. Su número llegaba a los 2.000 en 1974, y a unos 4.000 a principios de 1977. En 1979 y 1980, las cifras de Collins y del IISS (2.860 y 3.540 respectivamente) son ciertamente incompletas. John Erickson indica 8.000 para 1980.[16]

Satélites artificiales militares lanzados entre 1975 y 1979: 451 rusos, 91 norteamericanos.[17]

En resumen: si exceptuamos la flota de superficie y, tal vez, los helicópteros, en *todos* los demás terrenos los componentes

14. *Collins 1978*, págs. 177-180; *Collins 1980*, págs. 259-267.

15. Véase el cuadro dado por Cordesman, en *Collins 1978*, pág. 24.

16. Véase Cordesman en *Collins 1978*, págs. 135 y 147; Erickson, en *Lellouche 1980*, pág. 91. Cf. Anexo 1, Cuadro A y las notas.

17. Herwig Pickert, «Satellitenabwehr», *Aus Politik und Zeitgeschichte*, (Beilage zur Wochenzeitung *Das Parlament*), B 41 Trier, 11 Okt. 1980, págs. 27-37. Cf. «IHT», 28.1.81, pág. 2.

del arsenal ruso van de la igualdad con los del arsenal norteamericano a la relación 2 a 1 en muchos terrenos importantes (esta relación, o una relación todavía superior, es típica en el caso de las fuerzas terrestres consideradas globalmente) o a la superioridad aplastante (armas nucleares intermedias y tácticas, megatonelaje nuclear estratégico).[18] Esta situación quedó básicamente establecida en el curso de la última década y se ha visto fuertemente acentuada durante los últimos cinco años.

2. LA RELACION ESTATICA DE FUERZAS MUERTAS: CARACTERISTICAS

El prejuicio, todavía ampliamente extendido en la opinión occidental, de una inferioridad intrínseca y fundamental de los materiales rusos a nivel técnico y cualitativo es de naturaleza netamente folklórica. Los israelíes tuvieron que pagarlo caro ya en 1973-74. Igualmente folklórica es la mitificación de la excelente técnica de los materiales y de la organización norteamericana.

Está claro que aquí también los valores son *relativos*. La cuestión no es saber si el material ruso es «perfecto», sino cómo se *compara* con el material norteamericano; y no en cuanto a las cualidades técnicas en abstracto, sino en cuanto a las tareas integradas que deberían realizar. Si el ejército norteamericano se equipa de walkies-talkies cuadrafónicos, o si proporciona a sus soldados abrelatas con mando electrónico a distancia —como es muy capaz de hacer; más seriamente, si un material es tecnológicamente sofisticado sin que esta sofisticación aumente notablemente su rendimiento— entonces este material es *inferior*, no superior; ya que los riesgos de avería, las dificultades y los gastos de mantenimiento, reparación, obtención de piezas de recambio aumentan, mientras que su robustez y su fiabilidad disminuyen.

Por otra parte y sobre todo, las características técnicas raramente tienen (por no decir nunca) una significación en sí misma. Rapidez y armamento de un caza no valen gran cosa sin

18. Véase el Cuadro B del Anexo 1.

manejabilidad; y esto es todavía más cierto, sobre todo hoy, a propósito de los ingenios implicados en la batalla. En una configuración en la que los Azules posean, por ejemplo, armas anti-carro de una precisión y eficacia perfectas, está por ver que sus soldados puedan utilizarlas. Si los Rojos tienen una fuerte superioridad en la artillería de largo alcance, la ruta de sus vehículos blindados será barrida por sus obuses. Esta artillería tal vez pueda ser reducida al silencio por la aviación de los Azules. Para responder a ésta, los Rojos no necesitan disponer de aviones cualitativa y cuantitativamente equivalentes; les basta estar bien armados de misiles tierra-aire y de artillería antiaérea. (Esta configuración se aproxima bastante a lo que podría ocurrir en el teatro europeo si las armas nucleares tácticas no llegaran a utilizarse, y más aún si lo fueran: los vehículos blindados rusos están construidos con medios de protección contra las radiaciones y las armas químicas, contrariamente a los vehículos blindados occidentales que, en su mayoría, no los poseen.)[19]

Nadie puede contestar a la industria norteamericana una superioridad técnica global. Pero el paso de esta constatación a la creencia muy extendida de una excelencia técnica incomparable y de una gran fiabilidad de los materiales militares norteamericanos no está justificado en absoluto. El problema, en primer lugar, es el de la *traducción* de esta superioridad en *aplicaciones militarmente pertinentes* (y de una superioridad sobre el adversario *en este sentido*); después, y tal vez más, el del mantenimiento y los controles/verificaciones de los materiales. Ahora bien, sin hablar ya de la grotesca historia de Tabas

19. Otro ejemplo de esta verdad elemental —que sólo la calidad técnica de los *conjuntos* es significativa, y que va más allá de las cualidades de los ingenios particulares— nos es proporcionado por el cálculo del IISS ya mencionado (resumido en el Anexo 3) de las «cabezas nucleares que llegan a destino» en el teatro europeo. Respecto a las armas nucleares lanzadas desde aviones, el porcentaje de llegada es del 29 % en el caso de los rusos, del 23,2 % en el caso de la OTAN (incluida Francia). Depende de la combinación de factores como la «capacidad de supervivencia», «fiabilidad» y «penetración», que condensan (especialmente el último) la acción de varios elementos que cumplen a la vez funciones de ataque y de defensa. No insistiría tanto en estas evidencias, si no fuera flagrante (y repetidamente reconocido por los expertos norteamericanos) que la integración de los distintos elementos particulares en concepciones tácticas y estratégicas coherentes es muy superior en los rusos que en los norteamericanos.

(que refleja sobre todo la calidad del *personal* dirigente norteamericano, no sólo de Carter), se podría escribir un libro con los recortes de prensa de los últimos catorce meses dando cuenta de fallos de materiales, retrasos, frecuentemente renovados, de fabricaciones consideradas como prioritarias, inexistencia de piezas sueltas, etc. (Se encontrará una breve antología en el Anexo 6.)

*

De hecho, lo que con el tiempo se viene a saber, en *concreto* (por oposición a los juicios preconcebidos), sobre la calidad de los materiales militares rusos desmiente brutalmente cualquier idea de inferioridad esencial e intrínseca en este terreno.

Así, por ejemplo, a propósito de la aviación, las características del bombardero medio TU-22M/-26 Backfire, del Mig-25 (desde 1970), de los Mig-23 y 27, de los SU-19 no tienen nada que envidiar a las de los aviones occidentales correspondientes. «El Mig-25 *Foxbat* confiere... una flexibilidad en el reconocimiento que le hace probablemente superior a las fotografías por satélite... Las altitudes y las velocidades en las que el *Foxbat* da mejor rendimiento le permiten distanciarse de la mayoría de los aparatos interceptores modernos.»[20] Un responsable de la U.S. Air Force en 1977 calificó las funciones automatizadas del Mig-25 como «las más sofisticadas nunca vistas en un avión moderno»; y otro añadió «es único *(unsurpassed)* en otro aspecto: la facilidad de mantenimiento y de servicio».[21] La opinión general más reciente de los especialistas se encuentra en la última edición (diciembre de 1980) de *Jane's All the World's Aircraft:* «La superioridad de Occidente sobre la Unión Soviética en el ámbito aéreo ha sido erosionada y algunos elementos de las fuerzas aéreas aliadas se encuentran también en mal estado desde el punto de vista de la preparación al combate *(combat readiness)*... Las fuerzas del Pacto de Varsovia disfrutan, desde hace tiempo, de una capacidad de vuelo ilimitada... Esto representa únicamente una de las formas en las que el avance occidental en el ámbito de la calidad, que compensaba la superioridad cuantitativa del Este, ha sido erosionado... Una

20. *Berman 1978*, pág. 33.
21. *Collins 1980*, pág. 104, nota 131.

inquietud que va siempre en aumento *(a steadily mounting concern)* surge del hecho de que el equilibrio estricto de la potencia militar del que dependía la garantía de la prosecución de la paz ya no existe... Ahora más que nunca es "ilusorio" continuar creyendo en la superioridad cualitativa de las fuerzas de la OTAN respecto a las del Pacto de Varsovia».[22]

La situación empieza, tal vez, a ser parecida en lo que se refiere a los submarinos. «La guerra anti-submarina causa también preocupaciones siempre crecientes, ya que la tecnología soviética nos está alcanzando y, en muchos casos importantes, nos está superando... Al menos dos tipos de propulsión nuclear, los Alfa y los Victor, son más rápidos que los nuestros... Setenta y seis submarinos soviéticos... están equipados con misiles Cruise anti-navíos. El total de los lanzadores es de 432... Veintiséis submarinos norteamericanos poseen 104 lanzadores Harpoon, de un alcance inferior.»[23]

Estas informaciones y juicios, formulados en verano de 1980, ya han sido superados. Dos nuevos tipos de submarinos acaban efectivamente de ser lanzados por los rusos. El *Oscar* (nombre de código norteamericano), submarino de ataque a propulsión nuclear de 10.000 toneladas, de casco de titanio (lo que aumenta velocidad y profundidad de inmersión), está armado con 20 o más misiles Cruise de un alcance de al menos 320 km —diez veces más que los de los misiles desplegados hasta ahora por las fuerzas navales rusas. El Pentágono está «anonadado» *(stunned)*, escribe el «IHT», por este avance ruso que amenaza con neutralizar a los portaaviones norteamericanos; las medidas de respuesta son posibles, pero costarían miles de millones de dólares.[24] El *Typhon*, de 30.000 toneladas (tamaño de un portaaviones de la Segunda Guerra Mundial),

22. «IHT»; «Le Monde» 26.12.80, pág. 6: «Las fuerzas aéreas del Pacto de Varsovia poseen una capacidad de operar en cualquier momento superior a la de la OTAN... que ha invertido una proporción creciente de sus recursos en la producción de material no utilizable en las condiciones (climáticas) que se dan con mayor frecuencia en Europa...» Según *Jane's* (que cita las estadísticas norteamericanas oficiales de 1979): «el 42 % aproximadamente de los aparatos tácticos del ejército norteamericano no son operacionales permanentemente».

23. *Collins 1980*, pág. 257.

24. «IHT», 9.1.81, pág. 1. Cf. «Le Monde», 21-22.12.80, pág. 9. («Le Monde» daba, según fuentes de la OTAN, 24.000 toneladas para el desplazamiento del *Oscar*.) Cf. las declaraciones de Melvin Laird en el «IHT» del 20.1.81, pág. 3.

también con casco de titanio, lleva veinte cohetes nucleares estratégicos, de 6.500 km o de 7.200 km de alcance. Es el tonelaje más pesado actualmente existente (los nuevos submarinos norteamericanos de la clase *Ohio*, el primero de los cuales no será operacional hasta el verano de 1981, desplazan 18.750 toneladas).

Es evidente que los rusos decidieron la construcción del *Typhon* en cuanto se aprobó el programa norteamericano para el misil Trident y los submarinos de la clase *Ohio*. La realización de estos últimos requirió cinco años —y la réplica rusa llega prácticamente al mismo tiempo.[25]

En el terreno de los ordenadores, durante tanto tiempo monopolio efectivo de los norteamericanos —que se sigue representando como tal, y del que tanto se habla en relación con las restricciones de la exportación a Rusia— en 1973-1974 «los analistas norteamericanos calculaban que la Unión Soviética llevaba un retraso de cinco a diez años frente a Estados Unidos... La distancia es ahora tan pequeña, que los expertos estiman que es difícil de cuantificar».[26] Esta constatación fue hecha en 1978, por lo que resulta que una «distancia» de cinco a diez años ha sido reabsorbida en cinco años. Como evidentemente los norteamericanos han seguido progresando (a pasos de gigante) en el campo de los ordenadores durante este período, la ingenuidad aritmética indica un ritmo de progresión rusa dos veces más rápido, por lo menos, que el de los norteamericanos. El campo en el que, en opinión de los expertos, los rusos parecen todavía retrasados es en el del *software* (simplificando mucho, el de la confección de programas de ordenador). Como

25. Cf. «Le Monde», *ibid.* y 13.11.80, pág. 16; asimismo, «IHT», 12.11.80. En total, los rusos lanzaron en 1980 nueve nuevos submarinos nucleares: *uno cada seis semanas:* «Le Monde», 21-22.12.80, *ibid.* —La construcción del *Typhon* se suponía desde hacía algún tiempo: «NYTimes», 29.10.79; «Le Monde», 26.6.80. Pero se creía que sería de un tamaño parecido al del *Trident: Collins 1980,* pág. 143.

26. *Collins 1980,* pág. 109, nota 147, donde se encontrarán otras citas. —Cf. «IHT», 7.11.80, pág. 9: el examen de un microprocesador ruso ha demostrado que el retraso de los rusos en este campo, que se creía de diez años, es todo lo más de tres. «La tecnología de los rusos... se halla ciertamente muy próxima a la nuestra, si no está ya al mismo nivel», declaró Charles Lecht, Presidente de la *Advanced Computer Techniques Corp. (ibid.)*

se trata, fundamentalmente, de un terreno de lógica/matemática aplicada que no tiene nada de trascendente (sin hablar de la sobreabundancia de talento matemático en Rusia), no es probable que este retraso persista durante mucho tiempo.

*

No hay ninguna razón para proseguir esta tediosa enumeración. Los juicios de Collins aparecen perfectamente justificados:

«Se ha puesto un excesivo acento en la cualidad superior de nuestra tecnología... Ya ha pasado el tiempo en que Estados Unidos podía estar seguro con arrogancia de su superioridad técnica indiscutible...»[27] De un cuadro del mismo autor resulta que en 1980 Estados Unidos llevaba la delantera en 59 ámbitos de investigación fundamental y aplicada, y Rusia en 42. Una extrapolación lineal de las tendencias presentadas en 1985 daría un adelanto ruso en 65 campos, y un adelanto norteamericano solamente en 36.[28] Dichas extrapolaciones son sumamente discutibles —igual que todos los intentos, intrínsecamente absurdos, de «prever» el progreso tecnológico. No obstante, se pueden extraer conclusiones de lo que *ya* ha pasado: la lista que el propio Collins establecía en 1977 sobre los «adelantos» respectivos de los norteamericanos y de los rusos en los distintos campos de la tecnología militar[29] parece estar necesitada actualmente de una revisión, y siempre en el mismo sentido: los ordenadores, la aviación, la eliminación del ruido de los submarinos deberían pasar de la categoría «neta superioridad de Estados Unidos» a la categoría «soviéticos a punto de salvar la distancia»; y los MIRV, la precisión de los misiles, los sistemas nucleares tácticos y, tal vez, los instrumentos sobre satélites, de la categoría «soviéticos a punto de salvar la distancia» a la categoría «equivalencia aproximativa».

Existe otro factor cualitativo importante que no debería ser subestimado: la edad (tecnológica) de los armamentos. Sobre este punto, las cosas no pueden ser más claras. Si el comunismo no es la juventud del mundo, es seguramente la de las bombas y los cohetes. Lo fundamental del arsenal nuclear ruso data de los

27. *Collins 1980*, págs. 103-104, Nota 125; pág. 111.
28. *Ibid.*, págs. 105-106, 111-114.
29. *Collins 1978*, pág. 36.

últimos cinco años —y su renovación y perfeccionamiento prosiguen con señales de aceleración más que de aminoración (véase apartado siguiente). Teniendo en cuenta todas las categorías de armas, parece probable situar el «baricentro temporal» de la puesta en servicio de los equipamientos rusos hacia 1975 o incluso más tarde —mientras que el de los equipamientos norteamericanos se situaría más bien hacia 1970. Conviene añadir que los norteamericanos modernizan frecuentemente sus equipamientos sin cambiar de «tipo» *(retroffiting)* y que estos equipamientos son concebidos a menudo —sobre todo en la aviación— para poder absorber durante mucho tiempo las innovaciones; parece que ése no es tanto el caso de los equipamientos rusos (no obstante, numerosas informaciones dan cuenta de perfeccionamientos importantes incorporados por ejemplo al Mig-21 y al SU-17 a lo largo del tiempo).[30] Pero está claro que esta posibilidad no es más que un sustituto incompleto de una verdadera renovación del material.

Estas consideraciones demuestran una vez más la escasa significación que se puede acordar a un «adelanto tecnológico» de los norteamericanos en abstracto. Si este adelanto, por ejemplo, es de cinco años como media, sus resultados quedan anulados si los materiales son cinco años más viejos o más, respecto a la fecha de su puesta en servicio, que los materiales rusos —como indudablemente parece ser el caso.

Pero lo más importante, de nuevo, es desprenderse, cuando se consideran estos temas, del fetichismo (por no decir del cretinismo) tecnológico. La elección, la combinación, la aplicación de las tecnologías apropiadas y eficaces no corresponden a la tecnología: dependen de la organización, de la orientación, de la dirección sociales y políticas. A este nivel, por lo que se refiere a la preparación para la guerra, la superioridad rusa es aplastante. Volveré a tratar este punto en el Capítulo 6. Aquí, para concluir, me limito a citar las opiniones de un experto norteamericano particularmente moderado y ponderado:

«La Unión Soviética parece poseer mayor ventaja sobre Estados Unidos respecto a la calidad y a la coherencia de sus estrategias tendentes a la mejora de sus fuerzas. Independientemente de la calidad comparativa de su tecnología o de sus tácticas, la U.R.S.S. no parece atravesar las revisiones políticas

30. *Berman 1978*, pág. 45.

interminables de sus planes militares que desestabilizan gran parte de la planificación militar de Estados Unidos...

»... Una parte mucho mayor de la tecnología norteamericana refleja una preocupación respecto a la comodidad y a la sobrevivencia de los hombres que no se da en la tecnología soviética [Se es socialista o no se es, C.C.] Esto orienta recursos norteamericanos hacia investigaciones y producciones que no siempre son importantes para la eficacia en el combate...

»... Una gran parte del equipamiento soviético que ha sido analizado después de la Guerra de Octubre (guerra árabe-israelí de 1973-1974, C.C.) puso de manifiesto que este equipamiento estaba mucho mejor concebido para una producción rápida y de bajo coste que su contrapartida norteamericana. Los expertos israelíes quedaron particularmente sorprendidos por la facilidad con la que podía producirse un carro de combate T-62, en relación con el M-60 norteamericano...

»... Al menos una parte de los expertos sostienen que la tecnología militar norteamericana tiene enormes dificultades cuando se trata de determinar dónde hay que pararse y cuándo hay que empezar a producir, mientras que la tecnología soviética se muestra capaz de suministrar tan sólo la tecnología [*sic*] que viene requerida.»[31]

3. LA RELACION DINAMICA DE FUERZAS MUERTAS

El lector ya se ha hecho una vaga idea de la evolución en el tiempo de las fuerzas muertas a partir de las páginas precedentes. La situación actual es el resultado de un incremento del armamento ruso, sobre todo durante los diez últimos años, frente a un armamento occidental y norteamericano prácticamente estático.

Desde 1972, Estados Unidos no ha producido nada nuevo en el terreno nuclear (y prácticamente, en ningún otro), salvo, en 1980 el misil SLBM Trident C-4 (y los submarinos tipo *Ohio* que son los que lo llevan).[32] Por parte rusa ha habido: los nuevos cohetes (mirvados) de largo alcance SS-17, SS-18 y

31. Cordesman, en *Collins 1978*, págs. 37-40.

SS-19 desplegados a partir de 1975; el cohete intermedio SS-20 (mirvado), a partir de 1977; los cohetes de corto alcance SS-21, SS-22 y SS-23 desplegados respectivamente a partir de 1978, 1979, y 1979-1980; los cohetes SLBM de largo alcance SS-NX-17 a partir de 1977 y SS-N-18 (mirvado) a partir de 1978; los misiles Cruise SS-N-12 (lanzamiento marítimo) a partir de 1978 y AS-6 (lanzamiento aéreo) a partir de 1977. El más reciente de los aviones norteamericanos de capacidad nuclear, el FB-111 A, fue desplegado en 1969. El Backfire, el Su-17/-20 Fitter C/D y el Su-19/-24 Fencer rusos fueron desplegados a partir de 1974.

No es una cuestión de mero incremento de cifras brutas, ni de simple mejora de las calidades. Es también una cuestión, claramente, de una *concepción razonada* —una estrategia— *del despliegue temporal de las fuerzas.* Las fechas del primer despliegue (entrada en servicio operacional) de las grandes categorías de nuevo material ruso lo indican claramente. Salida de los nuevos tipos de aviones (Mig-21, Mig-27, Su-17/-20, Su-19/-24, Tu-22M/-26 Backfire) de 1970 a 1974; salida de los nuevos misiles mirvados (véase más atrás), de 1975 a 1979-1980; despliegue, desde hace dos o tres años, del nuevo carro de combate T/-72 (mientras otro todavía más nuevo, el T/-80 parece estar a punto de salir); lanzamiento de los nuevos submarinos *Oscar* y *Typhon* a partir de finales de 1980; y, ahora, pruebas de un satélite anti-satélites (que podría muy bien ser, durante algún tiempo, y a falta de respuesta eficaz, una especie de arma absoluta: no sólo la información, sino la aplicación de numerosos materiales dependen cada vez más de las comunicaciones por satélite).[33] Todos estos materiales tienen un tiempo de gestación (estudios, prototipos, pruebas, elección y decisión, montaje de las cadenas de fabricación, producción) del orden de *cinco años o más* (los rusos preparaban el SS-20 y el *Typhon* mientras el pícaro Kissinger comía su caviar y bebía su vodka); su despliegue continúa; durante los próximos años[34] la curva de la expansión de los armamentos rusos seguirá cierta-

32. Minuteman III: 1970. *Poseidon:* 1971. SRAM (ALCM): 1972. Como los proyectos exigen *varios años* para llegar al estadio del despliegue operacional, se trata en este caso de armas concebidas y estudiadas hacia mediados de los años 1960 (véase rectificación pág. 92).

33. Intentos finalmente logrados: «Le Monde», 20.3.81; «IHT», 9.4.81.

34. «Persistentes informes dan cuenta de cuatro nuevos ICBM en curso de desarrollo». *IISS 1980,* pág. 3. Los rusos «están desplegando los ICBM de

mente siendo la misma.[34] Esta curva está definida, de la forma más clara y sucinta, por este hecho: desde 1975 (fecha en la que aproximadamente han terminado el mirvaje de sus cohetes), el número de cabezas nucleares norteamericanas sobre misiles balísticos ha aumentado a cerca de 300; el de cabezas nucleares rusas, a 3.000. A este ritmo, los rusos habrán superado a los norteamericanos incluso respecto al número de las cabezas en menos de dos años (si no ha ocurrido ya).[35]

La cuestión más importante respecto a la dinámica de fuerzas muertas es evidentemente ésta: la relación actualmente establecida, y que sigue modificándose continuamente a favor de los rusos, ¿es *reversible*? Antes de discutir la cuestión en términos generales, consideremos tres ejemplos reales.

Durante los años 1960 los norteamericanos consiguen mirvar sus misiles y, por múltiples razones (creciente vulnerabilidad de sus bombarderos, respuesta al despliegue de los ABM rusos *Galosh*, «economías» también sin duda en el sentido de los *cost-effectiveness ratios* defendidas por Mac Namara)[36] desarro-

primera clase a un ritmo rápido, tienen una quinta generación de cuatro nuevos modelos en diferentes etapas de investigación y de desarrollo, y están modificando otros cuatro». *Collins 1980*, pág. 136. La producción en curso de blindados en los países del Pacto (los productores, además de Rusia, son Checoslovaquia y Polonia) es muy superior a la de los países de la OTAN; se preve que será duplicada durante los próximos seis años, 22.520 unidades contra 11.625 (producidas por Estados Unidos, Alemania, Francia, Gran Bretaña e Italia). «IHT», 22.12.80, pág. 3.

35. En 1985, según el IISS: *IISS 1980*, pág. 4. No sé en qué se basa esta fecha.

36. Véase Jan M. Lodal, «Dissuasion et stratégie nucléaire...» en *Lellouche 1980*, pág. 145. Cf. Bernard T. Feld y Kosta Tsipis, «Land-based Intercontinental Ballistic Missiles», «Scientific American», noviembre 1979, págs. 45-55 (citado a partir de ahora: *Feld-Tsipis 1979*). «Al decidir desplegar los MIRV a finales de los años 1960, Estados Unidos cedió a la tentación de lo que J. Robert Oppenheimer llamó en una ocasión una solución «técnicamente seductora» *(technically sweet)* a un problema militar. Los MIRV ofrecían a Estados Unidos una ventaja militar sobre la U.R.S.S., poco costosa pero, como luego se ha demostrado, temporal» (*ibid.*, pág. 48). En este caso, como en el de la precisión de los misiles, y sin duda en otros muchos, puede observarse el rasgo más característico de la política (o no política) norteamericana en materia de armamentos desde hace quince años: el deseo de hacerse con una superioridad militar que se manifiesta periódica y espasmódicamente, que se satisface mediante la introducción de un gadget tecnológico, pero que no se integra en una concepción *dinámica* de conjunto y que no es animada por un esfuerzo continuado. Schlesinger, entonces Secretario de Defensa, declaraba en 1975: «Nuestro objetivo de planificación debería ser garantizar que ningún adversario potencial adquiriese una ventaja unilateral

llan y despliegan, a partir de 1970, misiles mirvados: el Minuteman III (1970, 3 cabezas de 170-200 KT), y el *Poseidon* C 3 (10 cabezas de 50 KT). La respuesta rusa no se hace esperar: previsto por la CIA y la DIA en un lapso temporal que va de 1973 a 1976, el mirvaje ruso es realizado y operacional a partir de 1974-75, produciendo: los SS-17 (4 cabezas de 900 KT), los SS-18 (8 cabezas de 2 MT), los SS-19 (6 cabezas de 550 KT) y los SS-N-18 (3 cabezas de 1-2 MT).

Ya he dicho que la única adición más o menos significativa al arsenal norteamericano desde hace cinco años es el misil Trident I C-4. Debe ser llevado por los submarinos de la clase de *Ohio:* 24 lanzadores Trident por submarino, cada lanzador de 8 cabezas de 100 KT cada una —*total, 19,2 MT por submarino.* En septiembre de 1980, el IISS escribía en su informe anual (pág. 4): «La nueva clase (de submarinos nucleares rusos portadores de misiles) *Typhon* todavía no ha sido observada en servicio». El 12 de noviembre, se hacía público el lanzamiento del primer *Typhon,* del que anteriormente he dado algunas características, a las que hay que añadir sus 24 misiles SS-N-18 mirvados de 3 cabezas de 1 a 2 MT; *total: 72 a 144 MT por submarino.* ¿Quién dice que el socialismo no ha alcanzado y superado al capitalismo norteamericano? (Los norteamericanos deben construir 8 *Ohio;* evidentemente no se sabe cuántos *Typhon* están construyendo los rusos, pero no hay duda de que se trata del primero de una serie.)

En fin, ante el creciente avance de los rusos y el temor de una primera ofensiva que destruya en sus silos sus lanzadores terrestres, los norteamericanos estudian el sistema MX de lanzadores móviles.[37] Se sabía, *a principios de 1980 lo más*

sobre Estados Unidos» (Kosta Tsipis, «The accuracy of strategic missiles», «Scientific American», julio 1975, pág. 23; citado a partir de ahora: *Tsipis 1975*). Se trataba pues de introducir técnicas que aumentasen considerablemente la precisión de los misiles balísticos. El error no consistía en que, como cree Tsipis, dichas innovaciones «aguijonearían» los esfuerzos competitivos del adversario; estos esfuerzos se hubieran producido de todas formas. El error es la ausencia de una concepción y de una política coherentes —que se intenta encubrir con el recurso a los gadgets.

37. Véase sobre el sistema MX, Capítulo 1, pág. 34. Cf. *Feld y Tsipis 1979,* que consideran que el sistema MX es una respuesta inapropiada al problema planteado por la vulnerabilidad de los Minuteman norteamericanos; y Paul Antony, «Le missile MX, nouveau venu dans l'arsenal nucléaire», «La Recherche», n.º 110, abril 1980, págs. 473-475.

tarde, que, incluso si se tomaba inmediatamente una decisión al respecto, el despliegue de los MX empezaría en torno a 1895, y no estaría ultimado hasta 1990. Estamos en la primavera de 1981, y todavía no ha sido tomada ninguna decisión (además de las fuertes reacciones de los habitantes de Nevada y de los ecologistas, los militares norteamericanos todavía no se han decidido a escoger entre los MX y otros sistemas parecidos, por ejemplo los navíos móviles). Pero esto es sólo un aspecto secundario de la cuestión. En efecto, desde 1977 lo más tarde, ya estaba claro que los rusos estaban en condiciones de replicar por el simple aumento del número de cabezas nucleares a cualquier aumento del número de silos norteamericanos (el MX consiste, de hecho, en un aumento del número de silos, y a la incertidumbre por parte del atacante respecto a la cuestión de saber cuál de los silos está «lleno» en un momento determinado; hay uno sobre veintitrés). «La instalación de un número mayor de ICBM norteamericanos sería poco eficaz *(impractical)*, ya que los soviéticos podrían añadir, *por una fracción del costo*, cabezas contra objetivos duros mucho antes de que nosotros pudiésemos construir silos.»[38] Pero tampoco eso es lo fundamental. Desde mediados de los años 1970, los rusos poseen ya el lanzador SS-16, destinado a misiles móviles (obsérvese, de paso, su enorme «retraso» tecnológico), que han aceptado, durante las negociaciones SALT II, no desplegar (no por pacifismo, sino porque la compatibilidad de dichos sistemas con la «verificabilidad», principio básico de los SALT, no es en absoluto evidente). Ahora bien, «algunos importantes responsables del Pentágono temen que si Estados Unidos adopta un programa que incluya misiles balísticos intercontinentales móviles no verificables, los rusos desplegarían los SS-16 mucho antes de que nosotros fuésemos capaces de poner en servicio nuestro propio misil móvil».[39]

38. *Collins 1978*, pág. 51. Tras la discusión del problema de una primera ofensiva rusa, Collins añadía: «En último término, sin embargo, la cuestión no es saber *si* los soviéticos podrían un día destruir los ICBM norteamericanos, con una primera ofensiva, sino *cuándo* podrían alcanzar esta capacidad» (*Ibid.*, pág. 52). Cf. asimismo *Feld y Tsipis 1979*.

39. «IHT», 20.1.81, pág. 3. Existen ya (desde 1975) 60 misiles móviles SS-16 rusos producidos, pero no desplegados («en almacén»), que podrían serlo si SALT II no fuese ratificado. Además, los IRBM SS-20, ya desplegados, son móviles; pueden ser convertidos en SS-16 intercontinentales mediante la incorporación de un tercer piso. *Collins 1980*, pág. 133.

Se trataba de saber si la relación de fuerzas era todavía reversible. Todo hace suponer que, de seguir todo el resto igual, ya no lo es. Detengámonos unos instantes en dos posturas literalmente increíbles que animan las más de las veces las discusiones de la evolución futura de esta relación sobre la hipótesis de un rearme norteamericano.

Primero: si Estados Unidos se decidiese realmente, en pocos meses podría alcanzar a Rusia, o, al menos, corregir a un nivel significativo la relación de fuerzas. Esta idea es avanzada por gente que moviliza vagos recuerdos, sin ninguna reflexión, de 1939-1941, sin ver que: 1.°, incluso en 1939, Estados Unidos necesitó aproximadamente dos años para llegar a un ritmo realmente importante de producción de armamentos; 2.°, dichos plazos tenían un sentido en la situación de la época, y no tienen ninguno actualmente (confinada al nivel convencional o incluso nuclear limitado a las armas de teatro, una guerra en Europa o en la región del Golfo quedaría decidida en pocos días o en pocas semanas; si hubiera escalada nuclear, la unidad significativa de tiempo sería la hora). En una situación que excluye incluso una movilización militar, es irrisorio pensar en términos de una movilización industrial escalonada en meses y en años; 3.°, en fin, los plazos pertinentes para la producción de nuevas armas, por poco importantes que sean, son actualmente del orden de *cinco años y más.*

Segundo: mientras los norteamericanos se rearmen, los rusos permanecerán de brazos cruzados. Basta enunciar la idea para evidenciar su absurdo. Absurdo que evidentemente no es ignorado por los dirigentes occidentales —los cuales no por ello dejan de probar suerte. Hay que decir que dada su situación, no se ve qué más podrían hacer.[40]

La capacidad material, técnica y económica de Estados Unidos para fabricar cantidades enormes de armas de todas clases no se pone en duda. Pero la cuestión no es ésa. Las armas

40. A este respecto se obtuvo un récord durante una emisión «Club de prense» de la radio *Europe N.° 1*, el domingo 19 de octubre de 1980, en la que Luns, Secretario general de la OTAN, aseguraba a los periodistas que su organización hacía lo necesario para responder a la fuerza rusa *presente* instalando armas nucleares de teatro *en 1984* o más, y en la que los periodistas evitaron piadosamente formular la pregunta evidente: ¿qué le hace creer que durante todo este tiempo los rusos no harán nada para conservar esta superioridad decisiva ya adquirida?

no sirven de nada sin una política y una estrategia —y eso es lo que Estados Unidos parece incapaz de producir, por razones profundas y duraderas. Volveré sobre este punto en el Capítulo 6. Al nivel más superficial en el que de momento estamos discutiendo, los proyectos y las propuestas de la Administración Reagan no cambian mucho el panorama: ralentizarán o, todo lo más, detendrán, la *modificación* en curso de la relación de fuerzas. Equivalen, en efecto, a aumentar los gastos militares en un 5 % por año aproximadamente, en «términos reales».[41] Eso es, por lo que se sabe, lo que los rusos hacen *ya*. Si, al principio, los rusos, como todo lo demuestra, tienen una superioridad sustancial, una expansión de armamento de las dos superpotencias al mismo ritmo las mantendrá en la misma relación relativa, incrementando a favor de los rusos la distancia en términos absolutos.

Ciertamente se podría decir —y se dice a menudo— que los rusos por razones «económicas», no podrían sostener indefinidamente esta carrera, vista especialmente la ralentización o la virtual interrupción del crecimiento de su producción durante estos últimos años y lo que se permite presagiar para los años futuros. Desde el punto de vista económico cuantitativo, el argumento es poco convincente. Si los gastos militares representan del 15 al 20 % del PNB, su aumento del 5 % anual puede ser satisfecho por un incremento del 0,75 al 1 % anual del PNB, es decir sin grandes dificultades. (Los objetivos oficiales para el 11.º Plan ruso, 1981-1985, comportan un crecimiento del 4,5 % aproximadamente anual —lo que, por supuesto, no quiere decir

41. En el momento en que escribo esto, las propuestas de la Administración Reagan tienen un aire espectacular («IHT» 20.2.81). Los proyectos de la antigua Administración consistían en aumentar los gastos militares de 143 mil millones de dólares aproximadamente en 1980 a 293 mil millones de dólares en 1986. Las propuestas Reagan, de ser adoptadas por el Congreso (lo que parece probable), elevarían los gastos de 1986 a 356 mil millones de dólares (paso por alto los años intermedios, en los que el aumento propuesto es relativamente menos alto). Es un aumento del 149 % en seis años —en términos *nominales*. La subida de los precios es actualmente en Estados Unidos de un 11 % anual (10,7 % entre el cuarto trimestre de 1979 y el cuarto trimestre de 1980; «IHT», 20.1.81, pág. 7). A este ritmo, los precios habrán aumentado un 87 % en seis años —y el aumento «real» de los gastos militares habrá sido del 33 %— es decir, del 4,9 % anual. Ciertamente, la Administración Reagan prevé que la tasa de inflación quedará sensiblemente reducida. Es lo que prevén también en Francia, los señores Giscard y Barre. Ya veremos.

nada.) Ciertamente, si esta ralentización del crecimiento ruso se demuestra duradera (más adelante volveré sobre ello), el mantenimiento del ritmo actual de incremento de los gastos militares implicaría un estancamiento de las demás utilizaciones del PNB, y en particular del nivel de vida de la población. ¿Reaccionaría esta última, a la larga, diversamente a como lo ha hecho hasta ahora —de una forma distinta a la apatía y al sabotaje de la producción? ¿Cómo se representan los dirigentes esta posibilidad? ¿De qué márgenes disponen para hacer vibrar la cuerda nacional y nacionalista, la amenaza del promotor de guerra Reagan? Evidentemente, el problema no es ni cuantitativo ni económico.

*

Podemos ir todavía más lejos y preguntarnos qué ocurriría si Estados Unidos se embarcase en un rearme que superase sensiblemente el ritmo contemplado actualmente. Tres puntos, por otra parte estrechamente ligados entre sí, parecen deber ser subrayados en esta hipótesis. En primer lugar, dicha orientación norteamericana, con todo lo que implicaría por otra parte (no tendría ningún sentido sin el restablecimiento del reclutamiento), parece política y sociológicamente inconcebible en las actuales circunstancias; sólo sería verosímil en el contexto de una oleada nacionalista y reaccionaria (e incluso autoritaria) que superarse ampliamente las homilías reaganescas y/o en el caso de una nueva y contundente iniciativa de los rusos (como, tal vez, la invasión de Polonia). En segundo lugar, nada permite suponer que los rusos serían incapaces de responder a ello acelerando aún más su rearme y presentando a su población el eventual descenso del nivel de vida que ello supondría como la consecuencia de la actitud de los promotores de guerra norteamericanos. Por último, está claro —como cualquier «paloma» lo diría y como no deja de ser dicho— que semejante política norteamericana sería gravemente «desestabilizadora», ya que colocaría al adversario ante el dilema: hacer la guerra inmediatamente o hacerla más tarde, en condiciones mucho menos favorables. Los «halcones» tienen razón: dadas las posiciones geoestratégicas y sociopolíticas de las dos superpotencias, el verdadero equilibrio exigiría una *superioridad* militar norteame-

ricana.[42] Pero las «palomas» también tienen razón: cualquier intento por parte de Estados Unidos de recuperar ahora esta superioridad perdida sería contemplada por los rusos (por las mismas premisas que, según los «halcones», regulan el comportamiento de aquéllos) como una señal invitándoles a sobrepujar, si no incluso a pasar inmediatamente al ataque. Esta es la situación en la que la dirección norteamericana se ha encontrado situada por numerosos factores, entre los que los tejemanejes del genial tándem Nixon-Kissinger no son los menos importantes. Esta situación fue constituida, básicamente, entre 1968 y 1974; con las incoherencias de Carter no ha hecho más que agravarse. Pero no hay que sobreestimar el papel de las no personalidades en la historia. Nixon, Kissinger y Carter —como Reagan, Giscard o Mrs Thatcher— sólo son síntomas de la descomposición acelerada de las sociedades occidentales.

4. LA RELACION DE FUERZAS VIVAS

Las cuentas de la quincallería militar no poseen una gran significación en sí mismas, y no es necesario extenderse mucho en explicar por qué. La comparación punto por punto de los diferentes materiales no dice nada, no sólo porque rara vez son comparables de forma estricta, sino porque sólo su utilización combinada e integrada proporciona una prueba de la complementariedad necesaria de sus cantidades y cualidades, y sobre todo de las capacidades, de las actitudes y de las disposiciones de los hombres que las utilizan. Jamás ha habido pruebas de este tipo, y la única que puede haber es ésta: el combate. Y un abismo separa el combate real de las maniobras en tiempos de paz, de las *Kriegspiele* y de los simulacros por ordenador. Los

42. No es más que otra manera de expresar lo que François de Rose ha llamado el «equilibrio de los desequilibrios», y que se generaliza inmediatamente a nivel mundial: ya que es absolutamente imposible que los europeos, o la OTAN en Europa, consigan equilibrar las fuerzas convencionales rusas —como es imposible, ahora o nunca, que los norteamericanos consigan contener con medios convencionales un eventual avance ruso hacia el Golfo; el único medio de «equilibrar» habría sido la supremacía nuclear de los norteamericanos. Lo que, a partir de ahora es ya inaccesible.

expertos intentan construir «índices globales»: «potencia de fuego», WEI/WUV *(weapons effectiveness index/weighted unit value,* índice de eficacia de las armas/valor unitario ponderado),[43] ICE (índices de eficacia en el combate), etc., o construir análisis y simulacros «dinámicos». Es su oficio pero sus resultados son más que dudosos. Maratón y Platea, entre otros mil ejemplos, habían demostrado que una superioridad numérica aplastante no es en absoluto decisiva, como la guerra de Vietnam demostró que una inimaginable diferencia de potencia de fuego puede no conllevar un resultado estratégico. Durante todas las guerras árabe-israelíes, la superioridad árabe en «potencia de fuego» era de 4 a 1; y «con la clase de estimaciones de la relación de fuerzas que a menudo acostumbran a presentarse —bien se trate de comparaciones estáticas de las armas o de simulacros dinámicos de combate— las batallas históricas reales serían difíciles de explicar. Sobre la base de estos criterios, Francia y Gran Bretaña deberían haber vencido con facilidad a Alemania en 1940».[44]

No es sólo que las guerras las hacen los hombres, y no los ingenios. Ya es bastante asombroso ver los estragos de la mentalidad técnico-industrial en las discusiones en curso: la mayor parte del tiempo se desarrollan como si los soldados sólo fuesen puros números.[45] Pero incluso esta crítica es insuficiente. Las guerras no se hacen entre hombres (como tampoco son la confrontación de «dos voluntades»). Las guerras se hacen entre sociedades globales. Superan el simple hecho militar incluso cuando se trata de sociedades que viven bajo el mismo tipo de régimen socio-histórico; infinitamente más, cuando ponen frente a frente a sociedades y a regímenes diferentes. Cuando el Islam irrumpe en Oriente y el Mediterráneo y en el espacio de un siglo algunas tribus árabes se apoderan de tierras que van desde España a los confines de la India y asimilan a sus poblaciones, el PNB de los árabes, su tecnología, su «potencia de fuego», su número inicial o su «nivel de civilización» no están en relación con el resultado. Es otro —uno nuevo— *tipo*

43. Véase *CBO 1977,* págs. 53-63 y *Collins 1980,* pág. 13, nota 48.
44. *CBO 1977,* pág. 50.
45. Es el caso de las discusiones, por lo demás excelentes, en el documento del *Congressional Budget Office* aquí citado como *CBO 1977.* Collins (*1980,* págs. 97-101) aborda algunos factores relativos al «personal», pero sin superar las consideraciones habituales sobre las «capacidades» y la «moral».

de sociedad el que emerge, una nueva institución de la sociedad la que se crea, nuevas significaciones imaginarias sociales (religiosas) las que se imponen, se traducen y se expresan históricamente mediante la guerra y la conquista y frente a las que la sociedad sasánida como la sociedad visigótica se derrumban, la sociedad bizantina retrocede y a duras penas se mantiene.

La confrontación entre Rusia y Estados Unidos es una confrontación entre dos sociedades, entre dos regímenes sociohistóricos. Esto es proclamado por los dos regímenes siempre que tienen ocasión. Pero estos regímenes no son lo que pretenden simular —como tampoco son lo que la gente piensa, normalmente, que son. Imposible comprender algo de esta confrontación, de lo que incuba, de lo que pone en juego sin intentar comprender lo que estos dos regímenes *son*, y lo que *se disponen a ser*.

ANEXO 1
Datos numéricos sobre la relación de fuerzas muertas

CUADRO A
Inventario de fuerzas muertas, 1980*

1. MISILES ESTRATEGICOS

Estados Unidos

	Lanzadores	Cabezas	Megatonelaje por cabeza[1]	Megatonclaje total
ICBM:				
Titan II (1962)	54	× 1 = 54	9	486
Minuteman II (1966)	450	× 1 = 450	1,5	675
Minuteman III (1970)	550	× 3 = 1 650	0,185	305,25
Total parcial	1 054	2 154		1 466,25

* Para las fuentes, véase la nota de la pág. 92.

1. El megatonelaje (rendimiento o potencia, *yield*) por cabeza nuclear a menudo sólo es conocido como un intervalo de valores. En estos casos he tenido en cuenta la media de estos valores extremos. Por ejemplo, el rendimiento de las tres cabezas del Minuteman III según el IISS es de «170-200 KT» (y según Collins de «170 KT aproximadamente»). Yo he tomado 0,185 MT (= 185 KT).

	Lanzadores	Cabezas	Megatonelaje por cabeza[1]	Megatonelaje total
SLBM:				
Polaris A3 (1964)	160	× 1 = 160[2]	0,2	96
Poseidón C3 (1971)	448	× 10 = 4 480	0,05	224
Trident C4 (1980)	48	× 8 = 384	0,1	38,40
Total parcial	656	5 024		358,40
Total misiles estratégicos	1 710	7 178[3]		1 824,65

2. Los Polaris A 3 y los SS-11 Mod 3 rusos poseen tres cabezas (200 KT cada una) no independientes (MRV). Aquí están contabilizados (siguiendo a Collins, págs. 445-446 y al IISS, pág. 119) como si sólo comportasen una cabeza, de rendimiento igual a la suma del de las tres cabezas existentes. La cuestión tiene poca importancia, ya que estos ingenios están siendo retirados por ambas partes.

3. Collins (págs. 564 y 567) da (para 1979) 7.274 cabezas. IISS da (para julio de 1980) un total de 7.301 cabezas, *incluyendo las armas sobre bombarderos estratégicos,* «364 cabezas menos que el año pasado» (pág. 3). Atribuye la reducción respecto al año anterior a la retirada de un cierto número de Polaris y de B-52. La cifra implícitamente dada para 1979 es por tanto de 7.301 + 364 = 7.665 cabezas. Si a ello se le añaden los 384 Trident, desplegados por primera vez en 1980, se llega a un total de 7.665 + 384 = 8.049 cabezas existentes en 1980, de no haberse producido ninguna retirada. Resulta pues que habría habido, de 1979 a 1980, 8.049 – 7.301 = 748 retiradas, cifra que no podemos hacer coincidir con las retiradas de Polaris (480 cabezas en total) y de B-52 (cuya disminución fue de 27 unidades entre 1979 y 1980, IISS pág. 90). De todas formas, todo parece indicar que el número total de 7.301 «cabezas» dado por el IISS resulta de la adición de cabezas sobre misiles y bombarderos, lo que carece totalmente de sentido. Collins (pág. 455, nota 4) toma como carga media dos bombas y dos SRAM por FB-111 y 1,6 bombas y 3,84 SRAM por B-52. El SRAM es un misil aire-tierra de 160 km de alcance y de 200 KT de rendimiento.

Rusia[4]

	Hipótesis (A)				Hipótesis (B)			
	Lanzadores	Cabezas	MT/ cabeza	MT total	Cabezas	MT/ cabeza	MT total
ICBM							
SS-11 (1966)	580	× 1 = 580	1,5	870	× 1 = 580[2]	0,6	348
SS-13 (1968)	60	× 1 = 60	1	60	× 1 = 60	1	60
SS-17 (1975)	150	× 1 = 150	5	750	× 4 = 600	0,9	540
SS-18 (1975)	308	× 1 = 308	21,5	6 622	× 8 = 2 464	2	4 928
SS-19 (1975)	300	× 1 = 300	5	1 500	× 6 = 1 800	0,55	990
Total parcial	1 398	1 398		9 802	5 504		6 856
SLBM							
SS-N-5 (1964)	60	× 1 = 60	1,5	90	× 1 = 60	1,5	90
SS-N-6 (1969)	469	× 1 = 469	1,5	703,5	× 2 = 938	0,1(?)	93,8
SS-N-8 (1972)	302	× 1 = 302	1,5	453	× 1 = 302	1,5	453
SS-NX-17 (1977)	12	× 1 = 12	1(?)	12	× 1 = 12	1 (?)	12
SS-N-18 (1978)	160	× 3 = 480	1,5	720	× 3 = 480	1,5	720
Total parcial	1 003	1 323		1 978,5	1 792		1 368,8
Total misiles estratégicos	2 401[5]	2 721		11 780,5	7 296		8 226,8

4. Los misiles rusos existen a menudo en varias versiones; por ejemplo, el SS-17 existe en versión mirvada (4 cabezas de 900 KT) y no mirvada (1 × 1 MT). En el cuadro, la «Hipótesis A» corresponde a las versiones no mirvadas (lo que da un megatonelaje máximo), y la «Hipótesis B» a las versiones mirvadas (lo que da un megatonelaje menor). Me ha parecido conveniente hacer los cálculos por separado en los dos casos: la conversión de uno a otro tipo siempre es posible; y, lo que es más importante, el mirvaje de los ICBM es inverificable.

5. Salvo distracción por mi parte, no veo cómo el IISS llega (pág. 4) a un total de «vectores estratégicos de lanzamiento nuclear» de 2.488; esta cifra no se corresponde ni con el detalle de las dadas en las págs. 9-10 y 88-91 sobre los que está basado el Cuadro A; ni con el total de 2.582 lanzadores (incluidos los bombarderos) del Cuadro «Historical Changes in Launcher Strength» (pág. 91).

Collins[6]

	Lanzadores	Cabezas	Megatonelaje por cabeza	Megatonelaje total
ICBM:				
SS-11	580	× 1 = 580	0,75	445
SS-13	60	× 1 = 60	0,60	36
SS-17 Mod. 1	120	× 4 = 480	0,75	360
SS-17 Mod. 2	30	× 1 = 30	6,0	180
SS-18 Mod. 2 y 4	308	× 8 = 2 464	0,70	1 724,8
SS-19 Mod. 1	210	× 6 = 1 260	0,55	693
SS-19 Mod. 2	90	× 1 = 90	10	900
Total parcial	1 398	4 964		4 338,80
SLBM:				
SS-N-5	60	× 1 = 60	1,5	90
SS-N-6	469	× 1 = 469	2,25	1 055,25
SS-N-8	302	× 1 = 302	0,75	226,50
SS-NX-17	12	× 1 = 12	0,50	6
SS-N-18	160	× 3 = 480	1	480
Total parcial	1 003	1 323		1 857,75
Total misiles estratégicos	2 401	6 287		6 196,55

6. Collins, págs. 443-453: datos de 1979, completados por mí, a partir de las cifras del IISS, para 1980. He supuesto, extrapolando la tendencia a partir de 1978 (Collins, pág. 445, nota 6) que los 10 SS-17 y los 60 SS-19 desplegados en 1980 son no mirvados, y que los 68 SS-18 desplegados en 1980 son no mirvados, al igual que los 26 (sobre 240) que seguían siendo no mirvados en 1979. —El número de cabezas que se desprende de este Cuadro (6.287) es el que yo utilizo en el texto y más adelante (Cuadro B). El IISS estima (pág. 4) que «la sustitución de los SS-11 por los SS-19 y el incremento del número de los SS-18 podría (*"could potentially"?!*) desembocar en un incremento de un 10 % del número de cabezas de los ICBM, llevando el total general de cabezas a unas 6.000, es decir, 1.500 menos que el total de las 7.500 cabezas que se preven para 1985 aproximadamente». En realidad, en 1979 ya había 5.615 cabezas (Collins, págs. 444 y 449) y en 1980 hubo ciertamente, según el propio IISS, despliegue de 10 SS-17, 60 SS-19 y 68 SS-18; sólo estos últimos (de ocho cabezas por lanzador; fueron probados con 10) dan 544 nuevas cabezas para 1980, *actually* y no *potentially*.

2. AVIACION ESTRATEGICA Y MEDIA

Estados Unidos			Rusia		
			Bombarderos pesados[7]		
	Número	Carga en armas[8] (miles de libras)		Número	Carga en armas[8] (miles de libras)
B-52D (1956)	75	9 500	Tu-95 Bear (1956)	113	4 520
B-52G (1959)	151	10 570	Myu-4 Bison (1956)	43	860
B-52H (1962)	90	6 300			
Total	316	21 370	Total	156	5 380
			Bombarderos medios		
FB-111A (1969)	65	2 437,5	Tu-16 (1959)	568	11 360
			Tu-22 (1962)	165	1 980
			Tu-22M/-26 Backfire (1972)	145	2 537,5
Total general	381	23 807,5	Total	878	15 877,5
			Total general	1 034	21 257,5
			Capacidad supuesta en armas nucleares		
(bombas y SAM)[9]		1 946			1 179(?)

7. Servicio activo únicamente. En junio de 1979, Estados Unidos poseía en total 573 bombarderos pesados; gran parte de la diferencia consistía en 253 B-52 «congelados». Collins da 140 bombarderos pesados para los rusos en 1979 (pág. 455). Ellos mismos admitían 156 —cifra dada también por el IISS.

8. Dado a título indicativo (vista la variedad y la heterogeneidad del surtido de bombas y misiles aire-tierra que puede llevar un bombardero), a partir de las características ofrecidas por el IISS (págs. 90-91).

9. Cifras indicativas, ya que las cargas efectivas pueden variar según la misión. Cálculos según Collins (pág. 455, nota 4), donde a los bombarderos rusos se les supone una bomba por aparato y al Backfire dos misiles aire-tierra.

Misiles de defensa estratégica (lanzadores)

Nada	(SA-1, SA-2, SA-3, SA-5, SA-10)	9 300 a 10 000

3. MISILES INTERMEDIOS Y ARMAS NUCLEARES TACTICAS

Estados Unidos					Rusia
Misiles intermedios		Lanzadores	Cabezas	MT/ cabeza	MT/ total
Nada	SS-5 (1961)	60	× 1 = 60	1	60
	SS-20 (1977)	160	× 3 = 480	0,15	72
	Total	220	540		132

Misiles tácticos (SRBM)

Pershing (1962)	164	SS-1b, SS-1c, Frog-7, SS-12 (1957-1969), en proceso de sustitución por los:	1 300
Lance (1972)	62	SS-21, SS-22, SS-23 (1978-1980)	
Total	226	GLCM: SS-N-3 (1962)	100

ALCM y ALBM

Hound Dog (1961)	400	AS-3 (1961)	n.d.
SRAM (1972)	1 250	AS-4 (1962)	800
		AS-6 (1977)	n.d.

Artillería de capacidad nuclear

M-110, 203 mm (1962)	215	S-23, 180 mm (1950-1955)	n.d.
M-109, 155 mm (1964)	300		

4. AVIACION

Estados Unidos		Rusia	
Aviones de combate (bombarderos estratégicos y medios excluidos)			
Interceptación NORAD	327	PVO-Strany	2 600
Ejército de tierra	550	Marina	775
Marina	1 200	Aviación	5 000
Marines	416		
Aviación	3 700		
Guardacostas	50		
Total	6 243		8 375
Helicópteros			
Ejército de tierra	8 055	Marina	250
Marina	114 (?)	Aviación	3 200
Marines	456		3 450 ?[10]
Aviación	327		8 000 ?
Guardacostas	120		
Total	9 072		

10. No creo que los datos suministrados por el IISS, que dan un total de 3.450 aparatos, o los de Collins (págs. 562-589), que da 5.855 helicópteros para las fuerzas norteamericanas y 2.860 para las fuerzas rusas, sean completos. John Erickson propone la cifra de 8.000, en *Lellouche 1980*, pág. 91.

5. MARINA

	Estados Unidos	Rusia
Submarinos portadores de SLBM	41	71
Submarinos de ataque: nucleares	74	91
diesel	5	166
Portaaviones: nucleares	3	2
convencionales	11	
Portahelicópteros	12	2
Navíos de combate (superficie)	177[11]	285

6. INGENIOS TERRESTRES

	Estados Unidos	Rusia
Carros, todas categorías	12 900	50 000 +
Vehículos de combate	22 950	62 000 +
Artillería y morteros	18 230 +	40 700 +
Lanzadores de misiles dirigidos anti-carros[12]	15 495	22 500
Defensa táctica anti-aérea:		
lanzadores SAM[12]	1 182	3 300
artillería antiaérea[12]	(555?)	8 700

11. El IISS indica un total de *«173 major combat surface ships»*, pero el detalle, *ib.*, proporciona 14 portaaviones y 177 navíos de combate de superficie (sin contar los 12 portahelicópteros). La cuenta es coherente en el caso de la marina rusa (2 portaaviones + 2 portahelicópteros + 285 navíos de combate de superficie = 289, pág. 11).

12. Collins, págs. 473-475, 477, 481. No entiendo la cifra dada por el IISS (pág. 6) de «unos 20.000 cañones anti-aéreos Vulcano de 20 mm», precedida de «600 cañones de 20 mm y 40 mm de arrastre y de automoción». Collins da 555 Vulcano de arrastre y de automoción, pág. 475.

7. PERSONAL

(Militares, miles; mujeres no incluidas por parte de Estados Unidos)

		Estados Unidos	Rusia
Fuerzas estratégicas nucleares[13]		0	930[14]
Ejército de tierra		717	1 825
Marina		506	433
Marines		184	—
Aviación		502	475
Guardacostas		37	—
Fuerzas paramilitares		0	460[15]
Total		1 946[16]	4 133[16]
Reservas	836		
Semireservas[17]	1 627	2 463	9 221[18]

13. Los hombres destinados a las fuerzas nucleares estratégicas se hallan distribuidos entre los diferentes ejércitos en el caso de Estados Unidos, pero forman servicios aparte en el caso de Rusia (SFR, PVO-Strany y LRAF).

14. Sin incluir a 50.000 «civiles».

15. Tropas fronterizas de la K.G.B. (200.000) e interiores del MVD (260.000). Su armamento comprende carros de combate, vehículos de combate blindados, barcos, aviones, y cañones de automoción.

16. Sin incluir a 137.000 mujeres en el caso de Estados Unidos. El IISS da, como totales, 2.050.000 para Estados Unidos de los que 150.000 son mujeres, y 3.658.000 para Rusia. Encuentro, en el detalle de sus cifras, 2.046.000 de los que 137.000 son mujeres + 1.909.000 para Estados Unidos, y 3.673.000 para Rusia.

17. «Some reserve obligation», según el IISS.

18. Según el IISS «las reservas totales podrían ser de 25.000.000, de los que unos 5.000.000 hicieron su servicio durante los últimos cinco años» (pág. 12). Esto implicaría, grosso modo, categorías de edad masculinas aptas para el servicio a la edad de la llamada a filas del orden de 1.000.000 (para una población total de 265 millones, es decir unos 130 millones de varones) lo que es a todas luces inverosímil. Los datos de Collins (pág. 89) de 9.221.000 reclutas rusos licenciados entre 1975 y 1979 son mucho más plausibles. Hay que añadir, evidentemente, que esta limitación de las «reservas» a las cinco últimas quintas, totalmente arbitraria, subestima considerablemente la cantera rusa de personal sometido a un entrenamiento militar. El ejército norteamericano está formado por voluntarios desde 1971.

Fuentes

Los datos, en su mayor parte, han sido extraídos de la última edición (septiembre 1980) de la publicación anual del *International Institute for Strategic Studies*, de Londres *Military Balance 1980-1981*, Arms and Armour Press, Londres, 1980, págs. 3-12, 88-91, 116-119. En algunos casos, indicados en nota, he utilizado los datos proporcionados por John M. Collins, *U.S.-Soviet Military Balance, Concepts and Capabilities 1960-1980*, McGraw-Hill, s.l., 1980, págs. 425-589. Los datos del IISS corresponden al estado de las fuerzas en julio de 1980. Collins sólo llega hasta 1979.

El trabajo del IISS se destaca por su objetividad y su rigor. Me ha parecido encontrar algunas inconsistencias menores, inevitables al tratarse de una materia tan amplia y fluida a la vez. Se refieren sobre todo a las diferencias entre las sumas de los datos parciales y los totales generales. Son las primeras, en general, las que son utilizadas aquí. En otros casos, raros, he preferido los datos de Collins —bien sea porque los del IISS me han parecido manifiestamente improbables (por ejemplo, la cifra de las reservas rusas), bien porque, al remitirse a cifras oficiales norteamericanas (que Collins se sabe literalmente de memoria), difícilmente pueden ser contestadas.

La cuestión de la fiabilidad de estos datos, tan importante hace algún tiempo (basta recordar el *misil gap* mítico inventado por los servicios norteamericanos en torno a 1960) ha perdido interés. Respecto a la mayoría de materiales, las fotografías por satélite (que localizan objetos de escasos metros de dimensión) proporcionan informaciones cuantitativas y, hasta cierto punto, cualitativas bastante fiables. Respecto a la mayoría de los datos nucleares estratégicos, está la confirmación oficial rusa (en función de las discusiones y de los acuerdos de SALT). Otros muchos materiales rusos resultan conocidos y han sido viviseccionados por los servicios norteamericanos en numerosas ocasiones (guerra árabe-israelí de 1973-1974, defecciones rusas, armas rusas vendidas a países del tercer mundo). Ciertamente, el resultado final es un conjunto de datos «preparados» por los servicios norteamericanos (con los sesgos que se conocen —pero que, contrariamente a lo que suele creerse, no son de un único sentido), y que excluye las informaciones «secretas» *(classified)*. La aspereza y la continuidad de las discusiones públicas sobre estos temas en Estados Unidos desde hace varios años y la abundancia de la documentación contradictoria (sólo los numerosos volúmenes anuales de sus *hearings* publicados por el Congreso y sus diferentes comisiones proporcionan una información sobre los asuntos públicos inimaginable en la Europa actual) permiten al observador que lo desee formarse una opinión sin depender de las desviaciones de las diferentes fuentes. Por lo demás, aquí y en todas partes, no existe un sustituto del juicio.

Nota añadida durante las pruebas (cf. pág. 70 *supra*).

El lanzador *Trident* I C-4 fue instalado en los submarinos norteamericanos de la clase *Lafayette* (16 lanzadores por submarino, a 8 cabezas por lanzador). Pero está destinado a los nuevos submarinos de la clase *Ohio*, que debían llevar 24 cada uno. Estos, sin embargo, llevan más de 32 meses de retraso (a causa, sin duda, del adelanto tecnológico de Estados Unidos) y se habla seriamente de renunciar a su fabricación. Véase «IHT», 26.11.80, desmentido el 27.11.80, desmentido del desmentido el 4.12.80, nuevos retrasos el 30.12.80, el 14-15.3.81, riesgos de anulación de toda la fabricación el 20.3.81.

CUADRO B
Relaciones cuantitativas brutas

RUSIA / ESTADOS UNIDOS

1. Lanzadores estratégicos (2401/1701)	1,412
2. Cabezas nucleares sobre misiles[19] (6287/7178)	0,876
3. Megatoneladas sobre misiles[19] (6197/1824)	3,395
4. Bombarderos pesados (156/316)	0,494
5. Bombarderos medios (878/65)	13,508
6. Capacidad de carga en armas de los bombarderos (pesos) (21258/23808)	0,893
7. Capacidad de los bombarderos en cabezas nucleares (1179/1946)	0,606
8. Misiles defensivos estratégicos[20]	R
9. Misiles intermedios	R
10. Misiles de corto alcance (SRBM) (1400/226)	6,195
11. ALCM y ALBM[21]	..
12. Artillería de capacidad nuclear	..
13. Aviones de combate (8375/6243)	1,342
14. Helicópteros (8000/9072)	0,882 (?)
15. Submarinos con SLBM (71/41)	1,732
16. Submarinos de ataque nucleares (91/74)	1,230
17. Submarinos de ataque diesel	R
18. Portaaviones nucleares (2/3)	0,667
19. Portaaviones convencionales	EEUU
20. Portahelicópteros (2/12)	0,167
21. Navíos de combate, superficie[22] (285 × 1960/177 × 8434)	0,374
22. Carros (50000 + /12900)	3,876 +
23. Vehículos de combate (62000 + /22950)	2,702 +
24. Artillería y morteros (40700 + /18230)	2,233 +
25. Lanzadores de misiles dirigidos anti-tanque (22500/15495)	1,452
26. Lanzadores SAM (3300/1182)	2,792
27. Satélites artificiales lanzados 1975-1979 (451/91)	4,956
28. Personal activo (4133000/1946000)	2,124
29. Reservas (9221000 + /2453000)	3,759 +

19. Datos del Cuadro A, Collins.

20. La sigla R o EEUU indica que sólo uno de los dos países (Rusia, o Estados Unidos) posee el tipo de equipamiento considerado, sin equivalente por la otra parte.

21. El signo .. significa: datos desconocidos, inciertos o aparentemente mucho más incomparables que los demás.

22. Número de navíos de combate según el Cuadro A, ponderado por el tonelaje medio de las construcciones respectivas de navíos de guerra durante el período 1966-1976 (8.434 toneladas para Estados Unidos, 1.960 toneladas para Rusia: Cordesman en *Collins 1978*, pág. 183). El tonelaje ruso, cuya media probablemente habrá aumentado durante estos últimos cuatro años, se halla tal vez subestimado.

Comentario del cuadro B

Me remito a las reservas de todas clases que deben hacerse sobre esta clase de comparaciones, y que están abundantemente formuladas en el texto del Capítulo 2. Elevando estas reservas a la enésima potencia, y a título puramente ilustrativo, siempre se puede calcular una media geométrica de estas relaciones. (La media geométrica es siempre preferible a la media aritmética, ya que modera la influencia de los valores extremos sobre el resultado.) Respecto a los 23 componentes del Cuadro B (sobre 29) en los que he creído poder cifrar una relación, esta media geométrica es $(37.108)^{1/23}$, es decir, de 1,58. Este índice de «superioridad cuantitativa global bruta» del stock ruso de armamentos y de equipamientos sobre el stock norteamericano apenas es significativo desde el punto de vista militar. En cambio, proporciona un punto de referencia respecto a las implicaciones «económicas» y productivas del armamento ruso. Considero este índice más fiable y más sólido que los diversos cálculos del «PNB ruso», los «gastos militares», etc. A este respecto, la inclusión del número de soldados, etc., corresponde, evidentemente, a los equipamientos y materiales de todo tipo proporcionales a este número. Es probable que el mantenimiento de un soldado ruso cueste una quinta parte del mantenimiento de un soldado norteamericano; pero un fusil ruso no representa una quinta parte de un fusil norteamericano.

ANEXO 2
Teatro europeo: armas nucleares
(vectores de largo y medio alcance)

	Vectores	Cabezas disponibles	Cabezas que llegan a destino
Rusia			
Misiles balísticos	1 319	1 026	533
Misiles lanzados desde aviones	3 993	955	279
Total	5 312	1 981	812
OTAN			
Misiles balísticos	342	242	145
Misiles lanzados desde aviones	1 170	526	122
Total	1 512	768	267
Poseidón C-3 a disposición de SACEUR	—	400	288
Total con los Poseidón C-3	—	1 168	555

Fuente: IISS 1980, págs. 116-119.

Además de los sistemas rusos que acabamos de enumerar, el IISS registra en el activo del Pacto de Varsovia 18 misiles de corto alcance (300 km) *Scud B* operados por la R.D.A. Yo los he omitido.

En los sistemas OTAN están incluidos todos los sistemas franceses (terrestres y submarinos). Los países que los operan incluyen, además de Estados Unidos, a Gran Bretaña, la R.F.A., Italia, los Países Bajos, Bélgica, Grecia y Turquía. Cabe pensar que, llegado el caso, la coordinación de disparos nucleares por parte de estos países no sería rigurosamente automática y que, en esta medida, y frente al monopolio de decisión, de comando, y de las armas verdaderamente importantes que es el de los rusos en el Pacto de Varsovia, el Cuadro del IISS presenta una imagen algo ficticia de la verdadera relación de las armas nucleares «de teatro» en Europa.

Los vectores «estratégicos» rusos y norteamericanos no están incluidos en esta cuenta, —con excepción de los 60 SLBM rusos SS-N-5 *Serb*, y de un número de Poseidón C-3 norteamericanos (contabilizados en los acuerdos SALT), que se suponen a disposición del SACEUR *(Supreme Allied Commander Europe)*.

Como puede constatarse, aun incluyendo a los *Poseidon C-3*, los rusos superan a la OTAN en la proporción de 1,696: 1 respecto a las cabezas disponibles, y de 1,463: 1 respecto a las cabezas que llegan a destino. (El cálculo de estas últimas por el IISS tiende a tener en cuenta la «capacidad de sobrevivencia», «fiabilidad» y «capacidad de penetración» de los diferentes sistemas.) Dichas proporciones pueden ser críticas, en cualquier escenario imaginable. En cualquier caso, dan a los rusos la posibilidad de una primera ofensiva, y se la impiden, bajo pena de suicidio, a la OTAN (a nivel de estas fuerzas, ciertamente, es decir, sin tener en cuenta las fuerzas «estratégicas»).

Se constatará también que ateniéndonos al IISS no existe una diferencia «cualitativa» significativa entre los dos campos —o, de haberla, sería más bien en favor de los rusos. En efecto, las cabezas que llegan a destino representan el 52 % de las cabezas disponibles en misiles balísticos y el 29 % de las

lanzadas desde aviones en el caso de los rusos, contra el 60 % y el 23 % respectivamente en el caso de la OTAN. Por si fuera poco, la primera de las cifras está cambiando rápidamente, a medida que los rusos introducen el SS-20 (respecto al que esta proporción alcanza el 72 %) para sustituir a sistemas más antiguos todavía en servicio.

Constataremos por último, a partir de estos mismos porcentajes, la inferioridad considerable de la aviación en materia de penetración y las dudas que plantea la inclusión habitual entre las fuerzas estratégicas norteamericanas de los venerables B-52.

El IISS hace abstracción, en este cálculo, de los sistemas rusos desplegados contra China, cuya estimación por tanto no está incluida en estas cifras (una tercera parte de los SS-20, otra tercera parte están situados en una *swing zone* y pueden ser utilizados tanto contra Europa como contra China, y el 25 % de los aviones).

Nota añadida durante las pruebas. Las cifras del IISS (sept. 80) ya están superadas. Los rusos poseen actualmente 220 SS-20 desplegados («Le Monde», 10.4.81, pág. 3) y no 160. Ello aumenta en unas cien sus «cabezas que llegan a destino».

ANEXO 3
Megatonelaje, precisión y letalidad

Si una potencia nuclear, en un acceso de mal humor, quisiera destruir París mandando 10 o 25 MT (un Titán II o un SS-19 Mod 1), debería ciertamente apuntar al Obelisco de la Place de la Concorde. Pero si, por alguna razón, el misil cayera a 3 km de allí, en Montrouge o en Saint-Denis, París sería igualmente destruido y buena parte (de hecho, la totalidad) de la región parisina también.

El caso es distinto si una potencia nuclear quiere destruir los silos de lanzamiento de otra (ofensiva anti-fuerzas). Estos están escondidos bajo tierra y construidos con materiales reforzados. Su destrucción depende de tres factores: la resistencia (solidez) del propio silo; la precisión del tiro; la potencia (rendimiento, *yeld*) de la cabeza nuclear. Esta actúa a través del soplo de la explosión (onda de choque del aire creada por la temperatura de varios millones de grados centígrados inmediatamente precedente a la explosión, que engendra, en esta inmediatez, presiones del orden de las 7 toneladas por cm^2), a través del efecto térmico y a través del efecto radioactivo. Sólo el primer efecto es importante para la destrucción de los silos.

Ningún silo construido hasta el momento puede resistir a presiones de 7 toneladas por cm^2. Pero estas presiones decrecen rápidamente con la distancia del centro de la explosión. Las técnicas definen la *letalidad* K (capacidad de destrucción de un objetivo «reforzado») como proporcional a la potencia 2/3 del rendimiento (es decir, del megatonelaje) e inversamente proporcional al cuadrado del círculo dentro del que aterrizan la mitad de los misiles de la categoría considerada. Dicho de otra forma,

$$K = \frac{(MT)^{2/3}}{(ECP)^2}$$

Como puede observarse en la fórmula, K es mucho más sensible a un aumento de la precisión (disminución del ECP) que a un aumento del megatonelaje. La multiplicación del megatonelaje por 8 aumenta 4 veces K. El aumento de la precisión (reducción del ECP) por el mismo factor aumenta 64 veces K (*Collins 1978*, pág. 50). Pero una diferencia de otra naturaleza —de las que tan a menudo hacen fracasar a los politécnicos— existe entre las dos. Sobre el papel, dos símbolos en una fórmula poseen el «mismo valor»: el cuadrado de uno es «homogéneo» a la potencia (2/3) del otro. En la realidad, hay un grano de arena: conocemos con precisión el megatonelaje, y las condiciones en las que se le mide «experimentalmente» (pruebas) no se diferencian apreciablemente de aquéllas en las que desarrollará efectivamente, cuando llegue el momento, su potencia explosiva. Pero las condiciones «experimentales» en las que se mide la «precisión» de un misil son necesariamente muy distintas de las de su utilización efectiva.

Esta utilización tendrá lugar sobre trayectorias que, por hipótesis, no son experimentalmente ensayables. (Los norteamericanos ensayan sus misiles sobre el recorrido de la California del Sur a las islas Marshall; los rusos, del norte de Rusia a Kamchatka o al Pacífico norte. Curiosamente, en los acuerdos SALT no se propuso permitir las pruebas sobre el recorrido Washington-Moscú ida y vuelta.) Pero una multitud de factores imprevisibles y/o incontrolados (pequeñas variaciones locales del campo de gravitación de la tierra, vientos en la alta atmósfera y otros) pueden provocar fácilmente desviaciones del misil respecto a su trayectoria prevista. Estas desviaciones carecerían de importancia, consolémonos, si se tratase de destruir objetivos de una cierta extensión, como una ciudad o incluso un campo de aviación, pero pueden ser decisivos cuando se trata de destruir un blanco puntual. (Véase *Tsipis 1975*, especialmente pág. 19; *Feld y Tsipis 1979*, págs. 48-49; Andrew Cockburn y Alexander Cockburn, «The Myth of Missile Accuracy», «NYR of B», 20.11.80; Alain Dupas, «La Recherche», n.º 120, marzo 1981, págs. 382-383.) Dispositivos destinados a dotar a los misiles de mecanismos de corrección de trayectoria y de auto-dirección después de su separación del cohete portador

están siendo estudiados y desarrollados desde hace años (véase *Tsipis 1975*). Contra-dispositivos más fáciles de realizar y mucho menos caros son asimismo realizables. Sin embargo la exaltación (¿el delirio?) tecnológico prosigue: los norteamericanos esperan (aseguran) que las cabezas Mark 12 A de 335 KT, incorporadas al MX, con una ECP de 90 metros, tendrán el 99,9 % de posibilidades de destruir el silo ruso apuntado (*Collins 1980,* pág. 136, nota 28). Los SS-18 y SS-19 rusos están acreditados con ECP de 180 metros —pero según otras fuentes, estas relaciones son «prematuras» (*ibid.*, nota 30).

Sucede pues que los sutiles norteamericanos han preferido, desde hace años, poner el acento en la precisión —mientras que los rusos, groseros como siempre, han empezado por dotarse de megatonelajes considerables. Así, las tres cabezas del Minuteman III con sus 170 KT cada una y un ECP de 360 metros (entonces) tenían una letalidad ligeramente superior a la del SS-9 ruso, de 20 MT de rendimiento pero de 1.800 metros de ECP. Sucede también, sin embargo, como señalan los Cockburn en el artículo citado, que pretender una precisión de 180 metros a una distancia de 10.000 km equivale a exigir de un cañón que con su primer tiro deposite un obús a un metro de distancia de un blanco situado a 50 km.

Sucede sobre todo que los rusos, después de haber acumulado un megatonelaje varias veces superior al de los norteamericanos, han empezado también a perseguir precisiones cada vez más exactas. Los SS-18 Mod 4 y SS-19 Mod 2 rusos tienen un ECP de 250 metros, muy próximos a los 215 metros del Minuteman III; pero, con rendimientos totales de 5 y de 10 MT respectivamente, letalidades considerablemente superiores. (Basado en los datos de *Collins 1980,* pág. 446.) De hecho, la letalidad de un SS-19 Mod 4 debe ser aproximadamente cuatro veces superior a la de un Minuteman III.

Todo parece indicar que los rusos alcanzarán muy pronto precisiones equivalentes a las de los norteamericanos (véanse los cuadros en *Collins 1980,* págs. 446, 452, 461). Persistirá la diferencia de los megatonelajes, cuya relación es (Anexo 1, Cuadro B) del orden de 3,4 a 1. Con un ECP igual, esto confiere a los rusos una letalidad superior a la de los norteamericanos de $(3,4)^{2/3} = 2,25$. Evidentemente, cuando los norteamericanos y los rusos alcancen la perfección absoluta (ECP = 0) la letalidad de sus misiles será, teóricamente, infinita por ambas

partes, por tanto igual. Persistirá siempre la incertidumbre correspondiente a la precisión, y la certidumbre del megatonelaje.

Por último hay que observar que la proporción de las cabezas en ICBM (con base en tierra) sobre el total de las cabezas rusas es muy superior (79 %) a la de los norteamericanos (30 %). Los SLBM, en los que las precisiones de tiro son hasta ahora inferiores, representan el 70 % de las cabezas norteamericanas, y sólo el 21 % de las cabezas rusas.

Capítulo 3
Detrás de los fenómenos: la estratocracia rusa

Existe una oposición esencial entre el régimen ruso y los regímenes occidentales. Estos últimos se encuentran en una etapa de su evolución en la que su funcionamiento ya no exige una extensión territorial de la dominación —y todavía menos, una dominación territorial directa— sino que puede satisfacerse con el mantenimiento del *statu quo*. Si esto es así, es porque en definitiva dicho *statu quo* resulta satisfactorio, pragmáticamente hablando, tanto para las capas dominantes como para la mayoría de las poblaciones de los países occidentales. Que en caso de estas últimas se trate, o no, de una aceptación basada en ilusiones que traducen su alienación, o impuesta por la manipulación, es una cuestión que no va a ser discutida aquí.

A ello se añade una segunda consideración: cualquier política de extensión territorial de la dominación se ha convertido, política y socialmente, en prácticamente imposible para esos regímenes, esencialmente a causa de la actitud de las poblaciones. Esta actitud, por otra parte y como es sabido, ha hecho a menudo imposible incluso el mantenimiento de formas de dominación o de *statu quo* anteriormente existentes. Basta recordar el caso del contingente francés en Argelia en 1960-1961 y, más aún, el de los reclutas norteamericanos en Vietnam y de los jóvenes en Estados Unidos de 1967 a 1972. Mozambique, Angola, Irán y Nicaragua vinieron después, a veces sin ninguna reacción occidental (Andrew Young llegó al extremo de alabar el papel constructivo de los cubanos en Angola), a veces provocando la combinación de gesticulación parkinsoniana y de logorrea confusa y contradictoria típica, desde hace años, del personal político occidental:[1]

1. La cuestión es discutida en el Capítulo 6 en general, y en particular sobre el ejemplo presente de El Salvador. Para evitar cualquier malentendido: la di-

Muy distinta es la situación del régimen ruso. Aquí, las fuerzas y las inercias conducen, irresistiblemente, a una política de expansión. En el horizonte de esta expansión, está la dominación mundial. Esta situación es, en gran medida, independiente de los deseos, de la voluntad y de las decisiones de las personas que, nominalmente, «dirigen» Rusia.

La cuestión de saber si un objetivo como la dominación mundial es o no realizable, y si su carácter realizable o no es tomado en consideración en la política rusa, es secundario. La historia no es Razón; y no nos hallamos ante una estrategia en la que todo es «racional». No obstante, en la medida en que estas preguntas poseen un interés capital por sí mismas, y en la medida asimismo en que estas perspectivas ejercen una influencia sobre las evoluciones en curso, hablaré de ellas más adelante.

*

Durante mucho tiempo, hemos podido ver esta expansión como algo que se realizaba esencialmente a través de medios «políticos»; guerras civiles o de liberación nacional, durante las cuales los insurgentes recibían el apoyo y la ayuda de Rusia —¿de quién si no?— e instalaban, después de su victoria, regímenes pro-rusos. Este componente está siempre presente, es siempre decisivo, y frente a él, Estados Unidos aparece siempre sin medios efectivos y eficaces de reacción (véanse las *dos* derrotas de Estados Unidos en Vietnam). Pero, por supuesto, se ha apoyado siempre desde 1945 en el poder militar del Estado ruso. Ahora bien, *esta potencia militar, que no ha dejado de desarrollarse, es ahora a la vez ingrediente esencial de cualquier expansión futura, y, también y sobre todo, la única garantía, para el Kremlin, del mantenimiento de su dominación donde ya ha sido establecida*. Hungría 1956, Checoslovaquia 1968, Afganistán 1979, Polonia ya virtualmente a finales de 1980 son testimonios más que suficientes. ¿Quién, pues, desde hace tanto tiempo pero sobre todo desde agosto de 1980, «tiene el poder» en Varsovia? ¿Es Kania y el P.O.U.P. —o bien las treinta divisiones rusas que permanecen en la frontera del país dispuestas a invadirlo si lo que

ferencia entre el imperialismo norteamericano y el ruso es homóloga a la existente entre un viejo bandolero, ahíto y con reflejos cada vez más lentos, y un bandolero recién llegado, preocupado únicamente por las rapiñas a efectuar.

allí ocurre es considerado inaceptable por el Kremlin? El fracaso «interno» del régimen comunista, su incapacidad de encontrar a la crisis de la sociedad rusa una solución que no sea la represión, la *compresión* de esta sociedad, tiene su eco amplificado en el fracaso «exterior»— el fracaso de los regímenes que ha instalado o que sostiene más allá de sus fronteras jurídicas, donde al odio de sus poblaciones contra sus opresores comunistas locales y al desprecio contra los que, desde hace tiempo, son percibidos como los Quisling de una potencia ocupante, se añade un odio nacional contra los rusos que los mantienen en el poder. El fracaso del Partido en los protectorados es aún más fuerte que en la propia Rusia. Todavía más imperiosa y vital es también, por tanto, la prosecución de la ocupación *militar* de estos países, directa o indirecta; todavía más decisivo se vuelve el papel del Ejército ruso como medio *único*, a partir de ahora, del mantenimiento de la dominación. Y, cuando el régimen se mantiene a distancia de Rusia, es al precio de una militarización de la sociedad, de una monstruosa hinchazón del Ejército al que todo viene sacrificado y que, también en estos casos, es el único sector de la sociedad *que funciona* con eficacia. Cuba y Vietnam, como sociedades militares, son reproducciones en miniatura de la sociedad militar rusa. En menor medida, es también el caso de los dos únicos protectorados más o menos fiables para el Kremlin: la R.D.A. y Bulgaria.

Esta creciente sustitución de lo político e ideológico por lo militar obliga, evidentemente, a reconsiderar radicalmente la cuestión y la noción de totalitarismo. Más adelante volveré sobre ello.

*

No hace falta investigar mucho para ver lo que «pretende» y «hace» el régimen ruso. Los análisis detallados en este caso hacen más bien de árboles que ocultan el bosque —o la descripción minuciosa de una multitud de pequeños valles alpinos por un geógrafo que sobre todo quisiera evitar hablar del Mont-Blanc y de la Jungfrau. Los hechos contundentes están ahí: desde 1945, y sin interrupción, Rusia se ha dotado de un armamento gigantesco, que no deja de incrementar y de perfeccionar, sacrificando a ello lo esencial de los objetivos «civiles». Este armamento, ya ahora sensiblemente superior al de

Estados Unidos, sólo tiene sentido «ofensivo». Paralelamente, jamás ha dejado de perseguir una política internacional activa, expansiva y agresiva allí donde podía y siempre que la ocasión se lo permitía. Las dos líneas —«militar» y «política»— han sido seguidas con una constancia imperturbable, independientemente del «clima» internacional y de las «negociaciones» con Estados Unidos. (Ha sido después de SALT I que los rusos han ido adquiriendo gradualmente lo que, de hecho, es una superioridad nuclear estratégica y táctica.)

Para recoger una expresión memorable, el balance del régimen ruso es globalmente positivo —ampliamente, y únicamente en estos sectores. A veces se oye decir: pero los rusos fracasaron en tal lugar, tal país se les ha escapado, en tal campo todavía llevan un retraso tecnológico. Uno se pregunta qué proporción de ceguera y de proyección ingenua de fantasma de omnipotencia «racional» se encuentra tras este tipo de observaciones. ¿Es que un país podría perseguir una política mundial durante treinta y cinco años sin jamás conocer un fracaso —y a veces grave? ¿En qué mundo viven los que «razonan» así? ¿Qué han aprendido de la historia universal? ¿Y cuál es la pertinencia de estas observaciones? Tautología: una relación de fuerzas sólo tiene sentido relativo, así como el éxito o el fracaso de dos políticas opuestas cuando se trata de políticas de dominio. Quienes dicen: pero los rusos han tenido fracasos, tienen en su cabeza, sin saberlo, la representación de un Estado infalible y omnipotente, y a partir de este fantasma que les domina juzgan la realidad. Lo que importa, es la comparación de los fracasos de los rusos y los de los norteamericanos —y su importancia relativa. Por la misma razón, tampoco tiene ningún interés discutir sobre la «calidad» del Ejército y del armamento rusos en absoluto. Sin ninguna encuesta empírica, podemos tener la certeza a priori de que sus defectos deben ser incontables. ¿Y entonces? El Ejército ruso no va a tener que luchar contra el Ejército Perfecto. Tendrá que luchar contra el Ejército norteamericano. ¿Y qué sabemos de él? Por ejemplo esto: que cuando, tras meses de reflexión y de tranquila preparación, se trata de seleccionar, sobre nueve mil helicópteros, ocho para llevar a cabo una operación delicada, tres de estos ocho aparatos sufren una avería en función de factores previsibles y banales. No hay que sacar la conclusión de que las tres octavas partes (aproximadamente el 40 %) de la *crema* del equipamiento militar son

chatarra; pero cabe preguntarse si las ocho octavas partes (es decir exactamente el 100 %) de los responsables norteamericanos no harían mejor en vender cacahuetes en lugar de ocuparse de «política» y de guerra. Las guerras —y las simples confrontaciones— no se deciden a partir de la sofisticación y la excelencia de la tecnología de los inputs de equipamiento, ni tampoco a partir de su número; se deciden a partir de la efectividad y la eficacia del output global y combinado de la totalidad orgánica de los medios empleados —materiales, hombres, organizaciones, tácticas, estrategias, políticas.

No deja de ser asombroso ver a buenos conocedores del régimen ruso, como Adam Ulam, participar en esos ejercicios de psicoanálisis de pacotilla que detectan el miedo, la inseguridad y un «complejo de cerco» entre los dirigentes del Kremlin.[2] Extraños efectos de la inseguridad: cuantos más países conquistan, cuantos más armamentos acumulan, más aumenta su inseguridad, llevándoles a acumular más armamentos, a apoderarse de más países. ¿Estados Unidos sufre la derrota del Vietnam? La inseguridad de los rusos aumenta. ¿Nixon y Kissinger les ofrecen en bandeja la superioridad nuclear de hecho (SALT I)? Nuevo acceso de angustia de Breznev que conduce a nueva oleada de fabricaciones militares. Así las cosas, también Stalin debía padecer un sentimiento fundamental de inseguridad,[3] lo que le llevaba a exterminar a la gente. Cuanta más gente exterminaba, más aumentaba su inseguridad. ¿Qué se puede hacer para curar a estas pobres gentes de esta horrible tortura psíquica que deben experimentar? ¿Invitarlos a ocupar la otra mitad de Europa? Mucho me temo que el remedio fuese

2. Cf. el resumen de los puntos de vista más recientes de Ulam por Marc Ferro en «Le Monde diplomatique» de septiembre de 1980, pág. 4. Cf. asimismo, Institut International d'Etudes stratégiques, *Situation stratégique mondiale 1979* (citado a partir de ahora: *IISS SSM 1979*), trad. francesa, París, Berger-Levrault, 1980, pág. 13 *et passim;* apreciaciones completamente opuestas se encuentran en otros lugares de este estudio —por ej. págs. 56, 72, etc.— caracterizado por una completa confusión respecto a la orientación de la política y de la estrategia rusas y de las intenciones que pueden advertirse claramente en ellas.

3. Alexander Dalline, «Staline», «Survey» Vol. 21, n.° 1/2 (invierno-primavera 1975), pág. 12. En mi comentario no existe la menor ironía respecto a la tesis de Dalline, probablemente correcta a nivel psicológico pero que evidentemente no pretende «explicar» en absoluto (y menos aun justificar, como hacen la mayoría de las plañideras del «cerco» ruso) el estalinismo a partir de esta consideración.

inoperante: indiscutiblemente, la ocupación de la primera mitad no ha hecho más que agravar sus angustias.

Que semejantes inepcias —cuyos efectos e implicaciones políticas distan mucho de ser inocentes— puedan ser, durante todo un día, discutidas seriamente por los analistas y los publicistas occidentales no es más que uno de los muchos signos de la descomposición y de la regresión mental que azotan a Occidente. Otro es la interpretación del comportamiento de los dirigentes rusos en términos de su «fe en el sentido de la Historia». Otro más, la idea —Kissinger y Pisar— de que el «enriquecimiento» de Rusia llevaría a la «pacificación», de que el incremento de los intercambios económicos «vincularía» a Rusia a la coexistencia pacífica; como se verá en el Capítulo 6 lo único que ha hecho es vincular —como era ampliamente previsible— a un número creciente de lobbies occidentales —patrones y sindicatos— a la política de la pacificación a toda costa.

El «desconcierto de la sovietología occidental»[4] es flagrante. Consecuencia inevitable del carácter inadecuado y caduco de las categorías y de los marcos conceptuales con los que se intenta comprender la realidad rusa, conduce al desconocimiento y al encubrimiento de dos grupos de fenómenos aplastantes, evidentes, insoslayables: la política exterior rusa desde 1945, el superarmamento ruso. El amontonamiento de explicaciones superficiales, eclécticas, incoherentes —y siempre tranquilizantes y lenificantes— es el resultado de la incapacidad (y del miedo) de entender lo que dicen estos hechos sobre la naturaleza profunda del régimen y del poder del que emanan, de sus virtualidades y de sus tendencias.

LA POLITICA EXTERIOR DE RUSIA, 1945-1980

Resulta indispensable, vista la voluntaria ceguera prácticamente universal, poner en evidencia con la mayor nitidez la especificidad de la evolución real de la política exterior rusa desde 1945, comparándola con otras posibles. Después de la Segunda Guerra Mundial, Rusia habría podido replegarse sobre sí misma —o entrar en la práctica «normal» de la rivalidad y del

4. La expresión es de Marie Lavigne, «Le Monde diplomatique», noviembre de 1980, págs. 8-9.

juego de las influencias en lo que habría podido suceder al pretendido «acuerdo de las potencias» anterior y que era, muy explícitamente deseado como tal por lo norteamericanos y por Roosevelt, un condominio mundial ruso-norteamericano. Inatacable e inconquistable; habiendo adquirido en Europa una amplia avanzadilla estratégica; poseyendo desde el principio de los años 1950 las armas nucleares, habría podido replegarse sobre sí misma, conformarse con sus considerables conquistas desde 1939, y orientarse hacia una mejora de su situación económica interna. No es eso en absoluto lo que ocurrió. Los gobiernos ampliamente pro-rusos de los países satélites (como ningún zar habría soñado) no le bastaban; necesitaba el encuadramiento integral, que culminaba en el golpe de Praga de 1948. La «división de Yalta» no era suficiente: la segunda guerra civil griega era desencadenada en 1947; el primer bloqueo de Berlín, y luego el ataque a Corea fueron la continuación. Recuerdo estos hechos no sólo para los jóvenes, sino para todos los que tienen ahora menos de cuarenta o cuarenta y cinco años, que no deben desentenderse de una historia polvorienta y ambigua. Ya que esta historia es el presente, es la que continúa —y es iluminada por todo lo que vino después.

A pesar de algunas apariencias, esta línea internacional jamás ha sufrido una inflexión esencial. Es contundentemente falso hablar de «alternancia» de los *métodos* de la política internacional rusa detrás de la cual se ocultaría la permanencia del objetivo perseguido. Sólo ha habido una alternancia *retórica*. (Incluso a este nivel, por otra parte, sólo es media retórica la que cambia: en ningún momento, las proclamaciones sobre la ineluctable «victoria final del comunismo», es decir de Rusia, se han dejado de oír.) Apenas termina la guerra de Corea y la primera guerra de Indochina, los rusos empiezan la penetración en Oriente Próximo y Oriente Medio (la aventura franco-inglesa de Suez en 1956 les proporcionaba una maravillosa ocasión). A comienzos de los años 1960, tiene lugar la segunda crisis de Berlín y la instalación de cohetes en Cuba. Y, casi simultáneamente, empieza la segunda guerra de Indochina, imposible sin el apoyo logístico y político ruso. Fiel a su misión revolucionaria y socialista, dispuesta a sacrificarse en aras de la felicidad de la humanidad —felicidad tan asfixiante que los habitantes de Vietnam prefieren ser devorados por los tiburones a seguir viviendo en ella—, Rusia combatirá hasta el último campesino

vietnamita, mientras Estados Unidos se hunde, crimen inútil, en un avispero sangriento donde perderá su prestigio, su equilibrio económico, su moral, su cohesión nacional y finalmente, aunque de manera indirecta, su supremacía e incluso su equivalencia militar a nivel mundial por nada. (Cuando, durante el mismo período, los rusos invaden Checoslovaquia, los norteamericanos se apresuran a hacerles saber que no tienen nada que objetar,[5] mientras que un «hombre de Estado» francés, Michel Debré, califica la ocupación de Checoslovaquia como un «incidente de recorrido».)

A la demostración hecha a los ojos del mundo, de 1964 a 1972, de que Estados Unidos no puede ganar una guerra terrestre contra una nación que va descalza, le seguirá otra demostración no menos interesante: que la firma de Estados Unidos al pie de un tratado nacional no vale más que el papel sobre el que está escrita (conquista por el Vietnam del Norte del Vietnam del Sur, cuya existencia estaba «garantizada» por Estados Unidos). La caída de Saigón demostraba que a partir de ahora Estados Unidos no sólo ya no era «creíble», como se dice superficialmente; sino que ya no era *fiable* (*reliable*, *zuverlässig*). La demostración fue amplificada, hasta límites grotescos, unos años después con lo que precedió y lo que siguió a la caída del Sha en Irán; hay que decir para ser justos que en este caso no fue necesario el concurso de los rusos, los norteamericanos se las arreglaron a las mil maravillas ellos solos.

La mayor parte de los años 1970, después de los «acuerdos de París», y hasta la invasión de Afganistán, está ocupada en la superficie por la «distensión»: encuentro de Vladivostock, SALT I, nuevas payasadas de Kissinger, doctrina Sonnenfeldt, acuerdos de Helsinki, discusiones y acuerdo a nivel gubernamental

5. Zdenek Mlynar, *Nighfrost in Prague: The End of Humane Socialism*, Nueva York, Karz Publishers, 1980. Extractos publicados en «Telos», n.º 42 (invierno 1979-1980, págs. 31-55) y en «Le Débat», n.º 9 (págs. 35-41). Miembro de la «nueva» dirección checoslovaca, participante directo en las «negociaciones» de finales de agosto de 1968 —en este sentido habla de «rehenes en manos de gangsters»— Mlynar resume así el discurso de Breznev durante la siniestra (y última sesión) del 26 de agosto: «Breznev le preguntó al presidente Johnson si el gobierno norteamericano seguía reconociendo plenamente los acuerdos de Yalta y de Potsdam. El 18 de agosto, recibió la siguiente respuesta: "El reconocimiento sigue siendo válido sin ninguna reserva para Checoslovaquia y Rumania, pero, por lo que se refiere a Yugoslavia, hay que seguir negociando"»(!) («Telos», *l.c.*, pág. 50; «Le Débat», l.c., pág. 40).

sobre SALT II. Pero es durante este período cuando los rusos se instalan sólidamente en Africa (Mozambique, Angola, Somalia —sensatamente canjeada poco después por Etiopía) y en Yemen del Sur; cuando dan luz verde a los norvietnamitas para invadir Vietnam del Sur; cuando apenas firmados los acuerdos de Helsinki —y, a falta de «tratado de paz», su instalación en Europa central oficialmente reconocida y ratificada— dan libre curso a una represión aún mayor contra los disidentes; cuando persiguen, frente a una Norteamérica a todos los efectos descompuesta y cuyo armamento está estancado o sufre una regresión, un esfuerzo militar gigantesco que les procura, al terminar la década, una superioridad militar neta en todos los campos y, seguramente, ya *irreversible*. La década se termina con la invasión de Afganistán, que muestra cuánto caso hacen los rusos al SALT II y a la «distensión» (lo que no excluye en absoluto, por supuesto, cuando las circunstancias lo exigen o se prestan a ello, una nueva fase de retórica tranquilizadora).

Ese es el bosque. La tarea de detallar el follaje de los árboles que lo componen puede ser dejada a los historiadores, a los especialistas, a los imbéciles y a los sicofantes del Kremlin —cuatro clases ciertamente distintas, pero cuya intersección no está necesariamente vacía.

Evidentemente, esta política de expansión y de incremento de potencia internacional ha ido acompañada de una política interior igualmente constante y, a fin de cuentas, si se piensa bien, si se tienen en cuenta las casi tres décadas transcurridas desde la muerte de Stalin, las «posibilidades teóricas» que ofrecían, los cambios materiales incontestables que implican la urbanización y la industrialización relativa del país, *asombrosamente inalterada*. Una vez más, dejemos de perfilar la descripción de los árboles y miremos el bosque: ¿qué ha cambiado *realmente* en Rusia desde la muerte de Stalin, respecto a las orientaciones y a los métodos de gestión del régimen, en lo que *depende de él*? (No hablo evidentemente de cosas infinitamente importantes pero que se le escapan, como la evolución de las mentalidades, por ejemplo.) Sólo una cosa: el terror. Pero hay que ver lo que esto significa: la consolidación y la protección de las capas burocráticas (desde ahora se puede perder el puesto, pero no la cabeza o la libertad, ni tampoco la totalidad de los privilegios), y sobe todo: *la racionalización de la represión*. Acompañada de una de las raras contribuciones de Rusia a la

tecnología aplicada del mundo contemporáneo: la utilización de la psiquiatría con fines policiales, la represión es la única industria rusa que ha marcado fantásticos progresos en la eficiencia. Ahora se puede fabricar en Rusia el grado suficiente de sumisión social consumiendo un número casi insignificante de cadáveres. (Por supuesto, el terror estalinista no tenía nada que ver con una «lógica de la represión», ni con otra cualquiera, y no puede ser juzgado a partir de criterios de eficiencia, ni represiva ni «económica».) Aparte de esto, nada. El régimen habría podido orientarse hacia una verdadera mejora de la situación económica interna. Es lo que habría podido pensarse —es lo que efectivamente se pensó— en 1953-1954, con las medidas de Malenkov, luego también durante algún tiempo con Kruschev. No lo hizo. Una orientación diferente habría implicado tanto medidas de reorganización y de reforma muy acentuadas como una asignación diferente de los recursos (entre el sector militar y el sector no militar), o, ciertamente, ambas cosas a la vez. Pero la «elección» del régimen, confirmada año tras año desde hace por lo menos un cuarto de siglo, y cualquiera que haya sido el «clima» internacional, ha sido constantemente: prioridad absoluta a la expansión cuantitativa y cualitativa de la sociedad militar; mantenimiento de la producción, de la economía y de la sociedad no militar en el mismo estado de postración y de penuria, apenas perturbada periódicamente por algunas «reformas» y chapuzas incoherentes e ineficaces.

Este es el hecho fundamental: una política internacional constantemente agresiva y expansiva; una política interior que subordina todo lo demás a la expansión del Aparato militar y se adapta perfectamente a un estado crónicamente lamentable de todo lo que no es militar. Son las dos caras de *la misma realidad*, aunque ésta diste mucho de ser simple. Imposible comprenderlas sin considerarlas a la vez.

Este hecho fundamental exige una explicación desde el punto de vista de sus *condiciones de posibilidad.* Las descubrimos en la relativa autonomización de la sociedad militar rusa, en su peso y su poder efectivo crecientes, en fin, en la evolución del régimen ruso hacia una *estratocracia* totalitaria. Si realmente es así, si ese factor existe y desempeña el papel que exige la necesidad de «salvar los fenómenos», entonces no carece de consecuencias. Estas consecuencias entroncan con la otra exigencia que se desprende del reconocimiento del hecho funda-

mental: éste exige explicitación de sus implicaciones para el futuro, de su dinámica propia, de sus potencialidades. El superarmamento de este país, convertido en primera potencia militar mundial mientras su producción y su economía no militares permanecen en un estado lamentable, es a la vez clave del análisis de la sociedad rusa contemporánea y brújula indicativa de las líneas de fuerza de su futuro. Sus condiciones de posibilidad abarcan la totalidad del funcionamiento de la sociedad rusa. Sus implicaciones potenciales conciernen a toda la dinámica histórica de esta sociedad y, por consiguiente, del mundo contemporáneo.

IMPLICACIONES DE LA CALIDAD DEL ARMAMENTO RUSO

El superarmamento ruso plantea inmediatamente dos interrogantes fundamentales. Toda «concepción» de la sociedad rusa que no tenga conciencia de ello y que no sea capaz de responder a ambas es irrisoria y eliminable de entrada.

Primera pregunta: ¿cómo una sociedad comparativamente tan pobre en su conjunto puede desplegar medios bélicos tan masivos? Si ésta fuera la única pregunta, ciertamente se podría encontrar una respuesta, al menos en un primer momento: consagrando a ello recursos considerables, desproporcionados con los que una sociedad más rica destinaría para obtener el mismo resultado. Evidentemente, entonces surgiría otra pregunta (como surge en cualquier caso), no menos capital: *¿y por qué entonces ha hecho esta elección?* Volveremos sobre ello.

Segunda pregunta: ¿cómo una sociedad en la que la casi totalidad de los productos ofrecidos a la población son de una calidad mediocre o deplorable, y que se ve obligada a seguir importando productos, y fábricas de llave en mano, revelando tecnologías elementales, cómo esta sociedad puede fabricar un material militar de *tan alta calidad* en *tan grandes cantidades*? (Las grandes cantidades son evidentemente decisivas: el problema no se plantearía, o sería mucho menos importante si se tratase de algunos prototipos.)

Empezaré por esta segunda pregunta. Pero, antes de proseguir, deseo pedirle al lector que haga un esfuerzo para representarse la enorme *diversificación, universalidad, interdependencia* e *integración* de la industria militar moderna. Esta no

fabrica algunas armas —sables, fusiles y cañones—, fabrica miles, si no decenas de millares de artículos diferentes —con decenas o centenas de millares de elementos diferentes. Estos productos cubren prácticamente la totalidad de los sectores de la producción industrial moderna. Si falla uno solo de estos sectores, el resto por decirlo así no sirve para nada. Si uno solo funciona mal, el producto final no vale nada. Tampoco vale nada si los afluentes de producción no están bien coordinados e integrados. Cójase la mitad o las tres cuartas partes del P.N.B. de la India o de toda América latina: se dispondrá del equivalente de los «gastos militares» rusos, pero no se podrá levantar una industria que fabrique en serie Mig-25, SS-20 o satélites artificiales. Dicha industria implica, previa y lateralmente, todo un *universo* industrial, tecnológico y sociológico, que funcione como es debido.

La producción militar contemporánea, tal como es realizada abundamentemente en Rusia, exige en primer lugar una tecnología extraordinariamente avanzada de las inversiones y de las aplicaciones: es decir, la capacidad de concebir, especificar y producir en condiciones de funcionamiento un ejemplar de un producto final, por ejemplo el prototipo de un arma cualquiera. Exige, en segundo lugar, una tecnología igualmente avanzada de la producción en serie de estas aplicaciones y una organizaciòn/control satisfactorios de esta operación. En la casi totalidad de los casos, es técnica y físicamente imposible producir productos finales avanzados con medios de producción atrasados (Arquímedes, en total posesión de la teoría del láser, no podría fabricar ni uno solo); y esto se convierte en totalmente imposible, cualquiera que sea el despilfarro de trabajo que se esté dispuesto a aceptar, si se trata de producción en serie. Exige por último, en tercer lugar, aprovisionamientos de inputs brutos y semibrutos en cantidad suficiente pero también (para algunos productos semibrutos) de *calidad* satisfactoria. Tampoco este tercer aspecto puede ser ignorado: ciertamente, a medida que se remonta hacia los inputs primarios (carbón, minerales metálicos, etc.), menos diferenciadas son, por naturaleza, las calidades y/o el control cualitativo de los materiales se hace más simple; pero los problemas cualitativos que plantea la fabricación de aceros especiales o la de algunos metales no ferrosos no son ni triviales ni simples (los submarinos rusos están siendo construidos con cascos de titanio, que les permiten

inmersiones más profundas, y la metalurgia del titanio no es especialmente banal).[6]

La respuesta a nuestra segunda pregunta, la única posible, es: no existe *una* sociedad, *una* industria, *una* economía rusas —existen dos. Está la sociedad, la industria, la economía no militares —y la otra. La primera produce, en cantidades generalmente insuficientes y en calidades mediocres o deplorables, con qué asegurar penosamente un nivel de vida que mantiene a la inmensa mayoría de la población en la incomodidad material constante, y que sólo mejora muy lentamente.[7] Está dominada por la anarquía, el despilfarro, lo absurdo de la «planificación» y del supercontrol burocráticos —y sujeta a la resistencia pasiva sumamente eficaz (pero evidentemente, con efectos económicos «negativos») de los productores.[8] Sufre

6. Ya en 1978, se consideraba que los rusos llevaban una ventaja considerable frente a los norteamericanos respecto a la metalurgia del titanio (*Collins 1978*, pág. 36). Lo cual ha sido ampliamente confirmado posteriormente, con los monstruosos nuevos submarinos rusos de tipo *Oscar* y sobre todo *Typhon* (30.000 toneladas en inmersión).

7. Véanse los Anexos 4 y 5. Brevemente, a modo de recordatorio: a nivel cuantitativo, sesenta años después del final de la guerra civil, el régimen sigue sin poder asegurar a la población un alojamiento decente y un suministro alimenticio ininterrumpido. La situación del alojamiento continúa siendo lamentable, y Rusia se ve obligada a importar cereales (mientras que antes era uno de los principales exportadores). La carne o cualquier otro producto alimenticio desaparecen de los almacenes de las ciudades durante semanas, a veces durante meses. Richard Pipes afirmaba recientemente («IHT», 29.1.81) que el nivel de vida de la población rusa no es actualmente superior al de 1913, si bien tampoco es inferior. Esta clase de comparaciones, en sentido estricto, carece de sentido aplicadas a un período tan largo (la «composición» del consumo es completamente distinta); pero, en calidad de juicio «ordinal» amplio, la estimación de Pipes es probablemente correcta. A nivel cualitativo: el lector encontrará fácilmente en extractos de la prensa rusa reproducidos por la prensa occidental —como también en los discursos de los mismos dirigentes, e incluso durante el XXVI° Congreso del P.C.U.S.— las declaraciones de la increíble situación padecida por los consumidores. («Le Monde» las publicó regularmente en los extractos de la prensa extranjera de sus números de sábado-domingo durante largos años; desde hace algún tiempo las publica más raramente.) Véanse también los elementos proporcionados en «Le Courrier des Pays de l'Est. Panorama de l'U.R.S.S.», n.° 226-227, febrero-marzo 1979, 2.ª ed. actualizada 1980 (citado a partir de ahora: *CPE 1980*), *La Documentation française*, París, 1980, págs. 105-110, 116-118, 151-164, 204-205. Sobre 266 modelos de bienes de consumo duraderos inventariados en 1976, sólo 33 gozan del pretendido «marca de calidad». *Ib.*, pág. 117.

8. Desde hace mucho tiempo, vengo analizando estos fenómenos y su carácter necesario bajo el capitalismo burocrático total. Véase en particular «Las relaciones de producción en Rusia» (1949), «La explotación del campesinado

periódicamente «reformas» sin consecuencias. Recordemos que se trata de la economía no militar en tanto que se opone a la economía militar; *no*, como algunos comentaristas han dicho con ligereza, economía destinada a la satisfacción de las necesidades «privadas» (que serían sacrificadas, deliberadamente o no), por oposición a la destinada a la satisfacción de las «necesidades públicas», que en cambio estaría favorecida. La satisfacción de las «necesidades públicas» *no militares* —transportes públicos, hospitales, urbanismo, medio ambiente— es tan lamentable como la de las «necesidades privadas».[9] Esta pretendida oposición fue inventada de hecho por los comentaristas occidentales bajo la empresa *ideológica* de la necesidad de atribuir una razón ideológica a la situación de la economía rusa: sería evidentemente conforme a la «naturaleza del comunismo» sacrificar lo privado en general en aras de lo público en general. Pero no se trata de eso en absoluto.

La otra, la economía militar, jamás ha presentado ninguna crisis, ni crónica, ni aguda, y jamás ha tenido necesidad de grandes reformas. Desde hace veinticinco años —esto por lo menos es seguro— produce, a gran escala y con un gran nivel de calidad, todo lo existente como armamento moderno: toda la gama nuclear; la de los satélites artificiales; la de los cohetes interplanetarios y terrestres; toda la industria aeronáutica; toda la construcción naval, desde los grandes cruceros tipo *Kiev* y los portaaviones de propulsión nuclear tipo *Kirov* hasta los cientos de embarcaciones ligeras y de lanchas, pasando por decenas de submarinos nucleares, unos armados con cohetes estratégicos de cabeza nuclear, otros con misiles *Cruise*, desembocando en el lanzamiento del monstruoso *Typhon* (submarino de 30.000 toneladas); la producción de decenas de miles de blindados de diferentes tipos, de vehículos militares de combate, de decenas de miles de piezas de artillería de autotracción, millones de

bajo el capitalismo burocrático» (1949), «La revolución proletaria contra la burocracia» (1956), recogidos actualmente en *La sociedad burocrática*, Vols. 1 y 2, Tusquets Editores, Barcelona, 1976.

9. Véase, por ejemplo, sobre la sanidad pública, Nick Eberstadt, «The Health Crisis in the U.R.S.S.», «NYR of B», 19.2.81, págs. 23-31. Sobre la situación cada vez más catastrófica del medio ambiente, véase Marie Samatan, *Droits de l'homme et répression en U.R.S.S.*, Le Seuil, París, 1980, págs. 137-143; Boris Komarov, *Le Rouge et le Vert: la destruction de la nature en U.R.S.S.* con un postfacio de L. Plouchtch, Le Seuil, París, 1981.

fusiles y de fusiles ametralladoras; armas autodirigidas anti-carros y anti-aviones; cohetes aire-tierra, tierra-tierra, tierra-aire por decenas de millares; el material electrónico correspondiente; los radares necesarios, incluidos los miniaturizados; las instalaciones de lanzamiento, de operación, de mantenimiento y reparación correspondientes a todo ello, etc.

*

La cantidad, al igual (y tal vez sobre todo) que la calidad de la producción de armamentos rusa, tiene implicaciones extraordinariamente amplias. Exige cadenas de producción fantásticamente importantes. Estas cadenas deben estar equipadas con una maquinaria instrumental prácticamente perfecta (las tolerancias de las piezas de la metalurgia moderna son del orden de una décima de milímetro, a veces menos). Las armas nucleares, los cohetes, los satélites no pueden ser fabricados, ni funcionar, sin la ayuda de ordenadores de gran potencia. (Si estos ordenadores no están disponibles, pueden ser reemplazados para el mismo trabajo por un número mayor de ordenadores menos potentes, en la mayoría de casos; pero no por un millón de calculadoras de Pascal.) Todos esos medios de producción deben, a su vez, haber sido producidos por medios de producción fiables.

Este inmenso conjunto no puede funcionar sin ingenieros, técnicos, etc., muy cualificados; ni sin «agentes técnicos» y obreros de todos los ramos —desde los analistas-programadores hasta los fresadores, ajustadores, torneros, etc. Y todos estos trabajos, y etapas de fabricación, deben estar organizados y coordinados según cadenas de producción y de montaje independientes al principio pero paralelos, convergentes, sincronizados y ajustados entre sí y en todo el conjunto.

Pero a la vez, como en cualquier industria moderna, para que esto funcione, es necesario un cierto grado de participación y de colaboración de los trabajadores a todos los niveles: de *adhesión*, aunque sólo sea del 50 %, a la producción. Esta adhesión, no puede ser obtenida sólo por *constricción*, ni siquiera constricción económica: la constricción económica, mientras el nivel de las remuneraciones permanece bajo o es considerado como tal, conduce al sabotaje de la producción y a la fabricación de objetos defectuosos.

El hecho importante no es (únicamente) que una cantidad enorme de recursos sea destinada al armamento —mientras el país carece de casi todo. El hecho importante es la *escisión/ cualitativa* entre la producción militar y la otra, que remite a una escisión cualitativa de los *recursos humanos*, de la *organización* de la producción y por último de las *actitudes* de los que están implicados en la producción. Dicho de otra forma, todo ello nos remite a hechos humanos y sociales. No es más que cretinismo (o fetichismo) económico creer que la «cantidad de recursos» lo explica todo. Así como la guerra no la hacen las armas, tampoco la producción es hecha por las máquinas: tanto una como otra son hechas por los hombres. Evidentemente, en Rusia, hay hombres, desde el vértice a la base de la jerarquía, apasionados por la producción de los Mig —mientras que desde los obreros manuales hasta Breznev a todo el mundo le importa un bledo la producción de zapatos. La escisión entre la sociedad militar y la otra no es ni puede ser simplemente «económica», ni simplemente «tecnológica». Es, forzosamente, sociológica, en el sentido más profundo y más fuerte del término.

No existe barrera tecnológica (o económica) *intrínseca* entre la producción no militar y la producción militar moderna. De la misma manera que un país industrialmente avanzado sin industria de armamentos podría, en el plazo de algunos años, crear una industria de armamentos formidable (como Estados Unidos hizo en dos años, 1939 a 1941), igualmente, un país que posea una industria de armamentos importante y completa podría, en el plazo de algunos años, modernizar el conjunto de su industria —al menos, iniciar, por partes, esta modernización. Desde hace un cuarto de siglo, no es eso en absoluto lo que pasa en Rusia. Dicha modernización, si se tratase únicamente de las máquinas, de las inversiones, de los «costes de producción», obtendría precisamente el resultado de abaratar los costes de producción en todas partes; crecería como una bola de nieve y, tras un período de gestación inicial, «se financiaría a sí misma».

Y, si se tratase únicamente de «costos», la pregunta seguiría siendo la misma: ¿entonces por qué el régimen —que no tiene por qué temer un ataque exterior, sino que «debería» temerlo todo del interior— no ha «optado» por una distribución diferente de los recursos, un desarrollo militar más lento, un desarrollo no militar más rápido?

Hay que responder, evidentemente, que los que deciden se

interesan por el desarrollo militar, y no por el desarrollo civil, al que sólo se hacen las concesiones absoluta y mínimamente indispensables. Esto, a su vez, plantea una nueva pregunta: *¿quién* decide? *¿por qué* decide así? y sobre todo: ¿cómo se explica que, en este caso *y sólo en este caso*, su decisión obtenga resultados (mientras que no es nunca el caso, por ejemplo, de las «reformas» interminablemente repetidas de la economía no militar)?

Hay que concluir, cuando se consideran todas estas cuestiones y su interrelación, que este desarrollo ha sido *posible* y *efectivo* en el sector militar por razones distintas a las que se está habituado a pensar en estos casos (simples «cantidades de recursos») y según un proceso que no era y no es siempre extensible al sector no militar. Este proceso ha sido la constitución (la autoconstitución) de una sociedad militar (no tan sólo el Ejército propiamente dicho, sino el conjunto de las industrias, servicios, etc., que están vinculados a él), que ha sido *organizada* de otra forma, que vive *económica y productivamente* de forma distinta y que tiene otras *motivaciones*. Cómo se ha desarrollado el proceso de constitución de este cuerpo social y de su autonomización en relación al Partido, a partir de qué «momento», a iniciativa de qué núcleos, es un problema que discutiré más adelante (véase Capítulo 4), y probablemente muy oscuro. En cualquier caso todo induce a pensar que a partir de un momento dado (sin duda no mucho antes de la muerte de Stalin, o inmediatamente después, tal vez en relación con el desarrollo de las armas nucleares), el Ejército empezó a organizarse, no sólo como Ejército, sino como sub-sociedad industrial, de forma distinta; empezó a absorber a la crema de los jóvenes que salían de las Universidades y de las Escuelas técnicas; y, sobre todo, debió empezar a absorber personal obrero sometido a condiciones especiales, a niveles de remuneración muy superiores a los del resto, y con actitudes ante el trabajo netamente distintas a las que el obrero ruso ha estado obligado, ahora ya desde hace varias décadas, a desarrollar. Esto —que era una simple deducción lógica por mi parte, cuando escribía el artículo publicado en el n.º 8 de «Libre»— está de hecho material y directamente demostrado desde hace algún tiempo: los obreros que trabajan en las empresas denominadas «cerradas» firman un contrato por el que renuncian al derecho a cambiar de patrón, y gozan de salarios muy altos y de

otras múltiples ventajas. (Véase más adelante el apartado: «Las empresas "cerradas"».)

*

Cuando —muy raras veces— se ha planteado la cuestión de la capacidad de Rusia de fabricar semejantes cantidades de armamentos, las respuestas han sido o tautológicas o inconsistentes. Una primera respuesta consiste en decir que la dirección rusa concede una alta prioridad al sector militar y espacial. Esto es a la vez tautológico *e* insuficiente: como ya he dicho, por sí sola la *cantidad* de los recursos no puede explicar la diferencia *cualitativa* entre producción militar y el resto, *y* la cuestión sigue por tanto abierta: ¿por qué esta prioridad y no otra?

Otro tipo de respuesta —de estilo «economista» y «marxista»— nos la proporciona Antonio Carlo, uno de los raros autores que se han percatado de la existencia en este ámbito de un problema.[10] Carlo se pregunta por qué los rusos han podido sostener la carrera tecnológica frente a Occidente en el terreno de las armas y de los misiles (no se da cuenta de que la están ganando), y por qué esta tecnología ha quedado confinada a las industrias militares y espaciales. Señala que en Occidente los descubrimientos en materia de tecnología militar han derivado rápidamente al área civil (pero parece olvidar que previamente se han basado en una tecnología civil extraordinariamente desarrollada) y se pregunta: ¿qué es lo que impide que los descubrimientos tecnológicos del sector militar en Rusia penetren en el sector civil? ¿Y por qué este último se revela incapaz de desarrollar su propia tecnología avanzada, independientemente del sector militar?

Carlo afirma que «la solución al enigma es a la vez sumamente sencilla por un lado y, por el otro, resulta sumamente compleja. La parte insoluble del problema son los costos... Las industrias militares y espaciales rusas no se diferencian de las industrias civiles, en el sentido de que están sometidas al mismo despilfarro y disfuncionamiento —salvo que, por razones políticas, una cantidad exorbitante de recursos por unidad de producto es asignada a este sector. De esta forma éste puede desarrollarse por un proceso de pruebas y de

10. Antonio Carlo, «The Crisis of Bureaucratic Collectivism», «Telos» n.º 43, primavera 1980, págs. 11 y ss.

errores, dentro de márgenes más amplios que la industria civil, y esto permite al complejo militar-espacial ruso obtener resultados cualitativos considerables, pero con costos de producción elevadísimos, que no podrían ser soportados por la industria en su conjunto». Y cita un ejemplo hipotético. Respondiendo a un experto en ordenadores que, tras haber visitado un centro de investigaciones científicas en Rusia, se asombra de hallarlo equipado con ordenadores comparables a los mejores ordenadores occidentales, le había propuesto la siguiente explicación: por un ordenador de alta calidad ruso, hay nueve que no funcionan a causa de defectos de ensamblaje —por eso, para «limitar sus costos», los rusos siguen prefiriendo comprar ordenadores occidentales.[11]

La cuestión de este tipo de adquisiciones no es difícil de resolver: en pocas palabras, estas «adquisiciones» son de hecho casi gratuitas —regalos, o poco menos. Pero es evidente que la «respuesta» de Carlo no se tiene en pie ni un segundo. ¿Quién puede creerse que, por los dos *Kiev* fletados, los rusos han fabricado otros dieciocho que no funcionan? ¿Que, por los 160 submarinos de propulsión nuclear lanzados a los océanos, ha habido 1.440 que jamás funcionaron? ¿Que, por los 9.000 aviones de combate y los 50.000 carros de combate desplegados, han producido 81.000 aviones y 450.000 carros que hubo que descartar? Ciertamente, la proporción de 9 a 1 es una manera de hablar. Pero cualquiera que sea la proporción supuesta —aunque fuese de 2 a 1— se desemboca (véanse los cálculos más adelante) en proporciones de recursos y de mano de obra implicadas en la producción militar increíbles e incompatibles con una imagen mínimamente coherente de la contabilidad global de la burocracia. La «respuesta» imaginada por Carlo —y que, evidentemente, se le ocurre a cualquiera— podría defenderse en un número muy limitado de casos particulares (y el de los ordenadores de lujo efectivamente podría ser uno, a causa del número relativamente pequeño de ejemplares necesario). Pero no es defendible en el caso de artículos fabricados en cantidades enormes.

Además, nada muestra que las industrias militares «estén sometidas al mismo despilfarro y disfuncionamiento» que las industrias civiles. Carlo cita, según Halloway, un ejemplo de no

11. *Id.*, pág. 12, nota 39.

realización del plan de producción de obuses... ¡en 1940! Menciona —sin precisar fuente ni fecha— planes de construcción de submarinos nucleares «más recientes» convertidos en obsoletos a causa de las etapas de producción demasiado largas. El hecho es que la producción rusa de submarinos nucleares marcha admirablemente bien, a juzgar tanto por el número como por las características técnicas de los submarinos desplegados (véase anteriormente). Por el mismo razonamiento, habría que concluir que los norteamericanos (así como los franceses, alemanes, etc.) no poseen una industria de armamentos mínimamente decente (véase la serie de ejemplos dados en el Anexo 6). Por último cita —y con eso se terminan sus «pruebas»— una *boutade* de Kruschev, declarando (en público) en 1963 que los elogios dirigidos al desarrollo tecnológico de la industria de armamentos rusa se debían al hecho de que los costos de producción permanecían secretos y que de conocerse éstos el entusiasmo sería mucho más moderado. Pero esto nos remite a los *costos* de una producción *eficaz*; nadie pone en duda que un vehículo militar *que funcione* debe *costar* más que un vehículo militar o civil, que no funcione. La *boutade* de Kruschev (de suponerle «cándido») es perfectamente compatible con la explicación que yo propongo.

Ciertamente, en las informaciones de que disponemos hay una desviación incorporada que, de no tenerla en cuenta, haría aparecer a la industria militar rusa como más eficaz que la industria militar norteamericana u occidental. En la mayoría de casos, la prensa norteamericana refiere complacida, podríamos decir, los retrasos en la producción de armamentos respecto a los programas, los defectos del material, etc. En cambio, no somos informados, en general, de los fracasos de la producción militar rusa, excepto algunos casos, como las catástrofes nucleares y químicas que probablemente han tenido lugar.[12] Clausewitz decía, con razón, que se tiende a subestimar las propias fuerzas, cuyos defectos se conocen, y a sobreestimar las del adversario, cuyos defectos se ignoran. De hecho, en el presente caso, prevalece más bien la observación contraria. En cualquier caso, yo no digo ni que la industria rusa de armamentos sea «perfecta», ni que sea en términos absolutos, más «eficiente» que la norteamericana. Supongo explícitamente (véase el apar-

12. Véase Marie Samatan, *op. cit.*, págs. 140-143.

tado siguiente) que es mucho menos «eficiente» —ya que admito que, para llegar al mismo resultado que la industria militar norteamericana, gasta por lo menos cuatro veces más trabajo. Pero es *eficaz*: con este trabajo produce armas cualitativamente comparables a los productos norteamericanos, que funcionan —mientras que la industria no militar rusa consume, asimismo, cantidades de trabajo enormemente superiores a las de la industria no militar norteamericana pero para producir productos de calidad muy inferior y/o a menudo inutilizables.

Carlo prosigue su argumentación presentando, a escasas líneas de distancia, dos consideraciones difícilmente compatibles. Primero dice que una cantidad exorbitante de recursos es asignada al sector militar espacial «por razones políticas». A continuación afirma, recuperado su economicismo marxista, que «los enormes costos de producción, que no podrían ser sostenidos por la totalidad de la industria... obligan a los líderes soviéticos a asignar la prioridad a la industria de armamentos —elección que no es libre, sino obligada por las contradicciones del sistema. Los dirigentes soviéticos tienen un interés objetivo en extender la tecnología militar al resto de la economía, pero chocan con el problema de los costos, que los obliga a ser selectivos y a privilegiar al sector militar. Esta prioridad no es el resultado de una elección, sino de una constricción contradictoria que la clase dirigente soviética querría superar pero no puede». (!)[13] En fin: un poco más y se nos dice que la burocracia rusa invierte en armamentos porque la «tasa de beneficio» es más elevada.

En primer lugar habría que decidirse: ¿la prioridad concedida a las industrias militares resulta de «razones políticas»? (¿cuáles? ¿y de dónde se infieren?); ¿o bien los dirigentes rusos se ven obligados a ello, a pesar suyo, por razones económicas, «los enormes costos» de la extensión de la tecnología militar al resto de la producción? Una vez más, las «razones políticas» podrían «explicar» la distribución cuantitativa de los recursos, no la calidad del producto. Una decisión política puede asignar cien millones de personas a la producción militar; cien millones de decisiones políticas no podrían producir ni un solo carro de combate que funcionase (Stalin, Kruschev y Breznev hicieron, repetidamente, la experiencia con sus «decisiones»

13. Carlo, *l.c.*, pág. 12.

para la «reforma» del sistema económico). Y Carlo no ve que esta asignación cuantitativa de los recursos, confirmada año tras año durante décadas, ha ido acompañada de la creación de una situación *sociológica* distinta —que es la única que explica a la vez la repetición de esta asignación *y* la calidad del producto.

El otro argumento de Carlo obedece a una confusión. Una tecnología no es únicamente relativa al producto final; es también y sobre todo una tecnología de *producción*. La «tecnología militar» avanzada no consiste únicamente en concebir prototipos y en fabricar unos cuantos con métodos artesanales (fabricación que, nuevamente, sería *materialmente* imposible para la casi totalidad de los productos militares). Es necesariamente también —y es el caso de Rusia— tecnología aplicada de la producción en serie.

El carácter «avanzado» del producto es *inseparable* del carácter «avanzado» de sus métodos de fabricación. Y aquí, la separación entre «eficacia» y «eficiencia» es mucho menos tajante. La producción militar rusa no podría funcionar, si no se fabricase, para ella misma, maquinaria instrumental, sin duda costosa, pero que funciona bien —lo que tiende a hacer más «eficiente» (menos costosa) la producción que la utiliza. La tecnología de producción en serie de medios militares, en casi todos los casos, es aplicable directamente o con mínimas modificaciones de sus especificidades, a la producción no militar (construcción naval y aeronáutica, medios de transporte terrestre y material agrícola, material eléctrico y electrónico, química, fabricación de maquinaria instrumental, construcciones y obras públicas, etc.). Y esta aplicación extendida a la producción no militar sería rápidamente «autoreembolsada», se financiaría gradualmente a sí misma. Si no se hace, si no *puede* hacerse, es porque se oponen a ello factores de otra clase, sobre los que volveremos más adelante.

La pretendida «constricción contradictoria» de Carlo no puede en absoluto explicar por qué, con los mismos «costos exorbitantes», no se producen menos armamentos y más bienes no militares de mejor calidad. Hay aquí una escisión que no es de orden tecnológico ni de orden económico. (Sobre el conjunto de la cuestión de la «eficiencia» de la producción militar rusa, véase la discusión más detallada en el Anexo 4.)

Por último, hay algo irrisorio y siniestro a la vez en esta clase de razonamientos —y en la alienación mental que produ-

cen estos residuos de marxismo. Se sabe que Rusia fabrica en grandes cantidades —en cantidades operacionales— armas químicas y biológicas.[14] (Que tenga intenciones de utilizarlas parece probable visto el equipamiento de protección anti-ABC de sus carros de combate.) Ahí están implicados recursos considerables de la industria química. Es la misma industria que produce abonos químicos para los campos, para los cereales que Rusia se ve obligada a importar. Ahora bien, «la mitad aproximadamente de los campos de cereales de la U.R.S.S. no reciben actualmente ningún producto fertilizante» (cita *textual* del discurso de Messiats, ministro de Agricultura, en el XXVI° Congreso del P.C.U.S., «Le Monde», 3.3.81 pág. 6). Ante el famoso dilema: ¿pan o gases asfixiantes? el socialismo a la Breznev y a la Marchais responde sin titubear: gases asfixiantes. Y Carlo querría hacernos creer (y él seguramente se lo cree) que se producen gases asfixiantes porque sería demasiado costoso producir pan.

Otra explicación de la diferencia cualitativa entre la producción militar y la producción no militar en Rusia, debe ser brevemente mencionada. Esta diferencia se debería al hecho de que la primera está sometida a la «competitividad» (con Occidente) y la segunda no. Esta explicación es sólo verbal. Que el *antagonismo* con Occidente es una *condición* del desarrollo de la sociedad militar en Rusia es al fin y al cabo una tautología: por definición un aparato militar se organiza, se desarrolla y se equipa en relación con sus adversarios e intentando, cuando es posible, superarlos. Esto dista mucho de proporcionarle los *medios* para llegar a ello. La «competividad» en sí misma no posee virtudes mágicas. Pasando por alto el hecho de que la opinión más extendida sobreestima hasta la mitificación su papel en el desarrollo del capitalismo (Schumpeter veía con mucha mayor claridad en este tema —e insistía en el ejemplo del *Alcoa*, el semimonopolio norteamericano de producción de aluminio, que tuvo un desarrollo gigantesco a pesar de la ausencia de cualquier «competitividad» importante), recordemos que la competitividad se supone que actúa a través

14. Según el general Grigorenko, Rusia tiene en stock 350.000 toneladas de armas químicas. Entrevista en «Le Figaro Magazine», 15.3.80, pág. 56-59, citado por Marie Samatan, *op. cit.*, págs. 141 y 329. Véase también precedentemente, Capítulo 1, pág. 34.

de la mediación esencial del *mercado*, donde la eficacia relativa de las firmas sería constante y continuamente comparada y *sancionada* (por la eliminación de las firmas menos eficientes). Nada de esto es aplicable al nivel militar: la eficiencia relativa de los Ejércitos ruso y norteamericano será comparada y sancionada, dentro de treinta y cinco o de cincuenta años, *de una vez para siempre.*

IMPLICACIONES DE LA CANTIDAD DEL ARMAMENTO RUSO: EL NUMERO DE HOMBRES EN LA SOCIEDAD MILITAR

¿En qué estriba el interés de la *producción* (no de los «gastos») militar rusa?

Por una parte, es un signo decisivo de la *orientación* de esta sociedad y, por otra parte, es reveladora de su *estructura.*

La producción normal de armamentos (y todo lo que la acompaña) proporciona indicaciones sobre la articulación de la producción total, de la economía *y* de la población rusa. No son los «dólares» o los «rublos» lo que aquí importa, sino los hombres y las mujeres implicados en esta producción; y esto, no tanto como fenómeno «económico», sino como fenómeno y *factor* social.

La superpotencia militar rusa comporta, como un componente esencial, un superarmamento (si bien no se reduce a ello). Estas armas son el producto de la sociedad rusa —para ser más concretos, de una *parte* de esta sociedad. ¿*Qué* parte? La pregunta es importante, ya que la reconocida *calidad* del armamento ruso, sin posible comparación con la calidad de la producción no militar, remite indudablemente a una sub-economía, e incluso a una sub-sociedad militar, que está organizada, produce y funciona de una manera *cualitativamente* distinta al resto. Esto conduce a la hipótesis *a priori* de que la sociedad militar rusa debe estar en cierta forma «separada» del resto de la sociedad —hipótesis que se verifica *a posteriori*, cuando se conoce la existencia y el régimen especial de las «empresas cerradas». Estos hombres poseen un estatuto especial. Pero a la vez, y por difícil que sea, hay que hacerse una idea de su *número*. Es evidente que las implicaciones sociales y políticas son muy distintas si se trata de 200.000 o de 20.000.000. Lo que voy a intentar estimar aquí —a nivel de

magnitud, naturalmente— es la «población» de esta sociedad militar, el número de personas activas directa e indirectamente requeridas para la producción de armamentos en Rusia.

Sobre este número (a excepción del Ejército en sentido estricto, del personal militar profesional propiamente dicho y de los reclutas) no existe ninguna información directa, y con razón. Tampoco existe información directa sobre la cantidad de los «gastos militares» rusos (a través de la cual se habría podido intentar deducir el número de personas necesarias para la producción de armamentos —aunque esto plantee un problema de primera magnitud, como tendremos ocasión de ver). El presupuesto oficial ruso sólo presenta una cifra bajo el título «defensa», sin ningún desglose, y que permanece constante desde hace varios años al nivel irreal de 17 mil millones de rublos (25 mil millones de dólares o 125 mil millones de francos al cambio oficial, es decir una sexta parte del presupuesto norteamericano y el mismo nivel que el presupuesto militar de Francia o de Alemania federal). No hace falta preguntarse sobre las motivaciones de esta gran mentira, que no engaña a nadie, ni en Rusia, ni en el extranjero. Para la burocracia rusa, la práctica de la mentira revela, desde hace tiempo, amor al arte por el arte. Uno de los mejores especímenes no sólo de su cinismo, sino del desprecio con el que trata a los dirigentes y a la opinión pública de los demás países, nos fue proporcionado, hace algunos años, con la propuesta de Breznev a las Naciones Unidas, pidiendo que los Estados miembros permanentes del Consejo de Seguridad redujesen en un 10 % sus presupuestos militares.[15] Los gastos militares están ocultos en diferentes

15. Véase por ejemplo Robert E. Legget y Sheldon T. Rabin, «A note on the Meaning of the Soviet Defence Budget», «Soviet Studies», Vol. XXX, n.° 4, octubre de 1978, págs. 557-566 (citado a partir de ahora: *Sheldon-Rabin 1978*), donde también se encontrarán indicaciones sobre la discusión relativa al «presupuesto militar» oficial ruso. Los miembros permanentes del Consejo de Seguridad de la ONU son Inglaterra, China, Estados Unidos, Francia y Rusia. La propuesta rusa, dirigida a la O.N.U. en otoño de 1973, fue adoptada por la Resolución 3093 A de la Asamblea general de la O.N.U. La Asamblea general, con su buen sentido habitual, pidió que Rusia redujese en un 10 % un presupuesto ficticio, y que los otros redujesen igualmente en un 10 % un presupuesto real: reducciones que equivalían, en aquella época y a la tasa de cambio oficial, a menos de 2 M.M.D. (mil millones de dólares) para Rusia, y a unos 8 M.M.D. para Estados Unidos. He hablado de desprecio: casi me atrevería a decir que desde la óptica cínica del Kremlin está justificado. Para convencerse

partidas del presupuesto ruso (que asciende a 285 mil millones de rublos para el año 1980), y pueden estar *en cualquier parte* de este presupuesto (también y sobre todo en los enormes créditos destinados a la «inversión). Esto tiene como resultado barajar las cartas, no sólo respecto a los gastos militares, sino respecto al *conjunto* de las cuentas nacionales rusas (ya intrínsecamente carentes de sentido, dado el absurdo sistema de precios vigente en Rusia; por si fuera poco amañados, incontrolables y convertidos en ininteligibles de mil y una maneras). El socialismo, ya se sabe, es la transparencia.

*

Desde hace un cuarto de siglo, una bibliografia occidental considerable se ha acumulado sobre el tema. Algunos de sus aspectos, y sobre todo el fondo de los problemas, son discutidos en los Anexos 4 y 5; ruego vivamente al lector que se dirija a ellos. Aquí, resumo las conclusiones principales, subrayando una vez más que este ejercicio no pretende ser académico, sino que se propone una estimación cuantitativa de lo que vamos a llamar las bases sociales de la estratocracia rusa.

Ha habido algunos intentos de obtener casi directamente, por métodos «demográficos», el número de personas implicadas en la producción militar rusa. Ninguno de ellos ha proporcionado resultado sólidos.

La mayoría de las publicaciones, lo mismo las motivadas por las necesidades de la investigación sobre la economía rusa que las de la «inteligencia» militar —como la C.I.A.— apenas se han preocupado de este aspecto de la cuestión; han tendido sobre todo a la determinación de los «gastos militares» rusos. Aunque esta cuestión estuviera resuelta de forma perfectamente

no hay más que ver las reacciones occidentales (incluidas las norteamericanas oficiales) a las «propuestas» formuladas por Breznev en el XXVI° Congreso del P.C.U.S.; o bien, el hecho de que se sigan tomando seriamente en consideración las propuestas rusas de detener el despliegue de los ANT en Europa —lo que consagraría la actual impotencia de la O.T.A.N., a la vez que dejaría intacta la superioridad aplastante que los rusos ya poseen en este campo (cf. anteriormente Capítulo 2) y que aumenta constantemente: según las últimas informaciones, el ritmo de instalación de los SS-20, que ya había pasado de uno por semana a uno cada cinco días en 1980, es actualmente de dos por semana («IHT», 12.2.80, pág. 2). Esa gente realmente tiene prisa.

satisfactoria —lo que no es ni mucho menos el caso— nuestro problema subsistiría igualmente. En efecto, para responder a éste habría que conocer:

— las cantidades de armamento producidas en Rusia,
— los inputs de trabajo requeridos, *en las condiciones rusas*, para producirlas.

Pero no es la primera, sino la segunda parte del problema la que plantea dificultades. En efecto, las cantidades desplegadas de material militar de distintas clases las conocemos, con márgenes de incertidumbre que por lo general no superan el 5 o el 10 %, lo que es ampliamente suficiente para nuestro objetivo. Asimismo conocemos su evolución en el tiempo —lo que permite deducir las producciones, los outputs, anuales. Lo que no sabemos, en principio, es la cantidad de trabajo necesaria, directa o indirectamente, para producirlas; dicho de otra forma, la productividad del trabajo en el sector militar ruso (estimada directamente, o indirectamente por comparación con la productividad del mismo tipo de trabajo que se supone conocer en otro país, por ejemplo Estados Unidos).

Esta dificultad no puede ser superada por ninguno de los métodos utilizados en la estimación de los «gastos militares» rusos.

Las estimaciones de estos gastos en «dólares» —como las que lleva a cabo la C.I.A.— no indican, ni siquiera en su parte menos criticable, la parte correspondiente a los gastos en «material», lo que le habría costado a Estados Unidos la copia exacta del armamento ruso. Salvo las necesidades del *lobbying* presupuestario norteamericano, no se ve en absoluto en qué puede estribar su utilidad. Cuando son reconvertidas en rublos, con ayuda de hipótesis más o menos discutibles, originan problemas que discutiremos brevemente más adelante.

Las estimaciones en «rublos» pueden hacerse, básicamente, a partir de dos métodos: un método de los «residuos», o un método de «identificación» (o una mezcla de los dos). En el primer caso, se hace la suma, a partir de la contabilidad nacional rusa, de las utilizaciones finales cuya magnitud se considera como más o menos fiable y su carácter como más o menos indudable (y no militar). Confrontadas con el total de los recursos disponibles, estas utilizaciones hacen aparecer residuos «inexplicables» generalmente importantes, considerando enton-

ces que representan gastos militares o al menos que proporcionan un límite superior de los mismos. En el segundo caso, se intentan detectar partidas de la contabilidad nacional (o pública) rusa que se cree poder identificar, más o menos plausiblemente, como gastos militares. W.T. Lee —cuyas estimaciones me parecen las más verosímiles de las que he podido ver— se basa fundamentalmente en este método, con incorporaciones bastante importantes del primero (así, la partida más importante, el *procurement*, compras de material militar propiamente dicho, es estimado por Lee a través de la diferencia entre la producción total de «construcción de máquinas» y una estimación de los *producer's durables*, bienes de inversión supuestamente utilizados por la industria).

En ambos casos, se obtiene finalmente una cifra en rublos, y un porcentaje del P.N.B. (o P.I.B.) ruso destinado a los gastos militares.

Pero ¿cuál es el valor de estas cifras? Existen las incertidumbres relativas a las propias estimaciones; otras —considerables— relativas al P.N.B. ruso, tanto en su magnitud como, sobre todo, en la verdadera significación de las valoraciones a partir de las que se han constituido sus elementos; por último, ignoramos completamente lo que es un «rublo». El «rublo», al cambio oficial vale actualmente 1,52 dólares (7,6 francos aproximadamente). Pero, en 1976, cuando el rublo oficial valía 1,3245 dólares, el rublo «alimenticio» (precio al detalle) en Moscú valía 1,3 dólares; el rublo-aspirina valía diez *cents* (el hombre socialista no padece migraña que es, como se sabe, una enfermedad capitalista), el rublo-máquina de afeitar eléctrica 63 *cents*, el rublo-toalla 34 *cents* y el rublo-zapatos de hombre 85 *cents*.[16] ¿Cuánto vale el rublo SS-20 o el rublo *Typhon*? ¿Cuántos hombres/años son necesarios para producir «mil millones de rublos» de objetos *oficialmente facturados* a «mil millones de rublos» en un determinado sector y en el sector militar en particular?

*

16. Al cambio oficial del rublo, el P.N.B. ruso en 1980 era del orden de 900 M.M.D. (el de Estados Unidos de 2.650 M.M.D.). Las cifras dadas más arriba significan que, medido en comprimidos de aspirina, es de 65 M.M.D., en zapatos de hombre de 570 M.M.D. y en «cesta de la compra» de 900 M.M.D.

Conviene realizar aquí un resumen de los puntos esenciales del razonamiento, ya que algunos poseen un valor más general.

1. No se conocen, y no podrían conocerse con una certeza razonable, las cifras de los gastos militares en «rublos» —es decir, lo que el Kremlin contabiliza como sus «gastos militares».
2. Aunque se supieran, ello tendría escasa significación como representación de los gastos militares *reales*.
3. De todas formas —conociendo o no estos gastos reales— subsistiría el problema, el único que nos interesa y *el único que tiene un sentido*, del paso de estos gastos al número de hombres implicados en la producción militar; es decir, de la productividad del trabajo (producto por hombre/año, a partir de ahora P/H/A) en Rusia, en general y en la producción militar.

El punto 1 no requiere largos comentarios. Si la burocracia rusa es capaz de pretender que sus «gastos militares» están estabilizados desde hace diez años e incluso que han decrecido en torno a los 17 M.M.R., es igualmente capaz de camuflar gastos militares en las «transferencias sociales»,[17] y, en última instancia, de llevar una segunda contabilidad (práctica corriente entre las firmas capitalistas) que, de estar hecha correctamente, le permitiría «planificar» y organizar (más o menos) lo que considera como sus «gastos militares» sin hacerlos aparecer. Esto, quizás, habría podido controlarse de poseer los datos de la contabilidad nacional completos, detallados y coherentes, lo que dista mucho de ser el caso.

El punto 2 es de una importancia capital. Se desglosa en otros muchos. Lo esencial es más o menos esto: en una economía: a) poco «desarrollada» en principio; b) totalmente centralizada y c) donde lo esencial del «desarrollo» está orientado hacia el desarrollo de la producción de los medios de destrucción, la separación de la «inversión» y de los «gastos militares» carece prácticamente de sentido.

Hay que detallar y diferenciar los niveles de razonamiento. En primer lugar hay un nivel policial: las «inversiones», ¿son

17. Según Lee (W.T. Lee, «Soviet Defence Expenditures in the 10th PYP», «Osteuropa Wirschaft», 1977, n.º 4, págs. 222-292, citado a partir de ahora: *Lee 1977*. Véase pág. 284) lo hace en la medida en que algunos servicios militares están incluidos en las partidas «sanidad» y «educación» del presupuesto ruso.

inversiones o fabricación de armas? (Así, Lee afirma que más de la mitad de la «construcción de máquinas» —cuyo producto, en otro país, habría correspondido sin problemas a inversión entre los usuarios— representa en el caso ruso equipamiento militar.) Luego viene un nivel atributivo o integrativo: los gastos de inversión que son «realmente» gastos de inversión, son también, y, en mayor medida, *realmente*, gastos militares, ya que se trata de inversiones exclusivamente requeridas para las fabricaciones militares y que de lo contrario no se habrían realizado. Por ejemplo: los bienes de producción duraderos requeridos para la construcción naval en general, y que *de hecho* sólo son utilizados para la construcción de navíos de guerra, submarinos, etc. (Así, inversamente, Lee considera a casi la otra mitad de la «construcción de máquinas» como *producer durables* —bienes de producción duraderos, pero deja de lado la pregunta: ¿producción *de qué*?) Partiendo de la hipótesis de que estas inversiones no se habrían producido sin el superarmamento ruso, y que son su condición necesaria, deben forzosamente ser caracterizadas como gastos militares. Es lo que ocurre, y lo que hacemos, con los armamentos de los países occidentales: los 10, 15 o 20 *cents* o céntimos por dólar o franco de los gastos militares que representan las inversiones correlativas de las firmas que las fabrican están *incluidos* en los gastos militares *vía* su inclusión en los precios fijados por las firmas.

Estos dos niveles pertenecen de hecho al punto 1. En cambio, otros tres niveles están especificados aquí y exigen un comentario.

2a. El nivel conceptual, teóricamente el más importante. No voy a extenderme aquí sobre ello.[18] Toda contabilidad nacional, como toda la teoría económica —clásica, marxista, neoclásica y neo-neoclásica— se basa en un postulado de *separabilidad*, o de *imputación determinada*: si un determinado producto sale de una determinada firma que trabaja en determinadas condicio-

18. Lo que se afirma en el texto se apoya en largos estudios inéditos relativos a la economía y a la crítica de la teoría económica que espero poder publicar algún día. Para un resumen muy esquemático de algunos resultados, véase «Reflexions sur le "développement" et la "rationalité"», informe presentado en otoño de 1974 en un coloquio en Figline-Valdarno y publicado en *Le Mythe du développement*, Le Seuil, París, 1977, págs. 205-240, especialmente págs. 217-222.

nes, *existe* un «costo» (o un «valor») determinado del producto, imputable a *algunos aspectos* de lo que ha sucedido en esta firma y *únicamente a esto*. El postulado es insostenible y anula de raíz las pretensiones de la «teoría económica» de poseer algún tipo de relación con la realidad. Representa evidentemente, en pocas palabras, la transformación de los *hechos* (instituidos) de la propiedad y de la apropiación privadas en categorías teóricas. La institución que *atribuye* al propietario de una fábrica (o incluso al campesino que trabaja «su» campo con «sus» instrumentos y «su» trabajo) la propiedad de lo que sale de ella se convierte en una construcción pseudoteórica que *imputa* el «valor» del producto a esta fábrica. La atribución de propiedad se transforma en imputación de valor y determinación de la «causa». (El mismo Marx, a pesar de algunos enunciados sobre el «productor colectivo», trabaja con esta falacia que intenta refinar teóricamente al máximo.) Pero el producto es en realidad producto del funcionamiento social total (incluida la historia precedente de la sociedad). No se trata de una generalidad tautológica: incluso como producto «*económico*», el producto es producto de la «*economía*» *total*. La teoría económica existente sólo reconoce algunas partes del problema así creado, bajo el título de «economías externas» o externalidades (positivas o negativas); o bien cuando admite —lo que dista mucho de estar generalizado— el carácter totalmente nebuloso del «valor presente de los elementos del capital fijo». Pero consideradas seriamente, sólo estas dos limitaciones destruyen centralmente cualquier cálculo de los «costos» o de los «valores» que pretenda ser «racional».

Teóricamente indefendible, el postulado de separabilidad o de imputación determinada conserva alguna plausibilidad y sobre todo *instrumentalidad* en la medida, precisamente, en que la institución económica de la sociedad incorpora más o menos su presupuesto tácito: la propiedad y apropiación privadas, la fragmentación del cuerpo productivo social en unidades «independientes» que sólo se comunican mediante intercambios.[19] En

19. Incluso para una imputación aproximativa e inexacta, pero infinitamente más para pasar a afirmaciones de «optimalidad» y de «racionalidad», hay que aceptar una serie de postulados propiamente delirantes: competitividad «perfectamente perfecta», fluidez total e instantánea de todos los recursos productivos, información instantánea y perfecta de todos los participantes, comportamientos de «maximización» rigurosamente racionales, divisibilidad al infinito de los

esta medida, puede decirse que los precios de una firma (que para las otras son costos) deben mantener una determinada relación con esta parte de los «costos de producción» que la contabilidad nacional y la economía política saben y pueden definir, compilar y más o menos contabilizar.[20]

Pero en el caso de una economía capitalista burocrática totalmente centralizada —en el caso de la concentración total del capital, como es el caso de Rusia— el postulado carece completamente de sentido.[21] Habría podido tener un sentido si la burocracia se entregase a la tarea —de todas formas imposible e irrealizable— de reproducir, a través de cálculos, de ordenadores, etc., los «costos de producción» tal como habrían existido en esa ficción incoherente (incoherente *como* ficción) que es el «mercado competitivo ideal». Al no aspirar al premio Nobel de economía, no existen razones para que lo haga. La fijación de los precios en Rusia —que las consideraciones formuladas más arriba no impiden calificar de ampliamente irracional desde el punto de vista económico— obedece a factores que no tienen ni tienen por qué tener una base «económica». Ahora bien, en un sistema económico, basta que el precio de *un único* producto de base (y se cuentan por decenas de miles) presente una distorsión significativa respecto a su «costo de producción» para que todos los demás también las presenten. Pero decir que los precios no tienen relación (o únicamente una relación muy lejana, y muy distinta según los casos) con los «costos de producción», equivale a decir que los gastos contabilizados en estos precios no representan los «costos reales» (económicos) sobrellevados por la sociedad. En la práctica, sabemos de sobra que los precios rusos son totalmente delirantes —o, si se prefiere un término más respetable,

medios de producción, etc. Cf. mi texto «Valeur, égalité, justice, politique: de Marx à Aristote et de Aristote à nous», «Textures», n.° 12-12, 1975, reproducido actualmente en *Les Carrefours du Labyrinthe*, págs. 249-316, en particular págs. 254-263.

20. Incluso así, el componente «beneficio» de estos precios, ya bajo condiciones de competitividad, pero infinitamente más bajo las condiciones de colisión/competición oligopolista, que son las condiciones dominantes en *todos* los sectores de la economía capitalista moderna, introduce un margen de indeterminación enorme.

21. Subrayo este aspecto de la cuestión desde 1947, en «La concentración de las fuerzas productivas», publicado ahora en *La sociedad burocrática*, Vol. I, Tusquets Editores, Barcelona, 1976, págs. 329-343.

erráticos. Y esta característica no procede ni de un error ni de un accidente: es el resultado sociológicamente necesario de la estructura burocrática. Que en este delirio se da probablemente un cierto método, es algo que veremos más adelante. Pero este método agrava todavía más el problema; impide considerar que los precios de cualquier categoría suficientemente amplia de objetos, por ejemplo los objetos militares, son distribuidos aleatoriamente en base a los precios «normales» o a los «costos de producción».

2b. La combinación de la centralización total de la economía rusa, de su estado inicial poco desarrollado y del papel importante que juega en ello la producción de armamentos confieren un interés especial a este aspecto de la no separabilidad reconocido por los economistas bajo el título de economías externas o externalidades. Para ser breves, el desarrollo de la industria del armamento pasa a ser en estas condiciones inseparable del desarrollo de la industria a secas. A un nivel abstracto: la prioridad concedida a la producción de medios de destrucción se traduce necesariamente en la prioridad concedida a la «producción de medios de producción» (o a la inversa: la famosa «prioridad de la producción de medios de producción», o Sector A, no es más y no puede dejar de serlo, a partir de un momento dado, que la prioridad concedida a la producción de medios de destrucción). Concretamente: cuando el Estado ruso necesita más acero para sus blindados o más uranio para sus bombas H, y abre una nueva mina de hierro o de pecblenda, las carreteras, tendidos de ferrocarriles, camiones, locomotoras, vagones, etc., requeridos para la explotación de esas minas no aparecerán como «gastos militares» sino como «inversiones en el Sector A». No aparecerán: ¿lo *serán*? La formación de los ingenieros, pagada por el Estado, ¿es o no es un gasto militar? En última instancia, dejando de lado los miserables cálculos económicos: si en una sociedad la dirección de la producción, de la educación, de la «política regional», etc. se hallan esencialmente bajo la férula de los imperativos militares, ¿cómo separar lo «militar» de todo lo demás? Podemos saber qué parte del P.N.B. de Atenas era absorbida por los «gastos militares» —porque Atenas *no vivía para la guerra*; pero, en Esparta, ¿había algo que no fuese «gasto militar», aparte de la construcción de algunos templos?

2c. El carácter arbitrario de los precios rusos falsea toda la «contabilidad nacional»: ésta no proporciona una imagen mínimamente fiable ni de la asignación de los recursos, ni de la distribución *real* del producto social. Pero además todo induce a creer (véase Anexo 4) que, a través de esta arbitrariedad de los precios, prevalece una *distorsión sistemática*: los «precios» de los productos del Sector A («medios de producción» y armamentos) parecen considerablemente más bajos (relativamente) que los «precios» de los productos del Sector B (objetos de consumo). Este juicio se basa en la comparación con los precios occidentales, y en particular norteamericanos. Sería sumamente ingenuo creer que ello refleja una «productividad» intrínseca mayor en el Sector A (como ha sido casi siempre implícitamente postulado en las discusiones sobre los «gastos militares» rusos). Los precios están fijados por la burocracia. El proceso de su fijación es, en conjunto, más que irracional. Pero los precios relativos de los dos sectores no pierden por ello su carácter de instrumento de la burocracia. Instrumento evidentemente no de una asignación «racional» de los recursos, sino instrumento de distribución del producto social. Los precios del Sector B (y por consiguiente, los precios relativos Sector A/Sector B) son uno de los instrumentos principales de los que dispone la burocracia para fijar, en la medida en que depende de ella, la tasa de excedente (índice de explotación de los trabajadores).[22] La fijación de precios relativamente altos, en su conjunto, para los objetos de consumo, y relativamente bajos, en su conjunto,

22. El otro factor central de determinación del índice de excedencia es el desarrollo del proceso efectivo de producción en la fábrica (o en los campos), es decir, la lucha permanente entre productores y burocracia en torno al rendimiento, cuyo resultado es lo que yo llamo el índice efectivo remuneración/rendimiento (o I.E.R.R.), cociente del salario pagado por el rendimiento efectivamente proporcionado. Véanse mis textos «Las relaciones de producción en Rusia» (1949), «La explotación del campesinado bajo el capitalismo burocrático» (1945), «La revolución proletaria contra la burocracia» (1956), ya citados, y, «Sobre el contenido del socialismo, III» (1958); actualmente: en *La experiencia del movimiento obrero*, Vol. 2, Tusquets Editores, Barcelona, 1979. La naturaleza del régimen en Rusia, y en particular la ausencia de derechos de los trabajadores, determinan que éstos no puedan mejorar el índice efectivo remuneración/rendimiento (es decir, lo que les cuesta lo que ganan) más que disminuyendo el rendimiento (absentismo, indiferencia, sabotaje de la producción) —fenómenos que ciertamente también existen en las fábricas del capitalismo occidental, pero que en Rusia (y en países afines) adquieren proporciones desconocidas hasta entonces en otros lugares.

para los medios de producción y los armamentos, hace aparecer una distribución del producto social menos «pesada» que la que realmente prevalece. Esto excluye que se pueda pasar directamente de los «gastos militares» en rublos (supuestamente conocidos) a los hombres/años correspondientes; o estimar la tasa de excedente (índice de explotación) a partir de las cantidades aparentes de los salarios (o de los gastos de consumo de los trabajadores) respecto al ingreso (o producto) social.

Los únicos datos que tienen sentido no son los «rublos» —que no significan nada por mil razones —sino el número de hombre/años implicados en las producciones militares. Asimismo, la tasa de excedente no puede ser estimada indirectamente a partir de los datos aparentes (en precios oficiales), sino mediante la valoración del número de hombres/años implicados, respectivamente, en la producción de objetos destinados a la burocracia y de objetos destinados a la población trabajadora.

¿Cómo estimar este número de hombres? Los únicos datos relativamente sólidos de que disponemos son, por una parte, la población activa rusa, con su distribución en (grandes) sectores productivos; por otra parte, las cantidades de armamento existentes y habitualmente producidas. Los datos de la «contabilidad nacional» rusa pueden ser utilizados, a condición de ser reinterpretados; y la productividad del trabajo (el producto por hombre/año, designado P/H/A) debe ser estimado con nuevos costos. Todo ello representa un trabajo considerable, que habrá que hacer, para el que confío que los Anexos 4 y 5 proporcionen algunos elementos. Mientras tanto, hay que comprender que no existe una solución ideal al problema que nos hemos planteado, y sobre todo que todas las soluciones tropiezan con la cuestión de la estimación de la productividad del trabajo en Rusia, especialmente en el sector de la producción militar.

*

Las incertidumbres de las diferentes estimaciones de los «gastos militares» rusos me han incitado a proponer un método «directo», primitivo o salvaje (se encontrarán más detalles en el Anexo 4). Como ya he dicho, más que los «gastos militares» se conocen con mayor certeza los stocks respectivos de armamentos ruso y norteamericano. El carácter heterogéneo de sus componentes excluye evidentemente que se pueda ofrecer una

medida de los mismos —o expresar su relación con un número. Pero se puede intentar, con pleno conocimiento de causa, repetir una abstracción heroica de los economistas clásicos —o un absurdo mediocre de los economistas neo-neoclásicos— e inventar una entidad ficticia; el objeto homogéneo militar, O.H.M. para mayor brevedad, a través de cuyas unidades pretendemos que se puede estimar el stock (y el output habitual, anual por ejemplo) de objetos militares reales y heterogéneos.[23] Podemos representarnos, si se quiere, este O.H.M. como un conjunto, en proporciones estables, de los diferentes ingenios y armas (*x* cabezas nucleares, *y* lanzadores, *z* portaaviones, *u* carros de combate, *v* submarinos y *w* fusiles, por ejemplo) de calidad comparable en ambos países; o también como determinado peso en acero de determinado grado de elaboración más determinada cantidad de aparatos electrónicos más tantos gramos de material fisil más determinada cantidad de yperita. Estos stocks (considerados como utilizables, bien mantenidos, no obsoletos) pueden ser considerados como la acumulación de los outputs anuales de cada uno de los dos países (*menos* los objetos a la vez producidos y retirados durante el período considerado; supondremos que este elemento puede ser no tenido en cuenta, o compensado por los objetos producidos *antes* del comienzo de este período y todavía no retirados).

23. Los economistas clásicos hablaban de «trigo», representando con ello el bien de consumo obrero; posteriormente se habló de «cesta» *(basket of wage-goods)*. Aquí la ficción está completamente justificada en la medida en que la composición del consumo obrero, por ejemplo, puede suponerse fija y estable durante el período considerado. La ficción pasa a ser ridícula (y sirve sobre todo para escamotear los problemas reales) cuando se habla, como los héroes de la economía neo-neoclásica, de *homogeneous capital good*. Joan Robinson ha ironizado sobre ello con toda razón, denominándolo *sleet*, anagrama de *steel*. En nuestro caso, la ficción violenta los hechos en la medida en que: *a)* las composiciones de los dos stocks que se comparan no son idénticas y las proporciones de los diferentes artículos no son las mismas. (Matemáticamente, se trata de dos vectores no homotéticos.) *b)* Esta composición varía con el tiempo, de forma que la comparación de los movimientos temporales (de los outputs por período), a decir verdad, carece de sentido. Al lector no debe caberle ninguna duda de que estos crímenes contra la lógica son rigurosamente idénticos a los que cometen los economistas (por no hablar de los políticos) cuando afirman que «el P.N.B. de Francia ha aumentado en un x % durante los últimos 5 años», o que es «superior en un y % al de Italia». La diferencia estriba en que aquí se sabe y se dice.

Si ahora pensamos poder decir que el stock ruso, medido en O.H.M.s., es de k veces el stock de Estados Unidos; y que la producción de armamentos rusos ha aumentado uniformemente en g % anual durante los últimos T años —donde T indica el período a partir del cual los objetos militares son, generalmente, retirados— entonces podemos decir cuál es la relación de la producción corriente rusa de armamentos y la de Estados Unidos (supuestamente conocida). A la inversa, si creemos poder estimar esta última relación, podemos deducir la relación de los stocks (con las mismas hipótesis sobre g y T).

Voy a suponer que k es 1,6 (cf. el Cuadro B del Anexo 1) y que $T = 20$ (el período tomado en consideración es 1961-1980). Supongamos que la producción rusa de armamentos haya aumentado en un 5 % anual durante este período. Resulta entonces que en 1980 debía ser de 0,128 veces el stock norteamericano de armamentos en ese año. Si éste fuera (véase Anexo 4, «Los nuevos cálculos de la C.I.A.») igual a 18 veces la producción norteamericana de armamentos en 1980, entonces la producción rusa de armamentos durante ese mismo año sería de 2,3 veces la producción norteamericana. Esta última (se trata del *hardware*: equipamiento y construcción) era de 33,3 M.M.D. (mil millones de dólares). La producción rusa habría sido entonces en 1980 el «equivalente» de 76,6 M.M.D. (La cifra de la C.I.A. es de 58,2 M.M.D.; la crifra de W.T. Lee de 73 a 84 M.M.R. —mil millones de *rublos*— a los precios de 1976; con la tasa de cambio oficial de la época suponen unos 96 a 111 M.M.D.)

Los gastos en *hardware* no son más que una parte de los gastos en material; éstos incluyen además buena parte de los gastos de «operaciones y mantenimiento», y habría que incluir también los gastos de R y D militar (en una perspectiva integrada de la producción militar, excluir a estos últimos no tendría más sentido que excluir del costo de un coche los gastos de las oficinas de estudios de la fábrica). El total de los gastos en material (lo que implica *producción* de este material) es superior a los gastos en *hardware* sólo en un 36 % según los datos de Lee, en un 87 % por lo menos según los datos de la C.I.A. Tomando la primera cifra, se llega a un total de gastos en material de 104 M.M.D. para 1980 (la cifra que se deduce del estudio de la C.I.A. es de 108,6 M.M.D.; la cifra que puede deducirse de Lee es de 97 a 114 M.M.R.).

¿Cómo pasar de estas cifras al número de hombres en la producción militar rusa? Para la producción militar *norteamericana*, una estimación a nivel de magnitud puede ser establecida. Los gastos en material (siempre en el sentido amplio indicado más arriba) eran en 1980 (cifra de la C.I.A.) de unos 69 M.M.D. Si la productividad (P/H/A) en la industria norteamericana de armamentos se supone igual a la productividad en la industria en general (P/H/A = 28.800 dólares en 1980), la producción norteamericana de armamentos ha utilizado en 1980 directa e indirectamente, unos 2.400.000 hombres/año. (Estos gastos incluyen, en el precio de los productos finales, todos los inputs directos e indirectos, fluctuantes y en capital, que han entrado en la fabricación de los productos.) ¿Qué puede decirse de la relación entre la productividad rusa y la productividad norteamericana?

El P.N.B. ruso (definición «occidental») fue en 1980 del orden de 600 M.M.R. (570 M.M.R. según los cálculos del Anexo 5), por un input de unos 150.000.000 hombres/años (146.427.000): es decir, 3.883 rublos producidos por persona empleada y por año. El P.N.B. norteamericano fue de 2.627 M.M.D. por un input de 97.720.000 hombres/años: es decir, 27.011 dólares por persona empleada y por año. Pongamos: 1 hombre/año ruso = 1 hombre/año norteamericano. Entonces, sobrevolando una multitud de sutilezas secundarias, 1 rublo = 27.011 : 3.883 = 6,956 dólares.

Ahora bien, la tasa de cambio oficial (1 rublo = 1,522 dólares) es 4,57 veces inferior —o no es más que 0,2188 de lo que habría debido ser si las productividades «medias» fuesen iguales entre los dos países. Como las autoridades rusas siendo socialistas no sabrían mentir y siendo marxistas-leninistas no podrían equivocarse, se puede concluir que consideran la productividad rusa como equivalente a 0,2188 (algo más de una quinta parte) de la productividad norteamericana.

Bromas aparte, la tasa oficial del rublo está sin duda sensiblemente sobrevalorada (si se comparan «equivalencias de poder adquisitivo», *whatever that may mean*), y una tasa de 1 rublo = 1 dólar como media parecería mucho más realista. (El rublo-objetos de consumo manufacturados debe valer unos 70 *cents*, el rublo «alimenticio» aproximadamente 1 dólar, el rublo-máquina o rublo-Kalasnikov tal vez 1,25 dólar —pero aquí interviene todo el problema de la artificiosidad de los

precios rusos, discutido anteriormente. Véase Anexo 4.) Este índice implicaría una productividad (P/H/A) igual a 1/6,956, es decir el 14 % de la productividad norteamericana. (Para aquellos que pudieran mostrarse sorprendidos, quiero recordar que 3,5 millones de campesinos norteamericanos alimentan sobradamente a 227 millones de población y proporcionan además buena parte de las exportaciones norteamericanas, mientras que 35 millones de campesinos rusos, trabajando sin duda con mayor dureza, no llegan a alimentar a 267 millones de población y el país tiene que importar trigo. En este caso, la relación de las P/H/A debe ser de 10 a 1 si no más.)

Concluyamos. El equivalente en «dólares» de los gastos rusos en material, como hemos visto, es del orden de los 105-110 M.M.D. Con la productividad industrial norteamericana, su producción exigiría aproximadamente 3.700.000 hombres/años. Si se acepta la cifra más o menos oficial (y más que notoriamente falsa) de una productividad rusa en la industria igual al 50 o al 55 % de la productividad norteamericana, se llegaría a una cifra aproximada de 7.400.000 hombres/años. Si se otorga una significación real a un índice de «rublo-máquina» igual a 1,25 dólar, y una relación correlativa de las productividades en el sector considerado de 5,56 a 1, la población requerida para la producción militar rusa sería de 20.570.000. Si la relación de las productividades fuese la indicada en la tasa oficial de cambio (es decir, de 4,57 a 1), esta población sería de 16.910.000 personas. Sólo estas dos últimas cifras merecen en mi opinión ser retenidas. A ellas habría que añadir el número de personas (no militares) involucradas en «operaciónes y mantenimiento» de los equipamientos militares. En Estados Unidos, este conjunto es del orden de 1 millón de personas. Como depende más o menos directamente del stock de equipamientos existente, en Rusia habría sido de 1,6 millones si la productividad hubiese sido igual que la de Estados Unidos. Suponiendo, en este campo, una relación de productividad menos desfavorable para Rusia, de 2 a 1, quedarían sin embargo 3.200.000 de personas bajo este concepto. En total entre 20.000.000 y 24.000.000 de personas en la sociedad militar, sin contar el personal militar permanente propiamente dicho. A partir de ahora prosigo la discusión con la segunda cifra.

Podemos comparar esta cifra, por último, con las que nos

proporciona Lee, mediante algunas hipótesis adicionales. Las estimaciones en rublos (precios de 1976) publicadas en 1977 a propósito de los gastos militares rusos en 1980 se situaban en unos 108-126 M.M.R., por un P.N.B. ruso que estimaba implícitamente deber alcanzar los 540-548 M.M.R. (esta última estimación corresponde a grandes rasgos con las realizaciones; cf. Anexo 5). En este total, la parte correspondiente al «material» en el sentido amplio definido anteriormente debe ser del orden de 97-114 M.M.R. El valor medio de esta oscilación, 106 M.M.R., corresponde a un 20 % del P.N.B. ruso de 1980. Si se supone que la productividad en la producción militar es igual a la productividad media en Rusia, esto daría el 20 % de la población activa en la producción militar —es decir, 29 millones de personas, a las que habría que añadir unos 3 millones de personal no militar para «operaciones y mantenimiento». (La hipótesis: productividad en la producción militar = productividad media en la economía, contrariamente a lo que podría pensarse no es nada irracional. Ciertamente, la productividad media en la economía está gravada por la situación catastrófica de la agricultura pero ésta no tiene un gran peso; restar la población agrícola y la producción agrícola de los totales respectivos sólo aumenta el P/H/A en rublos en un 13 % aproximadamente. Y, por otra parte, numerosos autores, y entre ellos Lee, piensan, en mi opinión erróneamente, que la productividad en la producción militar es *inferior* a la de la industria en general: *Lee, 1977*, pág. 280.) incluso suponiendo que el P/H/A en la producción militar sea superior en un 20 % a la media de la economía, esto daría todavía 22.750.000 personas en la producción militar, más 3.200.000 para «operaciones y mantenimiento» —unos 26.000.000 en total.

Estas cifras podrán parecer a algunos increíbles. Increíbles parecen también, en 1949, la cantidad de huéspedes del Gulag, o la de los exterminados por Stalin. En el país de la gran mentira, la mentira sólo es tan grande porque las realidades que encubre son simétricamente grandes —en sentido inverso.

LAS EMPRESAS «CERRADAS»

El tema de las empresas «cerradas» en Rusia exigiría, sólo él, un largo estudio. Aquí voy a limitarme a tres puntos: un

resumen de las principales informaciones respecto a los hechos; una discusión de la cuestión de la «separación» entre estas empresas y el resto de la economía; una valoración de los argumentos contradictorios esgrimidos respecto a su eficiencia o productividad específica.

Kruschev había aludido a las «empresas cerradas» en un discurso de abril de 1963, añadiendo asimismo —frase característica— que estaban «cerradas a las críticas». Un artículo de «Fortune» en 1969 afirmaba la existencia en Rusia de una «economía en la economía», que gozaba de privilegios y prioridades.[24]

En 1972, aparecían dos textos de Vernon Apaturian y de W.T. Lee que presentaban ya lo esencial de los hechos.[25] Apaturian estimaba en aquella época que las industrias militares representaban el 50 % de la producción rusa de bienes duraderos. En cuanto a su estatuto: «Estas industrias (militares) tienen la prioridad absoluta en materia de equipamiento, de materias primas y de personal, incluida la primera opción en el reclutamiento del personal científico y técnico, de talento empresarial y de obreros cualificados, recibiendo todos ellos salarios más elevados que sus homólogos en las zonas menos favorecidas de la economía... Los dirigentes de las industrias militares gozan asimismo de una mayor libertad administrativa y, siempre que cumplan las cuotas (de producción) y que la alta calidad de los productos sea mantenida, están sometidos a un mínimo de interferencias burocráticas en su trabajo. La gran diferencia cualitativa entre los productos soviéticos militares y espaciales, por una parte, y los bienes de consumo por otra parte, es un testimonio elocuente de la eficacia de esta parcialidad».[26]

En la misma época, Lee (que también, por su parte,

24. «Pravda» del 26.4.63, citado por R. Kolkowicz, *The Soviet Military and the Communist Party*, Princeton U.P. 1967, págs. 292-293. Richard Armstrong, «Military-Industrial Complex - Russian Style», «Fortune», agosto 1969. Citado por W.T. Lee, «The Politico-Military-Industrial Complex of the U.R.S.S.», «Journal of International Affairs», Vol. 26, n.º 1 (1972), págs. 73-86 (citado a partir de ahora: *Lee 1972*).

25. Vernon Apaturian, «The Soviet Military-Industrial Complex - Does It Exist?», «Journal of International Affairs», Vol. 26, n.º 1 (1972), págs. 1-28; (citado a partir de ahora: *Apaturian 1972*). *Lee, 1972.*

26. *l.c.*, págs. 13-18.

estimaba que las utilizaciones militares y espaciales habían absorbido durante la década precedente, 1960-1970, la mitad de la producción de los bienes duraderos) escribía: «En 1962, había 170 institutos de investigación especializados y casi 1.500 oficinas de *design*, estudio de proyectos, concepción y desarrollo de la industria de construcción de máquinas donde tiene lugar lo esencial de las actividades I.D.T.E. (investigación, desarrollo, test y evaluación). En 1967, estos institutos empleaban a dos millones de personas, sobre un total de 2,85 millones que trabajaban en la I y D. El desarrollo de los sistemas de armas militares y de ingenios espaciales ocupa probablemente por lo menos a dos terceras partes de esta mano de obra. Suponiendo que el empleo sea, a grandes rasgos, proporcional al volumen de la quincallería (*hardware*) militar y espacial producida, de 4 a 5 millones aproximadamente de obreros, ingenieros, técnicos y managers están probablemente implicados en la producción de modelos operacionales de quincallería militar y espacial. Entre 3,3 y 4 millones están en el servicio militar activo. Así, el número total de rusos *directamente* [el subrayado es mío, C.C.] involucrados en hacer funcionar y sostener el complejo militar-industrial soviético es probablemente del orden de 10 millones».[27]

Señalo de pasada que la cifra de Lee para 1967, de 4 a 5 millones de personas, no cubre las construcciones militares, las «operaciones y mantenimiento», o el trabajo *indirectamente* contenido en las fabricaciones militares. Dicho esto, al cabo de 14 años, una cantidad que aumenta un 5 % anual es multiplicada por 2; a un 10 % anual, es multiplicada por 4.

El primer rasgo distintivo de las empresas «cerradas» es el secreto absoluto que rodea sus actividades y su propia existencia.[28] No tienen ni dirección ni nombre conocidos, y son

27. *Lee, 1972*, págs. 75 y 85.

28. Viktor Zaslavsky, «The Regime and the Working Class in the U.R.S.S.», «Telos», n.º 42, invierno 1979-1980, págs. 5-20 (versión revisada de un artículo inicialmente aparecido en «Mondoperaio», n.º 6, 1978, págs. 74-83; citado a partir de ahora *Zaslavsky 1980 a*). Mijail Agursky y Hannes Adomeit, «The Soviet Military-Industrial Complex», «Survey», Vol. 24, n.º 2, primavera 1979, págs. 106-124 (citado a partir de ahora: *Agursky 1979*). Zaslavsky, ingeniero de minas y profesor universitario en Rusia, emigró hace algunos años; actualmente enseña en la Memorial University de Newfoundland (Canadá). Agursky, también recientemente emigrado, ha trabajado en el Instituto de los problemas de control de la Academia de las ciencias de la U.R.S.S., en el Instituto de Investigación de

oficialmente designadas por un número de caja postal. Zaslavsky observa: «El resultado es que la expresión "trabajar en una caja" es ampliamente utilizada en la lengua rusa contemporánea [en la que evidentemente antes no era utilizada coloquialmente, como en francés,* C.C.]. El término resulta todavía más sabroso si se tiene en cuenta que 'caja' significa también, en lenguaje coloquial, 'ataúd' o 'tumba'». Los obreros reclutados en ellas —y el personal en general— se hallan sometidos a una encuesta especial de seguridad —*zasekrechivanie*, «admisión al secreto»— y contraen la obligación de «no divulgar secretos de Estado» y de «no entrar en contacto con extranjeros». (Por «extranjeros» se entiende también a los ciudadanos de los países satélites.) Están sometidos a un control policial continuo y severo, y son considerados responsables del comportamiento de sus parientes próximos: si éstos demuestran ser elementos «ideológicamente inestables», el trabajador será despedido. Es inútil añadir que no sólo las especificaciones de los productos finales que podrían tener un interés militar, sino la totalidad de las informaciones relativas a cualquier aspecto de la actividad de estas empresas es considerado como secreto militar sometido a la vigilancia permanente y pormenorizada del K.G.B.[29]

Un segundo rasgo distintivo de las empresas «cerradas» es el conjunto de privilegios de los que se beneficia su personal. Los salarios son sustancialmente más altos que en otros lugares (del 20 al 25 % según Agursky, aunque la diferencia puede llegar hasta el 40 o, según él, hasta el 50 % de los salarios pagados por las empresas ordinarias), las vacaciones son mejores y a menudo las empresas facilitan a sus obreros alojamientos con pequeños terrenos de cultivo. Sin duda —como siempre en Rusia— otras ventajas no monetarias, pero preciosas, deben

maquinaria instrumental (civil) y en el Instituto de Investigación sobre tecnología de la construcción de máquinas (militar). Actualmente es profesor del Centro de Investigaciones sobre la U.R.S.S. y el Este europeo de la Universidad hebraica de Jerusalén. Me he servido ampliamente de estos textos, cuyos autores han tenido una experiencia de primera mano sobre los temas discutidos, lo que no impide, como veremos, que posean opiniones divergentes sobre el problema de la eficiencia de las empresas «cerradas».

* En francés, *travailler dans une boîte* («trabajar en una caja», lit.), es expresión coloquial que alude al lugar de trabajo. (N. de la T.).

29. *Zaslavsky 1980 a*, pág. 16; *Agursky 1979*, págs. 110-114, que ofrece una descripción sorprendente de las actividades del K.G.B. para proteger los «secretos» (a menudo de Polichinela).

formar la parte *esencial* de los privilegios.[30] A cambio, los obreros renuncian a su derecho (el único que poseen) de cambiar libremente de empresa. Renuncian también, de hecho, a la «disciplina» más laxa de las empresas civiles y a la posibilidad de absentismo.[31]

Las consecuencias de esta situación en las actitudes de los obreros son fáciles de adivinar. La clase obrera está dividida en una parte relativamente «privilegiada» y otra superdesfavorecida. Y esto no sólo debido a las ventajas «materiales», sino, como observa Zaslavsky, al hecho de que las empresas «cerradas» emplean «técnicos y máquinas muy modernos que exigen un tipo de trabajo más creativo y más cualificado». El mismo autor constata que el desarrollo de las empresas «cerradas» comporta «la proliferación de estatutos y una subdivisión efectiva de la clase obrera en categorías más o menos privilegiadas. Al entrar en las empresas privilegiadas, los obreros cualificados se benefician de un cierto margen de movilidad social, a la vez que se hallan sometidos a un estrecho control

30. También sobre este punto las apreciaciones de Zasvlasky y de Agursky difieren sensiblemente. Para el primero, «las ventajas de trabajar en una empresa "especial" son, claramente, mayores que las desventajas; por esa razón, la competitividad (para entrar en ellas) es muy fuerte. Muchos trabajadores cualificados aceptan ocupar puestos por debajo de sus capacidades y cualificaciones con tal de poder trabajar en ellas, y esta situación desemboca en una superconcentración de mano de obra altamente cualificada en las empresas denominadas "cerradas"» (*ib.*, págs. 16-17). Para Agursky, en cambio, «el empleo en la industria militar es más tentador para los obreros que para los científicos, ya que las limitaciones impuestas a la creatividad de los primeros juegan un papel menos importante. Sin embargo, cuando pueden elegir, incluso los obreros cualificados muestran una preferencia por la industria civil» (*ib.*, pág. 117; la argumentación respecto al personal científico se desarrolla en las páginas 114-117, y respecto al personal obrero en las páginas 117-119). Me inclino a pensar, tal vez injustamente, que las apreciaciones de Agursky traducen en parte una distorsión derivada de su experiencia personal y categorial: para un científico de espíritu liberal y crítico, la existencia en una empresa «cerrada» debe ser algo que supera los límites de lo intolerable. Creo que sus opiniones están influidas por este hecho —como también por su polémica contra la idea de una hipereficiencia de las empresas militares. En ambos casos, hay que aplicar la regla general: cuando dos testigos directos se contradicen, no queda más que ejercer el propio juicio.

31. *Agursky 1979*, pág. 118. «Esta práctica (la del absentismo) está muy extendida en la U.R.S.S., y las ganancias de los obreros procedentes de este trabajo a menudo superan sus salarios nominales.» La pregunta es: *¿con qué* frecuencia? La buena voluntad no debe faltar; las posibilidades de realización son sin duda mucho más limitadas.

por parte del Aparato de seguridad. Estos obreros no pueden participar en ninguna clase de acción concertada y están prácticamente excluidos de la pertenencia potencial a un movimiento organizado de obreros». Finalmente, y tal vez sobre todo, al margen sus motivaciones iniciales, la combinación de los privilegios, del relativo interés del trabajo, y de la valoración del mismo como «nacionalmente importante», debe constituir uno de los terrenos más fértiles para la expansión del nacionalismo y del chovinismo. A ello coadyuvan los *mass* media rusos que «presentan a la U.R.S.S. como un país asediado, especulan sobre el peligro chino y ensalzan el trabajo para la defensa nacional como el mayor honor para un ciudadano soviético».[32] Por razones a la vez materiales e ideológicas, esta capa de trabajadores constituye, sin duda, el pilar más sólido del régimen, después del K.G.B. Es la base, cuantitativamente importante, de la pirámide estratocrática.

Es inútil extenderse sobre la cuestión de las prioridades de las que se benefician las empresas «cerradas»: se aplican a todo, siempre y en todas partes.

*

La «separación» entre las empresas «cerradas» y el resto de la economía no es evidentemente una separación «material» en el sentido del aislamiento técnico de una producción completamente integrada verticalmente (que produciría ella misma todos sus inputs, excepto la fuerza de trabajo, los utilizaría íntegramente, y sólo suministraría outputs militares). Dicha «separación» (que Agursky llama «económica») no es ni necesaria ni posible. Al hablar, no de estas empresas, sino de la «industria militar», Agursky cita (sin referencia) una frase de Breznev diciendo que el 42 % del volumen total de la producción de la «industria militar» está destinada al uso civil. Es superfluo comentar esta afirmación (aunque sólo sea porque, en el mejor de los casos, ni siquiera Breznev sabe nada). Inversamente,

32. *Zaslavsky 1980 a*, pág. 17. Véase también, del mismo autor, «The Rebirth of the Stalin Cult in the U.R.S.S.», «Telos», n.º 40 (verano 1979), págs. 5-18 (citado a partir de ahora: *Zaslavsky 1979*) y «The Ethnic Question in the U.R.S.S.», «Telos», n.º 45, (otoño 1980), pág. 45-76 (citado a partir de ahora: *Zavslavsky 1980 b*). Este aspecto de la cuestión le pasa totalmente desapercibido a Agursky.

según el mismo autor, «algunos economistas soviéticos que tienen acceso a estadísticas secretas estiman que el 60 % de las empresas soviéticas se hallan involucradas, en mayor o menor medida, en las producciones destinadas a las fuerzas armadas» (*l.c.*, pág. 123). Una vez más uno se pregunta qué puede significar esto. (El mismo Agursky recuerda los hechos evidentes de que el acero o la gasolina fabricados en las acerías o en las refinerías rusas son utilizados tanto por la industria militar como por la industria civil.) Por otra parte se conoce la existencia de sovjoses especialmente seleccionados para la alimentación de las fuerzas armadas y controlados por la administración militar.[33]

La cuestión importante es la de la separación organizativa y administrativa[34] —y, en mayor grado, de la separación *sociológica*, de la que la anterior es una de las condiciones, y que se traduce en un *funcionamiento* distinto, que a su vez presupone *actitudes* distintas. A este respecto, las premisas ya conocidas condicionan la conclusión, que sólo puede ser afirmativa.

Esta separación no coincide *rigurosamente* con la separación entre producción militar y no militar. Sin duda alguna, las empresas que producen exclusivamente material militar, son «cerradas». Pero también lo son otras, de las que sólo una parte de la producción es militar. «La distinción entre empresas normales y "cerradas"... en la Unión Soviética se ha convertido en una distinción fundamental que corresponde, a grandes rasgos, a la división entre sectores industriales avanzados y tradicionales. Las empresas "cerradas" se hallan vinculadas fundamentalmente a la industria militar por las reglas del secreto de Estado. Sin embargo, el concepto de secreto de Estado ha sufrido una dilución considerable y se encuentra aplicado actualmente no sólo a las industrias de armamento y espaciales, sino también a las industrias que simplemente utilizan unas instalaciones más modernas y una tecnología avanzada... El progreso en la mecanización y en la automatiza-

33. H.F. Scott y F. William, *The Armed Forces of the U.R.S.S.*, Boulder, Colorado, Westview Press, págs. 239, 240, 247-249. Citado por *Collins 1980*, pág. 74.

34. Sobre este punto, Agursky es claro: «Mientras puede decirse que el complejo militar-industrial soviético está organizativa y administrativamente separado, no puede y no podría estar económicamente separado» (*l.c.*, págs. 123).

ción es mucho más lento en las empresas "abiertas" tradicionales, que siguen empleando a un gran número de trabajadores manuales o no cualificados».[35]

En pocas palabras: las empresas «cerradas» comprenden sin duda a todas aquellas que, en *alguna* parte de su producción, fabrican productos militares en sentido estricto, más, tal vez, un cierto número de otras empresas. Es razonable pensar que estas últimas no han sido clasificadas en esta categoría «gratuitamente» por la burocracia: deben haber sido consideradas como productoras potenciales, u ocasionales, de objetos militares.

*

Esto nos obliga a volver sobre el tema del número de personas (o de hombres/años) empleados en la producción militar. Es a todas luces evidente que la estimación facilitada anteriormente, que cubre el trabajo directo *e* indirecto consumido por la industria militar (tanto el de los torneros empleados en la fabricación de ingenios como el de los mineros que han extraído el mineral necesario para *dichos* ingenios), es más amplia que la del número de personas implicadas en la fabricación de ingenios militares propiamente dichos. Sería por tanto mayor que la del número de personas que trabajan en las empresas «cerradas», *si* estas últimas estuviesen consagradas

35. *Zaslavsky 1980 a*, págs. 16-17. —Agursky por su parte escribe, sin darse cuenta aparentemente de la incompatibilidad entre los hechos que refiere y su tesis central de una «inferioridad» de la industria militar: «El sistema de las prioridades (en la obtención de materiales, máquinas, piezas, créditos, etc.) se refleja en el proceso de producción. No es nada raro que una fábrica produzca tres categorías diferentes de producto, con cadenas de ensamblaje distintas y equipos de trabajo distintos, que ganan sueldos distintos pero producen básicamente artículos idénticos o similares. La primera categoría, con las especificaciones de calidad más altas, es la categoría militar; la segunda categoría de productos está destinada a la exportación; la tercera y última categoría de productos está destinada al consumo interno "común"» (*ib.*, pág. 110). Como en las empresas que examina se producen objetos militares, deben forzosamente ser —según lo que él mismo ha expuesto— «cerradas». Su personal se halla pues sometido al régimen ya descrito.

¿Cómo no ver aquí que los obreros deben preferir ser contratados en los equipos de la primera y de la segunda categoría, más que en la tercera? ¿Y no se afirma claramente en esta frase que los productos militares son de una calidad más alta que los destinados al consumo interno «corriente»? ¿De qué calidad deben ser estos últimos en las empresas que no disfrutan de ninguna de esas prioridades?

exclusivamente a las fabricaciones militares. Pero no es ése el caso. En la medida en que éstas también se hallan implicadas en la producción de objetos no militares, sólo una parte de los hombres/años que consumen entra en el total del trabajo absorbido por la producción de armamentos. Así pues, tenemos:

1. Hombres/años en la producción ordinaria que producen inputs utilizados por las empresas «cerradas» para sus fabricaciones militares.

2. Hombres/años que producen objetos militares en las empresas «cerradas».

3. Hombres/años que producen objetos no militares en las empresas «cerradas».

4 = 2 + 3. Hombres/años consumidos por las empresas «cerradas».

5 = 1 + 2. Hombres/años consumidos, directa e indirectamente, en la producción de armamentos.

Sería a todas luces sumamente aventurado e injustificado, a priori, afirmar que 4 = 5 (o que 1 = 3). La hipótesis, no obstante, es plausible a nivel de proporción y voy a utilizarla en lo sucesivo. Equivale a suponer que la población de las empresas «cerradas» alcanza el mismo nivel que el estimado para la población involucrada, directa o indirectamente, en la producción militar; es decir, para nosotros, unos veinte millones de personas.[36]

36. Esta plausibilidad se desprende del razonamiento siguiente. Supongamos que las empresas «cerradas» —consideradas como una única firma, de sólida contabilidad— equilibran sus cuentas con el «resto de la economía», salvo «compras» de objetos militares por el Estado. Ello implicaría que el valor de 3 (con las anotaciones del texto) fuese igual al valor de 1 (valor significa aquí simplemente cantidades multiplicadas por los precios). En efecto, llamando 0 al valor de los inputs adquiridos por la «empresa cerrada» al resto de la economía y destinados a la fabricación de objetos no militares, tenemos:

Valor de las compras de la «empresa cerrada» al resto de la economía = 0 + 1.

Valor de las ventas de la «empresa cerrada» al resto de la economía = valor de los inputs designados 0 más «valor añadido» = 0 + 3.

Compras = ventas implica 1 = 3. De donde también 4 = 5.

Prueba suplementaria: si el personal de las empresas cerradas es del orden de 20 millones, y si el «salario» (con todas sus ventajas) es del orden de 3.000 rublos/año (es decir, un 50 % superior al «salario medio»), el total de los salarios pagados por estas empresas es del orden de los 60 M.M.R. en 1980 (y tal vez de 80 M.M.R. si se tienen en cuenta las «transferencias sociales» etc. Cf. Anexo 5, Cuadro G). Se dan pues las proporciones requeridas respecto a lo que por otra parte se supone sobre los gastos militares en «material» del Estado ruso.

Sobre la cuestión de la productividad o de la eficiencia de las empresas «cerradas» (o de la industria militar) se puede ser breve si se delimita claramente el objeto del que se habla y el objetivo que se persigue. Una cosa es comparar la productividad de estas empresas con la de las empresas occidentales; y otra cosa muy distinta compararla con la del resto de la industria rusa. A menudo se tiene la impresión de que el deseo de demostrar algo respecto al primer punto (especialmente que esta productividad es muy baja respecto a la de las empresas occidentales, lo que ciertamente es verdad) lleva, curiosamente, a la sorprendente afirmación de que es igualmente baja respecto al resto de la industria rusa, lo que ciertamente es falso.

Para que haya productividad, tiene que haber productos. Si una fábrica produce productos que funcionan bien, aunque sea con un enorme gasto de trabajo, etc., tiene una determinada productividad (eventualmente muy baja). Si otra fábrica gasta menos trabajo para fabricar productos que no funcionan bien, tiene una productividad rigurosamente *nula* (de lo contrario se mide la productividad como los planificadores rusos: en peso de acero). Evidentemente no se puede afirmar que todo lo que fabrica la industria militar rusa funcione bien (se ignora —pero por lo poco que se sabe, eso es lo que se constata), y todavía menos que todo lo que fabrica el resto de la industria rusa no funcione. Pero todo lo que sabemos indica una diferencia cualitativa enorme entre los productos de ambas —y esto concierne también, por descontado, a sus productividades relativas.

Al margen de este aspecto, lo que sabemos, con absoluta certeza, sobre el funcionamiento de la economía, de la producción y de la «planificación» rusas indica que si la productividad de la industria «ordinaria» fuera superior a la de la industria militar, la era de los milagros habría comenzado de nuevo. «En cada período, los planificadores se enfrentan a la penuria de los recursos. ¿Cómo adjudicarlos? Los ramos considerados prioritarios obtienen cuanto necesitan; los otros, que están más o menos atrasados, reciben el resto, o nada.»[37] ¿Acaso unas empresas que tienen absoluta prioridad en todo podrían tener una productividad inferior a aquéllas cuyo funcionamiento es

37. Igor Birman, «From the Achieved Level», «Soviet Studies», Vol. XXX, n.º 2, abril 1978, págs. 153-172; (a partir de ahora citado: *Birman 1978*), pág. 164.

interrumpido periódicamente por ceses de suministros de uno u otro input? ¿Acaso una empresa puede organizar racionalmente su producción si está sujeta a interrupciones de stocks —lo que ocurre con frecuencia en las empresas ordinarias y nunca en las que fabrican objetos militares? Las empresas ordinarias se hallan constantemente sometidas a las interferencias de la burocracia central y local del Estado y del Partido; las empresas involucradas en la producción militar carecen de ellas. Las empresas ordinarias están sometidas a una «planificación» absurda: sus objetivos están fijados «a partir del nivel alcanzado» (la «planificación» consiste, fundamentalmente, en «añadir» porcentajes de crecimiento a los resultados anteriores),[38] mientras este nivel está definido por índices de características técnicas absurdos (el peso, o el «valor bruto» de la producción, etc.) que actúan como poderosos estímulos de *anti*-economía. Las empresas que producen para el ejército producen a partir de pedidos concretos, con especificaciones estrictas de la calidad del producto. Esta calidad del producto no es tenida demasiado en cuenta por las empresas ordinarias, como es sabido; para las empresas de la industria militar, el control de los productos es extraordinariamente severo, el no respetar les especificaciones y las normas impuestas por el «cliente» (el Ejército) comporta el rechazo del producto.[39] Si, en estas condiciones, hay quien puede creer que la productividad en las empresas ordinarias es superior a la de las industrias militares —entonces, es que puede creerse cualquier cosa.

Tanto H.T. Lee como Agursky, que sostienen el punto de vista contrario, me parecen llevados a posiciones discutibles por la refutación de las tesis absurdas que combaten (las increíbles estimaciones de la C.I.A. anteriores a la «revisión» de 1976, que implicaban productividades rusas casi comparables a las productividades norteamericanas, y otras estimaciones similares. Agursky quiere rebatir la tesis según la cual la industria de armamentos rusa es más eficiente que la norteamericana. Cosas en las que nosotros no vamos a detenernos). Estos son los argumentos de Lee, cuya tesis es que «los sectores (principalmente) militares de las industrias de construcción de máquinas son un poco (*somewhat*) menos eficientes en la utilización de

38. *Birman 1978, passim.*
39. *Agursky 1979*, pág. 109.

los inputs de trabajo y de capital que estas industrias en su conjunto»:[40]

«Primero: ni el sector civil ni el sector militar de las industrias soviéticas de construcción de máquinas son "puros". Los dos fabrican un *mixto* de productos civiles y de armas.» No veo la pertinencia de este argumento —que todo lo más vendría a demostrar que la discusión no tiene sentido.

«Segundo: los productos militares participan del nivel de la técnica soviética, y el ministerio de Defensa insiste en el respeto de las especificaciones. Por eso, los productos militares son más difíciles de producir y los porcentajes de rechazo son más altos.» El argumento es extraño. ¿La industria civil tiene una productividad más alta porque consigue hacer aceptar por los servicios de control los desechos que fabrica? ¿O bien porque produce objetos por debajo del nivel de la técnica?

«Tercero: probablemente hay más productos militares fabricados en pequeñas series que en volúmenes de producción masiva.» ¿No concluirá Lee con este argumento que la producción de portaaviones en Estados Unidos es «menos eficiente» que la producción de automóviles?

«Cuarto: por razones internas y externas, los planes de producción de armas no se suceden probablemente con continuidad (*smoothly*) cuando se pasa de un sistema a otro. En dichos períodos, las fábricas soviéticas no pueden despedir a su personal, o vender una parte de su capital para limitar sus costos.» En este argumento probablemente hay un elemento de realidad. ¿Compensa así los efectos padecidos por las empresas ordinarias debido a la irregularidad casi perpetua de sus suministros?

«Quinto: la exigencia del secreto obliga a una severa compartimentación, que conduce probablemente al despilfarro y a los dobles empleos. Las actividades profesionales de los científicos y de los ingenieros padecen también las constricciones impuestas por la exigencia del secreto, de forma que

40. *Lee 1977*, pág. 280.

probablemente la mano de obra de los ministerios (principalmente) militares no debe ser cualitativamente muy superior a la de los ministerios implicados principalmente en la producción de objetos civiles.» Este último argumento, en mi opinión, es el único que tiene cierto peso; y de hecho es el único que se desprende del texto de Agursky. Lee lo reduce, de forma mucho más plausible, al personal científico y técnico, mientras que Agursky lo extiende a la totalidad del personal. Ya hemos visto que Zaslavsky piensa exactamente lo contrario. Para justificar mi acuerdo con su opinión, señalo una de las contradicciones internas de la argumentación de Agursky: no se puede decir a la vez, como él hace, que los obreros prefieren las empresas ordinarias porque les permiten el absentismo, y que en ellas la productividad del trabajo es más elevada. Ya que estamos hablando, claramente, de la productividad efectiva desde el punto de vista de la empresa (del patrón); no de las «capacidades» o «virtualidades» productivas de los obreros. Nadie ha pretendido que los obreros de las empresas ordinarias sean genéticamente inferiores a los demás. Incluso puede ser que produzcan más —pero no para la empresa, y es de eso de lo que estamos hablando.

En cuanto al personal científico, el problema es más oscuro, e intrínsecamente más difícil (la «productividad» de los científicos no puede medirse). Pero no podemos creer que el *Typhon* haya sido realizado por técnicos e ingenieros de tercera categoría —ni por gente a quienes les importaba un bledo. Y, por si todavía no se sabía, Solzhenitsyn demostró en *Primer cerco*, que el «patriotismo» o el simple amor al oficio pueden llevar a los científicos perseguidos por el régimen a trabajar eficazmente para el mismo.

LAS GRANDES MASAS DE LA SOCIEDAD/ECONOMIA RUSA

Veinte millones de personas (personas *activas*; la población total asciende casi al doble) en la producción militar y sus anexos. De dos a tres millones de militares profesionales propiamente dichos (incluidos los de las «administraciones» correspondientes). Es decir, de veintidós a veintitrés millones de personas en el cuerpo social del Ejército, en la sociedad militar.

Quince millones de miembros del Partido —del que hay que restar un número importante ya incluido en el cuerpo social del Ejército (oficiales miembros del Partido— aproximadamente el 90 % del total de los oficiales; asimismo, miembros del Partido entre el personal técnico y de encuadramiento de las industrias militares). Tal vez, pues, de diez a doce millones de miembros del Partido «civil» ocupan (*Nomenklatura* civil) en la sociedad no militar todos los puestos que comportan privilegios y poder sobre ésta.

En total, de treinta a treinta y cinco millones de personas (sobre unos ciento cincuenta millones aproximadamente de población activa), integradas en una organización (una multiorganización) jerárquica piramidal que, a pesar de muchas diferenciaciones internas, pertenecen todas ellas a los «privilegiados» del régimen y están implicadas en él —aunque sean simples obreros o manipuladores. (Véase Anexo 5.)

Entre ellos, dos diferenciaciones principales:

Por una parte, entre la sociedad militar y el Partido «civil» (y los cuadros de la sociedad no militar privilegiados y que constituye su obediente clientela).

Por otra parte, dentro de la sociedad militar, entre los dirigentes («militares» o no), cuadros, etc., y los «ejecutores» de todas clases, obreros sobre todo, pero privilegiados materialmente, y que sin duda «valoran» su trabajo y su lugar en la sociedad y la historia rusas.

Entre la sociedad militar y el Partido «civil», existen múltiples puentes a varios niveles —pero también una distancia considerable: no hay interferencia recíproca, sino *regla de prioridad absoluta, en todos los campos, para las demandas del Ejército*. La reunificación se hace en la Cumbre. Para entender cómo se lleva a cabo, no hay que formularse las preguntas bajo formas estúpidas: ¿habrá un Bonapartsky o no? o: ¿cuántos generales hay en el Comité Central? o: ¿qué personas han tomado tal decisión? (planteado así, la clase capitalista jamás habría ejercido el poder en los países occidentales: ¿cuántos industriales o banqueros han sido Presidentes de Estados Unidos o Primeros ministros en Inglaterra?) Hay que preguntarse: ¿cuál es el *sentido* de las decisiones tomadas y de la orientación que la sociedad rusa, con decisiones explícitas o no explícitas, tiende a realizar? Y, si pasamos al nivel «subjetivo»: ¿en qué ven su futuro y su salvación los que constituyen el

vértice del Aparato del Partido, de qué manera sus *actos* traducen sus prioridades, las decisiones que toman, los objetivos de su política interior y exterior? Los hechos no dejan lugar a dudas: con una constancia fantástica, todo ha sido subordinado, todo ha sido sacrificado, al desarrollo de la sociedad militar.

Frente a estas capas dominantes y/o privilegiadas —el 20 % o algo más de la población activa— defensores decididos del régimen y de su orientación:

— treinta y cuatro millones de campesinos (el 23 % de la población activa) viven en condiciones sobradamente conocidas

— y de setenta y cinco a ochenta millones de trabajadores asalariados en la industria y en los servicios no militares (aproximadamente mitad y mitad) viven miserablemente con salarios por debajo de la «media» (las remuneraciones de los médicos y de los maestros son sensiblemente inferiores al salario «medio» de los obreros —que está hinchado por los salarios mucho más altos de los obreros de la industria militar), sin disponer de «almacenes especiales», haciendo colas interminables, desinteresándose de sus clientes y de la producción o saboteándola descaradamente, apañándose como pueden, trampeando todo lo que pueden, bebiendo más de lo que pueden. (La única mercancía siempre disponible en Rusia, a cualquier hora y en cualquier lugar, es el vodka. Marchais prefiere los Juegos Olímpicos a la droga. Queda por saber a qué prefiere el vodka la población rusa.)

Estas son las grandes masas de esta sociedad, cada una con su dinámica propia, todas ellas arrastradas por la imponente y ciega dinámica de la fuerza bruta por la fuerza bruta.

LA IMPOSIBILIDAD DE REFORMAS

¿Por qué la organización y el modo de funcionamiento de la sociedad militar no son extensibles al conjunto de la sociedad rusa? Una vez más, hay que comprender que la cuestión no se plantea en términos de elecciones racionales y puntuales, a efectuar en momentos particulares. La evolución de Rusia, mucho más que la de los demás países, es víctima en todo momento de la inmensa inercia y pesantez de las situaciones ya creadas.

Para poder reformar la producción no militar a partir del

modelo de la producción militar, no sería suficiente en absoluto transferir, *in abstracto*, determinados «recursos»: «fondos de inversión», «máquinas» o «ingenieros» (lo que exigiría evidentemente privar de estos recursos al Ejército). También habría que transferir *el modo de organización y de funcionamiento* de la producción militar a todo el resto. A esto se oponen obstáculos formidables. Sólo citaré los más importantes.

En primer lugar, habría que obtener otras actitudes del conjunto del personal, desde el vértice a la base. Esto no se consigue ni con buenas palabras, ni con decretos. En la sociedad militar, las motivaciones de los individuos que componen el Aparato —oficiales, dirigentes y cuadros de la producción, etc.— no son evidentemente tan sólo motivaciones «económicas»: allí donde esté, el burócrata ruso disfruta de privilegios. No hacen más que reforzarle en su cinismo y en su arribismo. Entre los cuadros de la sociedad militar, lo que está en juego evidentemente es algo distinto: lo imaginario nacional-imperial, constantemente reforzado por el *éxito* incontestable de la empresa del superarmamento y de la expansión. Para el burócrata de la economía y de la producción no militar, una nueva «reforma» proclamada este año no es más que la quinceava versión de una farsa ya representada, destinada al mismo fracaso (al mismo éxito en tanto que farsa) que las precedentes, y ante la cual se tratará de intentar simular igual de bien que el año anterior.[41] Para los constructores de aviones, de submarinos o de cohetes, una nueva fabricación es un progreso efectivo sobre fabricaciones que han sido efectivamente realizadas y que han sido éxitos. Análogas motivaciones —tanto el nacionalismo, como un trabajo que «sirve para algo»— deben existir sin duda entre el personal directamente productivo, los obreros y empleados del sector militar. Están reforzadas, como ya he dicho, por privilegios materiales considerables. Estos no pueden hacerse extensibles a la totalidad de la población trabajadora de un día para otro ni siquiera en un lapso de tiempo mínimamente realista. Evidentemente, un aumento sustancial de las remuneraciones obreras, si tuviera que comportar un cambio de las actitudes obreras en la producción (lo que no es fatal), sería teóricamente «rentable»,

41. Zinoviev: «En Rusia, es imposible establecer la diferencia entre una persona que trabaja y una persona que finge trabajar.»

«se reembolsaría a sí mismo» —pero a la larga. El régimen debería adelantar un aumento importante del nivel de vida —esperando los resultados sobre la productividad al cabo de varios años. Al no disponer de ninguna reserva, no está en condiciones de hacerlo.

En segundo lugar, cualquier reforma mínimamente seria del sistema productivo-económico exigiría desprenderse de una proporción considerable de la burocracia a todos los niveles, exceptuados los vértices, de las empresas, de la economía y del propio Partido. Y esto, ya no por razones de «economía», sino por razones de organización y de funcionamiento: Cargos, forma de ser y forma de (no-)actuar de esta burocracia están indisociablemente unidos a la forma de ser y a la forma de (no-)funcionamiento actual del régimen. También en este caso una reforma podría ser «auto-reembolsante» a la larga, incluso desde el punto de vista de estas capas consideradas abstractamente en su totalidad; lo cual no significa en absoluto que sería tranquilamente aceptada por esos millones de privilegiados —que son el único sostén del régimen en la sociedad no militar. No aceptada significa parsimoniosa y eficazmente saboteada.

Lo que nos lleva directamente a una tercera y última observación. Una reforma como la que discuto aquí no es una disposición jurídica, y no puede ser efectuada ni por uno ni por veintiún decretos. El cambio social considerable que comportaría sólo podría tener lugar si fuera impulsado, animado, materializado por la actividad de un grupo social importante. Concretamente, harían falta cientos de miles, si no millones, de «nuevos cuadros», animados por otro espíritu y funcionando a partir de otras normas para introducirlo, aplicarlo, hacerlo funcionar (en contra de todos los implicados, burócratas lo mismo que obreros por otra parte) en todos los rincones de esta inmensa tundra fangosa que es la economía rusa. No hace falta añadir que aparición, y todavía más el triunfo, en el P.C.U.S. de un grupo de estas características es absolutamente impensable.

¿Podría hacerse una reforma a paso de tortuga, poco a poco, pasito a pasito? No; perdería toda su eficacia. ¿Por dónde empezar? ¿Y de qué serviría producir tractores o fertilizantes mejores o en mayor abundancia mientras los koljoses están como están? ¿De qué servirían industrias mejor organizadas desde arriba si la base no funciona, y cómo reformar las

industrias de base, si las de arriba les suministran máquinas que no funcionan? La inmensidad del problema hace que sea imposible una reforma global, y que cualquier reforma parcial quede encallada y sea anulada en sus resultados por la reacción y la retroacción de las partes no reformadas. De esto se nos ha dado amplia confirmación desde la muerte de Stalin. Se sabe que la sucesión de las «reformas» introducidas durante la fase kruscheviana no mejoraron en nada la situación. También se sabe que la última «gran» reforma se remonta a 1965, que implicaba medidas incoherentes, reflejo de los conflictos entre sectores de la burocracia (por ejemplo, concedía a los directores de empresa la posibilidad de despedir a obreros, pero no de controlar el fondo de los salarios de su empresa, con lo que la segunda disposición anulaba prácticamente el sentido económico de la primera), y que sus disposiciones «racionalizadoras» fueron oficialmente violadas desde el principio (por ejemplo, respecto a los «índices» requeridos a las empresas en materia de resultados). Y una vez más, a finales de 1979, y luego en el transcurso del Comité Central de otoño de 1980, hemos podido asistir a las largas y tediosas requisitorias contra la ineficacia, la incoherencia y los fracasos de la organización económica —los cuales, una vez más, sólo han conducido a cambios del organigrama de los ministerios. Unico «índice de realidad» en la vana e interminable logorrea burocrática: el decreto de julio en 1979 —unos meses antes de Afganistán— que apunta netamente «en el sentido de un reforzamiento de la centralización del poder de decisión en manos del P.C.U.S., de un estrechamiento del control a todos los niveles, de una preeminencia de los intereses colectivos [léase: de los intereses del Estado, C.C.] sobre los intereses individuales».[42]

*

Pero sigamos adelante, y hagamos una pregunta provocado-

42. M.A. Crosnier, «Mise à jour avril 1980», *CPE 1980*, pág. 248. La bibliografía sobre las «reformas» rusas es abundantísima. Se encontrarán indicaciones sobre la perspectiva actual en Seweryn Bialer, «The Politics of Stringency in the U.R.S.S.», *Problems of Communism*, mayo-junio 1980, págs. 19-33. Una vez redactado este texto, ha tenido lugar el XXVI° Congreso del P.C.U.S.; se han repetido los mismos discursos, pero esta vez ni siquiera ha habido cambio en los organigramas.

ra: ¿es que el régimen «desearía» realmente el desarrollo de la economía no militar? Esta pregunta puede parecer absurda: ¿por qué el régimen iba a rehusar una mejora de la situación económica interna, si pudiera obtenerla con pocos gastos, o sin gastos?

Y sin embargo es fácil encontrar un caso, de una importancia capital, que demuestra que el régimen podría obtener inmediatamente una mejora muy sensible de la situación económica sin que le costase nada —y que no lo hace. Es el caso de la producción agrícola —concretamente, de la producción alimenticia.

En este caso, bastaría un decreto. Con una firma, mañana por la mañana, Breznev podría aumentar muy sensiblemente la producción de numerosos productos agrícolas, que componen una parte muy importante (un tercio tal vez, si no más) del consumo alimenticio de las poblaciones urbanas. Bastaría para ello aumentar sustancialmente la extensión de las «parcelas individuales» de los koljosianos y de los empleados y obreros de los sovjoses. Estas representan actualmente menos del 3 % de las tierras cultivables, pero proporcionaban, en 1976, más de una cuarta parte de la producción agrícola total, casi exclusivamente de productos alimenticios, de los que la mayor parte era vendida en los mercados koljosianos de las ciudades. Existen por tanto márgenes importantes para aumentar la producción «de mercancías» de los campesinos, sin merma grave para la «propiedad de todo el pueblo», ni para la posición de la burocracia agraria. El peligro de que los koljosianos abandonen todavía más el trabajo de la «tierra de todo el pueblo» para trabajar sus propias parcelas podría ser fácilmente controlado: por ejemplo, el disfrute de parcelas adicionales podría depender del cumplimiento de las prestaciones de trabajo obligatorias. El único efecto sustancial de semejante medida recaería en los canales del ahorro, sin ninguna significación política ni de otro tipo. La población rusa en su conjunto, y la población urbana en particular, está condenada actualmente a un considerable ahorro forzado: no puede gastar sus ingresos, ya que sencillamente no encuentra mercancías que comprar. El total de las cuentas de ahorro ha pasado de los 11 mil millones de rublos en 1960 a 146,2 mil millones de rublos a finales de 1979; se estima que en total la «acumulación monetaria de la población es actualmente de unos 200 mil millones de rublos, como mí-

nimo».[43] Aparte de los efectos de segundo orden que aquí nos interesa considerar (baja eventual de los precios en el mercado koljosiano, etc.), el resultado de dicha extensión del mercado koljosiano sería un aumento de los gastos alimenticios de la población urbana que se traduciría en un aumento más o menos equivalente de los ingresos del campesino, el cual, como seguiría sin tener mercancías industriales que comprar, los acumularía bajo formas de cuentas de ahorro o de líquido. Tampoco los efectos «ideológicos» serían de temer: incluso Andrieu o Fiterman podrían encontrar una manera de presentar una medida de estas características como una «nueva victoria del socialismo», prueba de la «consolidación victoriosa de la propiedad de todo el pueblo sobre la tierra», etc.[44]

Esto sería factible —pero no se hace. No es que a los dirigentes no se les ocurra —ya han jugado con las parcelas individuales, y recientemente todavía Breznev pronunciaba, a este propósito, palabras de aliento. Pero sólo palabras. Lo que sucede, evidentemente, es que no les interesa. En términos generales: un verdadero «desarrollo» de la economía no militar no les interesa. Y esto, porque dicho desarrollo sería también, hasta cierto punto, un desarrollo de la propia *sociedad* —de la sociedad no militar— que podría tender a disminuir su sometimiento al control de los organismos dominantes.

Sin caer en el cretinismo economicista, cabe pensar que, en las condiciones de una sociedad contemporánea, una ausencia de bienestar es *también*, directa e indirectamente, de múltiples formas, una restricción *material, de hecho*, a la libertad. Y es igualmente legítimo formularse esta pregunta: en estas condiciones de relativa «prosperidad» y bienestar económico, ¿podría el régimen mantener a la sociedad y a sus diferentes capas como las mantiene hoy? ¿Es fácil imaginar a Rusia con el nivel de

43. I. Birman, «The Financial Crisis in the U.R.S.S.», «Soviet Studies», Vol. II, n.º 1, enero 1980 (citado a partir de ahora: *Birman 1980*), pág. 86. *Zaslavsky 1980 b*, pág. 70. *CPE 1980*, pág. 238.

44. Es evidente que paralelamente a la extensión de las parcelas individuales habría que facilitar un suministro creciente de los koljosianos en otros inputs agrícolas (básicamente fertilizantes y forraje). Es algo que ni política ni económicamente debería plantear graves problemas. —Una vez escritas estas líneas, el gobierno ruso ha aprobado una disposición, el 17 de enero de 1981, destinada a estimular a los ciudadanos a desarrollar la producción de sus parcelas individuales («Le Monde», 13.2.81, pág. 2). Ello no parece haberse recogido en el XXVI.º Congreso, un mes más tarde.

vida de la Europa occidental o norteamericano —y el mismo régimen político?

Consideremos el caso de la disidencia. Ser disidente en Rusia hoy no implica únicamente el riesgo o más bien la casi seguridad del internamiento psiquiátrico y/o de años en campos de concentración. Aparte de la represión política, y *previamente* a ésta, ello implica la seguridad de la pérdida inmediata del trabajo, y por tanto, prácticamente, de cualquier clase de recursos —con el resultado, al cabo de tres meses, de una condena penal por «parasitismo social». Cuando se leen los textos de los disidentes, hay otro aspecto de la diferencia entre los años treinta y los años sesenta que llama fuertemente la atención. No sólo se asistió al final del terror de masas estalinista; hubo también una pequeña mejora de la situación económica general, con este resultado indirecto: la gente (una parte de la gente) podía vivir a partir de entonces (materialmente) sin estar en un lugar determinado del «organigrama social» general. Trabajos no oficiales, el apoyo de los amigos eran algo a partir de entonces posible. Es difícil evitar la impresión de que esta minúscula descompresión económica supuso una contribución a la posibilidad de una disidencia más amplia.

Un aumento de la prosperidad, un bienestar económico creciente comportarían efectos secundarios ciertamente indeseables para el régimen. Habría, sin duda, una expansión de los canales «paralelos» de la economía[45] que escaparían al control del Estado; en la medida en que la gente estuviera menos estrangulada económicamente —y estrangulada en el empleo de su tiempo, entre otras cosas por las interminables colas— existirían mayores posibilidades de desarrollo de un «mercado» no estatal de los bienes y de los servicios. Un pintor no oficial encontraría con mayor facilidad compradores de sus cuadros, los canales subterráneos de difusión de la literatura podrían convertirse en última instancia en remuneradores (como casi lo son estos últimos años en Polonia), y nutrir escritores disidentes. Y lo que es más importante, en un «mercado de trabajo» ya ahora caracterizado por una penuria de mano de obra, los

45. Sobre la «economía paralela» —o, con mayor exactitud, las economías paralelas— en Rusia, véase por ejemplo: Gérard Duchêne, «L'officiel et le parallèle dans l'économie soviétique», «Libre», n.° 7, Payot, París 1980, págs. 151-188, donde se hallará asimismo una abundante bibliografía.

despidos serían aún menos disuasorios, y los obreros todavía más «indisciplinados».

Sin duda, hay aquí muchas sobredeterminaciones. El régimen no puede *y* no quiere desarrollar la economía no militar. Si lo quisiera, no podría; y si pudiera, no querría. He intentado aclarar la primera proposición en las páginas precedentes, y en otros lugares desde hace tiempo,[46] y también he discutido el ejemplo ficticio de las parcelas campesinas para ilustrar la segunda. La prosopopeya —«el régimen»— es evidentemente utilizada aquí como escenografía. No se trata de decisiones deliberadas, firmadas y fechadas; ni de un sadismo (o snobismo) de los dirigentes para quienes el caviar se volvería insípido si supiesen que también los demás lo comen hasta hartarse. Hay una lógica sociohistórica —es decir, la coherencia *sui generis* que se afirma a través de la incoherencia y la irracionalidad del sistema burocrático. Cualquier iniciativa, orientación, decisión que tienda a aumentar los márgenes de libertad de los individuos y de los grupos sociales y/o a disminuir el nivel de control del Aparato burocrático sobre la sociedad es extremadamente improbable, de hecho imposible. A los que dirigen jamás se les ocurrirá «espontáneamente»; si a alguno de ellos se le ocurriese, habría un inmediato bloqueo a nivel de la decisión, y si la decisión a pesar de todo se tomase, sería anulada en su aplicación. Y, para comprender esto, no hace ninguna falta ir a Rusia ni estudiarla. Todos tenemos, aquí mismo, la comprobación: sabemos lo que el Estado, las administraciones o las empresas hacen cuando actúan «espontáneamente», sin oposición o presión por parte de los ciudadanos, de los administrados o de los trabajadores. En fin, como diría M. de la Palice: abandonada a sí misma, la burocracia sólo puede actuar burocráticamente.

La «voluntad» del régimen es la resultante anónima y ciega de todos sus impulsos y de todas sus inercias. Existen objetivos *contra* los que se levantan indefectible y eficazmente individuos, grupos, capas, sectores, dispositivos institucionales, maneras de ver, de representarse, de pensar y de hacer las cosas; y existen

46. Véase entre otras cosas, los textos reunidos actualmente en *La Sociedad burocrática*, Vols. 1 y 2, Tusquets Editores, Barcelona, 1976; y «Le régime social de la Russie», «Esprit», 1978, n.º 7-8, págs. 6-23, para una lista completa de referencias.

objetivos *para* cuya realización todos estos factores se reunen y trabajan en común sin que nadie lo haya decidido explícitamente. Y esta «voluntad» del régimen se lee en sus resultados: cuando el régimen «quiere», puede, y cuando puede, «quiere». Quiere y puede el desarrollo de la sociedad militar, el superarmamento y la expansión exterior.

Por supuesto, el régimen no puede, y nunca ha podido, elegir libremente, en absoluto, entre la superpotencia militar y la «prosperidad» económica. Pero, casi desde el principio, cada uno de sus pasos le ha llevado por el primer camino —*por el simple hecho de que le interceptaba el segundo.* Incluso mucho antes de perseguir la potencia militar *per se*, esforzándose en obtener la pseudo-«industrialización» del país con los únicos medios de la violencia y del hipercontrol burocrático —excluyendo por lo mismo, necesariamente, tanto la participación de los productores como los estímulos y regulaciones de los mecanismos de mercado— creaba y consolidaba continuamente la situación que hacía imposible cualquier «desarrollo» de otro tipo, y cualquier reforma sustancial de un enorme edificio que se iba pudriendo a medida que avanzaba su construcción. Esta situación está en todas partes, contundente y casi irreversiblemente *materializada* en el sistema absurdo de los precios, en las proporciones de las capacidades de producción, en la distribución geográfica y profesional de la fuerza de trabajo, en la calidad de los materiales, en la ausencia de stocks, en el despilfarro perpetuo, en la corrupción sistematizada, en la destrucción de cualquier motivación (que no sea la salvaguardia de su nicho personal para el ciudadano ordinario, o el arribismo, a través del oportunismo, el cinismo, la intriga, la adulación y la traición para el burócrata), y en fin, supremo triunfo del régimen, en la renuncia, de todos, a toda esperanza de modificación y en la adhesión desesperada de casi todos al *statu quo* y su lucha por su preservación. (Sobre este último punto, las descripciones y análisis de Zinoviev contienen una vena esencial de verdad.) Esta ha sido la gran adquisición del período estalinista, su herencia que ya había sellado la imposibilidad de cualquier autorreforma mínimamente sustancial de la burocracia.

No hay ni decisión deliberada, de alguien o de algunos, de mantener al país en su semimiseria creciente, ni «leyes objetivas del sistema» que le impidan salir de esta situación. Pero

tampoco hay evidentemente necesidad ineluctable, presente por doquier y siempre, que lleve al «desarrollo de las fuerzas productivas». Las fuerzas productivas se desarrollan cuando el sistema social está orientado hacia dicho desarrollo, cuando los dispositivos institucionales y los comportamientos y motivaciones de los hombres, adecuadamente articulados unos con otros, lo permiten y «tienden» a ello. Ni las proclamaciones programáticas, ni la «ideología», ni el *knout*, ni el hospital psiquiátrico son suficientes para desencadenarlo. Ahora bien, estos dispositivos institucionales, estos comportamientos y motivaciones de los hombres existen visiblemente y en abundancia en la sociedad rusa —pero en un sector, y sólo en uno: el sector militar. Por eso mismo allí se cumple lo que se demuestra penosa y repetidamente imposible en los sectores no militares: un desarrollo tecnológico y productivo *eficaz* (incluso si no es *eficiente*), una constancia, continuidad y acumulación de las orientaciones, de los esfuerzos, de los resultados, una coherencia de los medios aplicados respecto a sí mismos y a los fines perseguidos, una organización que, en definitiva, *funciona* (a través y más allá de lo que debe ser también aquí, sin duda alguna, un océano de despilfarro burocrático).

ANEXO 4
El coste real del armamento ruso

Como ya he dicho, todos los datos utilizados aquí respecto al armamento y a los gastos militares de uno u otro bando son del dominio público. Han aparecido en publicaciones oficiales (las del *National Foreign Assessment Center* o del Congreso de los Estados Unidos) o no oficiales (el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos de Londres, o el Instituto Francés de Estudios Internacionales), accesibles a cualquier agente del K.G.B., investigador del Centro de Estudios e Investigaciones Marxistas o incluso «experto militar» del Partido Socialista francés.

Al margen de estos datos, existen siempre «secretos militares» —que lo son sobre todo para nosotros, no para los servicios de espionaje respectivos. (En concreto, mucho me extrañaría que existieran para los rusos «secretos» norteamericanos —a parte, probablemente, de los últimos códigos criptográficos.) Estos «secretos» son de escasa importancia para lo que aquí nos interesa; conciernen sobre todo a las especificaciones técnicas de los materiales, no a las grandes masas de la quincallería. Estas son conocidas, con aproximaciones de algunos kilos, en el caso de Estados Unidos; las incertidumbres, en el caso de Rusia deben ser del orden del 10 %. (Pocas cosas, actualmente, pueden escapar al control de la fotografía por satélite.) En cuanto al resto, hay que entender la naturaleza de todas las estimaciones que aquí se proponen. No se trata de calcular las décimas de segundo de arco de precesión del perihelio de Mercurio; se trata de juzgar si la masa de Júpiter es dos veces, o cuatro veces, la de Saturno.

Por lo que se refiere a los gastos correspondientes, son conocidos con aproximaciones de dólares en el caso de Estados Unidos: presupuestos e informes de las discusiones de las comisiones del Congreso han sido publicados. A esto hay que añadir dos restricciones de principio (y de hecho) —las dos poco importantes, una vez más, para lo que aquí nos interesa. La primera, es la jungla (y la inexactitud) de toda contabilidad, especialmente pública. La segunda concierne a las «cajas negras» y a las «operaciones encubiertas» (*covert operations*). No se sabe lo que ha costado a la C.I.A. el derrocamiento de Allende, ni cómo se han repartido los gastos entre la C.I.A. y la I.T.T. en este caso. Como tampoco se sabe cuánto le cuesta a Rusia el apoyo de sus diferentes «correligionarios», armados o no, en los demás países. (Pero se puede saber que la guerra del Vietnam le costó, globalmente, unos 2 mil millones de dólares —es decir, menos del 2 % de lo que le costó a Estados Unidos. *Collins 1980*, pág. 44.)

Los «gastos militares» rusos no se conocen. No se sabe en qué partidas del presupuesto ruso están camuflados —ni siquiera si se encuentran *en* el presupuesto ruso (además de otros muchos, entre los que me cuento yo mismo, Igor Birman, economista ruso y emigrado reciente, lo pone en duda: cf. *Birman* 1980, págs. 100-102). Estrictamente hablando, ni siquiera se puede tener la certeza de que estén reflejados (incluso indirectamente o bajo cualquier seudónimo) en las «cuentas nacionales» publicadas por la burocracia. Eso explica el trabajo detectivesco —fastidioso y fascinante a la vez— al que hay que dedicarse si se considera que la cuestión presenta una cierta importancia.

Entre los que se dedican a estos trabajos, por razones evidentes, están ciertamente en primer lugar los servicios de «inteligencia» occidentales y, en un grado cuantitativa y cualitativamente muy superior a todos los demás, la C.I.A. Esta publica regularmente los resultados de sus investigaciones e indicaciones generales sobre su «metodología» —pero no el detalle de sus cálculos y de sus métodos (véase más adelante).

Podría creerse que las estimaciones de la C.I.A. están sistemáticamente distorsionadas hacia arriba. Nada sería más falso. Hasta 1976, eran sistemáticamente distorsionadas hacia abajo a un nivel ridículamente increíble (o increíblemente ridículo). Por qué fue así, es otra historia, excelente tema de

tesis sobre el comportamiento de las organizaciones político-burocráticas. Enunciemos este principio general: un servicio de «inteligencia», como todo servicio de «técnicos» o de «expertos», en un período de descomposición del *ethos* burocrático, tiende a presentar a sus patronos o clientes la clase de datos que éstos le piden o que él imagina que le piden. En concreto, no cabe ninguna duda de que los compadres Nixon-Kissinger habrían deseado datos que subestimasen el superarmamento ruso: había que hacer la guerra en Vietnam, invadir Camboya, etc., por tanto seguir dirigiendo hacia allí lo esencial de los gastos militares, cuyo peso para la sociedad norteamericana ya había aumentado vertiginosamente, a la vez que presentarse ante la opinión pública como los apóstoles de la paz vendiéndole viento (gran especialidad de Kissinger). Es cierto que este juego de la C.I.A. ya había empezado —y probablemente por las mismas razones— con Johnson. Pero cabe preguntarse si Vladivostock y SALT I, maniobras publicitarias y electorales para el consumo interno, habrían sido tan fácilmente aceptadas por el Congreso y la opinión pública norteamericana, si les hubiesen presentado unos gastos militares rusos que aumentaban regularmente cada año de un 5 a un 10 %.

En cualquier caso la C.I.A. pedía a la gente que creyera que la parte de los gastos militares rusos había descendido de un 11 % del P.N.B. ruso en 1955 a un 6,5 % en 1970 y a un 4-6 % (25 o 28 M.M.R.) a mediados de los años 1970. Esto, mientras las cantidades de armamento ruso seguían acumulándose a un ritmo rápido e incluso acelerado. La «revisión dramática» de las cuentas de la C.I.A. tuvo lugar en abril de 1976: consistía en aumentar al doble los «gastos» rusos en 1970 y en una estimación de su tasa de incremento real en un 5 % anual (3 % hasta entonces —es decir, un ritmo sensiblemente inferior al incremento del P.N.B. ruso). La principal razón aducida por la C.I.A. con motivo de esta revisión era que hasta entonces había subestimado considerablemente (en un 100 %) la «productividad» de la industria militar rusa. Pero el carácter confuso e incompleto de sus explicaciones me confirma aún más en la idea de que sus estimaciones precedentes eran «políticas».[1]

1. Véase W.T. Lee, *The Estimation of Soviet Defense Expenditures 1955-1975. An Unconventional Approach*, Nueva York, Praeger, 1977. (Recensión útil de Philip Hanson, «Soviet Studies», Vol. XXX, n.º 3, julio de 1978, págs.

Por supuesto, la gente de «izquierdas» se apresuraron a considerar las nuevas estimaciones como «políticas» —o a descartarlas sin mayores problemas ya que no modificaban en nada las estimaciones del armamento real— escamoteando así la verdadera cuestión: la de la extensión del superarmamento ruso, de sus «causas» y de sus virtualidades. Un excelente ejemplo de este escamoteamiento lo ofrece el artículo ya citado en nota de A.M. Cox, entretejido de informaciones erróneas u obsoletas y de razonamientos tortuosamente falsos. Cox concluye así su discusión de la revisión por la C.I.A. de sus hipótesis sobre la productividad rusa: «Lo que [la C.I.A.] han descubierto, era que la producción de defensa soviética no era,

402-410.) W.T. Lee, «Soviet Defense Expenditures in the 10th FYP», Osteuropa Wirschfat, 1977, n.º 4, diciembre 1977, págs. 272-292. Steven Rosenfielde, «On the Interpretation of Soviet Arms Procurement Expenditures...», *ib.*, 1980, n.º 1, marzo 1980, págs. 41-53. «The C.I.A.'s Goof in Assessing the Soviets», «Business Week», 28-2-77, págs. 96-100. U.S. Congress, Joint Economic Committee, *Allocation of Resources in the Soviet Union and China*, 94.º Congreso, 2.ª Sesión, Washington U.S. G.P.O., 1976. —Es curioso observar que las cifras imaginarias de la C.I.A. prevalecen a pesar de las críticas acerbas que le han sido dirigidas desde el mismo seno del *establishment* de «inteligencia» americano. Por ejemplo, en su declaración ante el *Subcommittee on Priorities and Economy in Government* del Congreso en 1975, el general Graham, director de la D.I.A. (*Defense Intelligence Agency*) criticaba duramente las estimaciones de la C.I.A., que mostraban un aumento insignificante de los gastos rusos entre 1960 y 1971, que él encontraba «absolutamente increíbles. Durante este período, 1960-1971, los soviéticos habían pasado de un puñado de lanzadores ICBM a más de 1.500 sobre cinco sistemas diferentes, habían producido más de 50 submarinos lanzadores de misiles, habían creado un programa espacial militar altamente sofisticado, introducido un nuevo bombardero y cinco nuevos aviones de combate, desplegado varios miles de lanzadores SAM, desplegado una fuerza importante en la frontera china, activado unas veinte divisiones suplementarias y así sucesivamente» (*Allocation of Resources in the Soviet Union and China*, Hearings... 94.º Congreso, 1.ª sesión, 18 de junio y 21 de julio de 1975, U.S.G.P.O., Washington 1975, pág. 92 y ss.). Pero ¿qué importan los hechos si Kissinger afirmaba que se estaba en la distensión? Obsérvese también que al mismo tiempo (y no *ahora*, como parece creer A.M. Cox «The C.I.A.'s Tragic Error», «NYR of B», 6.11.80, pág. 21 y ss.) estimaba los costes de personal en «dólares» del Ejército ruso aplicándoles los índices salariales americanos (!). Evidentemente, ello hacia pensar a los senadores que los gastos *reales* de Rusia eran *todavía* más reducidos de lo que parecía. El senador Proxmire a Colby, director de la C.I.A.: «Supongo que si hacemos lo mismo con China, ¿tendrán un ejército todavía mayor, no? —Colby: Sí. —China es muy débil militarmente, comparada con la Unión Soviética y con nosotros mismos. Pero tiene un ejército colosal; ello se traduciría por un jodido montón (*a whale of a lot*) de dólares» (*l.c.*, pág. 74). Sabiendo que no valían nada, los senadores dormían tranquilos.

en realidad, muy eficiente. Así, el esfuerzo soviético de defensa absorbía una mayor parte del P.N.B. de lo que se creía anteriormente. Lo que debería haber sido motivo de júbilo se ha tornado inspiración de un pánico mal dirigido [*misguided alarm*]». Prisionero —como casi toda la «izquierda»— del fetichismo económico capitalista, Cox se frota las manos porque los rusos pagan con un 15 % de su P.N.B. lo que los norteamericanos pagan con un 5 % del suyo —y se queda ahí. La pregunta ni siquiera pasa por su imaginación: ¿por qué entonces un país tan pobre (ya que su productividad es tan baja) dedica el 15 % de su P.N.B. a los armamentos?

EL METODO PRIMITIVO

Frente a las incertidumbres que rodean a todas estas estimaciones, he querido aplicar, a efectos de control, un método primitivo. La idea es muy simple. Si suponemos conocer la relación de los stocks de armas ruso y norteamericano, y el ritmo (supuestamente regular) de progresión de la producción rusa, podemos deducir la cantidad absoluta de esta producción, mediante una hipótesis adicional sobre la duración útil de los objetos que integran estos stocks. —A la inversa, si suponemos conocer la producción rusa actual (en términos de la producción norteamericana) y su ritmo de progresión durante un período transcurrido (postulado igual a la vida útil de los objetos del stock), se puede calcular el stock ruso actual.

Las críticas y objeciones a este método son evidentes (ya he mencionado las principales en el texto). Su ventaja es proporcionar un burdo test de todas las estimaciones, y poseer una gran ductilidad ya que se pueden hacer variar según su juicio los parámetros numéricos (y las hipótesis de fondo que incorporan).

Rigurosamente hablando, se supone que:
H, 1: la composición material (el inventario) de los stocks ruso y norteamericano es conocida respecto a un momento dado (por ejemplo, finales de 1980);
H, 2: estos dos stocks son comparables en términos de objetos militares homogéneos, OHMs, de manera que se puede estimar su relación k (k = stock ruso/stock norteamericano);

H, 3: la función que representa el incremento de la producción rusa de OHM en el tiempo es conocida (en su forma y en sus parámetros). Concretamente, se supone que es de la forma $P(t) = P(o)\ (1 + g)^t$, donde t es el tiempo y g el índice de incremento anual;
H, 4: la vida media útil, T, de los elementos OHM es conocida y es la misma para todos.

H, 1 plantea únicamente problemas empíricos poco importantes, que ya han sido discutidos.
H, 2 es una hipótesis salvaje y contraria a la realidad. Equivale a decir que actualmente el tendero A tiene k veces más «legumbres» que el tendero B. Hay que saber y recordar que eso es algo que no se puede decir. También hay que recordar que se adopta constantemente en la vida, y en particular que los economistas la utilizan siempre, de manera solapada y sin decir que lo hacen.
H, 3 plantea el mismo problema principal que *H, 2* (la composición de la producción cambia con el tiempo) y un problema «empírico» menos grave (la progresión real de la producción no es rigurosamente exponencial).
H, 4 es claramente falsa —pero eso no es grave.

La derivación de una fórmula general es elemental.[2]

Algunas palabras sobre los parámetros principales, T y g, quizás no sean inútiles.

He elegido T = 20. Esto equivale a decir que los dos stocks están actualmente compuestos por todo lo que ha sido producido desde 1961 a 1980 y sólo por esto. No es más que una cómoda ficción. Su falsedad es atenuada por diversos factores:

2. Si $S_r(t)$ y $S_a(t)$ son los stocks ruso y norteamericano al final del período t y $P_r(t)$, $P_a(t)$ las producciones rusa y americana durante el año t, tendremos:

$$S_r(t) = P_r(t-T)\ \frac{(1+g)^T - 1}{g}$$

Si $S_r(t) = k\ S_a(t)$, conociendo $S_a(t)$, g y T, se puede determinar $P_r(t - T)$. Inversamente, si se conoce $P_r(t)$ (o se cree disponer de una buena estimación), en términos por ejemplo de $P_a(t)$, se puede determinar (siempre suponiendo que se conozcan g y T).

$P_r\ (t - T) = P_r(t)\ (1 + g)^{-T}$
y, en consecuencia, $S_r\ (t)$.

— en toda cantidad que aumenta exponencialmente, las aportaciones de los períodos remotos son poco importantes respecto a las aportaciones de los períodos más recientes;

— en el inventario de las dos quincallerías se encuentran pocos artículos anteriores a 1960 (año que marca el estreno de «nuevas generaciones» de varias categorías de ingenios).

— aparte de algunas construcciones (inmuebles), y quizás ni eso, los materiales anteriores a 1960 y que están en servicio, lo están en función de gastos considerables de modernización y de *retrofitting* que se han producido en el período tomado en consideración. (Los gastos de una nueva puesta en estado de servicio de dos grandes acorazados de 1943 recientemente decidida por la administración Reagan, estimados, *de momento*, en 2,5 M.M.D. unidad, son superiores al precio de un submarino nuclear *Trident* nuevo *con* los misiles incorporados, o de un portaaviones nuclear sin los aviones, que salen, cada uno, a 2 M.M.D.: «IHT», 5.1.81, pág. 3.)

Evidentemente, toda prolongación del período considerado aumenta la incomparabilidad de sus elementos.

He elegido g = 0,05, es decir una tasa de incremento de la producción rusa de armamentos igual al 5 % anual. Indudablemente, es el elemento más problemático en todos estos cálculos, y sus variaciones ejercen una influencia considerable, por las propiedades de la función exponencial, sobre los resultados. g= 0,05 corresponde a las estimaciones recientes de la C.I.A. (véase más adelante). W.T. Lee estima el incremento de los *gastos* militares rusos en un 10 % como media anual entre 1960 y 1970 (por tanto, sensiblemente *más* para el *material*), un poco menos para el período 1970-1975 y sensiblemente más para el período 1975-1980 (*Lee 1977*, págs. 283, 285, 291). No se saca gran cosa comparando estos índices con los índices de incremento de la «Rama B» de la producción rusa (aparte de los problemas que plantea la estimación de los mismos); si bien la producción de armamentos constituye una parte considerable de ellos, su tasa de incremento puede ser sensiblemente inferior a la del total (que se suponía ser del 7 % anual para el X° Plan, 1975-1980; para otras cifras, véanse los textos de Greenslade, y de Green *et al.* en *JEC 1976*, págs. 280, 305, 308).

Evito al lector los cálculos pormenorizados. Estos son los resultados, a partir de la hipótesis adicional de que el stock norteamericano de quincallería (*hardware*, considerado aquí

como incluyendo a la vez material y «construcción») hasta 1980 era igual a 18 veces la producción correspondiente norteamericana en 1980 (para la justificación de esta hipótesis, véase el apartado siguiente, «Los nuevos cálculos de la C.I.A.»):

A. Si el stock ruso actual es igual a 1,6 veces el stock norteamericano y la producción rusa ha aumentado un 5 % anual durante los últimos veinte años, la producción rusa de 1980 habría sido de 2,29 veces la producción norteamericana.

B. Con la misma relación de stocks (1,6) pero una tasa de incremento del 10 % anual (W.T. Lee), la producción rusa de 1980 habría sido de 3,38 veces la producción norteamericana.

C. Si los dos stocks son iguales, y la producción rusa ha aumentado un 3 % anual, la producción rusa de 1980 habría sido de 1,21 veces la producción norteamericana.

D. Suponiendo los dos stocks iguales, pero la tasa de incremento de la producción rusa igual al 10 % anual, la producción rusa de 1980 habría sido de 2,11 veces la producción norteamericana.[3]

El caso A me parece el más plausible. (A decir verdad, creo que la relación de stocks de 1,6 subestima probablemente la superioridad cuantitativa rusa.) Y la «tasa de incremento» del 5 % anual (con todos los enigmas y las aporías insolubles que representa la idea de una «tasa de incremento» de un conjunto en el que las calidades cambian constantemente y aparecen nuevos objetos) me parece razonable para un sector que goza de la prioridad absoluta en la producción rusa, cuyas «tasas de incremento» globales publicadas oficialmente están, probablemente, hinchadas.

3. Todos los resultados dependen linealmente (multiplicativamente) de los valores supuestos respecto a la relación de los stocks (k) y de la relación stock norteamericano finales 1980/producción norteamericana en 1980. Por tanto pueden modificarse, haciendo variar estos parámetros, por simples multiplicaciones o divisiones.

Perseverare diabolicum, y la C.I.A. persevera, lo mismo en las cifras que en todo lo demás. Insiste en hacer pagar a los reclutas rusos, que reciben 3,8 rublos mensuales, es decir 5,5 dólares (27 F) al cambio oficial (*Collins 1980*, págs. 86-87) con el índice salarial de los soldados «voluntarios» norteamericanos: 450 dólares (2.250 F) mensuales al principio de 1979, más adjudicaciones generosas de todas clases, más un nivel de vida norteamericano en todos los ámbitos, aunque no siempre incluye *go-go-girls* pagadas con el presupuesto del pentágono, como en la escena fantástica, alucinante, la más realista de todas de *Apocalypse Now*. Esto, a pesar de las críticas que le han sido dirigidas desde todas partes (cf. las observaciones acerbas de Les Aspin en *Collins 1980*, pág. 87, nota 35).

Dicho esto, su último documento (*Soviet and US Defense Activities, 1971-1980: A Dollar Cost Comparison*, National Foreing Assessment Center, Washington, enero de 1981, citado a partir de ahora: *NFAC 1981*; cf. también, *A Dollar Cost Comparison of Soviets US Defense Activities, 1967-1977*, N.F.A.C., Washington, enero de 1978, citado a partir de ahora: *NFAC 1978*) ofrece finalmente un desglose de los gastos militares rusos tal como son estimados, lo que permite descartar este absurdo. Por lo demás, los datos de la C.I.A. se basan en un trabajo colosal, que comporta la descripción de unos «1.100 componentes militares distintos» y la estimación de lo que le habría costado su producción a Estados Unidos. Inútil recordar que estas estimaciones también pueden ser criticadas en su principio por múltiples razones. Haremos abstracción de estas críticas en lo que sigue.

Las cifras de la C.I.A., a los precios de 1979, han sido ajustadas aproximativamente a los precios de 1980 a efectos de comparabilidad con el resto de este estudio, suponiendo un alza de los precios de un 10,8 %.[4] Los totales así corregidos son de

4. El alza del índice de los precios implícita en los gastos federales en Estados Unidos de 1979 a 1980 ha sido de 11,2 % (*ERP 1981*, Cuadro B3, pág. 237). Ha sido menor para la inversión fija no residencial (*ib.*, pág. 236). El porcentaje de 10,8 resulta de la comparación de la cifra de la C.I.A. para los gastos militares norteamericanos a los precios de 1979, 115 M.M.D., y del de 127, 4 M.M.D. a los precios corrientes dado por *IISS, SSM 1979*, pág. 84. *ERP 1980* da (pág. 233) 132 M.M.D. como gastos de defensa para 1980 —pero el alza de los precios que

193,9 M.M.D. para los gastos militares rusos en 1980, y de 127,4 M.M.D. para los gastos norteamericanos. Se trata de gastos *efectivos* (no de *créditos* presupuestarios) que incluyen todos los gastos de personal (de uniforme o «civil»), *con la excepción* de las jubilaciones y las pensiones (*NFAC 1981*, págs. 2 y 7). Estas últimas ascendían a 11,2 M.M.D. para Estados Unidos en 1980 (*Collins 1980*, pág. 85 nota 28); la estimación de la C.I.A. para Rusia es de 8 M.M.D. para el mismo año (*NFAC 1981*, pág. 7). Hay que subrayar que las cifras de la C.I.A. no cubren los gastos rusos para las fuerzas armadas muy sustanciales del K.G.B. y del M.V.D.

El siguiente cuadro de la distribución implícitamente ofrecida por la C.I.A. para los gastos rusos y norteamericanos en «dólares», y la distribución de los gastos norteamericanos deducidos de los porcentajes dados por Collins (*ib.*, págs. 85-86), ajustados para excluir jubilaciones y pensiones.

Distribución de los gastos militares deducida de los datos de la C.I.A. (miles de millones de «dólares» 1980)

	Rusia	Estados Unidos	
		C.I.A.	Collins
1. Personal	35 % = 67,9		41,66
2. Operaciones y mantenimiento: personal			17,73
3. D°, material			21,67
4. 2 + 3	20 % = 38,8		39,40
5. 1 + 4	55 % = 106,6	R = 1,3 E.U. = 82	81,06
6. Equipamiento	25 % = 48,5		
7. Construcción	5 % = 9,7		
8. 6 + 7	30 % = 58,2	R = 1,75 E.U. = 33,3	
9. I y D	15 % = 29,1	R = 2 E.U. = 14,6	
0. 8 + 9	45 % = 87,3	47,9	47,2
Total general	193,9	129,9	128,26

Nota: La diferencia entre el total de los gastos norteamericanos dado más arriba (127,4 M.M.D.) y los que aparecen aquí en las columnas de la C.I.A. y Collins carece de significación real, ya que estas últimas son el resultado de las adiciones de los datos parciales calculados a partir de los porcentajes o de las proporciones aproximativas dadas por la C.I.A. y Collins, *l.c.*

---

implica esta cifra en relación a la cifra de la C.I.A. (14,8 %) hace pensar que no se trata de datos comparables.

Este ejemplo muestra claramente los límites (y los absurdos) de las comparaciones «económicas» internacionales. Las cifras totales rusas están a todas luces enormemente hinchadas por los «gastos de personal» calculados según los índices salariales norteamericanos. Así, si Estados Unidos reintrodujese el reclutamiento (con la paga insignificante de los soldados que normalmente comporta), la consecuencia sería un descenso considerable de los «gastos militares» rusos (cuyo componente «personal» sería contabilizado sobre la base de esos índices insignificantes).

Vamos a intentar tener en cuenta este factor. (Además, un subproducto de cálculo nos va a ser de gran utilidad para lo que sigue.) Para ello:

— supondremos que las estimaciones de la C.I.A. en «dólares» son válidas respecto a los gastos en material de todas clases;

— incluiremos también en esta categoría los gastos de I + D (investigación y desarrollo) ya que deben comprender una parte «material» preponderante, y que la producción de material sin ellas es imposible;

— desglosaremos los gastos de operaciones y mantenimiento en gastos de personal y gastos de material según las proporciones equivalentes para este mismo apartado norteamericano (45 % para los primeros, 55 % para los segundos); parece indudable que se da aquí una subestimación del componente «material» de estos gastos en el caso de Rusia;

— afirmaremos que el personal ruso, en general, «cuesta», en «dólares», una quinta parte de lo que «cuesta» el personal norteamericano (y que la C.I.A. toma como base de cálculo). Esto corresponde *grosso modo* a la diferencia de los niveles de vida entre los dos países.

Con estas hipótesis, tenemos:

	Rusia	Estados Unidos (Collins)
1. Personal propiamente dicho	0,2 × 67,9 = 13,58	41,66
2. Personal operaciones y mantenimiento	0,45 × 38,8 × 0,2 = 3,49	17,73
3. Total gastos personal	17,07	59,39
4. Material operaciones y mantenimiento	0,55 × 38,8 = 21,34	21,67
5. Equipamiento construcción, I + D	87,3	42,2
6. Total gastos material	108,64	68,87
Total general	125,71	128,26

Extraña cuenta: la columna «Rusia» incluye algunas «mercancías» contabilizadas en base a su precio en «dólares», y otras contabilizadas no se sabe muy bien en base a qué. Una vez más se constata el carácter intrínsecamente absurdo de las comparaciones de los «gastos» como tales, ya que esta reducción de casi un tercio de los «gastos» de Rusia no reduce sus fuerzas armadas ni en un solo cuchillo. Se observará al mismo tiempo la inconsistencia —si se va a la esencia de las cosas— de algunas críticas de «izquierda» a la C.I.A., como Cox («NYT of B», *l.c.*) cuya argumentación se reduciría a la nada, si la C.I.A. hubiese presentado sus cifras diciendo:

a) Rusia tiene dos veces más hombres armados que Estados Unidos;

b) sus gastos en material, incluidas todas las partidas, estimados en dólares (a los precios norteamericanos) son superiores a los de Estados Unidos en un 58 %.

De todo esto, nos interesan dos cantidades:

— los gastos en *hardware*, en quincallería (equipamiento y construcción), ya que son un índice de la acumulación de stocks de armamento por ambas partes;

— el total de los gastos en material (gastos en *hardware* más I y D, más parte «material» de los gastos de «operaciones y mantenimiento»), ya que remiten al número de hombres (además de los militares profesionales, reclutas, etc.) requeridos

para la fabricación y el mantenimiento del stock de armamentos.

Estas cantidades, a partir de los cuadros precedentes y de las hipótesis iniciadas sobre las «operaciones y mantenimiento», se resumen para 1980 como sigue:

	Rusia	EEUU	Rusia/ EEUU
Hardware	58,2	33,3	1,75
I y D	29,1	14,6	2
Parte material de la partida «operaciones y mantenimiento»	21,34	21,67	0,58
Total «producción material militar»	108,64	68,78	1,58

Por último, una tercera implicación se refiere a la tasa de incremento de los gastos militares rusos. La C.I.A. la establece «aproximadamente» en un 3 % anual (*NFAC 1981*, pág. 1) —mientras su gráfico (*ib.* pág. 11) da implícitamente una tasa de incremento del 3,5 % anual (a los precios de 1979, los gastos militares rusos pasan de 105 M.M.D. en 1965 a 175 M.M.D. en 1980, es decir un aumento del 66,7 % en 15 años, correspondiente a un 3,45 % anual). Pero esta tasa de incremento incluye la de los gastos en personal, que durante este período, en términos reales debió ser insignificante —del orden del 1 % anual. (Con correcciones de segundo orden, fluctuaciones jerárquicas, mejora del rancho, etc. —las variaciones de estos gastos en términos reales sólo reflejan cambios en el *número de hombres*). En el cálculo precedente, los gastos en material (108,64 M.M.D.) corresponden al 56 % del total dado por la C.I.A. (193,9 M.M.D.). Suponiendo una tasa de incremento de un 1 % anual para los gastos «reales» en personal, tendremos:

$$0{,}56\ (1 + x) + 0{,}44\ (1{,}01) = 1{,}035$$

lo que da para la tasa de incremento de la producción de material militar, x, 5,5 % anual.[5] Supondré sin embargo que la

5. Este cálculo presupone a) que los gastos de investigación y de desarrollo (I y D) aumentan al mismo ritmo que los gastos de material en sentido estricto; ante la ausencia de informaciones, la hipótesis no parece disparatada; b) que el índice

tasa de incremento de la producción rusa de material ha sido, durante el período 1960-1980, de un 5 % anual.

Conclusión respecto a la relación de los stocks ruso y norteamericano. La producción norteamericana de *hardware* en 1980 fue de 33,3 M.M.D. Esta cifra es *seguramente superior* a la media anual de los gastos norteamericanos de la misma categoría durante el período 1961-1980. Haciendo abstracción de los gastos para la guerra de Vietnam, los gastos militares de Estados Unidos en términos reales, que habían aumentado ligerísimamente entre 1960 y 1965, luego empezaron a descender entre 1977 y 1979; el primer aumento significativo tuvo lugar en 1980. (*IISS 1980*, pág. 94; *Collins 1980*, pág. 44; *IISS, Situation stratégique mondiale 1979*, trad. francesa, Berger-Levrault, París, 1980 —citado a partir de ahora: *IISS SSM 1980*—, pág. 84.)

Evito al lector los pormenores de los cálculos. El total de los gastos militares norteamericanos para el período 1965-1980, a los precios de 1980, es de 2.231 M.M.D. De esto hay que deducir aproximadamente 240 M.M.D. de gastos para la guerra de Vietnam («incremental costs», 111 M.M.D. a los precios de entonces —*Collins 1980*, pág. 44), y añadir 480 M.M.D. de gastos para el período 1961-1964 (a partir de *IISS SSM 1979*, pág. 84). Esto da un total de gastos de 2.470 M.M.D. para el período 1961-1980. Aplicando a la totalidad del período el porcentaje de los gastos en *hardware* del período 1971-1980 del 24,3 % (*NFAC 1980*, pág. 2), se llega a un total de los gastos para el *hardware* de 600,2 M.M.D. —que supondremos representa el valor en dólares 1980 del stock norteamericano de *hardware* en 1980.

El total de los gastos militares rusos, según las estimaciones de la C.I.A., entre 1965 y 1980, fue de 2.747 M.M.D. a los precios de 1980 (*NFAC* 1980, pág. 11). Extendiendo hasta 1960 la tasa de incremento de estos gastos del 3,5 % anual, tendríamos para los años 1961-1964 un total de 411 M.M.D. —es decir, para el conjunto del período 1961-1980, 3.158 M.M.D. Aplican-

de incremento de los gastos de material para operaciones y mantenimiento es el mismo que el de *hardware;* suposición verosímil, ya que estos gastos son más o menos proporcionales al stock de *hardware* existente en todo momento y que, como la producción de *hardware* aumenta exponencialmente, su stock a la larga es proporcional a este movimiento.

do a la totalidad del período el porcentaje de los gastos de *hardware* para el período 1971-1980, 30 %, se llega a un total de los gastos de esta categoría de 947,4 M.M.D. —que supondremos que también representa el «valor en dólares 1980» del stock ruso de *hardware* en 1980. La relación de los dos stocks sería entonces de 1,578. Si, por otra parte, se toma como punto de partida los gastos rusos en *hardware* en 1980, es decir 58,2 M.M.D., que se supone que han aumentado desde 1960 en un 5 % anual, su total acumulado para dicho período sería de 725,3 M.M.D. En este caso, la relación de los dos stocks sería de 1,21.

Pasar de estas estimaciones a la conclusión que nos interesa, los hombres involucrados en la producción militar, presupone que se esté capacitado para responder a esta pregunta metafísica: ¿qué es un rublo? —o de forma más prosaica: ¿cuántos hombres/años hay en un SS-20? Dicho de otra forma, presupone poderse hacer una idea razonable de la *productividad* de la economía y de la industria rusas.

LA PRODUCTIVIDAD RUSA

Voy a ser breve sobre este punto capital, reservándome volver sobre ello más adelante.

Sostengo que:

1. La productividad «media» de la economía rusa es considerablemente inferior a lo que suele creerse. En la industria, debe ser del orden de un quinto de la productividad norteamericana (que ya no es mucho más alta que la de los países «avanzados» en Europa occidental).

2. Todo lleva a pensar que debe ser mayor en las empresas «cerradas» —y, *por tanto*, en la producción militar— que en el resto de la industria.

3. Este hecho no se refleja, y no tiene por qué reflejarse (a parte de la proyección por parte de los economistas occidentales de sus esquemas mentales sobre los burócratas rusos) en los «precios» establecidos por la burocracia para los productos correspondientes (militares o de otro tipo, procedentes de las

empresas «cerradas» pero utilizados por la burocracia). Intentar extraer, a partir de los *rublo/dólar ratios*, indicaciones sobre la «productividad del trabajo» ruso en el sector de la «producción de máquinas» es un ejercicio, por decirlo educadamente, completamente inútil.

4. Hay razones para creer que los «precios» del «Sector A» en Rusia son sistemáticamente rebajados. *Ergo*, cualquier cálculo de la «carga» de los «gastos militares» para la economía rusa en términos de porcentaje del P.N.B. a partir de los gastos «*aparentes*» en rublos (supuestamente conocidos con exactitud) tiende a *subestimar* esta carga; por la misma razón, tiende a subestimar el número de hombres en la producción militar si éste es inferido a partir de estos «gastos» aparentes.

5. Como al mismo tiempo sabemos que las remuneraciones en las empresas «cerradas» son sustancialmente más altas que la media, este sector debe estar profundamente «desequilibrado» desde el punto de vista contable (salarios altos y «precios» bajos); debe presentar «beneficios» sensiblemente inferiores a los del resto de las empresas. *Al margen de todos los demás factores conocidos y discutidos, ésta es una razón fundamental por la que la burocracia no emprende y jamás emprenderá una verdadera «reforma» de los precios.*

Sobre el punto 1: En su estudio monumental *The Growth of Industrial Production in the Soviet Union* (Princeton U.P., 1962), G. Warren Nutter estimaba el valor añadido por la industria rusa en 1955 en un 20 % del de la industria norteamericana (calculada en rublos) o en un 23 % (calculada en dólares). Subrayada la divergencia con las estimaciones occidentales habituales de la época (que situaban a la industria rusa en un 33 % de la industria norteamericana) y lo explicaba con razones que todavía, y hoy más que nunca, siguen siendo válidas (pág. 290). El valor añadido por persona empleada en Rusia era, según sus cálculos, de 18,5 % (calculado en rublos) o de 22 % (calculado en dólares) del existente en Estados Unidos; por hora de trabajo, los porcentajes descendían, respectivamente, a 17,7 % y a 21 % (Cuadro 63, pág. 238).

De 1955 a 1980 (¡año de recesión!) la producción industrial de Estados Unidos aumentó en un 151 % (pasando del índice

58,5 al índice 146,9; en 1979 tenía un índice de 152,5. *ERP 1981*, Cuadro B-41, pág. 279). Cuatro hipótesis respecto a la producción rusa en 1980 (producción norteamericana de 1955 = 100):

a) *1955 = 20.* Incremento del 5 % anual = multiplicación por 3,386 = 67,72 en 1980 = 27 % de la producción norteamericana de 1980.

b) *1955 = 33.* Misma tasa de incremento = 111,7 en 1980 = 45 % de la producción norteamericana en 1980.

c) *1955 = 20.* Incremento del 7 % anual = multiplicación por 5,43 = 108,5 en 1980 = 43,2 % de la producción norteamericana de 1980.

d) 1955 = 33. Misma tasa de incremento = 179 en 1980 = 71,3 % de la producción norteamericana de 1980.

El total de los obreros y empleados (*wage and salary earners*) de los ramos: industria manufacturera, minas y construcción era en 1980 en Estados Unidos de 25.858.000 (*ERP 1981*, Cuadro B-35, pág. 273). En Rusia («industria y construcción») probablemente era de 55.642.000 (véase Anexo 5). La relación de las personas empleadas es por tanto de 1 : 2,15. Dividiendo por esta relación, se obtiene como índice del *producto por persona empleada* en la industria en Rusia (Estados Unidos = 100) : 12,54 (caso a), 20,93 (caso b), 20,1 (caso c), 33,16 (caso d).

Considero correctas las estimaciones de Warren Nutter para 1955, y no creo en las cifras oficiales y sus tasas de incremento de un 7 % anual para *la industria en su conjunto*. Las cifras oficiales, por otra parte, a partir de 1965 sólo muestran tasas de incremento inferiores al 7 % (y próximas al 5 % durante el período 1975-1980). Un producto por persona empleada en la industria en Rusia del orden del 20 % del obtenido en Estados Unidos probablemente sea una estimación generosa.

El *punto 2* ha sido ampliamente discutido en el texto. Evidentemente es imposible cuantificar —además de la ausencia de informaciones, hay problemas conceptuales— la superioridad de las empresas «cerradas» en materia de productividad. Supondré, arbitrariamente, que sea superior en un 25 % a la *media* de la industria —por tanto igual, como puede deducirse,

al 25 %, o sea una cuarta parte, de la productividad norteamericana industrial media.

Los *puntos 3 y 4* son comentados al final del Anexo 5. Warren Nutter observaba ya en 1962: «Los cálculos en rublos no son muy significativos para las comparaciones a causa de los precios *arbitrariamente bajos* [el subrayado es mío, C.C.] atribuidos a los productos militares en la Unión Soviética» (pág. 256, nota 23).

Como contrapartida, los precios de los bienes de consumo son «*demasiado altos*». Una excelente encuesta de Keith Bush, «Retail prices in Moscow and four Western Cities in May 1976» («Osteuropa Wirtschaft», 1977, n.º 2, junio de 1977, págs. 122-141) compara los precios al detalle de unos 200 artículos de consumo ordinario y de calidad «similar» en Moscú, Washington, París, Londres y Munich. Ciertamente los precios al detalle incluyen los impuestos indirectos —pero la proporción de éstos no es muy distinta entre Rusia y Estados Unidos que es lo que voy a comparar (aquí en el fondo, que la burocracia extraiga el excedente bajo forma de impuestos o de precios más altos es absolutamente indiferente). Bush compara los precios en dólares (a la tasa de cambio oficial de la época: 1 rublo = 1,3245 dólares) y en horas o minutos de trabajo (salario neto mensual en Estados Unidos en la época 677,68 dólares, en Rusia 146,10 rublos o, al cambio oficial, 193,51 dólares, es decir el 28,55 % del salario norteamericano). Con lo que se demuestra que respecto a la «cesta de la compra» semanal, el cambio era «correcto» —o: la diferencia de los salarios convertidos a este cambio reflejaba perfectamente la diferencia de poderes adquisitivos: hacían falta 17,7 horas de trabajo en Washington para comprar esa cesta, en Moscú 59,2 horas (una relación de 0,299 a 1). La imagen cambia enormemente cuando se pasa a los bienes manufacturados. He calculado la media geométrica (en ausencia de bases sólidas de ponderación) respecto a 28 de los principales artículos manufacturados (elegidos en función de su importancia y de su «proximidad» con los objetos militares). El tiempo de trabajo necesario para su compra era 7,15 veces superior para el obrero ruso que para el obrero norteamericano; y el «coeficiente de cambio» que resultaba de ello muestra una sobrevaloración del rublo de 2,12 veces. Las relaciones en términos de tiempos de trabajo no han debido cambiar a partir de entonces (el alza de los precios en Estados Unidos ha ido acompañada de

un alza casi paralela de los salarios).[6] Teniendo en cuenta este alza de los precios, y la revalorización del rublo (que vale ahora, oficialmente, 1,52 dólares), se puede calcular que el rublo-objetos manufacturados de consumo debe valer actualmente unos 70 *cents*: menos de la mitad de su valor oficial.

Evidentemente, estos datos no permiten extraer ninguna conclusión sobre la productividad del trabajo en las industrias que producen bienes de consumo. Pero *se puede* extraer la conclusión (por otra parte evidente a priori) de que esos precios precisamente no reflejan la «productividad del trabajo», sino la acumulación de excedentes por la burocracia. (Cf. Anexo 5). Como tampoco reflejan la «productividad del trabajo» los «precios» del Sector A.

Para concluir estas observaciones, y ya que no hemos dicho nada, o casi nada, de la víctima principal de toda la historia —la población ordinaria rusa—, presentamos un presupuesto mensual hipotético de un obrero norteamericano y de un obrero ruso confeccionado a partir de los datos de Bush:

	Obrero norteamericano (dólares)	Obrero ruso (rublos)
Salario mensual neto	677,68	146,10
— Alquiler	178	8,25
— Servicios públicos o similares: correos, teléfonos, etc. (cantidad arbitraria)	29,68	4,85
Resto	470	133

	Obrero norteamericano (dólares)	Obrero ruso (rublos)
4 semanas de «cesto de la compra»	271,20	260,48
Resto	199,80	−127,48
Segundo sueldo	677,68	146,10
Resto	877,48	18,62

6. Alza de las remuneraciones salariales medias, 1976-1980: +36,9 %. Del índice implícito de los precios del P.N.B. para el consumo privado: 36 %. Del índice habitual de los precios para el consumo: +44,6 % (*ERP 1981*, págs. 274, 236 y 289).

La explicación de la participación de las mujeres (y de todo el mundo) casi al 100 % en la fuerza del trabajo en Rusia no es difícil de adivinar.

El *punto 5*, en sí mismo fundamental, aquí no nos interesa.

CONCLUSION SOBRE EL NUMERO DE HOMBRES EN LA PRODUCCION MILITAR

Como ya he dicho, hay que añadir aquí los gastos en *hardware* (equipamientos de construcción), la parte «material» de la partida «operaciones y mantenimiento» y los gastos de I y D. Su total en 1980 era de 68,9 M.M.D. para Estados Unidos. A 28.795 dólares de P/H/A de la industria en Estados Unidos, esto representa 2.393.000 personas empleadas, directa o indirectamente, en esta producción.

Supongo la productividad rusa en las actividades correspondientes igual al 0,25 de la productividad norteamericana. De lo que resulta que en Rusia harían falta 9.572.000 personas para obtener la *misma* producción.

La continuación depende de las hipótesis que adoptemos sobre la relación producción corriente de material militar ruso/producción corriente de material militar norteamericano.

Con las hipótesis A y D formuladas más arriba (pág. 174) hay que multiplicar esta cifra por 2,2 aproximadamente —es decir, 21.900.000 personas.

Con datos de la C.I.A. (gastos en material rusos equivalentes a 108,6 M.M.D. en 1980 —lo que comporta probablemente, como ya he dicho, una subestimación importante de los gastos rusos correspondientes a «operaciones y mantenimiento»), la relación es de 1,58 veces— y el número de hombres pasa a ser de 15.124.000.

En ambos casos, hay que añadir a estas cifras el número de personas involucradas en las «operaciones y mantenimiento». En Estados Unidos debe ser del orden de 1.000.000. Según la relación de stocks que se adopte, esto daría para Rusia de 1.200.000 a 1.600.000 o tal vez 2.000.000 de hombres de *productividad equivalente*. Con la relación de productividad de 1 a 4, habría que añadir a estas cifras entre 4.800.000 y 8.000.000 de hombres. Con una hipótesis intermedia para este tipo de trabajos, de relación de las productividades de 2 a 1, estas cifras

van de 2.400.000 a 4.000.000 de hombres. El arco de todas estas estimaciones va de 16.300.000 a 26.000.000 de hombres o incluso más. Una cifra por debajo de los 22.000.000 parece improbable. Equivale al 15 % de la fuerza de trabajo. Hay que añadirle los militares profesionales propiamente dichos —y otras categorías de personal «civil» (ministerio de Defensa, etc.).

Las estimaciones de W.T. Lee (*Lee 1977*, pág. 228) dan para la totalidad de los gastos militares de 1980 (incluida la paga del personal, etc.) 108-126 M.M.R. —es decir como media algo más de 100 M.M.R. para la «producción militar» en sentido amplio (*hardware*, parte «material» de las «operaciones y mantenimiento» e I y D). O sea, aproximadamente el 18 % del P.N.B.— una proporción perfectamente compatible con nuestras hipótesis sobre el número de hombres involucrados en esta producción y su productividad superior a la media.

ANEXO 5
Las cifras socioeconómicas de la burocracia

Ya he indicado, en el texto, algunas de las razones por las que la «contabilidad nacional», tal como es practicada habitualmente, proporciona datos de significación dudosa, por no decir nula. Ofrece un registro de las transacciones (o de las corrientes) monetarias (de contrapartida monetaria), en un marco conceptual que apenas la hace utilizable para *algunos* análisis económicos, y completamente inutilizable para un análisis socioeconómico. Un análisis socioeconómico exigiría otro marco conceptual, y otros datos —de los que sólo una parte puede ser reconstruida o deducida con esfuerzo a partir de las «contabilidades nacionales» existentes.

En el caso de la «contabilidad nacional» rusa (e independientemente de las diferencias conocidas entre los «conceptos» utilizados por los contables nacionales rusos y occidentales) otros factores contribuyen también gravemente a limitar la significación de los datos. La existencia de *numerosas* «economías paralelas»; el carácter absurdo de los precios; la falsificación *sociológicamente incorporada* a los datos de base (*grosso modo*, la carrera de un burócrata depende de su capacidad de falsificar los datos), así como la ficción *legalmente* incorporada (*vía* los métodos ficticios de «valoración» del producto); las distorsiones considerables debidas al camuflaje de la mayor parte de los gastos militares, como también de las retribuciones y privilegios de la burocracia; *last but no least*, la publicación las más de las veces de datos fragmentarios e incompletos o sencillamente carentes de significación (todos los «índices» y los «porcentajes» que citan continuamente los dirigentes rusos, y

que los comentaristas occidentales reproducen fielmente, no tienen absolutamente ningún sentido sin datos absolutos de base frecuentemente reactualizados) son otros tantos obstáculos ante cualquier intento de dar una interpretación económica, y todavía más socioeconómica o sociológica, a las cifras publicadas por la burocracia.

Los estudios occidentales sobre la contabilidad nacional rusa —empezando por los esfuerzos pioneros de Abram Bergson— tienen una larga historia, y la bibliografía aumenta sin cesar.[1] La opinión que voy a manifestar aquí se aleja bastante de la óptica clásica. Es probable que un contable nacional purista se horrorice ante algunas partidas, distribuciones y estimaciones aventuradas aquí en ausencia de datos (*guesstimates* es el término profesional). Lo que he pretendido ha sido deducir de las estimaciones cantidades económicas con una significación *social*. He querido controlar, en la medida de la posible, la solidez o al menos la plausibilidad de lo que planteo por otras vías, comprobando si es compatible con una imagen global coherente y en sí misma plausible de la realidad socioeconómica rusa. Sucede —ésa es al menos la conclusión que saco tras un largo y penoso trabajo— que la realidad se resiste a la mistificación, y que incluso a partir de los datos fragmentarios,

1. Abram Bergson, *Soviet National Income and Product*, Columbia U.P., Nueva York, 1953. A. Bergson, *The Real National Income of Soviet Russia since 1928*, Harvard U.P., Cambridge (Mass.) 1961. Abraham Becker, Soviet National Income 1958-1964. Un. of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1969. Vl. Treml y J.P. Hardt (ed.) *Soviet Economic Statistics*, Duke U.P., 1972. P.W. Campbell «A Shortcut Method for Estimating Soviet G.N.P.», «Association for Comparative Economic Studies», Vol. XIV, n.º 2, otoño de 1972. Vladimir Treml, *Studies in Soviet Input-Output Analysis*, Praeger, Nueva York, 1977. Los macizos volúmenes publicados regularmente sobre Rusia (y China) por el Joint Economic Committee del Congreso norteamericano son de una importancia capital (aunque a veces contengan especímenes extremos de delirio económico-econométrico —como por ejemplo la cuestión de saber si los modelos de previsión del incremento ruso deben basarse en la función de producción de Cobb-Douglas o en la función CES, y si hay que suponer que el progreso técnico en Rusia sea *Hicks-neutral* o no: Bergendorf y Strangert, *JEC 1976*, págs. 394-430). Además de los textos de los volúmenes citados en este libro, véase M. Bornstein, «A Comparison of US and Soviet National Income and Product», *Comparison of the United States and Soviet Economies*, U.S. Congress Joint Economic Committee, U.S. G.P.O., Washington, 1959. Vol. II, y R.V. Greenslade, «The Real Gross National Product of the U.R.S.S., 1950-1975», *Soviet Economy in a New Perspective*, U.S. Congress Joint Economic Committee, Washington U.S. G.P.O., 1976.

manipulados y dudosos que proporcionan las «cuentas» oficiales de la burocracia se pueden extraer indicaciones significativas e importantes.

No me cansaré de repetir que todos los datos que siguen a continuación son esencialmente *ilustrativos*. Todo lo más, las cantidades presentadas en los Cuadros indican proporciones. El que se ofrezcan con cinco cifras características, dos de ellas decimales, mientras a lo mejor sólo la cifra de los cien mil millones de rublos tiene una significación, sin que por otra parte pueda decirse exactamente cuál, significa simplemente que en esta clase de cálculos se controla mejor la coherencia de lo que se hace evitando redondear los números y, además, facilita a quien lo desee el control del origen y de la deducción de datos.

Para los datos de base he utilizado una única fuente: el «Panorama de l'U.R.S.S.», publicado por «Le Courrier des pays de l'Est», 1980, febrero-marzo de 1979, n.° 22-227, segunda edición actualizada, abril de 1980, «La Documentation française» (citado a partir de ahora: «C.P.E. 1980»). Esto para ir más deprisa, para estar seguro de una cierta homogeneidad de los datos, y para utilizar los datos más completos entre los más recientes (y a la inversa). Las cifras proceden todas ellas de publicaciones oficiales rusas, cuyas referencias se encontrarán en «C.P.E. 1980».

En las notas que van a continuación de los Cuadros, las cifras entre paréntesis remiten a las páginas de «C.P.E. 1980». Todas las cifras aparecen en miles de millones de rublos, salvo especificación contraria. En cuanto a la cuestión de saber qué clase de rublos, mejor no planteársela. La «producción agrícola» es presentada a los precios de 1973, la «producción industrial» a los precios de 1975 (¿o aplicados a partir de 1975?); en cuanto al resto, no lo sé. La cuestión no reviste mayor importancia, en primer lugar porque las variaciones de precios en Rusia son mucho más lentas que en Occidente, y en segundo lugar y sobre todo, una vez más, porque todas estas cifras deben ser consideradas como ilustrativas.

Se estimaba que en 1980 la población rusa en edad de trabajar debía alcanzar 155.733.000 personas («C.P.E. 1980», pág. 32). El índice de actividad era de 94 % a principios de 1976. Este índice ha permanecido invariable durante mucho tiempo; aquí suponemos que era el mismo en 1980, lo que da una población activa en 1980 de 146.427.000 personas.

La distribución por sectores presentada por «C.P.E. 1980» (pág. 32) es visiblemente bastante reciente, pero su fecha no está especificada. Es la que he utilizado aquí (de todas formas, las variaciones en este campo son lentas). Aplicándola a la cifra de 146.427.000 se obtienen los resultados de la página siguiente:

Distribución supuesta de la población activa en 1980 por ramos de producción

1.	Agricultura y silvicultura	23,0 %	33.678.000
2.	Industria y construcción	38,0 %	55.642.000
3.	Distribución	8,0 %	11.714.000
4.	Transportes y comunicaciones, «sector productivo»	6,4 %	9.371.000
5.	Total, 1 a 4 (= «sector productivo», producción «material»)	75,4 %	110.405.000
6.	Transportes y comunicaciones, «sector no productivo»	2,6 %	3.807.000
7.	Servicios corrientes	4,0 %	5.857.000
8.	No desglosados	18,0 %	26.357.000
9.	Total, 6 a 8 («sector no productivo»)	24,6 %	36.021.000
10.	Total general		146.426.000

CUADRO A

Origen

(Miles de millones de rublos)

1.	Producción nacional neta en la óptica del gasto	435,00
2.	Amortizaciones	53,72
3a.	Autoconsumo campesino y otros	p.m.
3b.	Ventas de los koljosianos en el mercado koljosiano	p.m.
4.	Salarios de las «actividades no productivas»	72,00
5.	Servicios de los inmuebles de viviendas	7,92
6.	Producción nacional bruta (definición oficial)	568,64

NOTAS Y COMENTARIOS AL CUADRO A

A, 1: pág. 238. En 1979, 425,5 M.M.R. (miles de millones de rublos). Aumento supuesto del 2 % en 1980 = 435 M.M.R. (Después de la elaboración de estos cuadros llega a mis manos la cifra oficial para 1980 : 437 M.M.R. «Le Monde» 17.3.81, pág. 21.)

A, 2: Supuestos iguales al 12,35 % de la producción nacional neta, como en 1972: Treml, Gallik, Koskinsky, Kurtzweg y Tretyakova, «The Soviet 1966 and 1972 Input-Output Tables», Congress of the U.S.-Joint Economic Committee, *Soviet Economy in a New Perspective*, U.S. G.P.O., Whashington 1966 (citado a partir de ahora: *JEC 1976*), págs. 332-376. La proporción depreciación/valor añadido en 1972 (pág. 375) es sensiblemente superior a la de 1966 que estaba estimada en 9,93 % (pág. 359). La proporción que resulta del cuadro del P.N.B. ruso dado por Edwards, Hughes y Noren, «U.S. and U.R.S.S.: Comparisons of G.N.P.», en U.S. Congress, Joint Economic Committee, *Soviet Economy in a time of change*,

CUADRO A

y utilización de los recursos

(Miles de millones de rublos)

Consumo familiar, a saber:	
7a. Compras en los almacenes del Estado y en las cooperativas	257,20
7b. Compras en el mercado koljosiano	22,72
7c. Autoconsumo campesino y otros	p.m.
7d. Transferencias en especies recibidas del Estado	44,06
7e. Compras de servicios	7,83
7f. Alquileres	7,92
7. Total	339,73
Inversión bruta, a saber:	
8a. Estado	119,54
8b. Koljoses	12,24
8c. Otros privados	1,84
8. Total	133,62
9. Gastos administrativos del Estado	2,57/18,23
10. Total utilizaciones inventariadas (7 + 8 + 9)	475,92/491,58
11. Residuo	92,72/77,06
12. Gasto nacional bruto	568,64

U.S. G.P.O., Whashington 1979, Vol. I (citado a partir de ahora: *JEC 1979*) págs. 369-400, es decir en torno al 3 % del P.N.B. para el «capital repair» (pág. 391) es muy poco verosímil.

A, 3a: No dispongo de ningún dato relativo a esta partida.

A, 3b: Incluidos aquí a título de indicación; la producción correspondiente, en principio, debe estar incluida en A, 1.

A, 4: Según el «salario medio de los empleados y obreros», pág. 238: 163,5 rublos/mes en 1979, aumento supuesto del 2 % en 1980, por tanto 166,77 rublos/mes en 1980, es decir 2.000 rublos/año. Aplicado a las 36.021.000 personas de esta categoría, según el cuadro «Población activa». —Este cálculo es sumamente insatisfactorio desde el punto de vista de los conceptos de la contabilidad nacional; cf. Alec Nove, *The Soviet Economic System*, London Allen and Unwin, 1977 (citado a partir de ahora: *Nove 1977*), págs. 323-348. Pero no me ha sido posible encontrar nada mejor. (Cifra oficial del salario medio

para 1980: 168 R/mes, es decir 2.016 R/año. «Le Monde», 17.3.81, pág. 21.)

A, 5: A falta de otros datos, ha sido utilizada la cifra de A, 7f (ver más abajo).

A, 6: A la reserva indicada en la nota A,4 podrían añadirse otras muchas, relativas a la correspondencia de este total con la «producción nacional bruta», en este sentido occidental. —El *I.I.S.S.* da, sin indicación de fuente, una estimación implícita de 610,7 M.M.R. para el P.N.B. ruso de 1980 (*I.I.S.S. 1980*, pág. 12). El National Foreign Assessment Center, *Simulations of Soviet Growth Options to 1985 —A Research Paper* (ER 79-10131, mayo 1979; Washington; citado a partir de ahora: *N.F.A.C. 1979*) estimaba el P.N.B. ruso para 1980 en 554 M.M.R. a los precios de 1970 (cuadro 3, pág. 10).

A, 7a: 252,2 M.M.R. en 1979 (pág. 238), aumento supuesto del 2% en 1980.

A, 7b: Estimación basada en la proporción de los ingresos que las familias campesinas extraían de estas ventas en 1977 (pág. 206): 60,8 % de estos ingresos procedían de los salarios y recursos asimilados, 29,7 % de las ventas en los mercados y de «recursos varios». Los salarios cobrados por los campesinos en 1980 están estimados en 46,54 M.M.R. (véase nota *F, 6*). 297/608 de esto da 22,72 M.M.R.

A, 7d: En 1977 (pág. 213) el total de los «Fondos sociales de consumo» era de 99,5 M.M.R., a saber: 45,5 M.M.R. de «prestaciones en especie» (básicamente sanidad y educación), 40,5 M.M.R. de «prestaciones monetarias» y 13,5 M.M.R. de «varios», incluyendo principalmente el pago de las vacaciones anuales. Estas últimas se suponen aquí realizadas íntegramente bajo forma de prestaciones monetarias (lo que no es cierto). Por tanto, el desglose supuesto para 1977 es de un 45,6 % de «prestaciones en especie» y de un 54,4 % de «prestaciones monetarias». Se han aplicado estas proposiciones a la estimación dada en el Cuadro C (partidas 7 + 8) de los «gastos sociales y culturales» y del total de las «transferencias a la población»: 96,62 M.M.R. repartidos en 44,06 M.M.R. de «prestaciones en especie» y 52,26 M.M.R. de «prestaciones monetarias».

A, 7e: pág. 242. 1979: 7,3 M.M.R. Indice de incremento en 1980 idéntico al de 1979, o sea del 7,3 %.

A, 7f: pág. 218. Los alquileres representan en 1977 el 2,9 % de

los ingresos monetarios de una familia obrera. Estos han sido estimados aquí (véase *B, 1* y *B, 2*) en 273,14 M.M.R. Para los koljosianos no hay alquileres. Evidentemente, esta cifra no tiene ninguna relación con el valor de los servicios del capital inmobiliario del país.

A, 8a-8c: pág. 238. En 1979, las inversiones brutas totales eran de 131 M.M.R., divididos en 117,2 del «Estado» (lo que incluye, a la totalidad de las empresas estatales) y 13,8 M.M.R. para el resto, de los cuales 12,0 M.M.R. de inversiones en los koljoses. Para 1980 se ha supuesto un aumento del 2 %.

A, 9: Los «gastos administrativos» representan el 0,9 % de los gastos presupuestarios totales (pág. 78), lo que resulta poco verosímil. El presupuesto total para 1980 era del orden de 285 M.M.R. (*I.I.S.S. 1980*, pág. 12). Edwards Hughes y Noren (*J.E.C. 1979*, Vol. I, pág. 391) daban para 1977 una cifra correspondiente al 2,3 % del P.N.B. —lo que equivaldría a 12,88 M.M.R. Las cifras presupuestarias para 1980 podrían dar un total de 18,23 M.M.R. de «gastos administrativos».

A, 11: A través de la diferencia entre la línea 6 y la línea 10. Este residuo incluye el saldo exterior, los «errores y omisiones» y una *parte* de los gastos militares. Sobre los «errores y omisiones» no puede decirse nada: la naturaleza mixta del «residuo» excluye que se pueda determinar ni siquiera el signo algebraico. —El saldo exterior podría ser sustraído del residuo si fuera positivo (equivaldría a una utilización de recursos inventariada); podría añadirse al residuo si fuera negativo (un excedente de importaciones aumentaría los recursos disponibles cuya utilización debe ser explicada o contabilizada; dicho de otra forma, podría añadirse a la producción interior bruta para dar el total de los recursos disponibles = recursos utilizados). Los problemas con que tropieza su cálculo en el caso de Rusia son de hecho insuperables por innumerables razones. Edwards, Hughes y Noren (*J.E.C. 1979*, Vol. I, pág. 391) dan, para cada uno de los años 1975, 1976 y 1977 un *déficit* del «comercio exterior» (lo que, en el marco de su cuadro debe significar: «transacciones corrientes en bienes y servicios» que va de 13,1 a 14,8 M.M.R. *C.P.E. 1980* (pág. 195) da, para el período 1975-1978, saldos de comercio exterior tanto positivos como negativos pero de escaso valor absoluto (de −0,7 a + 3,2 M.M.R.). El *Economic Report of the President 1981*, U.S.G. P.O., Washington 1981 (citado a partir de ahora: *E.R.P. 1981*)

da para 1980 (estimación provisional) un excedente comercial para Rusia de 9 mil millones de dólares, es decir de 5,91 M.M.R. a la tasa de cambio oficial (pág. 351). Me inclino a pensar, visto el incremento de la deuda exterior de Rusia y sus ventas de oro, que debe existir un *déficit* de las transacciones corrientes en bienes y servicios con el extranjero. Ante tanta incertidumbre, he mantenido el término habitualmente utilizado de producción nacional bruta, a pesar de que todos los elementos utilizados se remiten de hecho a la producción interior bruta.

Los *gastos militares* —en el supuesto de quedar reflejados en un cuadro de este tipo— deben estar contenidos en dos partidas del cuadro: el apartado 8a (inversión bruta del Estado)— que los contiene ciertamente *de todas formas*, ya que por ejemplo contiene las inversiones especializadas de las empresas que fabrican específicamente equipamiento militar) y el apartado 11 (Residuo). La suma de estas dos partidas (unos 200 M.M.R.) proporciona pues un límite superior de estos gastos —límite evidentemente demasiado amplio para ser de alguna utilidad. Evidentemente también, una parte importante de la inversión bruta del Estado debe ir dirigida hacia sectores «no militares». Pero también aquí tropezamos con las limitaciones de las categorías económicas en general, y de su pertinencia en el caso de una economía de concentración total en particular, que han sido discutidas en el texto.

CUADRO B

Origen y utilización

1. Salarios percibidos por obreros y empleados	225,50
2. Salarios percibidos por campesinos	46,54
3. Autoconsumo campesino y otros	p.m.
4. Ventas de los campesinos en los mercados koljosianos	22,72
5. Transferencias monetarias recibidas del Estado	52,56
6. Transferencias en especies recibidas del Estado	44,06
7. Intereses percibidos	4,39
8. Total de los ingresos inventariados	395,77

NOTAS Y COMENTARIOS AL CUADRO B

B, 1: Población activa total 146.427.000, *menos* 33.678.000 campesinos = 112.749.000 «asalariados» (y, tal vez, «otros»), salario medio (véase *A, 5*) 2.000 R/año; total: 225,5 M.M.R.
B, 2: Remuneración mensual media de los koljosianos en 1979: 112,9 R (pág. 238), es decir 1.355 R/año. Aumento supuesto del 2 % para 1980, es decir 1.382 R/año para 33.678.000 campesinos = 46,54 M.M.R. El salario de los trabajadores de los sovjoses es diferente (superior), pero no dispongo de datos suficientes para tomarlo en consideración. Por tanto, la cifra ofrecida representa sin duda una subestimación.
B, 4 = A, 7b;
B, 5 y *B, 6:* véase *A, 7d;*
B, 7: Total de los depósitos de ahorro en 1979: 146,2 M.M.R. (pág. 238). Interés aplicado: 3 % (pág. 68).

CUADRO B

de los ingresos — sector no estatal

9. Consumo familiar	339,73
10. Inversiones	
10a. koljosianos	12,24
10b. Otros	1,84
11. Impuestos percibidos por el Estado	25,65
12. Incremento registrado del ahorro	16,81
13. Total de las utilizaciones inventariadas	396,27
14. Errores y omisiones	−0,50

B, 9 = A, 7:
B 10a y *B, 10b = A, 8b* y *A, 8c;*
B, 11: El total de los impuestos sobre el ingreso es igual al 9 % de las recaudaciones presupuestarias (pág. 77). 0,09 × 285 M.M.R. = 25,65 M.M.R.;
B, 12: El total del ahorro registrado en 1979 era de 146,2 M.M.R., y el ritmo de su incremento era de 11,5 % (pág. 238). 0,115 × 146,2 M.M.R. = 16,81 M.M.R.
B, 14: El que la diferencia de las dos columnas sea tan pequeña —puro efecto del azar— indica indiscutiblemente que el Cuadro debe comportar errores y omisiones importantes. Una divergencia de algunos tantos por ciento entre las dos columnas sin duda habría sido mucho más normal, teniendo en cuenta la naturaleza de los datos.

CUADRO C

Estado

1. Impuesto sobre las personas	25,65
2. Impuestos sobre el volumen de negocios	102,32
3. Otros impuesto, tasas, deducciones de los beneficios, etc.	157,03
4. Total recaudación presupuestaria	285,00
5. Incremento del ahorro de los particulares	16,80
6. Total de los recursos disponibles	301,80

NOTAS Y COMENTARIOS AL CUADRO C

C, 1 = B, 11;
C, 2: El impuesto sobre el volumen de negocios (I.V.N.) representaba el 35,9 % de las recaudaciones totales en 1979 (pág. 76);
C, 3: Por diferencia *C, 4 − (C, 1 + C, 2);*
C, 4: I.I.S.S. 1980, pág. 12;
C, 5 = B, 12;
C, 7 y *C, 8 = B, 5* y *B, 6;*
C, 9: Sólo el 40,1 % de las «inversiones del Estado» estaba financiado en 1978 con dotaciones presupuestarias (pág. 84). 0,401 × 119,54 M.M.R. = 47,94 M.M.R.;
C, 10 = H, 12e;
C, 11 = A, 9;
C, 13: Diferencia *C, 6 − C, 12.*

CUADRO C

Estado

7. Transferencias monetarias a la población	52,56
8. Transferencias en especies a la población	44,06
9. Dotaciones presupuestarias para la inversión	47,94
10. Subvenciones corrientes a la economía	52,03
11. Gastos administrativos	2,57/18,23
12. Total	199,16/214,82
13. Residuo	86,98/102,64
14. Total de las utilizaciones	301,80

Aplicando al presupuesto de 285 M.M.R. de 1980 los porcentajes de distribución de los gastos para 1979 (págs. 77-78) se obtiene, para las partidas presupuestarias:

1. Gastos de carácter económico (53,7 %)		153,05 M.M.R.
2. Gastos sociales y culturales (33,9 %)		96,02
De los que: Seguridad social (43,5 %)	42,04	
Educación nacional (41,6 %)	40,19	
Sanidad (14,9 %)	14,40	
3. Gastos militares		17,1
Total de 1 + 2 + 3		266,77
Resto		18,23
del cual: «gastos administrativos» (0,9 % del presupuesto, pág. 78)	2,57	
Total del presupuesto		285,00

CUADRO D

Cifras de las empresas
(sector

1. Inputs agrícolas	73,53
2. Salarios distribuidos	153,50
3. Pagos al Estado *netos* de las subvenciones y de las dotaciones de inversión	57,06
4. Inversión bruta	119,54
5. Valor bruto total de la producción	403,63

NOTAS Y COMENTARIOS AL CUADRO D

La articulación del cuadro podría sorprender. Está basada en las identidades:

A. Origen del valor bruto = inputs exteriores + trabajo pagado + excedente bruto.

B. Asignación del valor realizado = pago de los inputs + salarios + beneficios pagados al Estado + beneficios brutos retenidos (= inversión bruta).

C. Realización del valor = ventas corrientes + beneficios brutos retenidos (= inversión bruta).

Hay que lograr A = B = C.

CUADRO D

«productivas»
estatal)

6.	Ventas de los almacenes del Estado y cooperativas antes del I.V.N.	154,88
7.	Ventas de bienes de inversión a los campesinos y a la población	14,08
8.	Ventas de imputs corrientes a la agricultura	26,43
9.	Ventas de bienes de inversión al Estado y a las empresas	119,54
10.	Ventas de bienes y servicios al Estado (para servicios sociales y administrativos)	24,92
11.	Destinaciones registradas de la producción	339,85
12.	Residuo (= 5 − 11)	63,78
13.	Total de las destinaciones	403,64

En 1979 se tenía (págs. 238-239):

Producción agrícola ofrecida: (¡a los precios de 1973!)	123,5
Producción industrial ofrecida, I.V.N. (impuesto volumen de negocios) excluido: (¡a los precios de 1975!)	606,0
	729,5

Para 1980 se ha supuesto:

Producción agrícola ofrecida	124
Producción industrial ofrecida	618
	742

(La cifra oficial de la «producción industrial ofrecida» para 1980 es de 627 M.M.R.: «Le Monde», 17.3.81, pág. 21.)

Según el Cuadro de los intercambios interindustriales de 1972, Treml *et alii*, en U.S. Congress, Joint Economic Committee, *Soviet Economy in a New Perspective*, U.S.G.P.O., Washington, 1976, págs. 332-376; cf. también *C.P.E. 1980*, pág. 244, para 1972, se tenía:
Industria: Valor añadido bruto/producción ofrecida = 183,6/522,8 = 0,3512.
Agricultura y silvicultura: Valor añadido bruto/producción ofrecida = 66,9/115,4 = 0,5797.

La aplicación de estos coeficientes da para 1980:

Industria, valor añadido bruto	217,04
Agricultura, etc., valor añadido bruto	71,88
I.V.N. (impuesto volumen de negocios)	102,32
	391,24

Otros ramos que entran en la «producción nacional neta» en sentido ruso (construcción, distribución, transportes y comunicaciones «productivos») — por diferencia con *A, 1 + A, 2*	
«Producción nacional bruta» en sentido ruso	97,48
	488,24

Estos «otros ramos» (ramos 51, 54, 55 y 56 de Treml, 21, 33, 24 y 25 en *C.P.E. 1980*) totalizan en 1972 un valor añadido bruto de 86,8 M.M.R. para 183,6 M.M.R. de la industria — rendimiento de 0,473. Aquí, el rendimiento pasa a ser de 97,48/217,04 = 0,449, bastante próximo al anterior.

El total de las producciones («productivas») no agrícolas es por tanto de 314,52 M.M.R.

Para pasar a los «valores finales de utilización (*antes* de la consolidación inter-ramos) hay que añadir al V.A.B. (valor añadido bruto) de la industria los inputs agrícolas y al V.A.B. de la agricultura los inputs industriales. Utilizando los rendimientos de 1972 (Industria: inputs agrícolas 62,2, V.A.B. 183,6, coeficiente 0,3388. Agricultura: inputs industriales 24,6, V.A.B. 66,9, coeficiente 0,3677), tenemos para 1980:

Industria, inputs agrícolas	73,53
Industria, V.A.B.	217,04
Otros ramos «productivos» no agrícolas	97,48
Producción del sector estatal no agrícola antes del I.V.N.	388,05
Agricultura, inputs industriales:	26,43
Agricultura, V.A.B.	71,88
Producción del sector agrícola	98,31
Total (no consolidado por los intercambios inter-ramos)	486,36
Más: Impuestos volumen de negocios	102,32
Menos: intercambios inter-ramos	99,96
Igual: Producción nacional bruta	488,72
Menos producción nacional neta	435,00
Igual amortizaciones	53,72

A efectos de control podemos esbozar un:

Recuento de explotación del sector agrícola

Amortizaciones	8,82
Inputs industriales	26,43
Salarios percibidos	46,54
Transferencias percibidas	16,52
Trabajo no remunerado de los campesinos	x
Total	98,31 + x

Ventas a la industria	73,53
Ventas en el mercado koljosiano	22,72
Autoconsumo	y
	96,25 + y

En este recuento, todos los elementos proceden de cálculos ya realizados o de otros cuadros, salvo en el caso de las «amortizaciones», calculadas aquí por diferencia entre la VAB precedentemente calculada del sector agrícola y la suma de los salarios y transferencias percibidos. Estas últimas han sido tratadas como salarios; para el sector en su conjunto, forman parte integrante de los «gastos de mantenimiento de la fuerza de trabajo».

D, 1. véase más arriba.
D, 2 = B, 1 − A, 4
D, 3 = C, 3 − (C, 9 + C, 10)
D, 4 = A, 8a
D, 6 = A, 7a − C, 2
D, 7 = A, 8b + A, 8c
D, 8: véase más arriba
D, 9 = D, 4 = A, 8a
D, 10: «Tranferencias en especies del Estado» (*A, 7d*): 44,06 M.M.R. «Gastos administrativos del Estado», límite superior (*A, 9*; cf. nota a *C, 11*) 18,23 M.M.R. Total: 62,29 M.M.R. Se ha supuesto que el 40 % de este total corresponde a «bienes y servicios» proporcionados por las empresas al Estado y el 60 % a salarios (es decir, respectivamente, 24,92 y 37,37 M.M.R.). Los «gastos de personal» en los servicios de sanidad, en el presupuesto ruso de 1970, eran de 56,7 % (Christopher Davis, en «Soviet Studies» XXIX, 2, abril 1977, pág. 334).
D, 12: Se comparará este residuo con los de *A, 11* y *C, 13.*

CUADRO E

Recapitulación

1. Producción bruta de las empresas no agrícolas del sector estatal	314,52
2. Producción bruta de la agricultura	71,88
3. Producción de las administraciones	37,37
4. Otras producciones de servicios	34,63
5. Servicios de arrendamiento de los inmuebles de viviendas	7,92
6. PNB «al coste de los factores»	466,32
7. Impuesto volumen de negocios	102,32
8. PNB «a precio de mercado»	568,64

NOTAS AL CUADRO E

E, 1 y *E, 2*: véanse los cálculos de base para el Cuadro D.
E, 3: salarios pagados por las administraciones, según nota a *D, 10*.
E, 4 = *A, 4* − *D, 3*.
E, 5 = *A, 7f*.

CUADRO F

	Origen sector no estatal
Población no campesina	
1. Salarios percibidos	225,50
2. Transferencias monetarias recibidas del Estado	43,57
3. Transferencias en especies recibidas del Estado	36,53
4. Rentas del ahorro	3,30
5. Total ingresos inventariados	308,90
Población campesina	
6. Salarios percibidos	46,54
7. Ventas en el mercado koljosiano	22,72
8. Transferencias monetarias recibidas del Estado	8,99
9. Transferencias en especies recibidas del Estado	7,53
10. Autoconsumo	p.m.
11. Rentas del ahorro	1,09
12. Total ingresos inventariados	86,87
13. Total de las dos categorías	395,77
14. Diferencia neta	−0,50

NOTAS Y COMENTARIOS AL CUADRO F

F, 1: 112.749.000 asalariados, con el salario «medio» de 2.000 R/año (véase también *A, 4*).

F, 2 y *F, 3:* Las transferencias (monetarias y en especie) han sido distribuidas entre no campesinos y campesinos *no* según la proporción de los individuos activos (77 %-23 %), ya que creo que ello habría sobrestimado los beneficios que obtiene de estas transferencias la población campesina, sino según la proporción de los salarios percibidos (82,9 %-17,1 %).

F, 4: El total de *B, 7* ha sido distribuido entre no campesinos y campesinos según la proporción 75 %-25 % por las razones expuestas en *F, 22* y *F, 31*.

CUADRO F

y utilización de los ingresos
(no campesinos y campesinos)

Población no campesina

15. Compras en los almacenes de Estado y en las cooperativas	198,42
16. Compras en el mercado koljosiano	22,72
17. Utilización de las transferencias en especies del Estado	36,53
18. Alquileres	7,92
19. Compras de servicios	5,68
20. Inversiones	1,84
21. Impuestos pagados al Estado	24,52
22. Ahorro monetario	12,72
23. Total utilizaciones inventariadas	310,35
24. Diferencia	+1,45

Población campesina

25. Compras en los almacenes de Estado y cooperativas	58,78
26. Autoconsumo	p.m.
27. Utilización de las transferencias en especies del Estado	7,53
28. Compras de servicios	2,15
29. Inversiones	12,24
30. Impuestos pagados al Estado	1,14
31. Ahorro monetario	4,08
32. Total utilizaciones inventariadas	86,92
33. Diferencia	−0,95
34. Total de las dos categorías	396,27
35. Diferencia neta	+0,50

F, 6: Remuneración «media» mensual de los koljosianos en 1979: 112,9 R (pág. 238) es decir 1.355 R/años. Aumento supuesto del 2 % en 1980, es decir, 1.382 R/año para 33.678.000 campesinos = 46,54 M.M.R.
F, 7 = A, 7b.
F, 8 y *F, 9:* véase *F, 2* y *F, 3.*
F, 11: véase *F, 4.*
F, 15 y *F, 25:* Se ha supuesto que el total de las compras en los almacenes de Estado y en las cooperativas (257,20 M.M.R.) y en el mercado koljosiano (22,72 M.M.R.), es decir, 279,92 M.M.R., estaba distribuido entre población no campesina y población

campesina en proporción a sus ingresos monetarios descontando impuestos e inversiones, es decir (225,50 + 43,57 + 3,30 – 24,52 – 1,84 =) 246,01 para la población no campesina, es decir el 79 % del total, y (46,54 + 22,72 + 8,99 + 1,09 – 1,14 – 12,24 =) 65,96 para la población campesina, es decir el 21 % del total. Por tanto, compras de la población no campesina = 79 % de 279,22 M.M.R. = 221,14 M.M.R., *menos* 22,72 M.M.R. de compras en el mercado koljosiano = 198,42 M.M.R., lo que da 58,78 M.M.R. para la población campesina.

F, 17 y *F, 27:* véase *F, 2* y *F, 3.*

F, 18 = *A, 7f.*

F, 19 y *F, 28:* Según las cifras (pág. 242) para 1979, aumentados en un 7,3 % (el mismo ritmo que entre 1978 y 1979).

F, 20 y *F, 29* = *A, 8b* y *A, 8c.*

F, 21 y *F, 30:* Total de los impuestos sobre los ingresos = 9 % de las partidas presupuestarias (pág. 77), es decir 25,65 M.M.R. «Menos del 10 % de los gastos monetarios de una familia obrera» (pág. 225), por tanto menos de (*F, 1* + *F, 2* + *F, 4*) 272,37 × 0,1 = 27,24 M.M.R.; y «1,5 % sólo las de una familia koljosiana» (*ibid.*), es decir 1,13 M.M.R. 25,65 – 1,13 = 24,52 M.M.R. para los impuestos directos pagados por la población no campesina.

F, 22 y *F, 31:* El incremento normal del ahorro es del orden de un 11,5 % anual (pág. 238). Para un stock de 146,2 M.M.R. a finales de 1979, esto da 16,81 M.M.R. de ahorro adicional en 1980. Ha sido repartido según la proporción de los nuevos depósitos desde 1970 (pág. 228) y de las poblaciones respectivas, es decir (954 × 0,77/1.025 × 0,23 =) 24,3 %/75,7 %. Por tanto, 4,08 M.M.R. para el ahorro campesino y 12,72 M.M.R. para el ahorro de los «asalariados».

CUADRO G

Distribución de los ingresos según impuestos - clases sociales
(Millones de rublos)

1. Campesinos trabajadores			
(90 % del total = 30.310.000)			
a. Salarios: 0,8 del «salario medio» de 1.382 R/año = 1.106 R/año		33.522	
b. 0,9 de las ventas en los mercados koljosianos		20.448	
c. 0,8 de las transferencias recibidas del Estado		13.216	67.186
		(2.217 R/año por cabeza)	
2. Burocracia agraria			
(10 % del total = 3.368.000)		19.684	
	— impuestos	1.140	18.544
		(5.506 R/año por cabeza)	
3. Trabajadores asalariados ordinarios no agrícolas			
(81.473.000)			
a. Salario: 0,75 del «salario medio» de 2.000 R/año = 1.500 R/año		122.210	
b. Otros ingresos, transferencias, etc.		45.036	
		167.246	
	— impuestos	13.240	154.006
		(2.053 R/año por cabeza)	
4. Trabajadores asalariados privilegiados			
(20.000.000)			
a. Salario: 1,5 veces el «salario medio» = 3.000 R/año		60.000	
b. Otros ingresos, transferencias, etc.		21.684	
		81.684	
	— impuestos	6.380	75.304
		(3.765 R/año por cabeza)	
5. Burocracia no agraria			
(10 % de la población activa no campesina = 11.275.000)			
a. Salarios: 2 veces el «salario medio» = 4.000 R/año		45.000	
b. Otros ingresos, transferencias, etc.		16.680	
		61.780	
	— impuestos	4.900	
	— reajuste	1.810	
		55.070	
		(4.884 R/año por cabeza)	

Este Cuadro, aún más que los otros, es puramente ilustrativo y no pretende, menos aún que los otros, ser exacto en absoluto. Además del carácter arbitrario de las proporciones respectivas de los trabajadores y de los burócratas y de sus «salarios», ignora, necesariamente, las diferenciaciones internas entre campesinos, obreros, etc., según la profesión, la localidad, el sexo, las «cualificaciones», etc. Sobre todo, ignora las enormes ventajas clandestinas o semiclandestinas de las que disfruta la burocracia, y que, siendo ya considerables si se las juzga según los standars habituales, adquieren un «valor» fantástico en el contexto de penuria y de restricciones predominante en Rusia. Si mañana se decretase en Francia que a partir de ahora estaban prohibidos los viajes al extranjero, salvo 50.000 permisos válidos para un solo viaje, que serían subastados, ¿qué precio alcanzarían estos permisos? ¿50.000 o 100.000 F? Estos «permisos», la burocracia se los distribuye gratuitamente a sí misma —y el resto en proporción.

Las hipótesis numéricas se hallan explicitadas en el Cuadro. Corresponden sobre todo al juicio «cualitativo/cuantitativo» que se forma cuando se frecuenta durante algún tiempo (35 años en este caso) la literatura y la documentación relativas a Rusia.

Los ingresos de la burocracia agraria han sido calculados simplemente por diferencias entre el total de los ingresos campesinos (*F, 12*) y los ingresos de los campesinos trabajadores calculados aquí. Los impuestos pagados por la población campesina han sido íntegramente cargados a la burocracia agraria.

Para las categorías no agrícolas, la relación entre salario de los trabajadores privilegiados (los de las empresas «cerradas») y salario de los trabajadores ordinarios, es decir, de 2 a 1, tiene en cuenta a la vez los índices superiores de remuneración de los primeros con la misma cualificación (25 a 50 % según Agursky) y la concentración de trabajadores «cualificados» en esta categoría. «Cualificación» debe ser entendida aquí en el sentido ruso. Una gran parte de los trabajadores ordinarios son los de los «servicios», los cuales, como los obreros «no cualificados», ganan la mitad o menos que los obreros industriales «cualificados». (Cf. el cuadro dado por *C.P.E. 1980*, pág. 208.) Como, además, no se han tenido en cuenta otras «ventajas», sus ingresos probable-

mente están muy subestimados. Lo mismo puede decirse evidentemente, y *a fortiori*, respecto a los ingresos de la burocracia.

Para el conjunto de las categorías no agrícolas, las hipótesis adoptadas en cuanto a los índices salariales y a los números respectivos desembocan en un total de los salarios de 227,31 M.M.R., sorprendentemente próximo del total «efectivo» de 225,50 M.M.R. (*B, 1*). Aunque no he ejercido ninguna coerción previa a las hipótesis, no me siento orgulloso de esta coincidencia que es puro efecto del azar. Evidentemente, habría sido infantil producir una coincidencia «exacta» jugando con los índices y los números, pero habría sido una engañifa, dado el carácter ampliamente arbitrario (numéricamente) tanto de unos como de otros. Para la simple coherencia de los cálculos, he efectuado el reajuste recortando 1,81 M.M.R. de los ingresos de la burocracia no agraria.

Los «otros ingresos» de estas categorías resultan simplemente de la distribución a prorrata de las masas salariales aquí calculadas (54 %, 26 % y 20 % respectivamente) de los ingresos de transferencias, etc. (*F, 2, F, 3* y *F, 4*). Esto también debe atenuar considerablemente las ventajas de las categorías privilegiadas. —La misma clave ha sido utilizada para la distribución de los impuestos de la población no agrícola.

La media por cabeza de los ingresos inventariados es superior tanto para la población agraria como para la población no agraria, tanto para los trabajadores como para los burócratas. Este resultado a primera vista paradójico refleja *aritméticamente* los ingresos que el sector agrario obtiene de las ventas en el mercado koljosiano. Hay que observar asimismo que otro elemento importante de los ingresos campesinos, el autoconsumo, no ha sido tenido en cuenta en ninguno de estos cuadros. —Evidentemente serían necesarias verdaderas encuestas (imposibles) sobre el terreno para ver si esta imagen aritmética corresponde a una realidad. —Asimismo, la «economía paralela» se escapa, por definición, a todos estos cálculos. Es probable que los «bienes y servicios» producidos e intercambiados en el marco de esta economía tengan una importancia considerable y creciente pero imposible de cuantificar, al igual que es imposible estimar la parte que corresponde al trabajo adicional, y la que corresponde a la recuperación sobre el Estado (horas de trabajo y materiales).

CUADRO H

Resumen de la explotación burocrática

Formas del producto		
1. Bienes y servicios de consumo familiar y de inversión privada		353,81
2. Bienes de inversión del Estado		119,54
3. Actividades administrativas		2,57
4. Residuo		92,72
5. Total de 2 + 3 + 4		214,83
6. Total general (1 + 5) (= producción nacional bruta)		568,64
Formas del ingreso		
7. Salarios de los trabajadores explotados tras impuestos	221,19	
menos: ahorro	10,04	211,15
8. Salario de los trabajadores privilegiados tras impuestos	75,30	
menos: ahorro	3,41	71,89
9. Total salarios de los trabajadores tras impuestos *menos* ahorro (7 + 8)		283,04
10. Excedente neto = total ingresos burocráticos de los que:		231,38
11. *Ingresos privatizados:* burocracia agraria y no agraria tras impuestos	73,61	
menos: ahorro	3,34	70,27
12. *Ingresos estatizados:*		
a. Partidas presupuestarias		285,00
b. Más: alquileres		7,92
c. Más: ahorro		16,80
d. Menos: transferencias a la población		96,58
e. Menos: subvenciones		52,03
f. Igual: excedente neto a disposición del Estado		161,11
g. Más: provisiones para amortizaciones		44,90
h. Igual: excedente bruto a disposición del Estado		206,01

RESUMEN

		% del producto neto
Total del producto neto	514,92	
del que: *Ingresos de los trabajadores*	283,04	55 %
Excedente neto a disposición burocracia	231,38	45 %
del que: consumo privado de la burocracia	70,27	13,6 %
gastos administrativos	2,57	0,5 %
inversión *neta* del Estado y gastos militares	158,54	30,8 %
P.m.: inversión *neta* del Estado	74,64	14,5 %
inversión bruta del Estado	119,54	
Amortización	44,90	
Residuo (= *¿límite inferior de los gastos militares?*)	83,90	16,3 %

Como ya he dicho, todo el trabajo precedente tenía como objeto llegar a este Cuadro —que no es más que una base para una reconstrucción de las verdaderas cuentas sociales de la burocracia rusa.

Todas las cifras se desprenden de los Cuadros precedentes, donde podrán ser localizadas fácilmente salvo una (*H, 12e*: subvenciones) que comentaré brevemente más abajo. —Para simplificar, he adoptado una única cifra (la más pequeña) para los «gastos administrativos» del Estado (*H 3*; cf. nota a *A, 9*).

Las *formas del producto* no requieren ser comentadas. Los apartados *H, 2*, *H, 3* y *H, 4* corresponden a «productos» que, por naturaleza o por destinación, son utilizados por las élites dominantes, a través del Aparato de Estado. El apartado *H, 1* aparece como mixto: lo «familiar» es, sociológicamente, cualquier cosa.

Las *formas del ingreso* permiten tener una primera visión sobre la traducción económica de la división social. Los apartados *H, 7* y *H, 8* (derivados del Cuadro G) indican el ingreso efectivamente utilizado por las dos categorías de trabajadores: campesinos y trabajadores ordinarios, por un lado, trabajadores de las empresas «cerradas» por otro. El «ahorro» evidentemente es descontado, ya que constituye un préstamo al Estado, que lo utiliza para sus fines. Prescindiendo de la subdivisión de los trabajadores —aunque se habría podido, de forma totalmente justificable, clasificar a los trabajadores privilegiados al otro lado de la línea de separación social— el apartado *H, 9* da el total del ingreso *efectivamente utilizado* por la población trabajadora y que equivale a la parte del consumo total absorbido por ella. La diferencia entre esta cifra y el producto neto total es igual al *excedente neto*, es decir al total de los ingresos burocráticos. Este corresponde al 45 % del producto neto total. Adopta dos formas:

— Una forma *privatizada*, ingresos distribuidos entre la burocracia y utilizados por ella para su consumo privado (una vez más, sus numerosos privilegios económicos pero no monetarios no son tomados en consideración). El total del consumo de la burocracia (*H, 11*) y del consumo de los trabajadores (*H, 9*) es igual al consumo familiar (*H, 1*) de aproximadamente 0,5 M.M.R. (como para el Cuadro B; cf. nota a *B, 14*) —lo que

demuestra simplemente que las operaciones aritméticas intermedias han sido realizadas correctamente;
— Una forma *estatizada*, que corresponde *grosso modo* al presupuesto del Estado (a los ingresos que éste absorbe y que reutiliza).

El excedente neto a disposición del Estado (*H, 12f*) es la diferencia entre el excedente neto total (*H, 10*) y los ingresos burocráticos privatizados (*H, 11*). Debe ser equivalente al total de las partidas presupuestarias, más los alquileres de los inmuebles de viviendas, más el curso corriente de ahorro que los particulares ponen a disposición del Estado, menos las transferencias a la población, menos las subvenciones *corrientes* entregadas por el Estado a la economía. Todas estas cifras no son conocidas, —salvo la última, que puede ser calculada aquí por diferencia (lo que permite así completar, retroactivamente la línea 10 del Cuadro C).

Añadiendo a este *excedente neto* a disposición del Estado las provisiones para amortizaciones, se obtiene el *excedente bruto* a disposición del Estado: totalmente a disposición del Estado, ya que éste puede, en principio, cambiar la asignación de los fondos de amortización (no sustituir los medios de producción retirados por otros nuevos destinados a la misma utilización productiva). —La cifra de los fondos para amortizaciones es aquí la cifra total *menos* las amortizaciones supuestas de los campesinos (cf. la Nota introductoria al Cuadro D).

El resumen del Cuadro recapitula los datos y proporciona un último cálculo: la suma de la inversión neta del Estado y de los gastos militares; y esta inversión neta deja aparecer un último residuo. *Si* se supone que todo lo que pasa se refleja en la contabilidad nacional rusa (suposición absurda) *entonces* estas cifras proporcionarían, respectivamente, un límite superior y un límite inferior de los gastos militares *aparentes* y *contabilizados a los precios ficticios fijados por la burocracia*. Estos límites son, respectivamente de 158 y de 84 M.M.R. —es decir, 31 % o 16,3 % del «producto nacional neto».

Falta lo principal, que aquí solo puede ser esbozado. Ya he dicho que el dato importante —y el único que tiene un sentido— es el de *número de hombres* implicados en la producción militar. Puede generalizarse la cuestión: lo que importa es el número de hombres absorbidos por la producción

de excedente a disposición de la burocracia (por oposición al de los hombres implicados en la producción de los objetos consumidos por la población trabajadora). La relación de estas dos cantidades es el *índice de excedente* (o, en la terminología de Marx, la tasa de explotación).

Aparentemente, este índice nos lo proporciona el Cuadro H: es la relación del excedente neto con los ingresos de la población trabajadora, igual aquí a 45/55 es decir 0,82.

En realidad no es así ya que esta relación *aparente* está codeterminada por los *precios* que no reflejan necesariamente el *trabajo* consumido en las respectivas producciones. Carecería totalmente de sentido extraer la conclusión del Cuadro H de que el 55 % de la población rusa trabaja para mantener a la totalidad de la población trabajadora, y el otro 45 % para la burocracia. Esto puede comprenderse inmediatamente a partir de una consideración relativamente secundaria respecto a nuestro problema, pero que no sólo es aplicable a Rusia. Los «precios» con los que se mide el consumo influyen en los impuestos indirectos (aquí el I.V.N.) y están dilatados por este simple hecho. —La consideración principal es que en Rusia (como en todas partes, pero más que en todas partes) los precios son «arbitrarios» respecto al trabajo consumido en la producción, pero que algunos precios son más arbitrarios que otros. Parece sensato pensar (cf. en el Anexo 4 el apartado «La productividad rusa») que los precios de los objetos de consumo son «relativamente altos» y los de los medios de producción/destrucción «relativamente bajos». Esta es la conclusión a la que lleva la comparación con los precios norteamericanos (y que sólo podría ser inventada si éstos últimos presentasen una distorsión *sistemática* en sentido contrario, lo que no hay ninguna razón para suponer).

¿Existen razones para que sea así? Hay por lo menos dos. Ya he citado la primera en el Capítulo 3: los precios son, para la burocracia, instrumentos de distribución del producto, y los precios de los objetos de consumo son uno de los principales medios de los que dispone para determinar, en la medida en que depende de ella, el índice de excedente. Si aumenta (o no baja) los precios de estos objetos actúa sobre el índice de excedente; si modifica el precio de los armamentos, se entrega a juegos contables. La segunda razón es que los precios de los objetos de consumo tienen una *función* económica: equilibrar la

oferta y la demanda, absorber la totalidad de los ingresos disponibles de los particulares. (El que haya fracasos, y muy graves, desde este punto de vista, como lo demuestra la inflación oculta/diferida de la última década en Rusia, no invalida este principio.) Para el «sector 2» (llamaré así a la producción de objetos de consumo para la población trabajadora), debe verificarse: *cantidades* × *precios de los productos ofrecidos* = *salarios del «sector 1»* + *salarios del «sector 2»*.

Pero el «sector 1» (llamo «sector 1» al sector que produce el excedente, es decir los objetos en los que éste se materiliza) no está sometido a ninguna constricción de este tipo. El que la burocracia «se endeude» consigo misma con el *Typhon* por mil millones de rublos, o por un rublo, no supone ninguna diferencia. (Es lo que ya ocurre con todas las ventajas materiales no pagadas, o no suficientemente pagadas, de los burócratas.) La única «constricción» en este caso, sería la de un «cálculo racional» de la burocracia —y es ahí donde les escuece. Todo lo más, se puede suponer que tendería a respetar globalmente una regla del tipo: *cantidades* × *precios del «sector 1»* ≥ *salarios pagados por el «sector 1»*.

Omito una serie de desarrollos, fórmulas teóricas y cálculos que serán publicados en otra parte. Lo que aquí importa, es lo siguiente. Supongamos que, como permite pensar la comparación con los precios norteamericanos, los precios del «sector 2» estén dilatados (o sean excesivos) en un 25 %, y los del «sector 2» contraídos (o sean insuficientes) en un 25 %. Ello implicaría que, de seguir los mismos principios de fijación de tarifas para los dos sectores, los precios del «sector 2» deberían ser divididos por 1,25 y los del «sector 1» multiplicados por 1,25. Lo mismo puede decirse en el caso de los hombres/años *aparentemente* empleados por ambos sectores (a saber, las cantidades que calculamos dividiendo el producto de cada sector por el producto neto por hombre/año para el conjunto de la economía). Se «descubriría» entonces una distribución de la fuerza de trabajo entre los dos sectores muy diferente de la que permite suponer la valoración de sus productos a los precios vigentes. Este es el resultado bajo forma de Cuadro:

	Cifras aparentes	Cifras reconstruidas
Producto neto total (M.M.R.)	514,92	
Hombres/años (miles)	131.783	
Producto neto por H/A (rublos)	3.907	
Precios del «sector 2»	1,25	1,00
Producto neto del «sector 2» (M.M.R.)	283,04	226,43
H/A correspondientes (miles)	72.439	57.951
Precios del «sector 1»	0,80	1,00
Producto neto del «sector 1» (M.M.R.)	231,38	289,23
H/A correspondientes (miles)	59.345	74.181
Indice de excedente	0,82	1,27
H/A requeridos (miles) para producir en el «sector 1»:		
— 83,90 M.M.R. (= residuo final del Cuadro H)	21.473	26.841
— 74,64 M.M.R. (= «inversión neta del Estado»)	19.103	23.878

(Serían necesarios algunos reajustes de escala en la segunda columna del Cuadro, para equiparar el total de los hombres/años con el total real. Pero esto carece de importancia.)

Podría objetarse que hay una hipótesis oculta en este cálculo: que «la productividad» de los dos sectores es «intrínsecamente» la misma. Si alguien puede demostrarnos, sin razonamiento circular (y sobre todo sin pasar por los precios del mercado) que *puede ser* diferente (e incluso que la afirmación de esta diferencia tiene un sentido), me inclinaré. De momento, puedo comparar la productividad de un minero ruso con la de un minero norteamericano, de un tornero francés con la de un tornero alemán (situados, evidentemente, en las mismas condiciones). Pero no puedo comparar la productividad de un zapatero con la de una mecanógrafa, la de un labrador con la de un conductor de locomotora, sea cual sea su nacionalidad. Como no veo qué sentido puede tener la comparación de las productividades de trabajos heterogéneos que producen productos heterogéneos, sólo puedo establecer, para un espacio económico determinado, la convención de medidas: una hora de trabajo = a una hora de trabajo, sea cual sea el sector en el que se consuma.

Vemos, por tanto, que si la hipótesis que he formulado sobre los «precios relativos» de los dos «sectores» en la economía rusa es válida (y, por supuesto, harían falta muchos más datos para estar seguros), el índice de explotación sería sensiblemente más alto de lo que permiten suponer los datos de

la contabilidad nacional, y el número de hombres involucrados en la producción de armamentos también.

*

Tal vez se habrá observado que en el marco conceptual utilizado aquí (y en los cálculos finales) la totalidad de la inversión del Estado es imputada al excedente (considerada como lo que materializa el producto de la explotación).

Desde el punto de vista de los hechos, hay sin duda una parte de la inversión que, bajo una forma u otra, «aprovecha» directamente a la población trabajadora. Los casos más importantes serían, por una parte, las inversiones relativas a lo que normalmente se llama en Occidente «consumo público» en el sentido estricto del término (por ejemplo, construcción de hospitales y de escuelas —en la medida en que no están contabilizados en el presupuesto ruso, como «gastos sociales y culturales», que aquí han sido contabilizados entre los ingresos de la población); por otra parte, la construcción de viviendas (de hecho, salvo una pequeña fracción, estas viviendas pertenecen al Estado; los alquileres muy bajos representan en realidad una subvención a la vivienda y, de disponer de los elementos necesarios para hacerlo, la construcción de viviendas debería ser tratada como acumulación de capital del Estado e imputar a los ingresos de la población la subvención que constituye la diferencia entre los alquileres efectivamente pagados y los alquileres «normales»).

Más generalmente, ¿se puede incluir en el excedente la totalidad de la inversión «productiva»? ¿No resulta «útil» o «necesario» para el funcionamiento de la economía, cualquiera que sea el carácter de clase de esta última?

La respuesta es que la idea de explotación no es una idea *económica* (como creyó Marx y, después de él, prácticamente todo el mundo). *No existe un concepto económico de la explotación*. La construcción de dicho concepto exigiría conceder un sentido riguroso a la idea de *imputación separada*, lo que es imposible (cf. Capítulo 3). La explotación es una idea *política*: presupone que es posible otra sociedad, y afirma que la sociedad presente es injusta. Si se acepta la sociedad tal como es, todos los «gastos» (las *categorías* de gastos) que se producen en ella están necesariamente determinados por su estructura y

son necesarios para su continuación: la alimentación de los obreros al igual que la policía, las prisiones, etc. Si la sociedad debe existir y funcionar como sociedad capitalista, «la ley y el orden» son inputs tan (si no más) necesarios para la fabricación del producto total como la fuerza de trabajo. No hay *economía* egipcia sin sacerdotes y sin Faraón. Si un campesino o esclavo egipcio hubiera pensado que el Faraón y los sacerdotes le *explotaban*, ello habría significado que habría concebido la posibilidad de una institución distinta de la sociedad, y juzgado a esta última preferible. Si la sociedad burocrática debe existir, si es la única posible, entonces la burocracia es necesaria, y no se comprende por qué y cómo habría que sacar los «salarios» de los burócratas de los costos «socialmente necesarios» de la producción (es por otra parte lo que han repetido incansablemente, desde hace décadas, los abogados criptoestalinistas de la burocracia). Decir que la burocracia, o los capitalistas, explotan a la población sólo tiene sentido si significa: una sociedad sin burócratas y sin capitalistas es posible, y preferible.

Todo esto puede aplicarse asimismo a la inversión en general. La burocracia, como la clase capitalista «privada» tradicional, «crea» el excedente al mismo tiempo que se lo apropia. Por supuesto no lo crea «productivamente» —lo crea sociológicamente: obliga a la sociedad a producir un excedente y un *determinado* excedente. No existe un «excedente» en abstracto, siempre asume una determinada forma, y esta forma es «decidida» por la capa dominante. Si la burocracia decide invertir en fábricas textiles, guarderías o bombas H, es su problema: *ella* es quien decide, *dispone* del excedente, y dispone de él confiriéndole, en el mismo momento en que es producido, la forma material que a ella le conviene. Posee el *poder* sobre esta parte del tiempo de trabajo total de la sociedad, mientras que no tiene poder sobre la parte que está obligada a dejar a la población trabajadora. Si esta población tuviese el poder, tal vez decidiría reproducir exactamente la estructura de la inversión existente, tal vez la cambiaría de arriba a abajo. Esto no tiene importancia. Mientras la burocracia —o la clase capitalista— tenga *poder* sobre una parte del producto social, mientras siga *disponiendo* de él, seguiremos considerando esta parte como perteneciente al excedente y materializando la explotación de la sociedad por una categoría particular.

Capítulo 4
La Fuerza bruta por la Fuerza bruta

La sociedad petrificada y la expansión externa

A nivel interior, no puede decirse que el régimen se enfrente a una crisis, en el sentido habitual de la palabra: todo lo más se podría decir (utilizando la palabra inventada por los psiquiatras del KGB para caracterizar la supuesta «esquizofrenia» de los disidentes) que atraviesa una enfermedad crónica *tépide* de la que es incapaz de salir. Le es igualmente imposible emprender reformas y engendrar reformadores. Incluso suponiendo que pudiese surgir en el vértice de la burocracia un nuevo autócrata audaz e «iluminado» —hipótesis absurda—, no encontraría en la burocracia del Partido/Estado ningún grupo que pudiese y quisiese apoyarle. La «dirección colegiada» es un poderoso factor de conservadurismo, que se añade a todos los demás: en su seno, las presiones y las contrapresiones están bien asentadas y suficientemente equilibradas para impedir cualquier cambio importante. Esto no constituye una novedad histórica: una oligarquía inamovible y autocooptada tiende a ser infinitamente más conservadora que cualquier otra forma de régimen, e incluso que la monarquía absoluta, en la que el cambio de la persona del monarca puede significar a menudo cambios de orientación.[1] En este conservadurismo general y total *se conser-*

1. Aunque, una vez más, tampoco va a tratarse aquí de formular pronósticos sobre los «acontecimientos», considero las previsiones habitualmente realizadas en Occidente sobre los «cambios» que seguirían a la muerte de Breznev como *wishful thinking* —deseos piadosos. También, y sobre todo, reflejan ideología las categorías mentales que aquí prevalecen: *debe* haber una vía canónica y privilegiada para la evolución de una sociedad —y esta vía está trazada con el paradigma de la sociedad occidental. Lo que se aparta de ella, no puede existir —o al menos no durante mucho tiempo. Ciertamente, como ya dije hace mucho tiempo («Un partido de viejos burócratas», «Socialisme ou barbarie», n.º 19,

va también lo que gradualmente ha adquirido un empuje, un momento cinético fomidable: la expansión del Ejército y de la sociedad militar.

La situación interna está petrificada. Todos los días nos enteramos de que algo pasa, de que algo se hace en Norteamérica, en Alemania, en Francia, en Inglaterra —incluso en China. Lo que pasa en estos países, lo que se hace, incluso hoy, en estas sociedades, aparentemente agotadas y carentes de potencial vital, dista mucho de ser insignificante o sin interés. En Rusia, *no se hace nada, no pasa nada.* Y no es un resultado de la censura: sobre lo que pasa en la sociedad no militar rusa, no es mucho lo que ignoramos. Lo que vemos en ella, a nivel social, es la repetición, la rutina, la monotonía, el embotamiento, la penuria en el sentido más esencial del término. Sobre este fondo de grisura, sólo destacan los progresos de la tecnología militar, el despliegue y la acumulación de ingenios, y los movimientos de «política internacional». Se siguen interpretando concienzudamente las menores frases de Breznev o de cualquier otro dirigente cuando se refieren a política exterior. Hace mucho tiempo que sólo se concede un interés ínfimo a todo lo que pueden decir sobre la situación interna del país, incluida la situación económica. Y es que se reduce a nada. Lo que se dice (y lo que se hace) no comporta nunca nada nuevo respecto a lo que ya se había dicho (y hecho), y que ya era nada.

La situación está petrificada. Las capas privilegiadas «civiles» se dedican a sus ocupaciones, sus intrigas, sus placeres llanos e insípidos.[2] Pero al mismo tiempo poseen los medios de control suficientes para impedir cualquier movimiento social

julio de 1956; recogido actualmente en *La sociedad burocrática*, Vol. 2, *opus cit.*, págs. 169-170. Véase también «Le régime social de la Russie», 1978, ya citado, y, sobre el papel de la «personalidad» en el vértice del Aparato, «L'évolution du P.C.F.», en «Esprit», diciembre de 1977, recogido actualmente en la *Société française*, Editions 10/18, París, 1979, en particular pág. 226) y vuelvo a repetir aquí, la *gerontocracia* se ha convertido *necesariamente* en el P.C.U.S. en la única manera de resolver el problema, de lo contrario insoluble, de la sucesión en el vértice del Aparato. Pero no deja de ser una solución, es automantenida y autoreformada, y, al margen de una violenta conmoción social, no se vislumbra ningún factor que, en el P.C.U.S., pudiera ponerla eficazmente en cuestión.

2. Véanse en particular *L'Avenir radieux*, de Zinoviev y, en *La Nomenklatura* de Michael Voslensky (Traducción al español en Argos Vergara, Barcelona, 1981), el suculento capítulo «Un día en la vida de Denis Ivanovich».

que pudiese ejercer un impulso capaz de modificar la situación. Se sabe que, esporádicamente, estallan huelgas.[3] La disidencia mantiene heroicamente su delicada red; pero la represión cada vez más pesada que se abate sobre ella, los exilios y las salidas parecen reducir gradualmente su importancia numérica y su eco. Visto desde aquí, al menos, el régimen se aguanta como en 1950. Carente de flexibilidad, duro y por ello mismo sumamente quebradizo, se halla sin duda amenazado perennemente por una revolución. Pero, como ya he dicho, la discusión realizada aquí hace abstracción de esta posibilidad.

La expansión exterior, en esta situación, es la única «salida» del régimen —y ésto para *todas* las capas dominantes sin distinción (tanto para el «partido civil» como para la sociedad militar). No en el sentido de que abriría mercados para mercancías inexistentes; ni tampoco en el de que permitiría aligerar la situación económica de Rusia mediante el pillaje de otros países (como se hizo entre 1945 y 1948 en detrimento de algunos países en Europa oriental). Es la única salida porque es lo único que *puede hacer* la sociedad rusa actual. Estamos ante una sociedad que *se hace* para *hacer* esto: extender su dominación, su Imperio, preparándose para hacer la guerra. La expansión del Imperio ruso no puede llevarse a cabo, obviamente, ni por la penetración económica ni siquiera por la simple penetración «político»-«ideológica»: ésta no es más que un instrumento, un momento en una instalación en el poder de regímenes clientelares que pasa casi ineluctablemente por la «guerra de liberación nacional» o la «guerra civil» (Vietnam, Mozambique, Angola, Etiopía, Afganistán, etc.), pero que en último término sólo puede mantenerse *militarmente*. Rusia está obligada a preparar la guerra porque no sabe y no puede hacer nada más. Es absurdo preguntarse por qué un luchador de sumo no juega al tenis, por qué un campeón de pesos no se dedica al salto de altura. Es igual de absurdo que pensar —como tantos comentaristas y políticos occidentales— que la sociedad rusa podría entrar con Occidente en una «competición pacífica»,

3. Entre las conocidas: Temir-Tau, en 1959 (H. Gordon Skilling y Franklyn Griffiths, *Interest Groups in Soviet Politics*, Princeton U.P., 1973, pág. 67 —citado a partir de ahora: *Skilling-Griffiths 1973*); la importante huelga de Novotcherkassk en 1962, descrita por Solzhenitsyn en *Archipiélago Gulag*; fábricas Togliatti, en 1979 y nuevamente en 1980 (Marie Samatan, *l.c.*, págs. 49 y 315).

convertirse en una «sociedad de consumo» y liberalizarse. El régimen no deja a la sociedad rusa ninguna otra vía; ninguna meta, ninguna empresa fuera de la expansión de la dominación rusa, que pueda movilizar y canalizar las energías de los que desearían, en el marco social establecido, hacer algo más que ocuparse simplemente de su carrera.[4]

Esta expansión no se realiza al estilo hitleriano, con una sucesión rápida y brutal de partidas de póker, burlando al adversario. Tiene su propio ritmo, lento y pesado. Se aprovecha de las ocasiones que se presentan, se da plazos temporales visiblemente indefinidos, sabe esperar y a veces retroceder sin perjuicio (compárense los efectos, prácticamente nulos, de la retirada rusa durante la crisis de Cuba con los otros, catastróficos, del final de la guerra del Vietnam para Estados Unidos) —y no deja, durante todo este tiempo, de ampliar y de perfeccionar la base material sobre la que se apoya— la producción y el despliegue de armas.

La expansión corresponde ciertamente, en primer lugar y ante todo, al peso, a la fuerza, a los objetivos más o menos automáticos y ciegos del Aparato militar —de la sociedad militar. Que éste tiende constantemente a aumentar su poder y los medios a su disposición, no es una deducción a partir de la esencia del Ejército o del puro concepto de un Aparato militar. No hay, en la historia, «Ejércitos» en general y lo que se podría decir de los Ejércitos en general es trivial y hueco. Se trata de una constatación de hecho, a partir de lo que ha pasado en Rusia desde hace, más o menos, veinticinco o treinta años. Ha habido, probablemente, un intento y medio —Malenkov, y, en cierto sentido, Kruschev—[5] de limitar los recursos absorbidos por el Ejército o de reorientarlos; ambos fracasaron. La «prioridad del sector A sobre el sector B» (de la producción de

4. Resulta sorprendente constatar que, a pesar del final del delirio de la fase Stalin-Jdanov, la esterilidad en el terreno de las grandes ciencias, o ciencias fundamentales, sigue siendo la característica de Rusia (con la única excepción de esta extraña rama constituida por las matemáticas). Mucha ciencia aplicada; pero, como ya constataba Sajarov *(Mon pays et le monde)* ninguna de las grandes ideas científicas de los últimos sesenta años procede de Rusia. Dos premios Nobel sobre un total de 102 en las ciencias «exactas» —y más de 50 norteamericanos. A las matemáticas, se les pueden añadir los récords deportivos y el ajedrez: ambos, evidentemente, profesionalizados —pero no puede confundirse el profesionalismo socialista con el profesionalismo capitalista.

5. Véase más adelante el apartado «El punto de vista histórico».

«medios de producción» sobre la producción de «medios de consumo») no tiene, desde hace muchísimo tiempo, y no *puede* tener *más significación* que la prioridad de la producción militar sobre la producción civil. En la práctica, esta prioridad *nunca ha dejado* de prevalecer.[6]

Este poder, estos medios, no comportan únicamente el material y los hombres, sino también evidentemente las bases y los territorios de su instalación y de su despliegue. Repito, una vez más, que cuando hablo de poder de la sociedad militar, de la estratocracia, en Rusia, no entiendo ni la presencia de una mayoría de militares en el Politburó ni su intervención firmada y fechada para tomar una determinada decisión. Sabemos sin embargo que, al menos en un caso, los militares en sentido estricto han intervenido y han influido en la decisión: cuando la invasión de Checoslovaquia en agosto de 1968.[7]

El caso de Afganistán es distinto. Es muy poco probable que en este sentido hayan existido divergencias —salvo sobre la

6. Afirmar que pueda haber, durante décadas, en una economía que no produce para la «venta» o el «mercado», una producción constantemente creciente de «medios de producción» que no se traduce en aumento de la producción de los objetos de utilización final, equivale a decir que los miembros del Politburó comen acero y máquinas, o que los almacenan en el sótano de sus datchas. Esta estupidez es precisamente lo que los dirigentes rusos desean que el mundo crea —y lo que los comentaristas occidentales no han dudado en tragarse, anzuelo y caña incluidos. En cuanto ha sido alcanzado un cierto nivel de las capacidades y de la producción del «Sector A» —lo que debió suceder en Rusia a mediados de los años 1950— la prioridad mantenida de la «producción de los medios de producción» sólo tenía y sólo podía tener un sentido: prioridad de la producción de medios de destrucción.

7. El testigo directo, Zdenek Mlynar —miembro del equipo checoslovaco que, con Dubcek, «negoció» con los rusos en Moscú después de la invasión de su país— afirma que la decisión de la invasión fue tomada por los mariscales rusos, mientras la mayor parte del Politburó estaba de vacaciones. Resume así el segundo discurso de Breznev a Dubcek, durante la última reunión en la que la delegación checoslovaca debió doblegarse al Diktat ruso: «las tropas soviéticas, que conquistaron su paso hasta el Elba, tienen derecho a estar en Checoslovaquia... Así será, desde la Segunda Guerra mundial hasta la eternidad». La alusión de Dubcek a la simpatía de algunos partidos comunistas de Europa occidental por la línea del P.C. checo es descartada por Breznev con despectiva ironía: «¿Cuánto pesa un Berlinguer? ¿Acaso tiene carros de combate? ¿Acaso puede cambiar los resultados de la Segunda Guerra Mundial?» (*Nightfrost in Prague*, *l.c.*, pág. 241; extracto publicado en «Telos» n.º 42, invierno 1979-1980, págs. 50-51). Kadar, que durante un período había apoyado a Dubcek, decía a este último poco antes de la invasión rusa, sorprendido e incrédulo: «¿Pero es que *realmente* no sabe con qué clase de gente se las tiene que ver?» (*ib.*, pág. 157).

táctica, el momento de actuar, etc.— en el seno de la dirección rusa.[8] Incluso suponiendo que el Vértice militar y el Vértice «político» siguiesen líneas orgánicamente distintas —lo que evidentemente no ocurre— estas líneas en el caso de Afganistán sólo podrían converger. En este caso se trataba, a nivel «político», de proporcionar una nueva demostración de la irreversibilidad de los regímenes ruso-comunistas, y, a nivel «militar», de no correr el riesgo de perder el control de un territorio cuya importancia estratégica no necesita comentarios (mayor aproximación al Golfo, posibilidad de hacer surgir a continuación una «República popular democrática de los Baluches» que proporcionara finalmente a la flota rusa bases directas en el Océano Indico, amenaza sobre Pakistán cuyos efectos se manifestaron inmediatamente).

En este sentido, el caso de Afganistán tiene valor general, y por razones que saltan a la vista. El Kremlin no abandonará jamás tranquila y pacíficamente un territorio que controla bajo el falaz pretexto de que sus poblaciones rechazan el régimen que él les impone —mientras que Estados Unidos se ha visto obligado a abandonar, bajo la presión de los jóvenes, de los movilizados, de los soldados, de la opinión interna e internacional, Vietnam. El Kremlin no dudará nunca, a poco que las circunstancias se lo permitan, en apoderarse de un territorio

8. Un buen conocedor de la realidad rusa, Viktor Zaslavsky, ha interpretado la invasión de Afganistán como una reacción del *establishment* militar a una supuesta tendencia hacia una reforma y liberalización de la economía, que habría sido anunciada por las decisiones de 1979 (decreto del 12 de julio de 1979). Zaslavsky escribe: «Como en 1968, las élites militares y los dirigentes de las industrias de armamentos, ayudadas por la inclinación general a conservar intactas las relaciones de poder existentes, prevalecieron sobre las tendencias reformistas. La invasión de Afganistán demuestra que, si es necesario, una crisis internacional y sus consecuencias pueden ser fácil y ventajosamente utilizadas para conservar el monopolio del poder en manos de una pequeña minoría» («L'Espresso» 24.2.80, págs. 44-52; trad. bajo el título «Why Afghanistan?» en «Telos», n.º 43, primavera 1980, págs. 139-141). No me costaría nada aceptar la interpretación de Zaslavsky, que refuerza visiblemente mi tesis sobre la supremacía del Ejército en cuanto a las decisiones cruciales. Pero en este caso concreto me parece falsa. El decreto del 12 de julio de 1979 —véase anteriormente, pág. 158— no posee la significación que le atribuye Zaslavsky, sino más bien la significación totalmente contraria. Representa un nuevo intento de aumentar el control central sobre la economía. Si algo anunciaba, era el avecinamiento de tiempos futuros todavía más rigurosos. Se comprende como una etapa de la preparación de la invasión de Afganistán y de la situación que, previsiblemente, podía desencadenar.

que le ofrezca bases. Supongamos que, dentro de un año o dentro de cinco, la situación explosiva en Africa del Sur empieza a adquirir verdadero carácter; que el movimiento de los negros pasa a la fase de guerrilla. ¿A quién van a dirigirse para obtener armas? ¿A Reagan? ¿Y quién puede pensar que el G.Q.G. ruso renunciaría a la posibilidad de dotarse de algunas bases en el Cabo?

Los regímenes «comunistas» pro-rusos sólo se aguantan, la mayor parte del tiempo, en virtud de la presencia militar rusa, directa o indirecta (Polonia, Hungría) y/o de sus subrogados locales (R.D.A., Bulgaria, Cuba, Vietnam). Esto ya arroja alguna luz sobre los límites del análisis en términos de la noción de «totalitarismo» —volveré sobre ello. El caso es que, fuera de Rusia en todo caso, los partidos «comunistas» apenas pueden asegurar «políticamente» su poder; en la mayoría de los casos, sin las divisiones rusas en el país o en sus fronteras, caerían en un plazo de veinticuatro horas. Eso demuestra que el Imperio ruso, en tanto que Imperio, no se apoya y no puede apoyarse ni en la «ideología», ni en las estructuras «políticas» del partido totalitario en quiebra. El Ejército ruso (y sus apéndices «nacionales») no es, en estos países, *ultima ratio*, sino el fundamento, *el único*, del poder de los P.C. Ello le confiere necesariamente un peso fabuloso dentro de la propia sociedad rusa. A la inversa, este Ejército aprovecha todas las ocasiones que se le presentan —es lo que demuestran, simplemente, los hechos desde hace décadas— para afirmar su papel *y* ampliar las bases territoriales de su fuerza.

La Fuerza bruta por la Fuerza bruta

Pero el estímulo hacia la expansión corresponde también y sobre todo a algo mucho más profundo, quizás el elemento más decisivo en todo el asunto, también el más difícil de delimitar y formular claramente. Y este elemento no concierne tan sólo al Aparato militar: concierne al conjunto de las capas dominantes rusas, Ejército y Partido «civil» por un igual. Se trata de una visión del mundo, y de un tipo antropológico nuevo que le es homólogo. Se trata de una creación socio-histórica, de un imaginario desconocido, bajo esta forma, en la historia precedente.

Cuando Kadar decía a Dubcek: «¿Es que *realmente* no sabe con que clase de gente se las tiene que ver?», lo que quería decir está claro. Dubcek se hacía ilusiones creyendo que los dirigentes del Kremlin podían ser convencidos por argumentos, respetar los «derechos» ajenos o la «independencia nacional» de un país o simplemente negociar en el horizonte de un compromiso posible salvaguardando aunque sólo fuese una parte ínfima de los intereses o del punto de vista de la parte más débil. Kadar quería decir, enfin: sepa que tiene que vérselas con gente sin fe ni leyes —con gente que sólo comprende el lenguaje bruto de la Fuerza, y para quien todo lenguaje no es más que velo o instrumento. ¿La Fuerza al servicio de qué? La Fuerza al servicio de la Nada: la Fuerza al servicio de sí misma, la Fuerza que se ha dotado de una segunda Fuerza impulsándola a su expansión sin límites. La Fuerza que sólo tiende a aumentar en tanto que Fuerza.

La «victoria mundial del socialismo»: es decir, el Imperio mundial ruso-comunista. No se trata de palabras, ni de retórica, ni de «ideologías». Hay una representación, una construcción, una constitución ruso/comunista no sólo en el ámbito «política internacional», sino también en el ámbito social e histórico, de *lo que es el mundo humano*, que es la representación de este mundo en términos de puras relaciones de Fuerza, representación de un mundo construido exclusivamente sobre relaciones de dominación —y en el que evidentemente la guerra, actual o potencial, representa el momento de la verdad. Todo el contenido social, político, ideológico que Lenin podía todavía incluir en la fórmula: «¿quién ganará?» ha desaparecido; pero no la fórmula. Los propios discursos, «mentirosos» casi siempre —de hecho no se trata de «mentiras», volveré sobre ello— lo proclaman con una sinceridad total: «Nosotros os enterraremos», gritaba Kruschev. En la representación ruso/comunista de la historia universal, la «victoria final del comunismo», es decir el Imperio mundial de los dueños actuales de Rusia, es el término cardinal de referencia, respecto al cual todo el resto se organiza y «adquiere sentido».

Esta representación de la historia universal y de la sociedad mundial no es una «teoría» (ésta última no es ni verdadera ni falsa). No es tampoco una «ideología» en el sentido estricto del término —aunque guarde con la ideología (aquí, pseudo-«marxista-leninista») una relación *sui generis* sobre la cual

volveré más adelante. Es una *significación imaginaria social*[9] que ha sido central en la autoconstitución de las capas dominantes rusas desde Stalin y que, desde hace mucho tiempo, se ha desembarazado de todo el fárrago «marxista-leninista» transformándolo en un simple apéndice instrumental. Es a la vez interpretativa, constitutiva y constructiva. Es a partir de ella que las capas dominantes rusas «comprenden» el mundo; es a partir de ella que se constituyen y que se mantienen unidas; es a partir de ella, en fin, que construyen el mundo —es decir que *hacen ser, en la realidad*, y no sólo en la representación, el mundo que tocan. Si un Estado poderoso «practica» el mundo internacional como puro y simple campo de fuerza, los demás Estados se ven obligados tarde o temprano a hacer lo mismo — o a desaparecer.

Toda sociedad se construye y debe construirse una representación del conjunto humano en el que está situada: de las demás sociedades, del pasado y del futuro. Evidentemente, esta representación es imaginaria en el sentido más profundo del término; confiere una *significación* a este hecho sumamente extraño: la coexistencia de sociedades humanas y su sucesión; significación que debe ser inventada, creada, y que no corresponde ni a leyes o fenómenos naturales, ni a deducciones racionales. Pero evidentemente también, estas significaciones imaginarias (para cada sociedad en sí mismas, y para su coexistencia obligada) son factores *reales* de la historia *real*. Determinan lo esencial de la vida, de la actividad, del «destino», tanto de la historia de los hebreos como de Roma, de los árabes islámicos como de las monarquías cristianas y hasta al semisuicidio colectivo de los alemanes dominados por el nazismo.

En estas construcciones del mundo, la Fuerza bruta, el hecho bruto y brutal de que haya Fuerza (aunque concretamente la fuente de la Fuerza sea siempre enigmática) y de que juegue un papel importante si no decisivo en los asuntos humanos, siempre ha ocupado, evidentemente, un lugar. La única excepción concierne a algunos movimientos religiosos pura y simplemente a-cósmicos y confirma lo que yo digo: estos

9. Sobre las nociones de significaciones imaginarias sociales y de imaginario social, véase mi libro *La Institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona, Tusquets Editores, 1983.

movimientos sólo han podido sobrevivir bien sea como sectas marginales o intersticiales, bien sea, como el judaísmo y sobre todo el cristianismo, «traicionándose» y adaptándose al universo de la Fuerza en la duplicidad instituida, la separación entre lo intramundano y el Reino de Dios. La Fuerza siempre ha estado reconocida —pero nunca sola, nunca desnuda, nunca desprendida de todo lo demás. Brennus puede gritar *Vae victis* y arrojar sobre la balanza, además de los pesos falsos, su cinturón y su espada: existen, entre galos y para los galos, otros valores, reglas y normas que la Fuerza bruta. Esta anécdota no habría sido registrada y transmitida si lo que da a entender fuese algo que se da por descontado. Ninguna cultura, que yo sepa, ha sido tan consciente del papel decisivo, último, de la Fuerza —*Kratos* y *Bia*— como la cultura griega antigua; ninguna se ha basado tan claramente en el predominio último de la Fuerza bruta y de la Muerte y por tanto del sin sentido radical de la existencia humana. Pero evidentemente, no sólo la cultura griega no se reduce a esto, sino que el reconocimiento de esta evidencia la lleva a levantarse *contra* ello. (La unicidad de los griegos a este respecto es que no buscan consolaciones en otros mundos, y que no se cuentan cuentos sobre la victoria final del Bien.)

En líneas generales toda sociedad ha entretejido —ha sido obligada a entretejer— el reconocimiento de estos dos hechos últimos: el predominio de la Fuerza en la vida y la terminación de la vida en la Muerte (dos caras de lo Mismo), con otras significaciones. (O bien, otra manera de decir lo mismo: estos dos hechos siempre han sido reducidos, en cuanto tales, a la categoría de simples hechos, sin significación en sí mismos, y refrendados por significaciones que los superan y los niegan: véase el lugar de la Muerte en casi todas las creencias religiosas.) Lo propio y lo absolutamente original del mundo que crea y aporta la capa dominante rusa es que la pura Fuerza, en el mundo construido por ella, está allí por sí misma, es su fin en sí misma (evidentemente servida por el oportunismo y el arribismo de los individuos —que es, evidentemente también, pura inanidad), sin considerar nada más que a sí misma, sin mezclarse con nada que no sea ella. Las limitaciones que puede imponerse (que por otra parte no se imponían en la época de Stalin) son puramente funcionales e instrumentales: una «legalidad» mínima (por lo demás fácilmente violada o soslayada cada

día, como es sabido) es evidentemente necesaria para que la sociedad en su conjunto funcione de alguna manera. Pero esta «legalidad» no es un *derecho*, relativo a los valores que delimite una esfera de acción libre de los individuos y de los grupos, oponible al Estado: es simple norma de relativa coherencia interna de las actividades de la burocracia. La pseudo-legalidad, tardía y ocasional, de la burocracia no tiene nada que ver con el derecho; es un asunto de (mala) ingeniería social.[10]

Esta representación del mundo no puede ser llamada «ideología». Un uso deplorable, propagado desde hace décadas (y compartido desgraciadamente por autores importantes, como Georges Dumézil), perteneciente a un marxismo degenerado y a los intentos de los epígonos de remendar un tejido teórico hecho jirones, ha introducido el término de «ideología» en todas las salsas. Así se oye hablar de la ideología de determinada tribu arcaica, por ejemplo. Con ello se pretende dar cabida, en el interior de un marxismo que se quiere salvar, a ese núcleo de la vida y de la institución de toda sociedad que son sus representaciones, sus normas, sus valores —su forma de constituir en sí misma un mundo y de dotarlo de significaciones. Algunos marxistas perezosos, habiendo descubierto más bien tarde que la «infraestructura» no lo es todo y no lo explica todo (por no decir que no explica nada), han inventado este maletín, sintiéndose cubiertos, ya que el término se encuentra en Marx. La audacia teórica de estos «revolucionarios» es tal que no pueden dar un paso sin haber encontrado un pelo de la barba del antepasado para agarrarse a él. Lo absurdo de una terminología que reduce el totemismo y la teoría económica liberal a ser especies del mismo género no necesita ser comentada. Sólo hay ideología cuando hay intento de justificación «racional» y «racionalizador» de los objetivos de un grupo o de una clase (tanto si se trata de preservar el estado de cosas existente, como de modificarlo). Por tanto sólo puede haber ideología en las sociedades donde lo «racional» se ha convertido

10. Otra cosa es que los sujetos de la burocracia utilicen al máximo desde hace algún tiempo las posibilidades que les ofrece esta pseudolegalidad para luchar contra la opresión. A menudo, los disidentes las han utilizado con un genio táctico digno de admiración. Cf. Krzystof Pomian, «La dissidence», «Libre», n.º 8, París, Payot, 1980, págs. 5-53. Pero estas posibilidades son muy limitadas —la burocracia viola evidentemente sin cesar (y, parece ser, que ahora cada vez más) su propia pseudo-«legalidad».

en norma y piedra de toque. No hay «ideología tripartita» de los indoeuropeos. Hay un *esquema imaginario nuclear* de organización del mundo (social y «divino»), que comporta evidentemente, como toda institución de la sociedad, su dimensión «lógica» (de conjunto-identidad). Hay ideología cuando la justificación del estado de cosas existente (o de los objetivos de un grupo, clase, etc.) se despliega como «argumentación», y por ello mismo acepta someterse, al menos exteriormente, a un control «racional», a una crítica, a una confrontación con los hechos. Ciertamente, el discurso ideológico no puede explicitar sus presupuestos últimos; ciertamente también, existe una «función» social, que sólo puede ser realizada a través del embellecimiento (o también del afeamiento), la idealización, el recubrimiento de todo lo que, en la realidad, le molestaría. Pero sólo es ideológico en la medida en que mantiene un grado importante de contacto con la «racionalidad» *y* la realidad. Dicho de otra forma, se convierte simplemente en un cuerpo de creencias que —como todos los cuerpos de creencias en la historia— ciertamente se dota siempre también de algunos argumentos «reales» y «racionales» (en toda sociedad o grupo humano que cree en la magia, la eficacia de la magia es evidentemente un hecho de experiencia, al igual que sus fracasos eventuales son explicados abundantemente recurriendo a factores de la misma naturaleza: errores técnicos del mago o contramagia más poderosa, etc.).

La retórica de la dirección rusa actual no tiene nada que ver con una «ideología». Resulta, a primera vista, asombroso ver a menudo a buenos conocedores del régimen ruso seguir afirmandoi que éste está dirigido por la «ideología comunista» y la creencia en «leyes de la historia» que asegurarían la «victoria final del comunismo». No hay nada de eso —y los bloqueos mentales de estos conocedores se explican finalmente muy bien, como intentaré demostrar más adelante. Para resumir, se trata de la imposibilidad de concebir, y de aceptar, que la Fuerza bruta pueda mantener cohesionada una sociedad que no constituye una curiosidad etnológica, sino que pesa gravemente sobre el destino de la humanidad y la orientación de la historia. La retórica rusa (y más generalmente comunista) conserva, ciertamente, gran parte del *vocabulario* marxista. Pero no es esto lo que constituye o podría constituir una «ideología». Para que un vocabulario sea portador de una ideología, sencillamente es necesario que los *vocablos* mantengan una cierta relación (no

totalmente arbitraria) con las *ideas*. Nada similar ocurre con el vocabulario ruso/comunista.

Desde luego, subsiste «algo» del marxismo-leninismo; pero ese algo no es verdaderamente específico del marxismo (y ni siquiera del marxismo-leninismo). Ese «algo», es el reconocimiento de *determinados* elementos de la realidad social-histórica, a la vez que un avatar último del «realismo» político marxista (y sobe todo, marxista-leninista). Lo que la dirección ruso-comunista «conserva» del marxismo es lo que le permite concebir la sociedad como *dividida*, ver siempre en las relaciones sociales y políticas la dimensión de la *dominación* y en todos los demás aspectos de la vida y de las actividades sociales momentos *instrumentales* respecto a esta dominación. (La diferencia con un simple «maquiavelismo» ordinario es que, generalmente, éste queda limitado al ámbito «político» en el sentido estricto y no ve en la literatura o la pintura, por ejemplo, actividades que deban asimismo ser dirigidas para servir a la dominación de la élite en el poder.) Esta perspectiva la utiliza, ciertamente, respecto a su propia sociedad; la utiliza también en relación con con las demás, en las que la división social y política es para ella permanentemente un factor a utilizar y a explotar —bien sea como vehículo de la subida al poder de sus hombres adictos, bien sea como moneda de cambio que le permite obtener otras ventajas (los casos en los que ha vendido a una determinada revolución o a un determinado movimiento nacional cuando le ha convenido son numerosos; sus críticos marxistas de izquierdas han visto siempre en ello «traiciones» y/o los signos de la integración definitiva de la burocracia rusa en el orden capitalista mundial— en lugar de ver en ello la simple *utilización* pragmático-cínica de estos movimientos). Y es también esta misma perspectiva lo que determina que piense constantemente en términos de Fuerza y de relaciones de Fuerza, que para ella las relaciones internacionales no sean nada más que relaciones de fuerza entre Estados. «¿Cuántas divisiones tiene el Papa?», preguntaba Stalin; y Breznev: «¿Cuántos carros de combate tiene Berlinguer?».

Ese es el término y el límite de la transformación que Lenin operó sobre el marxismo, convirtiéndolo en una concepción puramente instrumental. Lo que en Lenin todavía era ambiguo e iba acompañado de una colosal ceguera —ya que este marxismo instrumental era a pesar de todo instrumento de la

«revolución proletaria», que sin embargo se identificaba con la toma del poder por el «partido», sin que Lenin viese que estaba creando el totalitarismo burocrático— ha perdido desde hace mucho tiempo, desde el comienzo del reinado de Stalin, cualquier ambigüedad. Los elementos de inteligencia *real-política* de las sociedades y de la historia que contiene el marxismo sólo subsisten, entre las capas dominantes rusas, como «maquiavelismo»-cinismo ultravulgar; este «maquiavelismo» les permite reconocer algunos factores importantes de la realidad, frente a los que sus adversarios tienen casi necesariamente una venda en los ojos o se ven obligados a mantener ilusiones, y por eso mismo les confiere sobre ellos una superioridad indiscutible. Y estos elementos son de tal naturaleza que pueden combinarse más o menos eficazmente con la retórica sobre «la lucha de clases internacional», las «guerras de liberación nacional», el «socialismo», etc. Pero la ideología marxista tiene la misma relación con los dirigentes rusos que la moral de los Evangelios con Alejandro Borgia —con, todo lo más, esta diferencia de estilo: en la época de Borgia las grandes masas de la población seguían siendo más o menos «cristianas»; con Breznev, la masa de los «hombres socialistas» no tiene nada que ver con el socialismo.

Hay que insistir en la especificidad del fenómeno. No han sido las capas dominantes rusas las que han creado este aspecto del mundo socio-histórico, el de ser un campo de relación de fuerzas; tampoco han sido las primeras en haber descubierto este hecho. Pero son de todas formas las primeras, al menos a este nivel, y con semejantes «oportunidades» históricas, en haberlo convertido en el principio único y exclusivo de su comportamiento y de su propia existencia, en haber descartado cualquier otra preocupación y sobre todo cualquier *límite*, tanto «interno» como «externo», que no sea pragmático y oportunista, en la visión del mundo como simple campo de fuerzas y en una actividad que sólo se regula a partir de ellas. Bien sabe Dios, por ejemplo, que las capas dirigentes de los países capitalistas, han dado muestras —y pueden darlas siempre— de cinismo y falta de escrúpulos al perseguir sus objetivos. Pero esto ni define, ni agota a las sociedades capitalistas occidentales. La conquista del poder también se ha instrumentado a través de otros mecanismos que no son los de la Fuerza bruta: especialmente, los de la expansión de la producción, de la «penetra-

ción» económica, cuyos efectos pueden ser —prácticamente han sido— más que crueles para los que los padecen, pero que implican también, en un plazo más o menos largo, una puesta en movimiento de las sociedades implicadas y finalmente abren el campo a luchas sociales y políticas. Por otra parte y sobre todo, el uso de la Fuerza bruta, tanto en el interior como en el exterior, siempre ha tropezado con límites importantes de todas clases: la ley, las reacciones de los ciudadanos, la crítica y el control públicos, e incluso la hipocresía, homenaje que los dirigentes se han visto casi siempre obligados a rendir a los valores compartidos por la sociedad y sin los que ésta no habría podido *mantener su cohesión*.

Aparte de momentos excepcionales y pasajeros, jamás ha habido en la historia «maquiavelismo» puro y no limitado, práctica del poder como poder y para el poder con la exclusión de cualquier otra consideración, e incluso, para ser más exactos, con *subordinación* explícita, articulada, total, de todo lo demás a la pura instrumentalidad del poder y de la fuerza. El «maquiavelismo» —lo que se ha extraído, o se ha creído poder extraer, bajo este título, de *El Príncipe*— es o bien obra de pensamiento que reflexiona sobre una «pura política del poder» como límite, o bien «momento», «componente» entre otros —quizás, a veces, dominante— del comportamiento de determinado hombre o de determinado grupo dominante. Nunca ha sido —y hasta ahora nunca se ha creído que pudiera serlo— el único cimiento, y no sólo forma de operar sino *forma de ser*, de una sociedad entera, de arriba a abajo. Y los que se resisten a ver la Rusia tal como es están dominados por las mismas motivaciones, por el mismo rechazo a admitir que la historia pueda también ser *esto*, que los que denunciaban con indignación *El Príncipe*. Nunca se había podido ver una sociedad instituida *exclusivamente* sobre las relaciones de Fuerza (tal como se desarrollan, por supuesto, en un universo burocrático moderno —a través de la intriga, el cinismo, el oportunismo, la traición; no de los navajazos), una sociedad sin fe ni ley, y sin más valor que la Fuerza. Estoy hablando, por supuesto, del régimen y de la sociedad tal como el régimen pretende modelarla y tiende a modelarla; que luego, bien a través de reminiscencias no totalmente erradicadas del pasado, o bien a través de sus propias reinvenciones, una gran parte de individuos consiga, no obstante, orientarse y comportarse de otra

forma, es algo evidente y es otro problema, o mejor dicho, otra fase del problema.

El otro elemento del marxismo-leninismo que subsiste es el vocabulario —o la retórica. Este vocabulario no mantiene, como es sabido, *ninguna relación* con lo que sus términos estaban inicialmente destinados a designar o con lo que estos términos, o al menos algunos de ellos, siguen designando todavía en las lenguas sobre las que todavía no se ha abatido totalmente la destrucción comunista. Por eso no puede hablarse de «ideología», y por eso también el término forjado en estos últimos años de «ideocracia» aparece a la vez vacío y catastróficamente engañoso. A decir verdad, hablar de «ideocracia» a propósito del régimen ruso es, sin darse cuenta, participar en la misma empresa de corrupción radical del lenguaje de la que vive el comunismo, es hacerse, sin quererlo y saberlo, cómplice. ¿Qué quiere decir entonces el término «idea»? ¿Cuáles son las «ideas» que «reinan» (dominan, *kratein*) bajo el comunismo? El comunismo, evidentemente, es todo lo contrario: es el reino de la ausencia absoluta de cualquier «idea». La única «idea» que se encuentra en él, es el objetivo de la dominación universal por la Fuerza bruta. Si a eso se le puede llamar una «idea», entonces ya ha habido una fase de ideocracia realizada en la historia de la Tierra: la ideocracia de los grandes saurios de la era secundaria.

El término «ideocracia», aplicado al régimen ruso, se basa en una incomprensión total de lo que es este régimen. Su relativo éxito traduce la imposibilidad, por parte del intelectual occidental, de superar *sus propios* esquemas y exigencias de pensamiento: *es necesario* que este régimen, por monstruoso que le parezca por otra parte, «tenga sentido» en una historia que *debe* ella misma tener sentido —si no por su orientación positiva, al menos en cuanto que sólo aparecen y sólo actúan elementos, factores, tendencias más o menos familiares, más o menos dotados de significación: en último análisis, «humanos» en una acepción positivamente valorizada de este término. Cualesquiera que sean las renuncias a la vieja «filosofía de la historia», el intelectual occidental necesita una de sus premisas: precisamente la que garantiza el sentido y excluye el sinsentido. Necesita, detrás o debajo de cualquier sociedad, una metafísica; no puede concebir que el régimen ruso pueda ser pura «física». Tiene necesidad de lo suprasensible; no puede comprender

la aparición, en la historia, de una sociedad reducida a lo «sensible» (estoy hablando, por supuesto, metafóricamente). En cierto sentido, el intelectual occidental se halla mucho más cómodo (filosóficamente hablando) con el nazismo —o incluso con el estalinismo del gran período de las purgas y de las matanzas. Por más que lo aborrezca, puede hacer algo con la metafísica pseudobiológica de la «raza» (con pretensiones «científicas», esta múltiple tontería se deja discutir y sigue suministrando material para disertaciones virtuosas y eruditas a una multitud de personas bienpensantes, desde los verdaderos biólogos hasta los falsos periodistas). El odio del otro, e incluso la necesidad de fabricar a alguien como radicalmente distinto para poderle odiar, la locura asesina, el sadismo S.S., la paranoia de Stalin, la idea, finalmente, de un Mal Radical: todo ello, a sabiendas o no, está en nosotros, es algo en lo que participamos, incluso en el límite del horror es algo familiar.

Pero en el régimen ruso actual, tal como aparece en sí mismo, no hay ni odio, ni locura asesina. Stalin se revela finalmente —oh misterio indefinidamente renovado de la historia humana— como un *accidente necesario*, un contingente esencial, un azar constitutivo de la historia del estalinismo. Nada de metafísica en los cimientos del régimen; nada de «ideas», todavía menos pasión delirante. La pura instrumentalidad al servicio de la Fuerza. Stalin hacía escribir, por los poetas a sus órdenes, que él hacía salir al sol, crecer el trigo, concebir a las mujeres. Ambiciones profundamente humanas, compartidas por todos; ¿quién, sino los hombres, han inventado a alguien para hacer todo esto? Pero Breznev no hace escribir nada parecido; simplemente se hace otorgar las condecoraciones que deben destacar al zombi en la cúspide de la jerarquía de los zombis.

La destrucción de las significaciones y la ruina del lenguaje

El régimen ruso no representa el reino de las «ideas». Las «ideas», transformadas como todo lo demás en apéndices instrumentales del poder, son *por eso mismo* aniquiladas como ideas. No representa tampoco el reino de las palabras. Ciertamente, las palabras —algunas palabras— ultra-fetichizadas juegan un papel exorbitante y a la vez paradójico: funcionan

como *marcas*, signos y señales de actos-reflejos, de comportamientos-reflejos, cuya única significación son estos reflejos que desencadenan o pretenden desencadenar. Cuando el Partido dice de alguien que es «reaccionario» o «fascista», eso no significa ni que lo sea, ni que el Partido «crea» que lo es —nadie se hace ilusiones sobre ello—, sino simplemente que con eso se ordena a todos los implicados que hay que tratar al individuo en cuestión según el código de tratamiento aplicable a los «reaccionarios» y a los «fascistas». Es una especie de señal pavloviana dirigida a una sociedad que el régimen se esfuerza en hacer funcionar a partir del modelo pavloviano. Pero al mismo tiempo, y precisamente porque ningún otro significado, o referente, verdadero está vinculado a las palabras —salvo las consignas imperativas de comportamiento que transmiten— se puede hacer con ellas cualquier cosa, modificar arbitrariamente y de un día para otro la relación con «lo que designan».

En Rusia no hay ni ideas ni «ideocracia». Lo que ha dado una apariencia de propiedad a este término, es el lugar y el papel de las *palabras* en el funcionamiento del régimen. Tomando este papel de las palabras «ingenuamente», sin ver la forma específica según la cual son utilizadas, se cae precisamente en la trampa tendida por el régimen. Existe una retórica —pervertida—, una fraseología, una *lexitecnia* si queremos a toda costa forjar un término específico. Y lo que complica el asunto es que esta utilización instrumental de las palabras, esta *lexitecnia*, implica a su vez dos vertientes distintas, según apunte el «mundo exterior», los países aún no sometidos a la dominación rusa, o a la propia sociedad rusa. En el primer caso, mantiene, está obligada a mantener (aunque cada vez menos) una vaga relación con lo que puede llamarse un uso «ideológico-propagandístico» del lenguaje. Está obligada a pretender que el socialismo a la rusa es la libertad, o la igualdad, o la abundancia, etc. Eso cuando se dirige a gente para quien estas palabras expresan aspiraciones fuertemente valorizadas y son portadoras efectivamente de ideas —en fin, a gente para quien el lenguaje todavía no ha sido arruinado, conserva todavía su carácter como medio de una expresión auténtica y de una verdad posible. En este sentido, se puede decir que sigue sometida a la oposición de la verdad y de la mentira; se puede decir que la propaganda rusa *miente* —aunque la corrupción del lenguaje que ha conseguido imponer gradualmente incluso a las

demás sociedades empieza a limitar la pertinencia de esta cualificación.

Pero en la propia Rusia, donde las virtualidades de esta instrumentalización del lenguaje tienden a realizarse plenamente, esta *lexitecnia* tiene un alcance totalmente distinto. La función, la misma naturaleza del lenguaje, están radicalmente alteradas —en la medida en que ello depende del régimen.[11] Pero existe necesariamente un nivel en que el lenguaje sólo puede conservar *una* de sus funciones: el nivel objetual o pragmático. Un gato debe ser llamado un gato, y un avión un avión. La cosa cambia cuando se pasa a otro nivel. Transformar el vocabulario social, político, moral, estético, filosófico en un conjunto de marcas y de señales desencadenadoras de reflejos, a la vez que se convierte su relación con significado o referente en totalmente elástica y manipulable, eso no es ya simplemente achatar o instrumentalizar el lenguaje —eso es destruirlo.

El lenguaje humano implica siempre dos dimensiones indisociables: la del *código*, conjunto de significantes (palabras, expresiones o frases) que se corresponden término por término con un conjunto de significados o referentes; y la de la *lengua*, a través de la cual el mismo conjunto de significantes es portador de *significados*, se remite a algo distinto de los «objetos» («reales» o «inteligibles») bien definidos y bien determinados. «He comprado un perro», «Tiene un sueldo de 4.000 F mensuales»: código. «El hombre debe ser libre», «Esta sociedad es injusta», «Senté a la Belleza en mis rodillas, la encontré amarga»: lengua. No existe fotografía, ni fórmula química, ni definición lógica posible de la libertad, de la justicia, de la belleza. Son puras significaciones imaginarias sociales —como lo son las que contienen las palabras tótem, tabú, maná, Dios, ciudadano, nación, partido, Estado, etc.[12]

11. Repito que estoy hablando del *régimen*, de sus objetivos, de lo que tiende a realizar —y que sin duda, ya ha realizado, antropológicamente, para la mayoría de los hombres del Aparato y para una parte, indefinida, de la sociedad. No confundo el régimen con la totalidad de la sociedad y del pueblo ruso, ni puedo discutir aquí las vías y los procedimientos con los que este pueblo se defiende y lucha contra el régimen —cuestión decisiva, pero que sólo puede ser verdaderamente explorada una vez que se ha entendido *qué es* este régimen.

12. Véanse los Capítulos 5 y 7 de *La Institución imaginaria de la sociedad*, *op. cit.*, y «Le dicible et l'indicible» en *les Carrefours du Labyrinthe*, Le Seuil, París, 1978.

A la inversa, estas significaciones imaginarias sociales, las más importantes de todas, las que encarnadas en las instituciones mantienen a cada sociedad cohesionada, sólo existen a condición de ser transportadas y contenidas por *palabras*. (Incluso cuando está prohibido «nombrar» a Dios, no obstante es *designado*: «el que es» etc.). Esto ocurre incluso en la más extraña de todas las relaciones extrañas con las que nos enfrenta el lenguaje. En este caso, la relación de la «palabra» con su «significado» —la significación— no puede ser *ni* absolutamente determinada y rígida, *ni*, en la sociedad considerada, totalmente arbitraria, es decir manipulable a voluntad.[13]

La reducción del lenguaje a su única dimensión de *código* —términos de denotación de «objetos» claramente distintos, definidos y determinados y señales pavlovianas desencadenadoras de comportamientos— acompañada de una manipulación totalmente arbitraria de las palabras portadoras de las significaciones es evidentemente un intento de *destrucción* del lenguaje como tal. Y es eso justamente lo que el régimen ruso, sin saberlo, persigue. No se trata de controlar el pensamiento de los hombres; el régimen ha renunciado a ello desde hace mucho tiempo (ésa es también una de las razones por las que la aplicación de la noción de totalitarismo en su caso debe ser revisada). Se limita a controlar los comportamientos. Tampoco se trata —según la genial exageración de Orwell— de hacer su

13. Piénsese en lo que significan, en nuestras sociedades, las palabras «justo» y «justicia». Imposible sostener que poseen una significación inamovible, definitiva, bien determinada —puesto que las discusiones sobre ello son interminables y nos enfrentamos unos a otros a su propósito; pero igualmente imposible es sostener que significan cualquier cosa o nada —ya que, por ejemplo, si dos tribunales, por el mismo delito, cometido por dos individuos de la misma edad, condición, etc., en circunstancias casi idénticas, dictan sentencias muy diferentes, nadie sostendrá que ambos juicios son igualmente justos.

14. *Big brother is ungood* es una frase sin sentido del *Newspeak*. Orwell había visto con incomparable agudeza la *necesidad* del aterrador empobrecimiento del lenguaje que intenta imponer el comunismo, su intento de destruir el fundamento de la significación destruyendo la polisemia, aligerando el léxico y suprimiendo los «sinónimos». «La reducción del vocabulario estaba considerada como un fin en sí misma y no se dejaba sobrevivir ninguna palabra de la que se pudiese prescindir... La función especial de algunas palabras del *Newspeak* más que en expresar significados consistía en destruirlos.» *Nineteen Eighty-Four*, Harcourt y Brace, Nueva York 1949, págs. 304 y 308. Un estudio de la prensa comunista (de «l'Humanité» por ejemplo) desde este punto de vista, está por hacer; sería sin duda muy esclarecedor.

crítica lingüísticamente imposible.[14] Se trata de destruir la relación de los hombres con la significación, y el lenguaje como medio y vehículo de una verdad posible, y de un movimiento *por tanto* de la sociedad. Al intentar convertirse en Dueño absoluto de las significaciones, el régimen sólo consigue destruir la significación. La destrucción de todo atributo a la vez estable y cambiante de cosas que no sean «materiales» o «lógicas» implica la abolición de la propia posibilidad de la verdad. La afirmación paradójica: *words mean what I want them to mean* sólo puede realizarse destruyendo el lenguaje.[15]

Esta ruina del lenguaje humano, poderosamente ayudada por factores autóctonos, rebasa desde hace mucho tiempo las fronteras de Rusia. Bajo la presión ruso-comunista combinada con la descomposición interna de la sociedad occidental, la relación de las palabras con las significaciones tiende a ser destruida en todas las lenguas. La significación de la palabra «socialismo», por ejemplo, no está en absoluto definida, la palabra no es unívoca, no posee el sentido único y rigurosamente definible de los términos *circunferencia* o *filtro* en matemáticas. Era a la vez inevitable y, si así puede decirse, oportuno (redundancia) que así fuera: de lo contrario, quien discutiera un determinado sentido dado a la palabra socialismo tendría que ser tratado de ignorante o de desequilibrado. Pero la diferencia es ésta: de la polisemia fecunda de la palabra, se ha pasado ahora a su perversión total, que ha dejado de ser desde hace mucho tiempo monopolio de los comunistas. Cuando el periódico francés más serio titula en 1981 una serie de artículos «Vietnam: el socialismo a paso lento»,[16] uno puede preguntarse si quiere introducir subrepticiamente en el espíritu de sus lectores la idea de que el socialismo *es* los campos de concentración y la dictadura totalitaria del partido único, o bien si, prosiguiendo una tradición semisecular de los grandes espíritus

15. Véase *La Institución imaginaria...*, *l.c.*

16. «Le Monde», 17/18/19.3.81. Esa es la práctica corriente, constante, ininterrumpida: Marchais aprobando la invasión de Afganistán, es decir, proclamando su sumisión a la política exterior *rusa*, es «internacionalismo»; un coronel o un sargento cualquiera en un país del Tercer Mundo haciéndose con el poder y proclamándose socialista mientras asesina a un buen número de «sus» hombres, es el «socialismo senetchadiano en marcha», etc. El mismo periódico se condolerá de eventuales impropiedades de lenguaje aparecidas en sus columnas de la sección culinaria o hípica.

liberales y progresistas de Occidente,[17] quiere dar a entender que estos incidentes menores no pueden cambiar nada de la esencia socialista del régimen vietnamita. En este caso específico, todo parece indicar que no se trata ni de una cosa ni de otra —sino simplemente de la participación activa en la confusión general de la época, donde las palabras son utilizadas de cualquier forma para decir cualquier cosa. Evidentemente, en esta situación un discurso que apunta a la verdad se convierte, social y sociológicamente, en casi imposible —lo que encaja perfectamente con los objetivos ruso-comunistas.

Y esto puede verse también en la situación en la que se encuentran los adversarios o los críticos no reaccionarios del ruso-comunismo, que tienden a ser reducidos a la afasia o a la alexia. De hecho, se hallan enfrentados a un dilema con dos términos imposibles: bien mantener palabras como socialismo, revolución, democracia con el peligro evidente de ser confundidos con los que justamente combaten, bien tener que transformar en larga disertación terminológica cada frase pronunciada; o bien abandonar, poco a poco, todo el vocabulario político y social, irreversiblemente pervertido, y acabar en la afonía.[18]

*

Este trabajo incesante de destrucción de las significaciones, esta ruina del lenguaje van acompañados de la muerte de la ideología en el sentido estricto del término. Desde hace décadas, las insípidas letanías del régimen ya no pueden hacer olvidar la avanzada descomposición del cadáver del marxismo-leninismo. Su relación con la ideología es la misma que la de las «Páginas de una vida» de L.I. Breznev con la literatura.[19]

17. Se encontrará una lista, forzosamente incompleta, y suficientemente imponente, en el excelente libro de David Caute, *Les Compagnons de route, 1917-1918*, París, Laffont, 1979. Entre los grandes nombres de la intelligentsia occidental, los que no se han mojado en la complicidad con el estalinismo son infinitamente más fáciles de contar que el resto. El récord en este campo se lo lleva indudablemente Francia.

18. Véase mi texto, «Reemprender la revolución» (1963), reproducido ahora en *La experiencia del movimiento obrero*, Vol. 2, *op. cit.*, págs. 227-269. Asimismo, «Socialisme et société autonome», en *Le Contenu du socialisme*, Editions 10/18, París, 1979, págs. 11-13.

19. ¿Cuál es la diferencia entre Calígula, que decreta que su caballo es cónsul, y Breznev, que se hace conceder el premio Lenin de literatura? Que

La destrucción de las significaciones es autodestrucción de la ideología. Es también, tiende a serlo, destrucción del pensamiento. Con un lenguaje reducido a su dimensión instrumental, se puede efectivamente —durante algún tiempo— operar y calcular. No se puede pensar. En efecto, el pensamiento en Rusia está muerto desde hace cincuenta años; para ser más exactos, habría muerto, si sólo dependiera del régimen. Si no ha muerto, es sólo en la medida en que vive contra el régimen; oculto, alimentándose de pasado y de futuro. La discusión de este aspecto sería superflua. Desde hace cincuenta años, no ha salido *legalmente* de Rusia un sólo libro que pudiese ser leído (no hablo de las obras técnicas o científicas especializadas).

La Fealdad y el odio afirmativo de lo bello

Hay algo si es posible todavía más significativo, todavía más grave, que afecta a estratos del ser humano todavía más profundos que lo que nosotros llamamos pensamiento explícito. La *Fealdad*, marca infalible de todos los productos del régimen, desde sus «obras de arte» oficiales hasta el «estilo» de sus dirigentes; marca infinitamente más clara, signo infinitamente más demostrativo que cualquier estadística económica y cualquier análisis sociológico del carácter del régimen, de su *novedad* —de lo que, históricamente, está en juego. Se conocían ya sociedades humanas de una injusticia y de una crueldad casi ilimitadas. No se conocía ninguna que no hubiera producido cosas hermosas. No se conocía ninguna que hubiera producido Fealdad positiva. Ahora se conoce, gracias a la Rusia burocrática.[20] No puedo extenderme sobre esta cuestión —en

Calígula estaba loco, y los romanos lo sabían. Breznev no está loco, y los rusos lo saben.

20. Que no se me diga que olvido tal obra o descuido tal otra. La savia de la Revolución, tan fuerte era, siguió alimentando la creación artística incluso un tiempo después del comienzo del período glaciar estalinista (*Tchapaiev* procede del principio de los años treinta). Pero Stalin, al final, puso orden en todo ello. A partir de él, la vacía Fealdad es quien ha reinado. Con tres excepciones: la primera, que no lo es, concierne evidentemente a la creación clandestina, disidente, «oponente» —Mandelstam, Bulgakov, Ajmatova, Pasternak, etc.; poco importa que algunos de sus representantes, como los dos últimos, hayan podido escapar a la muerte o al presidio o conocer una vida semipública a eclipses. La segunda (ejemplificada por Prokoviev o Eisenstein), concierne a los

cierto sentido, la más importante de todas— más allá de algunas observaciones. Existe ciertamente una «explicación sociológica» parcial de la producción masiva de Fealdad positiva en Rusia a partir de Stalin. Es evidente, por ejemplo, que los mediocres burócratas de la Unión de Escritores no podrían soportar un verdadero talento; pero también, que su poder es limitado, y que son, ellos mismos y su papel, producto y resultado de una situación, antes que causa. Es a la naturaleza total del régimen donde hay que volverse para intentar comprenderlo. Además hay que captar lo que se halla verdaderamente en juego. Es insuficiente —y soslaya el verdadero problema— conformarse con afirmar que la ausencia de libertad sofoca la creatividad, o que no puede haber obras geniales por encargo. A decir verdad, estas aserciones son falsas: proyecciones de lo que hemos acabado considerando como normal y obvio. Casi en todas partes, y casi siempre, el artista ha trabajado «por encargo» (de la Iglesia, de los fieles, del rey, de la *polis*, de la comuna de los burgueses de Leipzig o de Harlem...). Y casi siempre ha trabajado en un estilo impuesto y obligado (respecto a *nuestros* criterios de la «libertad de creación» artística). En toda Asia, en Grecia, en el Occidente cristiano, entre los mayas y los aztecas, el artista creaba para servir —o pensando que servía— a las creencias instituidas. Pero *también él creía* —y, en su sociedad *se podía creer*. La nulidad, el cretinismo y el *pompiérisme* del «arte» oficial ruso demuestran simple e irrefutablemente el carácter contradictorio de estos dos enunciados: el «artista» *no cree —y no puede creer*. Si, entre varias decenas de millares, no ha habido ni uno solo que haya creído —como lo demuestran todas esas «obras» de cartón-piedra—, es que creer es imposi-

creadores que han rebajado voluntariamente sus presupuestos para poder sobrevivir en el régimen (compárese la *Suite escita* de Prokoviev con sus obras ulteriores al retorno a Rusia; o los primeros grandes filmes de Eisenstein con las pastas fecales de *Iván el Terrible*). La tercera (ejemplificada por Tarkovsky), corresponde a algunos artistas originales que de alguna forma consiguen sobrevivir en los intersticios del mundo oficial, visiblemente odiados por el régimen y sometidos a toda clase de vejaciones. Evidentemente, estoy hablando de la creación propiamente dicha, no de la interpretación. Sin embargo cabría preguntarse si las razones por las que los grandes intérpretes rusos de música emigran cada vez más son simplemente «privadas» o simplemente «políticas». Y, una vez más, estoy hablando del régimen, de lo que hace o induce a hacer, de lo que depende de él. Que todavía no haya podido destruir el genio de la belleza en el pueblo que engendró a Musorgski o a Dostoievski no tiene por qué extrañar.

ble. El pseudoartista oficial ruso es, como cualquier burócrata, un cínico con *savoir faire* subalterno, o alguien que ha optado por sofocar su talento y matar su inspiración para hacer carrera.

Para hacer carrera tiene que aceptar las «directrices» explícitas o implícitas del régimen. El núcleo de las mismas es el tratamiento del arte como simple instrumento del poder. Como en el caso del lenguaje, aquí también, pero de forma mucho más rápida, brutal, radical, el intento de instrumentalizar el arte equivale a la pura y simple destrucción del arte. Pero esto todavía no explica la profundidad del fenómeno que estamos discutiendo. Esto no implica el *odio afirmativo de lo bello* que caracteriza al régimen ruso (como a los partidos comunistas de los demás países). Teniendo en su haber numerosas divisiones de «artistas» dóciles, ¿por qué el régimen no puede tolerar, en sus márgenes, obras diferentes en ámbitos aparentemente «inofensivos»?[21] Parece poco probable que tema que le hagan la competencia a los vehículos de su propaganda. En su época, Mallarmé jamás hizo una seria competencia a François Coppée. Que no acepte que la uniformidad de «su» regla sea puesta en discusión, parece evidente; pero no es suficiente. No sólo esta uniformidad ha sido, desde hace veinticinco años, gradualmente abandonada en la mayor parte de los ámbitos que no afectan directamente a la sociedad, la historia, la política y la filosofía; sino que, después de todo y sobre todo, ha sido él mismo quien ha fabricado esta regla y quien la mantiene tal como es. ¿Por qué la regla uniforme debe ser, para decirlo brevemente, la Fealdad?

Porque el régimen siente «instintivamente» —sin «saberlo», por supuesto— que la verdadera obra de arte representa también para él un peligro mortal, su cuestionamiento, la demostración de su vacío y de su inanidad. El régimen lo ha aplastado todo, lo ha instrumentalizado todo, lo ha reducido todo a una funcionalidad en quiebra incluso en tanto que funcionalidad. La obra de arte sólo existe cuando se suprime lo funcional y lo cotidiano, cuando desvela un Revés que despoja al Derecho habitual de toda significación, cuando crea un desgarramiento por el que se vislumbra el Abismo, el Sin fondo sobre el que vivimos constantemente esforzándonos constante-

21. Véanse las recientes intervenciones del K.G.B. para dispersar unas «exposiciones» al aire libre organizadas en Moscú por pintores independientes.

mente por olvidarlo. El arte es —al igual y más y de otra forma que el pensamiento y antes y después de éste: el arte habló antes que el pensamiento y sigue hablando cuando éste se ve obligado a callarse— presentación/patentización del Abismo, del Sin fondo, del Caos. Nos extasiamos ante su Forma, pero esta Forma es lo que le permite mostrar y hacer ser para nosotros lo que está más allá de la Forma y de lo Informe. Evidentemente, esta posibilidad es lo que lo emparenta con la religión, lo que «explica» que, hasta hace muy poco, lo esencial del gran arte haya sido religioso. Pero es también lo que lo diferencia. La religión instituida, formación de compromisos, es siempre presentación/ocultación del Abismo. Lo sagrado es el simulacro instituido del Abismo. Pero para el arte el simulacro es el rostro de la Verdad, es el único milagro que presenta sin ocultar nada. Cuando la tragedia se termina, no queda nada oculto, todo está desnudo, los mismos espectadores están desnudos, sin pudor y sin vergüenza. Y es en la medida en que realizan esta presentación del Abismo que las obras de otro tiempo y de otros lugares pueden hablarnos y despertanos. No es la «forma» como tal la que confiere a la obra de arte su «intemporalidad», sino la forma como paso y abertura al Abismo. Y es en la medida en que la religión siempre tiene que ver con el Abismo —aunque sólo sea para establecer su imposible compromiso, y para finalmente ocultarlo— que el gran artista, incluso sin creer en *esta* religión, podría sin esfuerzo crear *en* la religión.[22]

Si —ya sea bajo la forma religiosa, o bajo cualquier otra— las significaciones imaginarias sobre las que se halla instituida la sociedad remiten a esta última al Abismo en el que vive (y que es ella misma, para sí misma) el arte podrá existir en ella como gran arte y como arte social (dirigiéndose a una colectividad viva, no a aficionados aislados). Pero si la sociedad se halla instituida sobre la negación violenta de todo lo que no es funcional e instrumental, sobre el intento de destruir las significaciones y la significación, sobre la banalidad infinita de una visión pseudocientífica del mundo que es impostura y de un

22. Véase «Transformation social et création culturelle», en *Le Contenu du socialisme*, *op. cit.*, págs. 423 y ss; «Une interrogation sans fin» «Esprit», septiembre-octubre 1979, págs. 242-243; y «Institution de la société et religion», en *Mélanges Jacques Ellul* (de próxima aparición).

«progreso material» que es mentira, no sólo convertirá en imposible a la gran obra de arte (es lo que está ocurriendo en Occidente) —sino que percibirá dicha obra como una oscura amenaza que cuestiona sus propios cimientos y arremeterá, institivamente, contra ella.

Estoy hablando de la tendencia propia del régimen, de la lógica inmanente a su institución. En este caso, el régimen se encuentra frente a una sociedad que todavía no se lo permite todo; y es víctima de una contradicción que le impide realizar plenamente su lógica. Debe limitar su odio por la creación y su horror por lo bello a la época contemporánea. Su pretensión de presentarse como heredero «de lo mejor de la cultura del pasado» y de la historia de Rusia, de cara a adquirir respetabilidad internacional, le impiden entregarse a la destrucción material o a la prohibición de las obras del pasado. Pero la relación frente a ellas que trata de imponer a la sociedad reviste la forma extrema de lo que es también una tendencia en Occidente: relación museística, momificación. Y, para las obras que requieren ser representadas o interpretadas, banalidad de un conservadurismo obligado que tiende a convertir las obras escénicas en piezas embalsamadas de Museo o en divertimientos convencionales, y limita los riesgos de revivificación que comportaría su interpretación actualizada.

Un tipo antropológico nuevo

Hagamos, de momento, abstracción del Ejército y de la sociedad militar, y preguntémonos: ¿cuál es el tipo antropológico, la especie de individuo humano que este régimen fabrica y que su existencia continuada y su reproducción regular presupone?

En el mismo seno de las capas burocráticas, la Fuerza bruta y la relación de fuerzas (en este caso, en sentido no físico) es el único factor que «regula» las relaciones entre individuos. Aquí también, ni fe ni ley. Bajo la delgada (e infinitamente flexible) película de una «legalidad» formal (o de los «precedentes», de la «rutina», de «lo que se hace normalmente») la situación fundamental es la de la *guerra de todos contra todos*. Se objetará tal vez que eso no es ninguna novedad, que numerosos regímenes socio-históricos ya han estado basados sobre esto.

Ello supondría olvidar, en primer lugar, que en los demás casos siempre ha habido, de una forma u otra, *reglamentación* (lo que significa: *limitación*) explícita de esta guerra; en segundo lugar y sobre todo, que la guerra de todos contra todos siempre ha sido urdida por la institución global de la sociedad, de manera que su desarrollo de hecho estaba al servicio de objetivos *sociales* (lo que no quiere decir necesariamente «racionales», o «válidos») —mientras que aquí, en el caso ruso, sólo sirve para la promoción o la supervivencia (burocrática) del *individuo* burócrata.

El paralelo con la situación del capitalismo burocrático fragmentado, tal como existe en Occidente, es esclarecedor. El Estado, los partidos políticos, los sindicatos, las empresas, prácticamente todos los sectores de la actividad social están burocratizados. Pero esta burocracia —al ir accediendo cada vez más a la posición de capa dominante— está *limitada*: por su propia fragmentación, por una fuerte tradición histórica de legalidad sustantiva que sigue, en general, siendo incorporada a la realidad de la sociedad instituida, y finalmente y sobre todo por las relaciones de la población, que no siempre se deja manipular. Estado y partidos políticos están sometidos en cualquier caso a algunas limitaciones por el hecho de la legalidad, de la separación de los poderes, de las elecciones, de la existencia de una opinión pública —aunque estas limitaciones sean mucho menos fuertes de lo que ha pretendido la teoría liberal y, aunque, sobre todo, estén en curso de rápida erosión en función de las posibilidades crecientes de manipulación de la opinión pública y a la deformación sin precedente de esta última (volveré sobre ello en el Capítulo 5). Lo mismo puede decirse de la burocracia empresarial que gestiona las empresas. Puede, por ejemplo, manipular la demanda de múltiples maneras, persuadir a los consumidores de que serán desgraciados sin una determinada chuchería —con lo que, una vez más, la economía política trabaja en la ficción cuando petende que, en una economía de «mercado», la «producción» corresponde a las «necesidades», mientras que lo contrario es mucho más cierto— pero su arbitrariedad tropieza sin embargo con un límite (ya que tampoco ella engendra como tal ninguna clase de «racionalidad»): hay que vender las chucherías. Pero ¿qué ocurriría si los dirigentes de las empresas pudieran también manipular a su antojo y fabricar sus «resultados comerciales»? El mundo

económico se convertiría, de arriba a abajo, en una construcción ficticia.

Y esto es precisamente lo que la burocracia rusa puede hacer, y lo que hace. En la fabricación de los resultados por la burocracia en su conjunto, no hay ningún *límite independiente* de la propia burocracia. Para ser más exactos, los que hay son triviales: si la burocracia pretendiese que todo el mundo come hasta hartarse, mientras nadie ha comido desde hace semanas, el sistema explotaría. Aunque tampoco es seguro. En el momento más álgido del terror y de la miseria generalizada, Stalin atronaba en público: «La vida es ahora mejor, camaradas. La vida se ha vuelto más alegre». El mundo puede volverse así —y se ha vuelto— construcción delirante. ¿Y cuáles son los límites con los que tropieza, en la fabricación de *sus* resultados, el burócrata individual? Su carrera no depende de las realidades, sino de las apariencias; tenderá a fabricar los resultados que la favorezcan. El único límite es el «control» —¿de quién? De otros burócratas. ¿Y qué es lo que regula la actitud de estos últimos? el mismo principio: no hay, fundamentalmente, un mayor criterio de realidad en la actividad de los «controladores» que en la de los «controlados». El sistema jerárquico determina que los resultados de los subordinados sean los resultados de los superiores; los controles «laterales» son objeto de regateos y de compromisos. Esto, combinado con la imposibilidad radical de regular «racionalmente», en cualquier burocracia moderna, el problema fundamental de toda burocracia (y el único problema de cualquier burócrata individual), el de la *promoción* o el del lugar de los individuos en el organigrama, convierte el fenómeno de las *camarillas* y de los *clanes* en el fenómeno sociológicamente fundamental del universo burocrático. Así pues, las cuestiones esenciales de la burocracia deben siempre ser reguladas clandestinamente, en el pasillo, al mismo tiempo que las opciones «objetivas» se transforman en simples pantallas de la lucha de las camarillas y de los clanes. La realidad «oficial» se convierte en pantalla de papel, la realidad real desaparece, pulverizada entre los puntos de vista parciales, exclusivamente orientados hacia los intereses particulares de las camarillas y de los clanes que las sostienen.[23]

23. Llevo mucho tiempo analizando estos fenómenos, tanto en el caso de Rusia, como en el caso del capitalismo burocrático fragmentado de Occidente.

Este medio sociológico determina un tipo antropológico de individuo que le corresponde, y que es indispensable, además, para perpetuarlo. Lo determina, lo preselecciona, y lo fabrica. El estudio de este tipo antropológico nuevo, está por hacer.[24] Bastará aquí con plantear unas cuantas preguntas:

— ¿Quién (qué tipo de individuo) entra en el Partido hoy en día, y en realidad desde hace ya muchos años?
— ¿Quién es elegido/reclutado/cooptado para ascender en el organigrama?
— ¿Quién puede conseguirlo?
— ¿Cómo lo consigue?
— ¿En qué se convierte para conseguirlo y al conseguirlo?

Desde hace varias décadas, ya no se entra en el Partido ruso porque se «cree en determinadas ideas»; se entra en el Partido para hacer carrera. Esto ya permite presuponer que no se hará carrera tan fácilmente de otra forma o en otro lugar. Presupone por tanto capacidades limitadas, salvo en algunos ámbitos específicos. Hacer carrera en este Partido no puede atraer por adelantado a cualquier tipo psicológico de individuo. La actividad del Partido, la contradicción entre sus proclamaciones y sus actos, los privilegios de sus dignatarios, la hipocresía, por tanto, y la mentira que caracterizan su existencia, son cuando menos públicamente notorias. Hay que ser, por tanto, imbécil o cínico. En el primer caso generalmente durará mucho (aunque hay excepciones importantes). Queda el segundo.

Los segundo, tercero y cuarto puntos pueden ser tratados a la vez. Verifican la inversión irónica del conocido principio

Véanse, entre otras cosas, «La revolución proletaria contra la burocracia» (1956), actualmente en *La Sociedad burocrática*, Vol. 2, *op. cit.*, págs. 213-269; «Sobre el contenido del socialismo, III» (1958), actualmente en *La experiencia del movimiento obrero*, Vol. 2, *op. cit.*, págs. 50-71; «Le mouvement révolutionnaire sous le capitalisme moderne» (1959-1961), actualmente en *Capitalisme moderne et révolution*, Vol. 2, Editions 10/18, París, 1979, págs. 127-159; «Marxismo y teoría revolucionaria» (1964-1965), actualmente en *La Institución imaginaria de la sociedad*, Tusquets Editores, Barcelona, 1983.

24. Está por hacer desde el punto de vista sociológico pedante. Desde hace mucho tiempo está admirablemente hecho en la literatura disidente, que una vez más se ha adelantado a la sociología, mostrándose infinitamente más rica de lo que podría ser esta última. Estoy pensando, evidentemente, en Solzhenitsyn, Zinoviev o Kundera.

darwiniano de la sobrevivencia de los más aptos. La lucha de todos contra todos en el Aparato burocrático, mediatizada por su aglomeración oportunista y cambiante en las camarillas y en los clanes, asegura la selección, la supervivencia y la ascensión de los más aptos. ¿De los más aptos para qué? Para sobrevivir y para ascender. Disociación radical entre las actividades y las aptitudes que poseen un valor «social», e incluso un valor desde el punto de vista estricto de la capa dominante, y las actividades y las aptitudes que sólo tienen valor para la carrera del individuo. Disociación presente por doquier en el universo burocrático moderno, pero llevada al paroxismo bajo la dominación total de la burocracia, que aligera al máximo, y en último término tiende a suprimir, toda vinculación entre las «actividades» del régimen y la realidad —es decir las acciones y reacciones de la sociedad.

¿Cuáles son estas actividades y aptitudes necesarias para sobrevivir y ascender en el Aparato? Hay que saber mentir astutamente y con eficacia. Saber olfatear a los que ascienden y a los que descienden, pegarse a los primeros, alejarse de los segundos. Adular a los superiores, mostrarse, según los casos, protector, desdeñoso, o despectivo hacia los inferiores. Saber elegir la camarilla a la que incorporarse, localizar exactamente en ella a los fuertes y a los débiles. Estar dispuesto a cambiar rápidamente de camarilla si cambia el viento, negociar su adhesión a los nuevos cabecillas traicionando, denunciando, difamando a sus protectores y aliados de ayer. Formar, cuando los tiempos están maduros, su propia subcamarilla; tener la suficiente conciencia de sí mismo para poder localizar entre sus propios protegidos las maniobras que practica constantemente él mismo en el seno de su subcamarilla, para inmovilizarlos o aplastarlos en el huevo. Saber también, si es necesario, encubrir a los siempre inciertos «fieles» de su propia subcamarilla —condición para atraer a otros— maquillando debidamente la realidad.

No es muy difícil ver cuáles son, en el lenguaje de la psicología tradicional, los rasgos dominantes de este tipo humano —tanto si los posee previamente, como si los adquire para ascender y mientras asciende en el Aparato burocrático (con lo que respondemos a nuestra quinta y última pregunta). La cobardía ante los fuertes y la arrogancia frente a los débiles son sus virtudes esenciales (desde este punto de vista, el hombre

del Aparato es siempre un sosia psíquico de Stalin).[25] Capacidad de amistad y de gratitud se convierten en vicios mortales; franqueza y sentido de la responsabilidad no se perdonan. Incompatible con la verdadera inteligencia (que es esencialmente imaginación, intolerable en el Aparato), el éxito del individuo puede conciliarse con una inteligencia instrumental (calculadora y combinatoria) bastante desarrollada; exige sobre todo una gran astucia, y una memoria perfecta de los rostros y de los microacontecimientos.

Evidentemente, no se trata de «psicología». Desde Platón y Montesquieu sabemos que a cada tipo de régimen le corresponde un tipo antropológico. Es el tipo de individuos —el conjunto de rasgos psicológicos y comportamentales— que el régimen favorece, induce, fabrica, desarrolla y cuya existencia es indispensable para que el régimen funcione y continúe. Estos rasgos «psicológicos» son en realidad rasgos *sociológicos*: es la vertiente (una de las vertientes) subjetiva de la institución de la sociedad, tal como se encarna en la fabricación social de individuos que en último término son sus únicos portadores *concretos*. Lo que en la descripción en términos de la psicología tradicional aparece como rasgo subjetivo, no es más que una cara de la realidad —la otra está constituida por un cierto tipo de *relaciones sociales*. Cobardía y arrogancia, como rasgos psicológicos *extendidos* y sociológicamente preponderantes, remiten necesariamente a unas relaciones sociales dominadas por unas relaciones de fuerza ocultas, inciertas y cambiantes, que escapan a la ley. Insinceridad, hipocresía y cinismo son los complementos subjetivos indispensables al funcionamiento y a la existencia de un régimen que sólo puede vivir sobre la escisión entre una «realidad» oficial ficticia y una nube de realidades parciales ocultas. Y evidentemente, al igual que este tipo de relaciones no está limitado al interior del aparato, sino que prevalece sobre toda la extensión de la sociedad rusa,

25. Trotski ya había descrito, con acerados rasgos, el tipo de los «nuevos miembros del Partido» que habían volado en ayuda de la victoria a partir de 1923 («promoción de Lenin»). En su *Stalin* presentó también una sorprendente descripción de la psicología del «comitard» bolchevique tal como era incluso antes de 1917. En numerosas ocasiones ha puesto de manifiesto que los rasgos psíquicos y mentales de Stalin se correspondían maravillosamente con los del burócrata medio típico que proliferaba en el Partido. Se puede decir, en efecto, que Stalin representó para ellos un «Yo ideal» con el que se identificaban.

también hay extensión y penetración de estos tipos de comportamiento y de estos rasgos de carácter en todas las capas sociales del país.[26]

Entre los innumerables problemas que todo esto plantea, mencionaré aquí uno solo, debido a su importancia «objetiva»: el de la verdad y la mentira.

Como creo haber dado a entender, a partir del momento en que la destrucción de las significaciones y de la significación alcanza un cierto grado, ya no puede hablarse, en el interior del espacio social en el que esta destrucción se produce, de verdad y de mentira respecto a la significación. Cuando los dirigentes rusos se proclaman «comunistas» no mienten, como tampoco mienten cuando llaman «victoria mundial del comunismo» al Imperio universal de Rusia. Ya que para ellos (y para todos sus sujetos) «comunismo» no significa nada más que el poder absoluto total del partido comunista. (Hacer concordar esto con los textos de Lenin y de Marx es, intrínsecamente, la menor de sus preocupaciones; en la medida en que lo consideran útil, sus escribas trabajan en ello, y la tarea al fin y al cabo no es sobrehumana tratándose de los textos de Lenin.) Ciertamente surge una pregunta: ¿qué partido puede titularse comunista? Y la respuesta también se impone: el que *nosotros* dirigimos (y que ha hecho la de revolución, etc.). Si el único y el verdadero partido comunista es el partido comunista ruso, si es éste el partido comunista por excelencia, entonces el «internacionalismo proletario» significa «*necesariamente*» la dirección fraterna, es decir, la dominación absoluta del partido ruso sobre los demás partidos —así como (véase *La enfermedad infantil del comunismo* de Lenin) la «representación» de la clase obrera por «su» partido significa necesariamente la dominación de este partido sobre esta clase, y lo demás son pamplinas y un «nuevo Volapük».[27] Se observará por otra parte que, de esta forma, la

26. Este es, como es sabido, el aspecto sistemáticamente subrayado por Zinoviev, pero ya antes por Ed. Kuznetsov, y que en ocasiones también transpira en Solzhenitsyn. Aspecto que no puede ser ignorado, pero del que es imposible pensar que agota la realidad actual del pueblo ruso.

27. «Todo el mundo sabe que las masas se dividen en clases...; que las clases están dirigidas, normalmente, en la mayoría de los casos, al menos en los países civilizados modernos, por partidos políticos; que los partidos políticos, en reglas generales, están dirigidos por grupos más o menos estables de personas que reúnen el máximo de autoridad, de influencia, de experiencia, destinados a través

palabra «comunismo» se ha integrado definitivamente en la dimensión *código* del lenguaje, pasa a ser unívoca: se puede señalar con el dedo aquello a lo que se refiere, no hay más que mirar en una foto las figuras de los miembros del Politburó ruso. Es la misma interrogación a la que procedió Breznev invitando a la gente a olvidar las ideas indefinidas que rodean el término socialismo y proclamando que el único socialismo es el socialismo «efectivamente realizado». ¿Queréis saber lo que es el socialismo? Mirad a vuestro alrededor y lo veréis.

Ciertamente, este es un ejemplo representativo del caso límite o puro, y el régimen deberá hacer todavía algunos esfuerzos para *reducir* al mismo nivel términos como libertad, justicia o igualdad. Este es el objetivo que persigue y que, en abstracto, no es inaccesible.

Las cosas cambian cuando se trata del aspecto pragmático u objetual del lenguaje, de la *corrección* necesaria de los enunciados que se hacen en el código.[28] Aquí el régimen no podría abolir durante mucho tiempo la diferencia entre un enunciado correcto («correspondiente a los hechos») y uno incorrecto sin poner en peligro su existencia. Para ser más concretos:

— «*Subjetivamente*», el burócrata individual (y toda camarilla o clan de burócratas) sólo puede mentir eficazmente si sabe que miente y, más o menos, sobre qué miente. Cuando «presenta», embellece y falsifica resultados (o las causas de ausencia de resultados), debe saber que hay una diferencia entre lo que presenta y lo que es — aunque no sepa exactamente lo que es. (Sócrates probablemente habría observado que la mentira perfecta exige el conocimiento perfecto.) Sabiendo que

de elecciones a las funciones más responsables, y a los que se llama dirigentes. Esto es como el a-b-c. Es sencillo y claro. ¿Por qué, pues, sustituirlo por cualquier jerigonza, por un nuevo volapuk cualquiera?» Lenin, *La enfermedad infantil del comunismo*, págs. 46-47 de la edición francesa (Editions 10/18, París, 1962). El volapuk es una lengua artificial, que en la época competía seriamente con el esperanto. La cita procede del capítulo 5, «El comunismo "de izquierdas" en Alemania: dirigentes, partido, clase, masas», en el que Lenin ataca a los «comunistas de izquierdas» alemanes, que cometían el crimen de preguntarse si la dictadura de la clase obrera y la dictadura del partido son una y la misma cosa.

28. En alemán, se distinguiría entre *richtig/unrichtig*, correcto/incorrecto, respecto a una adecuación estricta (correspondencia con las reglas formales de la inferencia lógica, descripción que respeta las convenciones de denotación); y *wahr/unwahr* o *falsch*, verdadero/falso, relativo a la verdad en sentido estricto. En griego, la distinción sería entre *orthotès* y *alétheia*.

sólo miente por su propio interés, el burócrata es pues necesariamente *cínico*.

— «*Objetivamente*», el sistema —o el Aparato en su conjunto— se hundiría rápidamente si la distinción entre enunciados correctos e incorrectos se hiciese imposible; perdería todo contacto con la realidad y toda incidencia en ella. Es la situación que tienden regularmente a producir tanto los componentes delirantes de su propia política global como el suministro de informaciones falsas por parte de los burócratas individuales. Y se ha producido efectivamente en numerosas ocasiones: durante la colectivización forzada y la industrialización a ultranza en Rusia (1929-1933), durante las grandes purgas (1936-1939), durante la primera década de instalación de los regímenes comunistas en los países satélites de la Europa del Este (período de la «economía de la luna», como habían dicho los economistas polacos en 1956).[29] Sigue produciéndose, aunque en menor grado. La razón es de una importancia primordial: a nivel de los objetivos que se propone, y de su relación con los «hechos», el régimen ha dejado de delirar. Esto, en sí mismo, disminuye enormemente tanto la distancia de la realidad como la presión ejercida sobre los burócratas individuales llevándoles a falsificar los datos para poder presentar los resultados fantásticos exigidos. El que el régimen haya dejado de delirar a lo Stalin, el que haya abandonado las bravuconadas de Kruschev, demuestra hasta qué punto es anacrónico seguir analizando a Rusia en simples términos de totalitarismo, tomando el contenido de este término del paradigma de la época estalinista. Con Breznev no puede hablarse de delirio. En el ámbito no militar, los objetivos —realizados o no— son cada vez más modestos. En el ámbito militar —donde no se conocen los objetivos inicialmente perseguidos— las realizaciones son enormes.

Ello no impide que la burocracia siga fabricando a todos sus niveles, como su producto orgánico, falsas informaciones, falsificaciones. En la medida en que, a través y con el enorme despilfarro que ello supone, el Aparato sigue a pesar de todo funcionando, debe existir un «lugar» (o varios «lugares») en los

29. Una de las mejores descripciones del delirio estalinista a nivel económico entre 1929 y 1940 es la que ofrece la obra fundamental de Naum Jasny, *Soviet Industrialization, 1928-1952*, Chicago U.P., 1961.

que la distinción entre lo correcto y lo incorrecto, lo real y lo ficticio, sea llevada a cabo a la vez que ocultada. Debe existir una «instancia» que sabe que la imagen falsa es falsa (aunque no puede estar segura de la imagen verdadera), y que obra en consecuencia. Dada la amplitud de las materias implicadas, esta «instancia» debe estar «localizada» más o menos en todos los lugares importantes del Aparato. Lo que equivale a decir, en último término, que esta «instancia» es el propio Aparato que, para trabajar sobre lo falso, debe saber que trabaja sobre lo falso, sin decirlo. Esto sabiendo que lo falso es su propio producto, y que su disimulo sólo sirve a sus propios intereses. El *cinismo* aparece pues como rasgo estructural, esencial, necesario del Aparato como tal. Lejos de ser simplemente rasgo psicológico indispensable de los individuos que lo componen, el cinismo es propiedad sociológica «objetiva» del propio Aparato.

Lo imaginario nacionalista-imperial

¿Cómo este increíble tinglado puede aguantarse y continuar? Generalicemos la cuestión —ya que lo que importa es el futuro. ¿Puede concebirse una sociedad en la que el lenguaje se halle sometido a esta labor de destrucción incesante en su dimensión significativa? ¿Puede concebirse una sociedad en la que sólo hubiera pulsiones y «palabras»-señales? ¿Una sociedad reducida a la simple funcionalidad (y además, funcionalidad no funcional *como* funcionalidad)? ¿Una sociedad en la que la escisión entre «realidad» oficial y realidad real, y la pulverización de esta última, hayan llegado a este grado? ¿Una sociedad en la que no haya cohesión, en la que los miembros de la clase dominante vivan en una guerra de todos contra todos sin fe ni ley?[30]

La respuesta es doble, y sin ninguna paradoja. Semejante sociedad puede concebirse, ya que es real. Esta ahí, es la parte visible, fácilmente observable, de Rusia. Y al mismo tiempo,

30. Responder que lo que mantiene unida a la sociedad rusa es la represión sería demasiado superficial. La unidad del aparato represivo presupone una unidad de la capa dominante —y es el carácter problemático de esta última lo que se discute aquí.

a la larga no es posible. Es lo que demuestra, por otra parte, la resistencia sorda del pueblo ruso al régimen, de la que no se sabe hasta donde llegará —llegaría— si el tiempo se lo permitiese. Pero también, precisamente porque esta sociedad no es posible, cambia, se convierte en otra cosa, el lugar del poder se desplaza, otro sector paradigmático, con un funcionamiento distinto, emerge, otro cimiento de la sociedad aparece.

La aparición y la ascensión del Ejército y de la sociedad militar es ocupación del lugar que el Partido ya no puede realmente cubrir, ni como animador ni como organizador eficaz de la sociedad. Es ocupación de un vacío socio-histórico que va ampliándose.

Se acaba de celebrar el XXVI° Congreso del P.C.U.S. Ha mostrado la irrealidad de un cadáver que todavía se agita débil y mecánicamente. Los comentaristas occidentales han atribuido la extraña calidad del espectáculo a la edad de los dirigentes. Incomparable profundidad de análisis. Evidentemente, es pura casualidad el que todos los dirigentes sean septuagenarios. ¿Y quién no distingue a las innumerables legiones de jóvenes miembros del Partido, relinchando de impaciencia, rebosantes de imaginación y de creatividad, dispuestos a transformar de arriba a abajo la sociedad rusa en cuanto las arterias de Breznev hayan cedido?

El Partido está petrificado, y petrifica a la sociedad que tiene encomendada— la sociedad no militar. Su incapacidad de efectuar el menor movimiento, su rigidez cadavérica se ven agravadas por las crecientes dificultades económicas (sobre las que no he insistido por falta de espacio y a la vez porque, de no ocurrir algo, nada impide que la situación económica siga pudriéndose lentamente). No tiene valores ni orientación que proponer a la sociedad— ni a sí mismo. Por más que la pregunta: ¿por qué hacemos lo que hacemos? pueda surgir alguna vez en la cabeza de un hombre del Aparato, no será desde luego en las «ideas» del Partido donde encontrará una respuesta. El «progreso» se ha convertido en una burla en las condiciones reales de Rusia. La «cientifización» de la sociedad, con la que se atronaban las orejas del mundo hace quince o veinte años, ha desaparecido sin dejar rastro. La ideología está vacía, vaciada desde dentro. (Habría que invitar a los que hablan de «ideología» a propósito de la Rusia actual a decir en qué consiste esta «ideología» y, sobre todo, lo que entienden

por «ideología». ¿Cualquier ensamblaje de palabras es suficiente para constituir una «ideología»?.)

Contrariamente a esta irrealidad del Partido, el Ejército y la sociedad militar se apoyan en una cierta realidad —de hecho, *construyen* una realidad, la única realidad del universo ruso. *Se* construyen a la vez como Fuerza efectiva y eficaz, y como ennoblecimiento de la Fuerza en y por lo imaginario nacionalista-imperial.

Cómo el Ejército ha llegado, «concretamente», a representar este papel, a ocupar este lugar, a erigirse como agente socio-histórico con un papel inédito y original, es un problema difícil y a la vez relativamente secundario. Voy a intentar sentar algunos puntos para su discusión en el apartado siguiente.

Por qué puede representarlo, «positivamente» —y no tan sólo en función de la carencia del partido— podrá ser elucidado, aunque sólo en parte.

Representa este papel, como sabemos, a nivel funcional; lo he dicho y no me cansaré de repetirlo: el Ejército es el único sector *moderno* de la sociedad rusa, y el único que realmente *funciona*. ¿Por qué, cómo, a partir de qué ha llegado a serlo?

Ante estas preguntas, podemos presentar un cierto número de respuestas «reales» —como referencia a factores reales. En primer lugar, el Ejército ha sido más o menos sustraído al conflicto social. Por su naturaleza primero, por el estatuto especial de sus empresas «cerradas» después, no conoce —en todo caso, no al mismo nivel— la oposición constante entre los ejecutores y los dirigentes que azota a la producción rusa y que no tiene más salidas que el sabotaje silencioso. Cuerpo jerárquico privilegiado con procedimientos de promoción formalizados y fijos, lo que no se da, y difícilmente podría darse, en el Partido, sin duda se ve menos acosado por las luchas internas de las camarillas y de los clanes y por la irracionalidad que de ello resulta.

En segundo lugar, cuerpo social por definición delimitado respecto al resto, le ha sido más fácil sustraerse al caos, al cafarnaum generalizado de la sociedad rusa. Para el Ejército que se constituía, que se autoconstruía al final del reinado de Stalin, los establos de Augias que tenía que limpiar eran mucho menos grandes y poblados que los que había que acometer en cualquier intento de «reformar» el Partido y la sociedad global.

En tercer lugar, la naturaleza de su función hace que para el

Ejército sea mucho más difícil romper completamente su contacto con una cierta realidad. Sería poco verosímil en su caso proclamar triunfalmente que el objetivo de producción de vehículos blindados ha sido alcanzado porque el número prescrito de carros de combate ha franqueado la línea terminal de la cadena de ensamblaje, para llevarlos a continuación a los talleres, desmontarlos ya que faltan piezas, y montarlos de nuevo para cubrir el plan del mes siguiente. Asimismo, y más concretamente, debido a la evolución tecnológica del armamento, ha habido una formidable presión ejercida sobre el Ejército ruso, que le ha obligado a ser un Ejército moderno, o desaparecer.

Por último, el Ejército no se plantea —o casi apenas— problemas de «normas» y de «valores», ni problemas de orientación, ni de «legitimación», ni de «justificación» de lo que hace. Nadie, en el vértice del Apartado burocrático, puede discutir su razón de ser incontestable; ni su misión, definida con toda evidencia en el acuerdo general como el máximo de potencia de ataque alcanzable; ni su *modus operandi*, que demuestra cada día su eficacia opuesta a los lamentables fracasos del Partido en los ámbitos que dirige; ni sus «opciones» particulares. Este último problema —que desgarra hasta incapacitarlo al *establishment* militar norteamericano— ha sido zanjado, tras la eliminación de Kruschev (véase el apartado siguiente), de la manera más sencilla posible: se desarrolla *todo*.

Todo esto es cierto pero no «explica» nada, ya que hay infinidad de ejemplos en sentido contrario. Nada excluía, *a priori*, una deriva del Ejército ruso paralela a la del régimen; nada le impedía convertirse en una réplica moderna del Ejército del Zar en 1904, o del Ejército de la III República en 1939. No fue así, y ello no se desprende de ninguna «esencia» del Ejército o de la cosa militar. Las «prioridades» que el Partido le ha concedido tampoco explican el fenómeno, como he demostrado en el Capítulo 3. Ha puesto a su disposición una gran cantidad de recursos, pero quedan por explicar la calidad de los outputs y la eficacia del funcionamiento. Esas prioridades, por otra parte, existían al menos desde 1930 —aunque los resultados no eran comparables, ni mucho menos. El Partido, a su vez, le ha costado muy caro al Ejército. En el Capítulo 1 ya he hablado de las interferencias nefastas del Partido —del que el Ejército ha conseguido finalmente desembarazarse— pero la expresión es

débil. Stalin destruyó prácticamente al Ejército en 1937 (proceso Tukachevski), el Ejército abordó la guerra en un estado lamentable (cf. la campaña de Finlandia), la ganó *a pesar* del Partido— y *lo sabe*.[31]

El Ejército es el único sector de la sociedad rusa que funciona con eficacia— y esto también lo sabe (y el Partido lo sabe). Ciertamente el tecnicismo creciente de la guerra ha desempeñado un papel en su evolución, pero esta condición no es suficiente. El Ejército ruso no está más tecnificado que el Ejército norteamericano. El desarrollo —el autodesarrollo— del Ejército, necesitaba para adquirir el peso que ahora tiene, de la *ausencia* de un poder equilibrante que hubiera podido, eficazmente, limitarlo. Pero este autodesarrollo tenía necesidad sobre todo de una condición «positiva», que no puede buscarse al nivel funcional. Es más bien esta última la que explica por qué, en el caso del Ejército, este nivel funcional es el que es— verdaderamente funcional.

Esta condición, es lo que «anima» y ha «animado» al Ejército: lo imaginario nacionalista-imperial. Imaginario que nunca ha desaparecido —no es una particularidad de Rusia—, avivado por la Segunda Guerra Mundial y sus consecuencias, que el Partido no deja de intentar explotar, pero que encuentra su portador natural, orgánico, adecuado, en el Ejército.

En él encuentra sobre todo un portador fecundo y fecundable. Ya que —otro aspecto esencial de la cuestión, y enigma suplementario— este mismo imaginario ha penetrado desde hace mucho tiempo, penetra cada vez más, en el Partido, sin llegar a *animarlo* verdaderamente, por más que se demuestra capaz de consolidar al Ejército, de vincularlo a tareas de expansión cuantitativa, de mejora cualitativa, de modernización verdadera, de permitirle concebir planes y estrategias a largo plazo y de realizarlas.

En efecto, con la bancarrota del Partido como «modernizador» y la putrefacción del ridículo ensamblaje de palabras que le sirve de «ideología», lo imaginario nacionalista-imperial se

31. Véase el apartado siguiente. Sería asombroso que hubiera un solo oficial ruso «no-político» e interesado por el pasado que no pensase —con razón— que, de haber sido sólo por el Partido, Rusia habría sido despedazada por Hitler. Lo que se oculta, en cambio, son las múltiples y decisivas contribuciones de Hitler a la victoria rusa.

convierte en cimiento, el único existente, el único *concebible* en la situación actual, del propio Partido. Desde hace quince años, desde la eliminación de Kruschev convertido en algo insoportable para el Ejército y para casi todos los demás sectores de la burocracia, no ha habido ninguna señal de conflicto, que yo sepa, entre el Partido y el Ejército, sino todas las señales de una prioridad todavía mayor, en concordancia con las exigencias del Ejército. Después de los consumidores, la propia inversión «no militar» lleva todas las trazas de empezar a ser sacrificada ante las exigencias del armamento. Mientras la sumisión de la sociedad no militar es comprada por el mantenimiento de un aumento muy mediocre del consumo, los gastos militares siguen aumentando al mismo ritmo, y la progresión de la inversión se hace más lenta.[32] Lo que ha ocurrido es que, volviendo definitivamente la espalda a los «grandes proyectos» de Stalin y de Kruschev y a las ilusiones modernizadoras, el Partido se ha identificado definitivamente y sin reservas con la causa nacionalista-imperial, que está claro quiere contemplar, y que contempla cada vez más, como «su propia» causa. También él se ve llevado, por sí mismo, a velar y a ennoblecer la Fuerza bruta en y por lo imaginario de la Nación rusa y de su Imperio. O bien el Aparato se descompone al mismo tiempo que su «política» y su «ideología»; o bien sobrevive dotándose de un espíritu prestado, el del nacionalismo-chovinismo imperial ruso.[33]

La fuerza y el culto del Partido/Estado pueden así, al menos provisionalmente, ser salvados, identificándose con el Estado-Nación prometido al Imperio. La dimensión imperial es evidentemente esencial, a pesar de nutrirse y estar condicionada por esos «accidentes» que son el pasado ruso, la extensión y la masa del país. (El nacionalismo albanés no es y no puede ser lo

32. Cf. W.T. Lee, en *Lee 1977*, págs. 287-289. Cf. también Green, Guill, Levine y Miovic en *JEC 1976*, pág. 304 (que constatan sin realmente interpretar). Sobre las actitudes de la población ante la evolución de la situación económica, cf. John Bushnell, «The New Soviet Man Turns Pessimist», «Survey», 24/2, primavera 1979, págs. 1-18.

33. Ya en 1955 y 1959, Adam Ulam veía claramente que un totalitarismo sin objetivos movilizadores, sin un «enemigo visible y concreto» es prácticamente imposible y que el nacionalismo/imperialismo proporcionaba una salida al Partido. Cf. *The New Face of Soviet Totalitarianism*, Harvard U.P., Cambridge Mass., 1963, en particular págs. 57, 75-76, 88. Robert G. Wesson («War and Communism», «Survey», 20/1, invierno 1974, págs. 101-117) subrayaba también la necesidad de una «militancia» para mantener el régimen.

mismo que el nacionalismo ruso, norteamericano o chino.) En este sentido, se puede y se debe hablar de *nacional-comunismo*. El tipo de régimen establecido en Rusia no es tan sólo el único que la burocracia conoce, que sabe manejar y en el que sabe vivir: es materialmente indisociable de su existencia. Su extensión a otros países, además de la ocupación militar rusa, le es indispensable, no por amor al «socialismo realmente existente», sino como el único medio para instalar un tipo de control y de dominación conocido por ella y que sepa dirigir. No se trata de «ideología», sino de un instrumento de explotación y de gestión centralizada. Todos los *slogans* del régimen han sido abandonados: la transformación de la naturaleza, el hombre de tipo nuevo, la superación económica de Estados Unidos. Uno se preguntaba hasta cuándo la «realización del comunismo para 1980», inscrita en el Programa oficial del Partido, este viejo cartel publicitario hecho jirones, seguiría ondeando lamentablemente al viento. Pues bien: se acabó, con motivo del XXVI° Congreso se tiró a la basura. *Un único slogan* no ha sido abandonado y no parece próximo a serlo: la «victoria mundial del socialismo», la relación de fuerzas internacional «cada vez más favorable al campo de la paz y del socialismo». El régimen proclama a la vez claramente que no hay otro socialismo que el estado actual de Rusia, el «socialismo realmente existente», y que «ese socialismo» está destinado a la dominación del mundo —es decir, que el mundo está destinado a su dominación. Dominación mundial del «socialismo» a la rusa, donde evidentemente todas las naciones serán iguales, pero donde habrá una más igual que las otras, como ya ocurre ahora dentro del Imperio ruso y respecto a sus colonias y protectorados.

La orientación nacionalista y chovinista de la propaganda y de la política interior del Partido es ampliamente conocida y está ampliamente documentada. El renacimiento del culto a Stalin desde hace algunos años tiene, como ya he dicho, esta significación: es el «héroe nacional» glorificado. Después de Iván el Terrible, ahora es Pedro el Grande el que es presentado, en un film de Sergei Gerasimov, como un reformador que disfrutaba del apoyo del pueblo llano.[34] El antisemitismo se

34. En una entrevista, Gerasimov dijo de Pedro el Grande: «Como pensador, era un internacionalista» («IHT», 26.3.81). Es evidente: Breznev también. Sobre la renovación del culto a Stalin y su carácter, véase *Zaslavsky 1979*.

disfraza cada vez menos de «antisionismo».[35] La rusificación de todos los pueblos sometidos bajo el Imperio es sistemáticamente llevada a cabo bajo la máscara de su «igualdad».[36] La preponderancia de los rusos en los órganos dirigentes es aplastante; en el caso de los mandos del Ejército, no hay preponderancias, hay rusidad pura y simple. Las «desviaciones nacionalistas» son severamente criticadas y condenadas por el Partido y su prensa, cuando proceden de los pueblos sometidos; son, a juzgar por su silencio, simplemente inexistentes en el caso de los propios rusos. El único momento en que el régimen produce un efecto cómico involuntario es en las confesiones palurdas de este tipo.

De hecho, el nacionalismo y el chovinismo ruso están reemergiendo entre amplias capas de la población, que ignoran todo de los disidentes «de derechas», de los neo-eslavófilos, etc. Ya he hablado de los obreros de las «empresas cerradas»; pero todo parece indicar que las actitudes nacionalistas y chovinistas se extienden tanto entre los obreros no cualificados y subpagados, como entre los jóvenes a la deriva y los especialistas de diferentes categorías que constatan la extinción de perspectivas de promoción derivadas de la rigidez ya perfectamente establecida de la estratificación social.[37] Las reacciones que algunos periodistas occidentales han podido recoger entre la población rusa tras la invasión de Afganistán y a propósito de ésta, dan una imagen más que sombría de la situación.

35. A las numerosas informaciones publicadas por la prensa francesa a este respecto, hay que añadir la publicación de una novela francamente antisemita (la primera desde la muerte de Stalin según Siniavski, «Times Litt. Suppl.», 30.11.79) en el «Nash Sovremennik» de Moscú, n.º 4-7, 1979.

36. Véase *Zaslavsky 1980 b* («The Ethnic Question in the U.R.S.S.»), excelente texto que debería llegar a conocimiento del público francés, expuesto únicamente a los rumores en torno a un «estallido» futuro del Imperio. Zaslavsky insiste con razón sobre la rusificación inducida y automática, resultado de los privilegios a nivel de carrera y otras cosas de que disfrutan los rusos étnicos en todos los terrenos, como también de la dominación de la lengua rusa. Esto no significa evidentemente que la resistencia de los pueblos sometidos haya desaparecido, ni siquiera que en ocasiones no se vea coronada por el éxito. Prueba de ello es el pleito recientemente ganado por los georgianos en el mantenimiento de su lengua como lengua oficial en «su» República. Sobre la cuestión del nacionalismo ruso y de las nacionalidades oprimidas, véanse también los artículos de Szporluk, Dunlop, Benigsen, etc., en «Survey», 24/3, verano 1979.

37. Cf. *Zaslavsky 1979*, págs. 13-14; *Zaslavsky 1980 b*, págs. 71-74.

Sería superficial atribuir este renacimiento del chovinismo popular únicamente a los efectos de la propaganda oficial. El factor esencial es análogo, *mutatis mutandis*, al que actúa en el Partido. En las ruinas de la ideología, ante una situación económica y social petrificada e insoportable, el nacionalismo, el mito (mejor dicho: la realidad mitificada) del Imperio ruso vuelven a ser las únicas significaciones imaginarias disponibles que pueden dar una apariencia de sentido a la existencia de los individuos, siempre que éstos acepten el estado de cosas existente. Les proporcionan a la vez referencias de identificación, polos de valorización, motivos de una acción que inscribe el presente en una continuidad histórica que le supera (y por eso mismo elimina o reduce la importancia de sus rasgos negativos). A través del caso ruso —y como lo demuestra su semi-invulnerabilidad en todo el mundo— se encuentra aquí la dura realidad de lo imaginario nacional, que el marxismo, tan superficialmente, había pretendido despachar.[38]

El nacional-comunismo del Partido ruso es la imbricación del modo de dominación y de explotación propios del Aparato burocrático con estas significaciones imaginarias —Nación, Imperio rusos— adornadas de algunos restos de vocabulario marxista. Pero es sólo un nivel de realidad —y de escasa realidad— ya que, así como cuando lo imaginario de la expansión ilimitada del dominio «racional» se apodera del mundo occidental encuentra, o mejor dicho *crea*, un sector privilegiado de la vida social en el que se encarna primero, que es la producción, una forma de organización que es la empresa, y un portador humano primero, «natural» y «orgánico», que es la clase capitalista, del mismo modo, cuando al final de su carrera —y tras haber agotado el campo «político-ideológico» a través de la dominación total del Partido/Estado— esta expansión ilimitada del dominio se convierte en simple reino de la Fuerza bruta arropada en el imperialismo nacionalista, encuentra su campo natural en la violencia, una forma de organización

38. Cf. *La Institución imaginaria de la sociedad*, (págs. 207-208 de la ed. francesa). Contrariamente a lo que había creído el marxismo —y que se desprende necesariamente de toda su visión de la historia— el internacionalismo *no es* un producto automático de la vida en las condiciones modernas, de la situación del proletariado, etc. Véase también «Le mouvement révolutionnaire sous le capitalisme moderne», en *Capitalisme moderne et révolution*, *op. cit.*, Vol. 2, pág. 189.

en el Ejército industrializado moderno, y un portador humano apropiado en lo que yo he llamado la sociedad militar. En relación a este núcleo de la nueva situación socio-histórica que se está constituyendo, el Partido, evidentemente, es sólo una pantalla; algo más que un apéndice funcional o un instrumento indispensable, pero no ya el *centro o el alma del poder.*

¿Pero qué es *este* nacionalismo, y *esta* Nación? Son vacíos, son Nada. No me sitúo aquí en una perspectiva de «valor», de «justificación», de «crítica»; sino en la perspectiva de la comprensión de *lo que es*, y de su *consistencia* socio-histórica. Comentando recientemente una discusión que tiene una larga historia, Isaíah Berlin definía el nacionalismo por la creencia en cuatro ideas: la necesidad insuperable de pertenecer a una nación; la relación orgánica de todos los elementos que constituyen una nación; el valor de nuestra propia nación simplemente porque es la nuestra; la superioridad de sus objetivos y pretensiones respecto a la autoridad y a la lealtad frente a los rivales y adversarios.[39] Definición que cubre, al igual que el nacionalismo, el mismo *hecho de la nación*, y que tiene una apariencia simplemente descriptiva, pero que se remite, más allá de la nación como tal, a los rasgos universales de la socialización del ser humano —es decir a su existencia misma. El primer punto no se refiere a una necesidad indiscriminada de «pertenecer», de sentir el olor y el calor de los demás —sino a la *socialidad* esencial del ser humano. Hasta aquí no se puede hablar de sociedad humana en general. El pequeño monstruo llorón que acaba de nacer sólo será humanizado (es decir socializado) por mediación de una sociedad particular —tribu, clan, pueblo, nación. Sólo vivirá identificándose con la institución de esta sociedad y con las significaciones imaginarias que ésta posee. Sin todo ello, *ni siquiera* será psicótico, no existirá. Atacar, poner en cuestión a esta institución y a sus significaciones imaginarias, será casi siempre recibido por él como un ataque mortal, infinitamente más peligroso que cualquier ataque a su ser físico, ya que es su «ego» o su yo lo que es atacado. (Cómo y cuándo esta relación de identificación integral con la comunidad particular a la que se pertenece llega a ser puesta en

39. «Nationalism: Past Neglect and Presents Power», «Partisan Review», 46/3, 1979, pág. 349.

cuestión y quebrantada en la historia es, evidentemente, un problema político fundamental sobre el que volveré en la segunda parte de este libro.) Los puntos tercero y cuarto de la definición de Berlin (valor y superioridad de la propia comunidad) se desprenden del primero casi analíticamente (tautológicamente). Queda el segundo. La «relación orgánica de todos los elementos que constituyen una nación» es evidentemente una relación imaginaria entre elementos imaginarios —es decir que sólo son lo que son y como son porque están dotados de significaciones imaginarias constitutivas de la institución de la sociedad (el «territorio» ofrece la ilustración más palpable; la propia lengua es «contingente» desde este punto de vista, como lo demuestra el ejemplo contrario suizo y algunos otros). Pero esto no implica en absoluto que esta relación y estos elementos puedan ser cualquier cosa. Cualquiera que sea el poder de la alquimia de lo imaginario —apropiándose, transformando, transustanciando, unificando y homogeneizando los elementos más dispares de las procedencias más distintas, como puede verse a lo largo de la historia pero particularmente en las culturas de las naciones modernas— debe haber una *unidad* de las significaciones que, encarnadas en las instituciones y animándolas, *mantengan cohesionada a una sociedad*. El que esta unidad no sea «lógica», no sea la de un «sistema», que sea en último término inanalizable e indescriptible como tal, no implica que no exista. Es la unidad de un *magma*, no la de un «conjunto».[40] La «nación» misma también *es* un magma, *y «pertenece»* a un magma. No puede decirse de qué *debe* estar hecha, pero sí podemos decir lo que no puede *faltarle*.

Lo que no puede faltarle es la capacidad de *dar sentido* a la existencia y a las actividades de los humanos que pertenecen a la colectividad que ella forma. Y esto no puede hacerlo diciendo simplemente: Yo soy Yo, nosotros somos los mejores porque somos nosotros. «Nación» es sólo otro nombre, en este aspecto, de esta sociedad dada, de un ser socio-histórico particularizado por sus instituciones y sus significaciones propias. Como tal, es indisociable de un mundo de normas particulares, de valores particulares, de una inserción en el tiempo histórico y en una tradición, de una cultura particular.

Desde este punto de vista, la «nación» rusa es forma vacía

40. Véase *La institución imaginaria...*, Capítulo 7.

—salvo en la medida en que es confluencia de intereses y de aversiones negativamente aliados contra los «otros». Normas, valores, cultura, tradición han sido destruidos, o persisten como restos y utopías nostálgicos. Del pasado sólo quedan ruinas —o bien, esos rasgos antropológicos del individuo ruso forjados por los siglos del Antiguo régimen que han podido integrarse en el nuevo porque le eran necesarios: servidumbre frente a la autoridad y el Estado, indiferencia frente a los asuntos públicos, debilidad o inexistencia de relación frente a una legalidad explícita. Esta destrucción no es más que la otra cara de lo que se desarrolla en Rusia desde hace sesenta años: inculcación de la mentira, del cinismo, de la anomia que ha pasado a ser, por primera vez en la historia a esta escala el estado regular de una sociedad, de la denuncia de sus amigos y de sus propios parientes por miedo, por interés o para adelantarse a los deseos del autócrata. El intento de mezclar la pseudo-«ideología» comunista actual con algunos elementos de la tradición rusa (que hay que depurar, a este efecto, de sus gérmenes más originales, más sustanciales, más fecundos) sólo da y sólo puede dar un popurrí grotesco, no una cultura ni una «conciencia nacional». La adición de algunos fragmentos de *Problemas del leninismo* y de Andrei Rublev en el bortch tradicional no es suficiente para construir o reconstruir una nación, simplemente echa a perder la sopa. Ha habido una visión del mundo y una forma de vida rusas; ya no las hay. No hay valores ni normas rusas, no hay visión del mundo rusa, tampoco hay, ahora ya, salvo detalles etnográficos y folklóricos, una forma de vida rusa. Hay, en un campo de concentración que ocupa una sexta parte de las tierras emergidas, 270 millones de seres triturados por el mismo poder, que sufren el mismo destino sin alma y sin rostro y que, para sobrevivir psíquica y mentalmente, se ven obligados a decirse: de todas formas somos una Gran Nación. Gran Nación en efecto, en el sentido que Stalin habría dado a este término: Nación de 173 divisiones y de 6.000 cabezas nucleares.

Lo imaginario nacionalista es pues aquí forma vacía y enmascaramiento: ficción obtusa, ensamblaje de trozos y pedazos mal combinados. La significación *nación* en este caso no remite a ningún contenido sustantivo, remite a la simple aglomeración de un gran número de individuos que se mantienen unidos por el collar de hierro del poder del Estado y a una lista de rasgos empíricos descriptivos. Como significación, sólo

remite a sí misma: la nación rusa es la nación rusa, Yo soy Yo. Para los individuos desempeña el papel de una referencia identificadora, existe porque es necesario que dicha referencia exista, pero esta referencia está *vacía*, o mejor dicho sólo se llena, sólo adquiere una apariencia de sustancia, remitiéndola a esa masa de individuos que, a su vez, sólo pueden definirse en relación a ella. La nación se define mostrando a los individuos que se definen mostrando a la nación.[41]

Pero este vacío no está vacío para todo el mundo. Cuando los rusos o algunos rusos dicen: Rusia somos nosotros, no están diciendo nada. Pero alguien podría decir, con todo el derecho: estas 173 divisiones y estas 6.000 cabezas nucleares, somos nosotros. Este alguien, es el Ejército. Aquí lo imaginario nacionalista adquiere un contenido que ya no es una significación, sino la referencia a una sustancia sensible, que posee sus propios atributos y propiedades independientes de una referencia circular a la «nación». Lo imaginario nacionalista no deja por ello de ser romo, pero deja de ser simple referencia a sí mismo; ahora tiene un referente real: el sistema de bombas H, de vectores, de divisiones blindadas, de fábricas de armamento, y de hombres definidos por su relación con este sistema. El nacionalismo vacío se llena optando por la Fuerza bruta, y sólo así puede llenarse. Puede entonces funcionar como principio de animación para el representante personificado de esta Fuerza, que es el Ejército y la sociedad militar.

El punto de vista histórico

El análisis precedente podría, y debería, ser completado por una descripción y discusión histórica «concreta». La función de

41. Esta remisión circular se da ciertamente siempre que se habla de nación, pero *nunca sola*. A la vez existe una referencia a términos —normas, valores, forma de vida valorizada, cultura compartida, etc.— que *constituyen* —*instituyen*— la colectividad como algo distinto y como algo más que una simple reunión de individuos que se reclaman bajo el mismo nombre. Hay que recordar por otra parte que, en un contexto totalmente distinto, y a otro nivel, fenómenos análogos aparecen desde hace mucho tiempo en las sociedades occidentales: la crisis de las normas y de los valores, la ruptura de la relación con el pasado condicionan un vacío de la forma nación, que no comporta sin embargo una desaparición del nacionalismo. El resultado final, de todas formas, es distinto en la medida en que el movimiento de estas sociedades no es sofocado por el poder. Volveré sobre ello en la segunda parte de este ensayo.

esta última sería controlar, verificar, llegado el caso refutar, la interpretación propuesta de la estructura y de la evolución de la sociedad rusa en vista a los acontecimientos particulares (localizados y fechados), a los actos y a las funcions de personas y grupos determinados, a los autores de las decisiones y a los responsables de la suerte de estas decisiones en su aplicación —todo ello, en su encadenamiento temporal y, en parte, quasi causal.

Esto es mucho menos simple de lo que parece. Evidentemente, la cuestión del papel de los militares y del Ejército en Rusia y de sus relaciones con el Partido es discutida desde hace mucho tiempo desde este ángulo por los historiadores de la Rusia contemporánea y los sovietólogos. Pero lo es —difícilmente podía ser de otra manera— a través de un marco conceptual, categorías e ideas preconcebidas nada neutros, que deforman gravemente no sólo las «interpretaciones» que suministran, sino también, en ocasiones, las mismas descripciones de los hechos. La interpretación de las interpretaciones de los historiadores es ya por sí sola una tarea considerable. Volveré sobre ello más adelante. Pero, antes de pasar a resumir los momentos culminantes del material histórico, es indispensable delimitar claramente lo que afirmo y lo que no afirmo, lo que es pertinente para verificar o refutar las ideas que han sido expuestas y lo que no lo es.

Lo que afirmo —y que habría que contradecir para refutar lo que adelanto— es:

—Que el Ejército y la sociedad militar son sustraídos al modo de funcionamiento y al modo de ser —al «modelo sociológico»— propios del Partido *y de todo lo que éste gestiona.*

—Que las orientaciones esenciales del Ejército y de la sociedad militar se convierten en las orientaciones del régimen— o, lo que viene a ser lo mismo, que las orientaciones del régimen corresponden, en los puntos esenciales y por caro que tenga que pagar la sociedad, a las exigencias del Ejército *en todo lo que verdaderamente le importa.*

Es pues absolutamente indiferente:

— que haya o no mariscales en el Politburó;

— que el número de los militares en el Comité central o en el Soviet supremo pase del 3,7 % al 7,4 % o a la inversa;

— que el ministro de Defensa sea un militar de carrera o un general «político»;

— que el Ejército intervenga o no en la cuestión de los métodos de cultivo del maíz en el Kazakhstan;

—que los oficiales estén o no obligados a asistir a clases de marxismo-leninismo;

— que numerosos artículos de «Pravda» o incluso de «Krasnaia Zvezda» afirmen y reafirmen la preeminencia del papel del Partido;

— que se pueda o no exhibir el acta verbal de una determinada reunión demostrando que se ha tomado una decisión debido a la insistencia de los militares— o lo contrario, etc.

¿Por qué? Porque el hecho de que Rockefeller, Carnegie, Mellon, Ford, Vander Bildt, etc. no hayan sido nunca presidentes de Estados Unidos o simplemente secretarios de Estado o de cualquier otra cosa no significa nada sobre la realidad del poder en Estados Unidos durante el período correspondiente; porque ni los Parlamentos del capitalismo floreciente estaban constituidos en su mayoría por hombres de negocios, ni los ministerios de Finanzas eran ocupados generalmente por banqueros; porque el Comité de Forges nunca nombró jueces de paz, ni siquiera los Consejeros del tribunal de casación, como tampoco la *National Association of Manufacturers* telefoneó a Wilson o Roosevelt la orden de entrar en la Primera o en la Segunda Guerra Mundial; porque hubiera sido inconcebible en todas las sociedades occidentales, incluso cuando la Iglesia y la religión habían perdido buena parte de su papel preponderante, que los oficiales, los dignatarios del Estado o los patronos no asistiesen a misa, en fin, porque «el poder» no es un objeto, porque su forma de ser y de manifestarse cambia según la forma de institución de las sociedades consideradas, porque su realidad es, en las sociedades modernas en cualquier caso, hipercompleja y sobre todo invisible, porque no está escrita en los carnets de identidad de los personajes que, aparentemente, lo «poseen» o lo «ejercen», y porque es así por razones esenciales y profundas, sobre todo en el caso particular que nos interesa, el caso de Rusia.

*

Bajo el reino de Stalin, la situación del Ejército es clara. Completamente sometido al Partido, no está en condiciones —como ninguna otra sección del Aparato burocrático— de manifestar la menor autonomía.[42] Resulta característico que, desde 1928, Stalin conceda una prioridad masiva a los gastos militares —que representan probablemente desde los años 1930 la misma proporción que hoy respecto a la producción nacional, teniendo en cuenta también lo que hemos dicho anteriormente sobre el verdadero carácter de la «prioridad de la producción de medios de producción»— y que esto no comporte ninguna diferencia reconocible entre el modo de funcionamiento y la «calidad» del Ejército y los del resto de la sociedad.[43] Fiel a sus métodos, Stalin concedía privilegios materiales y de estatuto a los oficiales, llevando el control «político» —es decir policial— del Ejército hasta el límite de lo concebible. Las grandes purgas de 1937-1938 casi destruyeron al Ejército.[44] Sus efectos, combinados con la «política» débil-demente de Stalin y su ceguera patológica frente a las intenciones de Hitler, condujeron a la

42. Véase, por ejemplo, la excelente descripción resumida de Roman Kolkowicz, *The Soviet Military and the Communist Party*, Princeton U.P., 1967 (citado a partir de ahora: *Kolkowicz 1967*), págs. 47-79.

43. Sobre la importancia de los gastos militares durante el período de los primeros «Planes», véase *Kolkowicz 1967*, pág. 50 y ss.; *Jasny 1961*, Cuadro pág. 444 y referencias en el *Index s.v. Armaments, Military Expenditures, Warren Nutter 1967*, pág. 150: el índice de la producción militar ha aumentado 25 veces desde 1933 a 1937, 55 veces de 1933 a 1940 —mientras que el índice de la producción industrial total durante los primeros períodos sólo se duplicaba. Según los cálculos de Jasny (*ibid* pág. 444), los gastos militares se han visto multiplicados por siete (a precios constantes) de 1928 a 1937, mientras que el producto nacional neto aumentaba tan sólo algo más del 60 %, y han seguido aumentando a un 133 % de 1937 a 1940, mientras que el producto nacional aumentaba el 10 %—. El mantenimiento de los precios de los productos del «Sector A» (y por tanto también de los productos militares) a niveles artificialmente bajos y sin relación con sus «costos de producción» empieza desde el principio de los «Planes». De 1928 a 1958, los precios del sector A han sido multiplicados por 4, los del sector B por 15. *Jasny 1961*, pág. 28, 285, 288-289.

44. Con Tukhachevski, Gamarnik, Yakir, Blücher han sido liquidados los 11 Comisarios adjuntos de Defensa, 75 miembros del Soviet militar sobre 80, todos los comandantes militares de distrito en activo en junio de 1937, 13 comandantes del Ejército sobre 15, 57 comandantes de cuerpo sobre 85, 110 comandantes de división sobre 195, 220 comandantes de brigada sobre 406, y unos 15.000 o 30.000 oficiales de menor graduación sobre un total de 75.000 u 80.000. *Kolkowicz* 1967, pág. 60, según John Erickson, *The Soviet Hight Command 1918-1941*, St. Martin's Press, Nueva York, 1962.

matanza masiva de las fuerzas rusas durante el verano de 1941.[45]

Las fluctuaciones de las relaciones de Stalin con el Ejército durante la II Guerra Mundial ahora no nos interesan. En pocas palabras, a tenor de la evolución en el frente, y de los ciclos de su cobardía y de su pánico, Stalin aumentaba o relajaba el control sobre los comandantes militares. (Lo relajaba cada vez que la catástrofe se avecinaba, y lo estrechaba en cuanto las cosas empezaban a ir mejor.) El papel real, y la calidad de la dirección proporcionada por la *Stavka* (comandancia suprema bajo la dirección de Stalin) a nivel militar siguen siendo controvertidos;[46] es cierto que sus intervenciones —como las de Jdanov en Leningrado— dejaron huellas profundas de resentimiento entre los militares.

En total, durante la guerra, amparados en las catástrofes producidas por Stalin y el Partido y en la urgencia impuesta por

45. Todo esto es de sobra conocido en Rusia, desde el período kruscheviano —y evidentemente no ha podido ser olvidado. Por ejemplo, el libro del militar I.P. Petrov *Le développement du Parti dans l'Armée et la Marine soviétiques*, publicado en 1964 por las ediciones del Ejército (Voenizdat) da ampliamente cuenta de ello (véase *Kolkowicz 1967, l.c.*). Del libro de A.M. Nekritch, *1941 : 22 juin* (trad. francesa: *L'Armée rouge assassinée, 22 juin 1941*, Grasset, 1968), publicado por la Academia de las Ciencias soviética, se vendieron inmediatamente decenas de miles de ejemplares. Nekritch, más tarde, fue condenado, excluido del Partido y finalmente obligado a emigrar, mientras su libro era prohibido. Véase Jutta Sherrer, «Contre une histoire sans mémoire: dissidence soviétique et stalinisme», «Libre» n.° 8, págs. 77-78. El conocimiento de los hechos ciertamente no ha podido borrarse —ya que las discusiones sobre el papel del Partido y de los militares durante la Segunda Guerra Mundial atiborraron las publicaciones oficiales durante todo el período de Kruschev.

46. El libro de Kolkowicz proporciona numerosas informaciones sobre estas controversias, que permanecieron vivas durante toda la época de Kruschev y han sido reavivadas cada vez que la cuestión de los papeles respectivos *actuales* del Ejército y del Partido ha sido puesta sobre el tapete. Véase especialmente el Capítulo VI, págs. 177-219. Al examinar este material, hay que evitar la tendencia a la sobreinterpretación que se ha convertido, por la fuerza de las cosas, en la enfermedad profesional de un buen número de sovietólogos. Tan arriesgado es concluir, cada vez que en la prensa rusa aparece un artículo que afirma el papel preminente del Partido, que traduce una nueva victoria definitiva de los partidarios del control total del Partido sobre el Ejército, como inferir que expresa las inquietudes de los «políticos» ante la inminencia de ir a perder este control. El ritual tiene sus necesidades gratuitas. Y, por más que las situaciones no sean comparables, de vez en cuando convendría hacerse esta pregunta: ¿en qué se diferencian estas letanías de las oraciones de los obispos, al afirmar que la victoria de los ejércitos hubiese sido imposible sin la piedad de sus caudillos y la voluntad de la Providencia?

la realidad, los militares habían conseguido reducir un poco el grado de control debilitador del Partido. Pero una vez finalizada la guerra Stalin volvió a poner al Ejército «en su sitio», llevando al extremo el control policial ejercido sobre él (es el período durante el cual el poder de Beria alcanza su punto culminante) e inaugurando, a partir de 1946, la mitología que colocaba al Ejército en el último lugar de todos los sectores de la sociedad en su contribución a la victoria (el primer lugar evidentemente estaba ocupado por el genio militar de Stalin y el papel del Partido).

Sin embargo —hipótesis a examinar— todo parece indicar que durante este período algo cambia en el Ejército. La conciencia del papel parasitario del Partido; la atmósfera de final de reinado; las intrigas relativas a la sucesión del tirano que se traman en el Partido, oponiendo a Jdanov (hasta su muerte en 1948), Beria y Malenkov; el desarrollo y el despliegue de las armas atómicas (primera bomba A rusa: 1949; primera bomba H rusa: 1953) modifican a la vez su actitud y sus posibilidades. El Ejército de Stalin es un Ejército de tractores, de tubos de acero y de millones de soldados de infantería. El Ejército que se halla en gestación entre 1945 y 1953 es un Ejército de ingenios nucleares, de cohetes, de electrónica y de especialistas. El primer sputnik —1957— cuenta necesariamente con una larga prehistoria de preparación y de producción. La oposición del Ejército a Stalin pudo verse reforzada por lo que se ha llamado la actitud «curiosamente ambivalente» de éste respecto a las armas atómicas. El viejo paranoico presentía tal vez que algo nuevo estaba naciendo y no le gustaba.[47]

*

Los cambios que sucedieron a la muerte de Stalin no pueden ocupar ahora nuestra atención, salvo en sus aspectos relativos a su posición respectiva, la «autonomía» o no, el papel en fin, de los diferentes sectores y secciones de la burocracia. Para el conjunto de estos sectores se produce un cambio decisivo: se acaba el terror estalinista, se introduce una cierta «normalización» de la gestión del poder burocrático. El *habeas corpus* a

47. Véase, en último lugar, la entrevista de Ed. Teller (el «padre» de la Bomba H norteamericana) en «Le Monde-Dimanche» del 18.1.81.

favor de la burocracia va acompañado, hasta cierto punto, de un *habeas officium* (sin duda mucho más vago). Este cambio, lo repito, es general: el Ejército se beneficia de él al igual que la burocracia de la industria textil o de la agricultura. Pero sus *efectos* están muy lejos de ser idénticos en todos los sectores de la burocracia. Y la diferencia es la que opone la evolución y la posición del Ejército a las de *todos* los demás sectores.

— El Ejército es el *único* de todos los sectores de la burocracia en conseguir una modernización, que hace de él tras un cuarto de siglo el primer Ejército del mundo; es decir, el único que funciona eficazmente al nivel cualitativo exigido por el «desarrollo técnico militar» de la época. En cuanto los demás sectores de la burocracia, aunque las irracionalidades y el caos del período estalinista fueron ligeramente limitados, es difícil pretender que su funcionamiento difiera cualitativamente del anterior a 1953. No se han visto los productos textiles, las cámaras o los transistores rusos invadir los mercados mundiales. En cambio, de atenernos a las informaciones disponibles, los rusos están a punto de exportar, en condiciones muy competitivas, algunas bombas H a Estados Unidos.

— El Ejército ha logrado, en total y en detalle, imponer sus opciones y obtener lo que pedía.

— En dos ocasiones importantes (de hecho, políticamente decisivas —y las *únicas* que lo han sido desde 1953 hasta ahora de toda la «política» rusa), cuando la primacía de las opciones del Ejército se vio amenazada, la camarilla del Partido que impuso su triunfo fue la que defendía las opciones del Ejército y la que tuvo su apoyo (ciertamente explícito en el primer caso, en cualquier caso implícito en el segundo). Se trata de la eliminación de Malenkov por Kruschev, y de la caída de Kruschev. Tampoco en este caso he visto a nadie preguntarse sobre el papel particular que habría desempeñado la burocracia agraria, la de la educación nacional, o incluso la burocracia empresarial de la producción *in toto*, durante estos acontecimientos. Aquí hay un punto, de hecho, imposible de contestar sin mala fe: cada vez que el Partido se ha visto dividido por luchas en el vértice, el único cuerpo social, en toda la sociedad rusa, que ha desempeñado un papel importante y testimonial durante todo este período ha sido el Ejército. Los demás sectores de la burocracia son lobbies y grupos de presión. El Ejército es, como mínimo, un polo.

El episodio Malenkov es el más característico y, tal vez, objetivamente el más importante: cabe pensar que toda la orientación de la Rusia posestalinista se jugó y se decidió irreversiblemente en aquel momento. Desde luego Malenkov se hallaba muy lejos de ser un «liberal» —pero quería emprender un proceso que favoreciese la producción de los bienes de consumo y que disminuyese el papel de la «industria pesada», es decir, básicamente de la producción de armamentos. También era partidario, de forma totalmente coherente, de una «distensión» internacional —y presentaba la situación internacional en consecuencia. Fue eliminado por Kruschev con el apoyo explícito del Ejército. Traduzcamos el «acontecimiento» en los términos que nos interesan: un «político» ha intentado reducir el peso del Ejército. Utilizando al «político» que se oponía a él —o aliándose con él— el Ejército obtiene su eliminación.[48]

Análoga es la *sustancia* de las evoluciones que conducen a la caída de Kruschev, por más que su salida sea menos «demostra-

48. Malenkov fue «dimitido» en febrero de 1955. Sobre los detalles de esta lucha véase *Kolkowicz 1967*, págs. 105-112 y 243-246. No voy a extenderme más sobre este episodio cuya interpretación, que yo sepa, no ha sido contestada por nadie. —Primero, el Ejército había ayudado —y con razón— a Malenkov y a Kruschev a eliminar a Beria: al parecer fue Jukov en persona quien procedió a su detención. —Posteriormente, el apoyo del Ejército a Kruschev durante la eliminación del «grupo anti-Partido» (Molotov-Bulganin) en junio de 1957 es también indudable. Cf. *Kolkowicz 1967*, págs. 78 y 131-132, con referencias bibliográficas. Cf. también *ib.*, págs. 206-207 sobre el ataque del mariscal Malinovski, entonces ministro de Defensa, en el XXII° Congreso del Partido, contra las purgas infligidas a los militares bajo Stalin, camuflado de ataque contra el «grupo anti-Partido» pero evidentemente dirigidas al Partido como tal.

En cambio, la interpretación del episodio Jukov por Kolkowicz (*op. cit.*, págs. 113-134 y 245-252) y la mayoría de los demás autores ha sido criticada recientemente y, en mi opinión, con razón. Véase T.J. Colton, «The Zhukov Affair Reconsidered», «Soviet Studies» XXIX/2, abril 1977, págs. 185-213. La idea generalmente admitida es que Jukov había querido afirmar con demasiada fuerza la autonomía del Ejército, «profesionalizarlo» y sustraerlo completamente al control del Partido. Obsérvese hasta qué punto esta interpretación cuadra con el modelo conceptual habitual del investigador occidental. Ello supone avalar completamente toda la retórica racionalizadora producida por el Partido para justificar esta eliminación. Es lo que señala con fuerza Colton, para quien el asunto Jukov no refleja un conflicto Ejército-Partido, sino una lucha entre grupos «mixtos» (con miembros en ambas organizaciones). Colton concluye: «Una gran parte del episodio Jukov sigue siendo ignorada... Pero sabemos lo bastante para decir que la imagen típica que se hacen los occidentales, de un conflicto entre el Ejército y el Partido como instituciones, en un serio error de interpretación» (pág. 212).

tiva» formalmente, ya que Kruschev al final consiguió aliar contra él a todos los segmentos de la burocracia. La evolución de la política de Kruschev, sus «errores» y las peripecias que llevan a su eliminación no pueden ser discutidas aquí. Pero las líneas generales están claras. Kruschev, el último ilusionista-ilusionado del Partido, es el último jefe del Partido que formula «grandes planes» que no sean militares-expansionistas. Estos planes amenazan no al Ejército y su «prioridad» en lo absoluto, sino el *volumen* del Ejército y el *grado* de esta prioridad. Kruschev no es ni mucho menos una «paloma», pero quiere desarrollar realmente la producción no militar. Tampoco quiere disminuir el ritmo de aumento de la potencia de guerra de Rusia (una vez más, lo producido *después* de 1964 como material tiene como período de gestación al menos 1959-1964). Pero encuentra —cree poder encontrar— la manera de llevar la cabra y la col con una solución casi «norteamericana»: desarrollo masivo de las armas modernas (fundamentalmente vectores nucleares y submarinos), reducción masiva de las fuerzas convencionales, transferencia de los recursos así liberados a la producción no militar. En unos discursos escandalosamente imprudentes, proclama la obsolescencia de la flota de superficie y de las divisiones terrestres como armas de guerra. No se trata de simples discursos: impone una reducción de 1,2 millones de los efectivos del Ejército (entre los cuales 250 mil oficiales), reduce el presupuesto militar (aparente) a fin de obtener recursos para su plan de Siete Años.[49]

La línea de demarcación, durante la fase considerada, está clara. Kruschev quiere modernizar a fondo el Ejército —pero a la vez *reducirlo* a su sector moderno. El Ejército a la vez quiere un máximo de bombas H, de submarinos nucleares, etc. —*y* un máximo de divisiones blindadas. Como los militares se resisten enérgicamente a la línea Kruschev, éste trata nuevamente de reforzar los controles político-policiales sobre el Ejército. (Paso por alto la retórica kruscheviana relativa al igualitarismo, a los «vínculos entre el Ejército y la sociedad», etc., en la que caen fácilmente los investigadores occidentales). Ello no hace más

49. Documentación abundante en *Kolkowicz 1967*, págs. 113-306. Véase también Roman Kolkowicz, «The Military», en H. Gordon Skilling y Franklyn Griffiths, *Interest Groups in Soviet Politics*, Princeton U.P., 1971 (citado a partir de ahora: *Skilling-Griffiths 1971*), págs. 131-169, en particular págs. 154-166.

que aumentar la resistencia del Ejército que se expresa con palabras apenas veladas.[50]

La política de Kruschev consigue finalmente unir contra él a la mayoría de los segmentos de la burocracia; será eliminado en octubre de 1964. Que el grupo Kosygin-Breznev se haya visto favorecido por el pleno apoyo del Ejército durante la operación parece indudable.[51]

La coalición contra Kruschev debió aglutinar tanto a los «gestionarios» exasperados por la falta de profesionalismo y las chapucerías de K. y fortalecidos por sus fracasos económicos (la agricultura, una vez más...), como a los «viejos estalinistas» (K. había lanzado un nuevo ataque contra Stalin en el XXII° Congreso, octubre de 1961), y a los burócratas, pequeños, medianos y grandes, de todas la cateogrías, que se sentían amenazados por los ejercicios retóricos de K. sobre la «rotación en los puestos de responsabilidad».

Consideremos lo que sucede, tras un breve período de fluctuación durante los quince años que siguieron a la caída de Kruschev. En los puntos esenciales, los puntos que le importan —y que importan—, el Ejército lleva las de ganar en toda la línea. Lleva las de ganar por lo que se refiere a su «demanda». Durante este período el desarrollo de la potencia militar en todos los sectores, en todas las armas y en todos los azimuts se acelera —como si finalmente hubieran caído todas las barreras que todavía podían oponerse a los raudales de acero, de cohetes, de cabezas nucleares. Este punto ha sido desarrollado suficientemente en los Capítulos 2 y 3.

También lleva las de ganar por lo que se refiere a sus concepciones. Las visiones estratégicas enunciadas por los

50. Material abundante en *Kolkowicz 1967* y Kolkowicz, en *Skilling-Griffiths 1971*, *l.c.*

51. Cf. *Kolkowicz 1967*, pág. 299. Como ya he dicho, a raíz de la coalición anti-kruscheviana, es imposible aislar el papel del Ejército en los acontecimientos —cuyo desarrollo efectivo, por otra parte, sigue siendo muy oscuro. La fluctuación a la hora de establecer un juicio es visible en Hélène Carrère d'Encausse, *Le Pouvoir confisqué*, París, Flammarion 1980. Al hablar de la caída de Kruschev, dice: «No es que (el Ejército) haya jugado un papel en su eliminación, que fue esencialmente un acto político, pero su neutralidad fue utilizada por los adversarios de Kruschev» (pág. 154). Al resumir la evolución, afirma: «... Kruschev en 1956 y sus sucesores en 1964 se apoyaron en el Ejército...» (pág. 294).

portavoces del Ejército desde 1962 y que corresponden perfectamente a su punto de vista, la «revolución en los asuntos militares», triunfan en toda la línea.[52] Proclaman la necesidad de una estricta integración entre las armas modernas y las fuerzas tradiciones «modernizadas» y adaptadas; pero también condenan cualquier enfoque «subjetivo» de los problemas militares, y exigen que «las decisiones y las acciones posean un perfecto fundamento científico» (Sajarov); es decir, denuncian la falta de profesionalidad de los «jefes geniales» del Partido. No sólo evitan al Ejército cualquier «sacrificio», sino que exigen su desarrollo en *todas* las direcciones a la vez. Es lo que hará el Ejército —con una concepción coherente del despliegue temporal (ya que no se puede hacer todo *al mismo tiempo*) que ofrece un sorprendente contraste con la ausencia de una concepción similar en el Ejército norteamericano. El predominio de esta línea tiene *también* otro sentido, profundamente *político*. La orientación de Kruschev, evidentemente, no había abandonado en absoluto los objetivos y proyectos de expansión internacional; pero para ello se apoyaba en las «guerras civiles nacionales» de los demás países, respaldados por una fuerza de disuasión rusa. La línea que prevaleció —sin abandonar evidentemente la explotación de los conflictos en los demás países— proporcionó el soporte necesario para una *dominación militar* directa de países extranjeros. Por último, contrariamente a Kruschev, que compartía las ideas decadentes y reaccionarias de los norteamericanos sobre la imposibilidad de «ganar» una guerra nuclear, la nueva estrategia proclama explícitamente que la misión del Ejército es «librar y ganar una guerra nuclear», y lo prepara —al igual que al país— para este fin. En eso concuerda con lo que puede llamarse el fundamento y el proyecto ontológico de un Ejército: librar y ganar la guerra. Un Ejército sin perspectiva de guerra y de victoria, es como un cura

52. El término «revolución en los asuntos militares» parece haber sido utilizado por primera vez por el mariscal Zajarov —previamente cesado por Kruschev y reaparecido después de su caída— en un artículo de 1965 en la *Krasnaia Zvezda*. La sustancia de la cuestión ya había sido formulada en el volumen colectivo sobre la estrategia militar soviética publicado en 1962 bajo la responsabilidad del mariscal Sokolovski, que contenía una crítica implícita de las ideas de Kruschev. Véase *Kolkowicz 1967*, págs. 172, 266 y ss., y 321. Véanse asimismo los artículos de W.T. Lee, V. Apaturian y R. Kolkowicz en «Journal of International Affairs», Vol. 26, n.º 1 (1972).

que no crea en la resurreción de los muertos. Es la situación del Ejército norteamericano.[53]

Durante estos quince años, evidentemente, en Rusia pasan muchas más cosas —pero, respecto a lo que nos interesa, nada esencial. Frente al predominio de esta línea fundamental, todo lo demás es secundario —y solo adquiere sentido en relación a ella. Existen discursos de Breznev— por ejemplo en el XXIV° Congreso, 1972 —que insisten en la necesidad de desarrollar la producción de bienes de consumo. Rápidamente fueron seguidos de artículos en las publicaciones militares que recordaban la «prioridad de la industria pesada», y sobre todo: no fueron seguidos de ningún efecto real. Podríamos recordar que Podgorny, partidario de un desarrollo de la producción de bienes de consumo, fue eliminado; pero carece de interés. Podríamos mencionar que Kosygin, que pasa por haber defendido, aunque más moderadamente, las mismas opiniones, fue relegado gradualmente a segunda fila. Carece de interés. Que Malinovsky, militar profesional, mariscal, que en numerosas ocasiones se había opuesto públicamente a Kruschev e incluso a Breznev, ministro de Defensa desde 1957, muere en 1967 y es sustituido por otro militar profesional, Grechko: no es interesante —como tampoco la ascensión a este lugar, después de la muerte de Grechko en 1976, de Ustinov, que no es militar (pero es desde hace tiempo el responsable supremo de las industrias de armamento). Ni el nombramiento de Grechko demuestra que Breznev era la marioneta del Ejército —ni el de Ustinov demuestra un «retroceso» del peso de éste. Hay que evitar estas consideraciones anecdóticas, hay incluso que condenarlas radi-

53. La antología universal de la comicidad se ha visto considerablemente enriquecida, desde hace unos diez años, por diferentes declaraciones de los responsables norteamericanos, así como por sus actos. Pero nada puede igualar a la perla siguiente de Paul Warnke. Director de la Agencia de control de los armamentos y del desarme de Estados Unidos y jefe negociador de los acuerdos SALT II. Disertando sobre el objetivo declarado de la estrategia rusa, el de ganar una guerra nuclear si la hubiera, decía: «En lugar de discutir en estos términos, lo que constituiría una concesión a lo que yo considero como los aspectos primitivos de la doctrina nuclear soviética, debemos procurar educarles (para que comprendan) el mundo real de las armas nucleares estratégicas...» *Collins 1980*, pág. 117, nota 15. Warnke va a educar a los rusos para enseñarles el mundo real... ¿Y quién va a educar a Warnke y al gobierno norteamericano? Porque, como señala Collins, no se trata tan sólo de las opiniones de Warnke, sino de la política oficial del gobierno norteamericano.

calmente. El papel visible de los militares y de sus jefes en las actividades rusas en Oriente Próximo a partir de 1965 es de todos conocido: sobre eso no puede basarse una interpretación (Gordon y Kotchener no simbolizaban un «poder del Ejército» en la Inglaterra de su época).[54]

Ciertamente, existe siempre el «control político» del Partido sobre el Ejército, ejercido por mediación de la Administración Política Principal. Pero ¿quién controla a quién? Una vez más, los sovietólogos y los especialistas deberían preguntarse si, desde hace quince años, las proclamaciones sobre el papel dirigente del Partido en los asuntos militares son algo más que una retórica ritual. ¿Qué *clase* de control pueden ejercer los funcionarios de la A.P.P. sobre las actividades y el funcionamiento del Ejército —cuando se sabe que, desde hace mucho tiempo, su reclutamiento se lleva a cabo, *y solo puede llevarse a cabo*— lo que en sí mismo es más que significativo —entre los desechos de la sociedad rusa?[55]

Resulta imposible comprender el verdadero alcance de los «acontecimientos» menores, o el papel de la A.P.P., sin situarlos en un análisis y concepción del conjunto de la evolución y de la estructura de la sociedad rusa. Esto se ve de forma particularmente clara a propósito de todo lo que precedió y sucedió a la caída de Kruschev. Podemos inferir un sentido de este encadenamiento:

54. Sobre varios de estos hechos, véase por ejemplo H. Carrère d'Encausse, *op. cit.*, págs. 152-169.

55. Esto ha sido reconocido por un encarnizado partidario de la tesis de la supremacía absoluta del Partido sobre el Ejército, Christopher D. Jones «The Revolution in Military Affairs and Party-Military Relations, 1965-1970», «Survey», 20/1, invierno 1974, págs. 84-100. Del material presentado se desprende claramente que los «comisarios políticos» son reclutados entre los jóvenes que no habrían podido hacer carrera en ningún otro sector de la vida. Estos deben enfrentarse, en el Ejército, a oficiales y otros especialistas cuya gran mayoría posee desde hace muchos años una formación universitaria o similar. Un comisario político ignaro podía decir a un comandante: hay que atacar el flanco izquierdo y no el derecho, hay que retirarse y no avanzar, en las condiciones de antes (y encima tener razón). No se ve en absoluto lo que podría decirle en las actuales condiciones —a menos de convertirse él mismo en un técnico militar. Tesis general: los «comisarios políticos» en el Ejército ruso sólo pueden funcionar como policías (en cuyo caso refuerzan al K.G.B., ya abundamentemente presente en dicha sede), conformarse con un papel parasitario, o (lo que parece ocurrir con gran frecuencia) compartir el punto de vista de los militares.

— La línea de Kruschev se opone a la línea y a los «intereses» del Ejército;

— Kruschev es derrocado;

— ¿Ha sido derrotado completamente por la línea del Ejército?

¿No hay en este encadenamiento una respuesta, lo más clara posible, a la pregunta: *quién decide* respecto a las orientaciones importantes, o al menos: *a partir de qué óptica* se toman las decisiones?[56]

No siempre, pero demasiado a menudo, el historiador o el especialista no tienen consciencia de sus prejuicios e ideas preconcebidas —y esto, evidentemente, incluso cuando pretenden extender una «mirada neutra» sobre el material que examinan. Van de lo más superficial a lo más profundo. En el caso de la sovietología contemporánea, proporcionan un muestrario completo de las trampas tendidas por la realidad al investigador; conviene añadir que las trampas más importantes corresponden a los problemas últimos de la reflexión sobre la sociedad y la historia.

Durante mucho tiempo, y todavía hoy, la mayoría de los historiadores y sociólogos occidentales han creído que el Partido comunista ruso es comunista —*cualquiera que sea el sentido de*

56. Cuando se es especialista, hay que ser prudente. He aquí un especimen de esta prudencia científica: «Por más que elementos del Ejército (*the military*) hayan intentado casi con toda seguridad bloquear las reducciones de las fuerzas convencionales propuestas por Kruschev en 1960-1961 y 1963-1964, por ejemplo, no puede ser demostrado de forma definitiva que hayan desempeñado un papel en el fracaso de estas dos propuestas. Franklyn Griffiths, «A Tendency Analysis of Soviet Policy-Making», en *Skilling-Griffiths 1971*, pág. 344. No hay atestado verbal del ujier ni del Comité Central, no hay fotografías —por tanto, no hay pruebas. Razonamiento impecable. Entonces ¿cómo comprender lo que ha pasado después de la caída de Kruschev y a lo largo, ahora ya, de quince años? Esto no es mi problema, dirá el especialista. Lo que yo puedo demostrar, es que nada demuestra que en octubre de 1964 el Ejército haya desempeñado un papel en la eliminación de Kruschev. En efecto: si la historia se descompone en una secuencia discreta de acontecimientos puntuales y de actos firmados y fechados, no hay mucho que comprender. —La conclusión de Roman Kolkowicz, también prudente, se halla infinitamente más cerca del sentido común: «Podemos suponer (*speculate*), en base a los asuntos Malenkov, del «grupo anti-Partido» y Kruschev, que todo dirigente político que amenaza de forma persistente y profunda algunos de los intcresess fundamentales del Ejército hace votos para su propia destitución política». *Kolkowicz 1971*, pág. 166.

En el mismo sentido, H. Gordon Skilling, «Group Conflict in Soviet Politics», en *Skilling-Griffiths 1971*, págs. 392-394.

este término; esto excluye cualquier comprensión de la sociedad rusa. Han proyectado categorías occidentales sobre la sociedad rusa (por ejemplo la disolución de los problemas de funcionamiento de la burocracia y de la guerra de las camarillas y de los clanes, como de la guerra de todos contra todos, bajo el término de «conflictos de grupos de intereses»). Desde 1960 hasta no hace mucho, la mayoría de los textos están marcados por la ideología de la «distensión» y de los deseos piadosos que constituyen su base: convergencia de los sistemas, era de una tecnocracia empresarial en Rusia encaminada hacia una sociedad de consumo, acompañada —nada menos— de una «liberalización» del régimen. (Hasta un autor tan penetrante como Kolkowicz cae en ocasiones en esta trampa.) Es realmente increíble hasta qué punto han podido tomarse al pie de la letra la retórica comunista; al igual que la clase de superinterpretación (no menos falaz) de esta retórica a la que se entregan. Olvidando que gran parte del discurso oficial está vacío, como todo ritual, que está allí porque es necesario que el aire sea constantemente surcado por la palabra hueca de la burocracia, le imponen a toda costa un código de significación; pero las categorías que operan en la interpretación, siguen siendo las del mundo familiar del intérprete.

El historiador y el especialista —repito que hay excepciones notables y considerables— proyecta así ingenuamente *su* sociedad sobre Rusia— del mismo modo que proyecta *su* historia, la historia que conoce, y que, sin que lo sepa, funciona en su cabeza como si hubiera delimitado previamente y para siempre los paradigmas inmutables de lo que *puede acontecer* en la historia. Así, sigue preguntándose si un «bonapartismo» podría aparecer en Rusia y concluye gravemente que en absoluto (¿pero qué quiere decir el «bonapartismo»? ¿Lo sabe? ¿Y quién lo *sabe*?); contabiliza el número de generales y de mariscales en el Comité central —o espera un «conflicto abierto» entre el Ejército y el Partido y una victoria de uno de los dos, sin plantearse el problema: ¿no habrá, tal vez, aquí, un *nuevo tipo de relaciones*, que están emergiendo, entre un cuerpo social —el Ejército— y el resto de la sociedad, y, tal vez también, un nuevo *tipo* de poder?[57] Cuando se pasa a niveles más sofistica-

57. Ni siquiera se pregunta: ¿y si la camarilla dominante en el vértice del Aparato del Partido estuviese de hecho completamente *comprada* desde el punto

dos aparecen otras ideas preconcebidas. A grandes rasgos, son actualmente las de la ideología sociológica marxo-americana. Tiempo atrás, los reyes y las batallas eran lo que contaba en la historia. Hoy por hoy, son las técnicas, las fábricas y las estadísticas económicas —o bien los «grupos», los «conflictos de intereses» y los «consensos».

*

Al margen de estos factores, aparecen dos problemas no triviales, que condicionan las dificultades de *ver* lo que ocurre realmente en la Rusia contemporánea.

El primero es el de la categoría y la idea del *poder*. El Partido (o el Ejército, da lo mismo), «posee» el poder, o «ejerce» el poder en Rusia. ¿Qué quiere decir eso? ¿Qué es el «poder», cómo se puede «poseer»?

No voy a entrar aquí en esta cuestión abisal. Constataré simplemente que las más de las veces, cuando se habla de Rusia, parecemos poseer implícitamente una idea del poder (o del proceso político) que lo convertiría en algo perfectamente *visible*. No hablo de la ingenuidad, actualmente rara (aunque, lo demuestra la discusión sobre Rusia, menos de lo que se creería), que identifica el poder con sus «detentadores» en carne y hueso a partir de los textos oficiales. Pero incluso aceptando la división (capital para sociedades modernas) y la escisión entre procesos y procedimientos oficiales y reales, entre las instancias formales y las instancias reales de toma de decisión, se sigue hablando como si la totalidad de estos procesos debiese ser visible, reconocible por observación directa. Pero el poder sólo pertenece parcialmente a lo visible. El problema que esto crea es, en una primera etapa, trivial. La eminencia gris que opera tras el monarca; o los grupos informales que deciden de hecho sin aparecer en las actas verbales de las instancias oficiales, todo esto sólo pertenece a lo invisible de hecho; mejor dicho, no pertenece a lo invisible, se trata únicamente de lo oculto. Sería visible para quien pudiese

de vista del Ejército? Es evidente que en tal caso los «índices» que busca normalmente el especialista *no podrían*, por hipótesis, existir —y que con ello le obligaría a dirigirse hacia lo que precisamente no quiere hacer: una interpretación del sentido global de la orientación de la sociedad rusa.

llevar a cabo la encuesta perfecta y total. La parte invisible del poder —y la más importante— es finalmente la que actúa sin tener necesidad de «actos» específicos para manifestarse. Durante mucho tiempo, la Iglesia no tenía ninguna necesidad de tomar decisiones *ad hoc* para que se construyeran iglesias, ni de enviar a gente de armas para que se le pagaran los diezmos. La misma sociedad se adelantaba a lo que la Iglesia «deseaba». Si alguna analogía —en parte falsa como toda analogía— puede ilustrar la relación, históricamente del todo *nueva, original, inédita*, entre Ejército, Partido y sociedad en Rusia, ésta es, tal vez, la menos mala.

Se puede ser más concreto, y más «falsificable» o «controlable». Yo digo que si alguien, por sus acciones u omisiones y en último término por su simple presencia, puede instar a la sociedad a hacer lo que ésta de lo contrario no habría hecho —o no de esta forma— este alguien «dispone de un poder», proporcional a lo que de esta forma puede hacer o no hacer. Y digo que si alguien —individuo o grupo— puede, de la misma manera, influir a un nivel decisivo no en un determinado detalle de la vida social, sino en el curso, la evolución y la orientación central de la sociedad —entonces este alguien no «dispone de un poder», sino que se convierte en *instancia central (en la medida en que* ésta está encarnada y representada por una entidad real) *del* poder en la sociedad considerada. Y éste es el caso del Ejército y de la sociedad militar rusa —cuyas orientaciones y actos comprometen, no sólo el 15 o el 20% del P.N.B. del país, sino la vida y la muerte, la nuclearización o no, de 270 millones de personas y de muchos más.

*

El segundo problema es evidentemente la novedad, la originalidad del fenómeno. Lo que se está creando ante nuestros ojos es un nuevo tipo histórico de sociedad —nuevo en sus significaciones (como hemos visto, en su ausencia de significaciones y su destitución por la Fuerza bruta como tal), nuevo en su forma de institución concreta y en el tipo de institución que de este modo aparece. En fin, se trata de una *creación* socio-histórica, poco importa su carácter monstruoso. *Creación*: como diría Pablo, escándalo para los judíos y tontería para los griegos. Pero esta idea tropieza con una resistencia

feroz por parte de todos los que siguen prisioneros del pensamiento heredado; resistencia que duplica aquí la naturaleza del producto de esta creación. En efecto, este producto amenaza el «sentido» de la historia, como sentido positivo y a la vez valorizado —y como inteligibilidad. Un marxista —o incluso un posmarxista muy «subversivo»— no se sorprendería en absoluto si se le dijese, apoyándose en algunos «índices», que la burocracia empresarial de la producción y de la economía está suplantando al «Partido» en Rusia; incluso lo encontraría normal. Saltará hasta el techo si se le dice que, ante el fracaso del Partido, el Ejército se convierte en polo autónomo e impone cada vez más su orientación a la sociedad rusa. ¿Por qué? Porque, marxista o posmarxista, conserva algo de la ideología de la dignidad o primacía de lo «productivo» y de lo «económico». Aunque haya criticado el marxismo, ha colocado en el lugar de lo «económico» lo «político»: se ha forjado o ha asimilado una concepción del «Partido/Estado» como instancia dominante en Rusia, que es —o le parece— inteligible, que le es familiar —funciona a través de la ideología, y esto, sabe lo que es. Pero ¿y lo militar? ¡Bah! qué vulgaridad, qué indignidad, qué aberración. La Fuerza bruta es la demolición de la racionalidad de la historia. Ahora bien, que lo real deba ser comprensible, si es preciso en su misma incomprensibilidad, no es una hipérbole de Hegel, sino una necesidad psíquica para existir —tanto si se es un intelectual como un simple hombre cualquiera.[58]

Lo que no *puede* ser visto es que tenemos ante nosotros un *nuevo* tipo de sociedad que se está *haciendo*, una *creación* socio-histórica. El agente activo de esta creación —favorecida y condicionada ciertamente por innumerables factores— es el Ejército. Si miramos lo que importa en la gran realidad histórica y no los organigramas, lo que emerge en Rusia, es una *estratocracia* —que no tiene nada que ver con el «bonapartismo», el reino de los pretores, de las dictaduras militares latinoamericanas, etc. Nada que ver, no «descriptivamente»— sino esencialmente. Y lo esencial es que, por primera vez en la historia, asistimos al nacimiento de una sociedad en la que el lugar de la religión o de cualquier otro magma de significaciones

58. «Si la realidad fuese inconcebible, forjaríamos conceptos inconcebibles para concebirla», dice en alguna parte Hegel.

imaginarias ha sido ocupado por una «significación» que no lo es: la Fuerza bruta por la Fuerza bruta.

Es —relativamente— fácil ver y decir actualmente que Rusia no tiene nada que ver con el socialismo, ni de cerca ni de lejos, que es una sociedad de explotación y de opresión. ¿Pero cuántos —aparte de un puñado de individuos, de los que la mayoría se encontraba en las celdas de incomunicación de Stalin— lo veían en 1927 o en 1932? Dentro de cuarenta o cincuenta años carecerá de interés constatar el papel y el lugar del Ejército ruso; se trata de ver lo que está ahí, ahora, *in statu nascendi*. El pájaro de Minerva debe emprender su vuelo antes de que caiga la noche —que puede ser larga.

* En francés, *travailler dans une boîte* («trabajar en una caja», lit.), es expresión coloquial que alude al lugar de trabajo. (C. de la T.).

Indice de la segunda parte (de próxima publicación)

Capítulo 5. Detrás de los fenómenos: la descomposición de las sociedades occidentales

Capítulo 6. Estrategia rusa y no-estrategia norteamericana

Segunda parte: Los interrogantes

Capítulo 7. ¿Qué significa orientarse en la historia?

Capítulo 8. La especificidad de la creación europea

Capítulo 9. Las virtualidades de la situación mundial contemporánea

Capítulo 10. ¿Deben y pueden defenderse las oligarquías liberales?

Capítulo 11. Lo que depende de nosotros

Ante la guerra no significa **antes de** la guerra. No se trata aquí de previsiones, sino de un análisis del mundo contemporáneo indispensable para poder orientarse. Y, para ello, la primera condición es la de disipar las brumas de las propagandas y de las ideologías que lo recubren todo.

La confrontación ruso-norteamericana y la perspectiva de la guerra dominan la realidad mundial y conforman su dinámica. Intervienen, por supuesto, factores de gran peso que llevan a las dos superpotencias hacia una confrontación abierta. Por consiguiente, ésta no puede comprenderse sin la previa aceptación de que esta confrontación existe, aunque muchos insistan en negarla. Y es que, "para poder ver con claridad, antes hay que ver y comprender *lo que es*".

"Admitida la evidencia", dice el propio **Cornelius Castoriadis**, "llevo todo lo realista y pragmáticamente posible la discusión acerca de la relación de fuerzas y de estrategias, y de la situación de los dos campos. Espero que el lector abandone esa actitud universal que confunde hechos con valores, deseos con realidades. Si decimos que la banda de Dillinger, en determinada conyuntura, es más fuerte que la de Al Capone no significa en absoluto que admiremos al primero y compadezcamos al segundo. Espero igualmente que comprenda que, cuando hablo de la Unión Soviética y de los Estados Unidos, hablo de los regímenes y de las capas que allí dominan, no, naturalmente, de la población rusa o norteamericana.»

Cornelius Castoriadis nació en 1922 en Grecia y estudió Derecho, Economía y Filosofía en Atenas. Se trasladó a Francia en 1945. En el seno del PCI francés, fundó, en 1946, una tendencia que, al romper con el trotskismo en 1948, se constituyó en grupo autónomo y emprendió la publicación de la ya legendaria publicación "Socialisme ou Barbarie". Es autor de diez libros de los que Tusquets Editores publicó: **La sociedad burocrática** (2 vols.), **La experiencia del movimiento obrero** (2 vols.) y el primer volumen de **La institución imaginaria de la sociedad** (2.° vol. en preparación) en la colección Acracia. Como sabe ya cualquier lector habitual de este gran pensador, **Ante la guerra** —del que éste, **Las realidades**, es el primer volumen— es la culminación lógica de un largo trabajo de investigación acerca de los aparatos burocráticos y militares de dominio y control de los Estados totalitarios en expansión y sus efectos y reacciones en las democracias occidentales.

Ilustración de la cubierta: casco diseñado por Caravaggio en el siglo XVI.